


Hay sonrisas capaces de matar



EL PECADOR de
OXFORD

MAR PETRYK

MAR PETRYK

**El PECADOR de
OXFORD**

*Hay sonrisas capaces de **matar***

ÍNDICE

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Playlist](#)

[Sobre la autora](#)

“Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado”.

William Shakespeare

*Esa noche, mientras lo seguía, supe que el rumbo de mi vida
cambiaría. Lo que no sabía era que la sangre y el horror
trazarían el camino.*



PREFACIO



CASADA CON EL DIABLO

El primer relámpago baña en plata la iglesia, la tormenta no tarda en desatar su furia.
Lo siento en los huesos, algo está por cambiar esta noche.

Juego con las sombras, siguiendo sus pasos. Mis piernas son mudas, lo único que se oye es el miedo caminando a mi lado.

Me escondo detrás de una columna, el pulso galopa en mis oídos. Asomo el rostro, el verano y la adrenalina humedeciéndome la piel.

Busca algo en su pantalón, se agacha y abre la puerta que lleva al sótano.

Una brisa gélida me adormece el cuerpo cuando su mirada apacible recorre la estancia antes de bajar.

Espero, sintiendo los minutos acumularse en mi garganta, asfixiándome.

La imaginación atándome al potro de tortura.

La pequeña puerta en el piso se abre y, allí, entre las sombras anaranjadas de la vela que lleva en la mano, está él. Tiene el cabello alborotado y la camisa desabrochada. Se dirige al baño, llevándose la luz y la esperanza.

La furia actúa como un impulso eléctrico que me obliga a

descalzarme y correr hacia el sótano.

Bajo dispuesta a encontrar mi verdad.

Bajo sin saber que estoy descendiendo al infierno.



FELIZ ANIVERSARIO

La lluvia es un sollozo angustiado, las lágrimas golpean la ventana.
—¿Eric? —Sus ojos vuelven a mí—. ¿Puedo ver lo que dibujaste?

Mira los lápices de colores que dejé a su lado, sobre el sofá, y acaricia la hoja.

—¿Eric?

Su respiración se vuelve ligeramente pesada, la transpiración comienza a pegarle el cabello rubio a las sienes, su pie se mueve a un ritmo frenético.

—No... —masculla con voz grave.

—¿Eric? —hablo suave.

Inhala profundo, gira el cuello haciendo tronar sus huesos.

—¿Con quién estoy hablando?

—Joel.

Destapo la pluma que descansa entre mis dedos, la apoyo con firmeza sobre la libreta. Respiro con suavidad, intento no pensar en qué día es hoy. Tengo que concentrarme.

—¿Por qué estás tomando el mando, Joel?

Una risa fresca, un derroche de egocentrismo.

—¿Quiere a Eric más que a mí, doctora? —Tira la hoja y los lápices sobre la mesa de centro, desabrocha algunos botones de su camisa y se deja caer en el respaldo.

—¿Algo te está molestando, Joel?

—Puf... —Suelta el aire, hace rodar sus ojos.

—Quiero que me digas qué te está molestando, Joel.

—Daniel.

—¿Daniel?

—Tiene que deshacerse de Betty.

Mi pluma traza un círculo alrededor de *Betty*.

—¿Deshacerse? ¿Cuál es el problema con Betty, Joel?

—Ella no nos entenderá.

—¿A quiénes?

—A todos. Va a dejarlo cuando conozca a cualquiera de nosotros y tendré que soportar las lágrimas del maricón. —La seriedad se adueña de su rostro—. A veces desearía que Daniel fuera más... fuerte. ¡Que me hiciera caso! Sé qué es lo mejor para nosotros. Lo sé.

Mis labios se abren, dejando escapar el aire con parsimonia. Afuera, la tormenta grita con fuerza, casi con tanta como aquella mente vulnerada entierra sus uñas en el sillón.

—¿Qué es lo mejor, Joel? ¿Qué es lo mejor para ustedes?

Un impulso violento dobla su cuerpo.

—¿Joel? —Imprimo calma en el tono de mi voz, en mi postura—. ¿Joel?

Abraza sus piernas y oculta la cabeza en ellas, meciéndose hacia delante y atrás.

—Mi cabeza... Mi cabeza duele muchísimo, doctora Brown. Ya no lo soporto.

—¿Eres tú, Daniel?

—Ya no lo soporto. Ya no lo soporto. Ya no lo soporto...

Troto, aunque estoy empapada. Me siento y cierro la puerta con furia.

—¿Qué le hizo la puerta, doctora?

Apoyo la cabeza en el respaldo, respiro por primera vez desde que amaneció.

—¿Un mal día?

Recobro la compostura, me siento derecha y abrocho el cinturón de seguridad.

—Una sesión intensa.

Pone el auto en marcha, el clima viste a juego con mi ánimo.

—¿Quieres contarme?

—Sabes que no puedo hablar de mis pacientes, Matt.

—¿Ni siquiera conmigo? —Me guiña un ojo zafiro—. En el cuerpo de policía estamos acostumbrados a la discreción, también es parte de nuestro trabajo.

—Podría contártelo si fuera una investigación y me llamaras como consultora, pero este no es el caso.

Sonríe, metiéndonos en el tránsito.

—Necesitas sacar toda esa tensión.

—Necesito llegar a casa, servirme una copa de vino y golpear mi saco de box por algunas horas.

—Iba a proponer algo donde el sudor fuera compartido...

—Hoy no, Matt. Hoy solo necesito entrenar un poco.

—¿Puedo ser espectador? Sabes cuánto me excita verte patear culos.

Niego. Miro por la ventana, la gente ajena a *esta* fecha que desearía que solo fuera un día más en el calendario.

—Kalie, ¿es solo eso? ¿Solo un mal día? Puedes confiar en mí, lo sabes... ¿Kalie?

—Todo está bien, Matt. Nada que no pueda arreglarse con una buena noche de sueño.

El semáforo nos detiene, la visibilidad es menor a un kilómetro.

—Maldita niebla —masculla, limpiando el parabrisas.

—Odio la lluvia y los días nublados.

—Te mudaste a la ciudad equivocada, cielo.

—Me encanta Londres, solo... detesto la lluvia.

Costeamos Hyde Park y me preparo para bajar.

—¿Cenamos el viernes? —pregunta, estacionando frente al edificio donde vivo desde que soy Kalie. Kalie Brown.

—Déjame ver la agenda, te enviaré un mensaje.

Lo beso, tomo el maletín y abro la puerta.

—¿Beso en la mejilla? —Se inclina sobre el asiento del copiloto, dedicándome su sonrisa seductora—. ¿Hoy no hay nada más para mí?

Sonrío, sintiendo cómo la lluvia pega la falda a mis piernas.

—Gracias por traerme, Matt. Descansa.

Maldigo a los estúpidos zapatos de taco aguja mientras corro bajo la tormenta, hasta que el calor del vestíbulo me recibe.

—Señorita Brown, ¿se olvidó el paraguas? —García, el conserje, pide el ascensor cuando me ve llegar. Es un cincuentón de la vieja escuela, caballero y atento.

—Esto pasa cuando sales de casa sin abrir la ventana

primero. —Me encojo de hombros cuando subo al elevador, dejando un charco a cada a paso.

—Buenas noches, señorita Brown. —Me sonrío y le devuelvo el gesto.

—Buenas noches, García.

Giro mi cuello mientras comienzo a subir, siento la tensión en cada movimiento. Bajo en el sexto piso, camino hasta el departamento B, abro las tres cerraduras y entro.

Enciendo un velador, ese que da la luz cálida que tanto me gusta.

Mis tacos suenan en el piso de madera hasta que los abandono de camino a la cocina. Me quito el traje empapado, anoto mentalmente llevarlo a la tintorería. Abro el aparador, saco una copa y aquella botella de vino argentino que reservo para días de mierda como este. Sirvo la mitad, a pesar de que sé que terminaré bebiendo del pico de ese *Cabernet Sauvignon*, cortesía del último viaje de mi hermano.

Camino descalza, en ropa interior y copa en mano. Me dejo caer sobre el sofá beige que domina la sala.

—Freud, mamá está en casa... ¿No vas a venir a recibirme? —Respiro silencio—. Gato gordo y antipático —susurro.

El elixir desaparece dejando mil demonios bailando en el borde de la copa.

Me levanto, dejo la copa sobre la mesa baja y camino hasta la habitación, el cuarto más grande del departamento. El obeso de Freud está despatarrado sobre mi cama.

—¿Un día muy duro? —Acaricio su pelaje gris, me responde con un ronroneo gustoso—. Voy a hacer un poco de ruido aquí, espero no molestarlo, señor Sigmund.

Enciendo el equipo de música, Rammstein comienza a sonar.

Ato mi cabello corto en una maraña de rulos rubios muy parecida a un moño bajo. Abro el armario, busco una calza y un corpiño deportivo, me cambio. Encinto mis manos con paciencia y precisión, observo a Freud abandonarme. Es inteligente, sabe que vienen los gritos.

Camino hasta la bolsa de box, que cuelga del techo en una esquina de mi cuarto, y comienzo a golpear. Golpes cortos, calculados.

Siento la adrenalina en los músculos, el grito gestándose en mi garganta, nutriéndose de todos mis miedos.

Dos *Uppercut*, una *Low Kick*, y estalla. Lo dejo salir y desgarrar mi garganta mientras golpeo esa bolsa una y otra vez con todo lo que fui, con todo lo que soy, hasta que mis nudillos duelen.

Una gota fría recorre mi espalda. Me dejo caer exhausta, deslizándome contra la pared, y me permito hacer lo que hago todos los diecisiete de junio, llorar hasta que el cuerpo diga basta.

Dejo el suelo cuando siento la nariz tan tapada que apenas puedo respirar. Apago la música, ya no necesito que amortigüe mis gritos.

Camino el pasillo a oscuras, llego a la cocina y me encariño con aquella botella quita penas.

Tres golpes secos suenan en el silencio.

Apoyo el vino sobre la isla mientras una extraña sensación me adormece el cuerpo. Este es el único departamento habitado del sexto piso. Nadie, jamás, toca mi puerta. Si García necesita algo, me lo comunica a través del portero eléctrico.

Lucho contra aquella emoción, atravieso la sala con pasos mudos. Freud me mira desde el sofá, atento a mis movimientos.

Observo por la mirilla de la puerta, el pulso latiéndome

detrás de los oídos.

Nadie. No hay nadie.

Aguardo un instante, la mano en el picaporte.

Silencio tenso y asfixiante.

Espero un poco más.

Abro.

Miro hacia los costados, el pasillo vacío me devuelve la mirada. Dejo escapar el aire que retuve sin darme cuenta. Estoy a punto de cerrar, cuando lo veo. Un paquete. Una caja en el suelo.

Los dedos de mis pies se retuercen.

Levanto la caja, mirando hacia los costados otra vez. Entro, cierro con llave y llevo el paquete a la cocina. Lo dejo sobre la mesada y me alejo. Lo observo a la distancia, pensando qué será. De quién será. Una idea fugaz llega a mi mente.

Frank, el joven músico del quinto piso, que no pierde oportunidad para buscarme conversación. Cuando el ascensor no funciona y bajo o subo por las escaleras, ahí está él. Cuando espero un taxi, ahí está él. Cuando lo cruzo en el vestíbulo, siempre intenta coquetear conmigo, sin importar mis amables rechazos.

Me acerco al portero eléctrico y aprieto el botón que me comunica directamente con el departamento de García.

—Diga —atiende con su tono afable de siempre.

—García, soy Kalie. Disculpe que lo moleste tan tarde, pero necesito hacerle una consulta —digo, sin dejar de mirar el paquete sobre la mesa.

—Señorita Brown, no es molestia. ¿Qué necesita?

—¿Alguien dejó un paquete para mí hoy? ¿De casualidad... usted acaba de dejarlo en mi puerta?

—No recibí ningún paquete hoy, señorita Brown. Solo

cartas, y las reparto mañana.

Mi garganta se seca, mis ojos recorren la estancia.

—Gracias, García. Disculpe la molestia.

—Que descanse, señorita.

—Igualmente.

Me apoyo contra la pared sin dejar de observar la pequeña caja. Siguiendo el jodido impulso, me acerco a la isla. Inspecciono el paquete a detalle. No hay tarjetas, ni estampillas, nada. Solo una caja de cartón. La llevo a mi oído, nada suena dentro. La muevo un poco, pero es tan liviana que parece estar vacía.

Inhalo profundo y, a pesar del temblor de mis manos, la abro.

Un pequeño ramo de flores de lavanda.

Mis piernas se vuelven gelatina.

Las flores resbalan de mis manos.

Lágrimas comienzan a caer calientes y pesadas.

Allí, en el piso, el mismo arreglo floral que un día como hoy, cinco años atrás, adornaba mis manos mientras daba el *sí* y le juraba amor eterno al más salvaje de los monstruos.

Corro en busca de mi celular, vuelvo a mirar por la mirilla mientras espero a que mi hermano responda.

Uno.

El pasillo vacío.

Dos.

Mi cabeza da vueltas.

Tres.

—Isabelle, ¿cómo estás?

—Creo que empezó otra vez.



SU SOMBRA

GAEL

Su sangre entibia mis manos, siento cómo sus latidos se debilitan. Es mi propio corazón el que está muriendo esta noche.

—No hables. Voy a conseguir ayuda, todo va a estar bien.

Su esencia mancha la sonrisa que intenta regalarme, el pánico humedece sus ojos.

Una explosión hace vibrar la tierra y cubro su cuerpo con el mío.

—Está bien —susurra, con su último aliento, intentando aferrarse a mi chaleco antibalas—. Yo elegí esto, yo elegí... Eres un buen hombre. Buen hombre. Cuídalas.

El sonido se filtra en la pesadilla, mostrándome un destello de realidad. Me aferro a él, necesitando despertar. Agarro el celular antes de que suene el segundo tono y me apoyo en el respaldo de la cama. Odio tener el sueño tan liviano.

Odio las putas pesadillas.

—Diga.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Estella? —Miro de reojo el reloj despertador sobre la mesa de luz, me limpio el sudor con la camiseta—. Son las dos

de la mañana.

—En la agencia no hay horarios, Gael. ¿Tienes tu computadora encendida?

Resoplo, me levanto.

—No, estaba durmiendo como una persona normal. Dame un minuto.

—Los dos sabemos que no eres una persona normal.

Me siento en el escritorio, enciendo la *notebook*.

—Ponme al tanto.

La escucho tipear con rapidez.

—Isabelle Brown, mejor conocida como Isabelle Jones, se hace llamar Kalie desde que se mudó de Oxfordshire al centro de Londres hace tres años. Exesposa de Aaron Jones, el famoso Pecador de Oxford, asesino serial y líder de culto que cumple cadena perpetua en el sudeste de Inglaterra. En el condado de Surrey, específicamente —informa y mi sangre se congela—. Estoy enviándote su expediente ahora mismo. Para resumir, la doctora Brown recibió un misterioso paquete en su casa. Está segura de que se trata del señor Jones por el contenido del mismo, un ramo de lavanda, las flores que vistieron su boda —dice con profesionalismo y energía—. Cree que es una especie de mensaje, que está intentando contactar con ella otra vez a través de sus fanáticos. El señor Nicholas Brown, hermano de la señorita Isabelle, contactó a la agencia hace media hora, quiere a mi mejor hombre para que sea la sombra de su hermana hasta que la situación se aclare.

«Isabelle Brown. Aaron Jones. Nicholas Brown».

Hay un zumbido en mis oídos.

—¿De cuánto estamos hablando? —Finjo sopesarlo.

—Millones, quizá, dependiendo del tiempo que necesiten tus servicios. Podrías terminar con este caso y tomarte un año sabático recorriendo el mundo, Gael, y, aun así, te sobraría

dinero.

«Isabelle Brown. Aaron Jones. Nicholas Brown».

—Acabo de recibir el expediente. Déjame analizarlo y te llamo.

—No hay tiempo, el señor Brown quiere un guardaespaldas esta misma madrugada.

—¿Ahora?

—Ahora.

Me paso la mano por el pelo corto y oscuro. Hay arena en mi garganta, hielo en mis venas.

—Envíame la dirección. Estaré allí apenas termine de leer el informe.

—Eres nuestro muchacho de oro, Gael. Nicholas es de nuestros clientes más importantes, haz quedar bien a la agencia.

Suspiro.

—Como siempre. Descansa, Estella, antes de que empiece a pensar que eres un robot.

Una risa escueta, y corta.

Estudio la pantalla del portátil.

“Isabelle Brown, psiquiatra, 27 años, divorciada. Actualmente reside en Londres, tiene su propio consultorio y responde al nombre de Kalie”.

Continúo leyendo en zigzag, salteando la información que puedo recitar de memoria, mirando las fotos que acompañan el informe.

“Círculo íntimo: Nicholas Brown (hermano), Madison Ferris (mejor amiga y asistente), Matthew O’Connor (interés amoroso de los últimos seis meses), doctor Francis (su psicoanalista)”

“Situación en revisión...” “... posible riesgo de vida” “... solicitud de seguridad las 24 hrs”.

Suspiro, me levanto y camino mientras intento pensar con claridad.

«Isabelle Brown».

Me acerco al vestidor en busca de un traje, me visto, pongo la Glock 17 en la funda de mi cinturón, guardo el teléfono en el bolsillo, apago la computadora, la meto en el maletín y salgo de la habitación. Me detengo frente a su cuarto, abro la puerta despacio, lo observo dormir. Entro.

—Tyler. —Acaricio su pelo lacio y sedoso—. Ty, despierta. Campeón, vamos.

Sus ojos claros se abren adormilados.

—Voy a llevarte a casa de la abuela, ¿sí?

Se sienta, restregándose los ojos mientras abro su ropero y busco un abrigo.

—¿Tienes que trabajar otra vez?

—Sí. —Lo ayudo a abrigarse y ponerse los zapatos—. Lo lamento, campeón. Te prometo que haremos lo que quieras cuando termine con este cliente, ¿de acuerdo?

Asiente, se guarda los reproches como lo hace desde que tiene uso de razón. En sus siete años de vida no me reprochó ni una ausencia, y fueron muchas. Es demasiado bueno conmigo, siempre lo fue.

—Vamos.

Lo alzo, a pesar de sus quejas.

—Ya no soy un bebé.

—Mala suerte, siempre serás un bebé para mí.

Quince minutos después estoy acostando a Tyler en la habitación de mi madre.

—¿Este trabajo será como el último? —pregunta mamá cuando cierro la puerta.

El último. El último me dejó una bala en el hombro, otra en la pierna y seis meses de inactividad.

—Todos pueden ser como el último, mamá. Aunque no te guste escucharlo, en eso consiste mi trabajo.

—Casi prefiero los días en que estabas en el ejército... Este trabajo hace que el otro parezca más seguro.

Acaricio su mejilla ligeramente arrugada, observo sus ojos marrones, a tono con su cabello.

—Sé cuidarme, no te preocupes. —Abrazo su pequeño cuerpo como si fuera la última vez que podré hacerlo, porque puede serlo. Siempre puede ser la última vez—. Requieren mis servicios las veinticuatro horas. Es probable que no pueda venir por Tyler hasta que me den un día libre, pero llamaré todos los días. Mi teléfono está siempre libre para ti, ¿de acuerdo? A toda hora.

Asiente, ya conoce la rutina.

—Cuídate, cariño. Te amo.

—Lo haré, mamá. —Beso su cabeza—. Gracias. También te amo.

Bajo del auto con el maletín y el bolso con ropa y productos de aseo personal que siempre guardo en el baúl para ocasiones como esta. Cruzo la calle y toco el timbre, anunciándome. Cinco minutos y veintiocho segundos después, Nicholas Brown, uno de los políticos y magnates más influyentes del momento, abre la puerta. Esta vez no va acompañado de su equipo de seguridad y eso llama mi atención.

—Señor Brown. —Tiendo mi mano derecha—. Soy Gael Evans, me envía Estella Dufort.

—Excelente —dice, aceptando el saludo con un fuerte apretón, pero no me deja pasar—. ¿Puedo ver su identificación?

—Por supuesto.

Busco en el bolsillo interno de mi traje negro, saco mi identificación y mi carnet de la agencia. Brown lo observa con detenimiento antes de devolvérmelo.

—Pase.

La recepción es lujosa, pero nada exótico. Subimos al ascensor, marca el sexto piso.

—Evans, necesito que no se despegue de mi hermana hasta que la policía y el MI6 aclaren esta situación —dice, desabrochándose algunos botones de la camisa celeste—. Lo usual es que vaya del consultorio al departamento, en ocasiones sale a tomar una copa con algún colega o su amiga, pero no mucho más. Necesito que pise sus talones, no podemos tomar ningún riesgo. Entre al baño con ella si es necesario. ¿Soy claro?

Asiento.

—Entendido, señor.

—Estupendo. —Me mira de reojo, se endereza—. La señora Dufort me dijo que es su mejor hombre, espero que sea cierto.

La puerta se abre y sale. Lo sigo escudriñando el lugar.

—Es el único departamento ocupado de este piso. Alquilo los demás para que nadie la moleste, pero Isabelle no lo sabe. No me dejaría hacerlo.

Anoto el dato mentalmente.

—El informe menciona que el conserje no tiene conocimiento del paquete que le llegó a la señorita Brown, ¿cómo podemos estar seguros?

—Fue interrogado por la policía hace —mira su carísimo

reloj— alrededor de una hora. Creen que dice la verdad y...

—¿Y?

—Isabelle dice que es confiable. Pero, sabrá entenderme, Evans, nadie es confiable ahora mismo. Y espero que usted opine igual que yo y desconfíe hasta de mí.

Alzo una ceja.

—¿Tengo que desconfiar de usted, señor Brown?

—Es una manera figurada de hablar, pero me gusta esa mirada de lobo hambriento, Evans.

Abre la puerta, paso detrás de él y el parloteo se detiene al instante. Todos los ojos están puestos en mí. Escaneo la habitación, poniéndoles nombres a las caras. Agentes de la policía que no logro reconocer, dos hombres de la seguridad privada de Nicholas, Madison, García e Isabelle. Mi mirada se detiene al toparse con esos ojos verdes, ese cabello que ya no es largo ni negro, sino corto y rubio.

—¿Nick? —dice sin dejar de mirarme—. ¿Quién es... este hombre?

—Kalie, el señor Evans es uno de los mejores hombres de la agencia que se encarga de mi seguridad. Es francotirador, se especializó en secuestros, rescates y...

—¿Estás insinuando que van a secuestrarme?

Permanezco en silencio un minuto más. Solo uno.

—No estoy insinuando nada, estoy asegurando que no voy a tomar ningún riesgo contigo. No voy a permitir que ese hijo de puta o cualquiera de los enfermos de sus seguidores te toque un solo pelo.

La joven Brown cierra los ojos, suspira.

—Nick, puedo quedarme en tu casa hasta que todo se aclare. Esto... ¿Realmente necesito un guardaespaldas?

—Aunque te quedaras conmigo, tendrías a cualquiera de

mis hombres vigilándote. Tu seguridad no se discute.

Doy un paso al frente, acercándome al sofá donde Isabelle permanece acurrucada en una manta. Extiendo mi mano, la rubia me observa.

—Gael Evans —me presento—. A partir de este momento, doctora Brown, soy su sombra.



MIENTRAS ESTÉ CONMIGO

ISABELLE

La esencia de su voz grave se aferra a las paredes dejando un eco interesante.

Le sostengo la mirada, jamás vi unos ojos de un azul tan intenso.

—*Kalie* Brown. —Acepto su mano y la aprieto con firmeza—. Le doy la bienvenida a mi aburrida vida, Evans.

Madison, mi mejor amiga y asistente, suelta una risita y se disculpa.

—Algo me dice que no estaría aquí si fuera tan aburrida, doctora.

Pasa de largo, deja su maletín y su bolso sobre la isla de la cocina y comienza a hablar la policía y los agentes.

—¿Es muy necesario, Nick? —pregunto cuando se sienta a mi lado—. Preferiría armar una valija pequeña e irme contigo hasta que todo... —*termine*— se aclare.

Hay consternación en los ojos verdes de mi hermano. Ayer era un hombre de cuarenta años exitoso y vital, hoy el temor lo envejece.

—Isa —mi nombre es un susurro prohibido—, tengo que asistir a la apertura del nuevo hospital en el que estuvimos trabajando. El viaje está programado para dentro de dos días,

no puedo faltar. —Suspira, agarra mis manos—. Insisto. Aunque te llevara conmigo, tendrías a uno de mis hombres pegado a ti las veinticuatro horas.

Asiento, entendiendo que solo quiere lo mejor para mí, aceptando que Gael Evans es lo que necesito ahora mismo, por más incómodo que pueda resultar.

—Isa y Nick, ¿recuerdas? Solo los dos, en todo, para siempre. No voy a permitir que nada te pase esta vez.

Me refugio en sus brazos y dejo que me consuele como si aún tuviera doce años.

«Isa y Nick. En todo. Para siempre».

—Estarás bien. —Besa mi cabeza—. Aclararemos este asunto rápido. Confía en la policía, Isa. Aaron está encerrado, se pudre en una celda. Tiene que ser alguna broma de mal gusto...

—O la obra de alguno de sus fanáticos.

—Isa...

Busca mi mirada, pero no puedo ver el terror en sus ojos. No puedo permitir que vea su reflejo en los míos.

—Sabes que los tiene, Nick. —Mis párpados se cierran, aprieto la mejilla contra su pecho—. Cientos de ellos. Van a visitarlo a la cárcel, le envían cartas, hay foros en Internet... Son ellos, lo sé. Es él. Otra vez, es él.

Cada palabra que sale de mi boca acelera el ritmo de su corazón.

—No te adelantes, Isa. Sabes que puede ser una broma, no sería la primera vez. —Calla. Sé que intenta creer en su propia voz—. Necesito que mantengas la calma, ¿puedes hacerlo?

Asiento, inhalo su aroma. Mi hermano, mi hogar.

—Señorita Brown, no quiero molestarla, pero ¿ya puedo retirarme?

Miro al pobre García en pijama y medio dormido.

—Claro que sí, García. Lamento que lo hayan despertado.

Niega.

—No es molestia, señorita. No sé lo que está pasando, pero espero se solucione pronto. Cuente conmigo si vuelve a necesitarme.

Le regalo una sonrisa cansada.

—Gracias, García. Descanse.

Me devuelve el gesto y se acerca a la puerta, pero una voz lo detiene.

—Me gustaría hablar un momento con usted, señor García, a solas.

Miro a Gael cruzar la sala, me levanto.

—La policía ya habló con García, Evans.

Me observa con el semblante rígido, inexpresivo.

—Yo no soy la policía, doctora Brown. Déjeme hacer mi trabajo.

Su orden endurece mis músculos.

Esto no va a ser nada fácil.

«Lo necesitas, te mantendrá segura».

Vuelvo a poner mi atención en el encargado del edificio.

—Lo lamento —me disculpo por milésima vez.

—No se preocupe, señorita, todo está bien.

Evans abre la puerta y espera a que el conserje salga. Ambos desaparecen.

—García no tiene nada que ver con esto, Nicholas, lo conozco hace tres años. Es un hombre excelente, cría a sus nietos, él no...

—Deja que Evans y la policía hagan su trabajo, Isa. Es

natural que sea el principal sospechoso al ser el encargado del lugar. Él lo sabe, sabe que tiene que cooperar para desvincularse.

Me paso las manos por la cara, estoy exhausta.

—Belle, ¿por qué no te acuestas? —Madison me acaricia la espalda—. Necesitas descansar. ¿Quieres que llame a tus pacientes para cancelar las sesiones de mañana?

Niego.

—Necesito trabajar. Voy a volverme loca si no mantengo la cabeza ocupada. —Estiro la mano, busco su contacto y el marrón cálido en su mirada—. ¿Te quedas conmigo esta noche? Mañana vamos juntas al consultorio. Por favor, no quiero... —miro la puerta como si pudiera ver detrás de ella, Gael interrogando al pobre García— dormir sola sabiendo que él... está aquí. No hoy, no lo conozco.

Madie asiente, me abraza.

—Claro que sí. Esta noche y todas las que quieras. Estoy aquí.

Hundo la nariz en su cuello, adoro el olor a coco de su piel morena y su cabello enrulado. Me gusta memorizar los aromas de la gente, descomponer cada nota. El olfato está ligado a la memoria, los recuerdos tienen esencia y perfumes.

La puerta se abre, Gael entra y va directo a la cocina. Lo observo hablar con mi hermano.

—Por lo menos te tocó un guardaespaldas que parece un galán de cine, piensa que podrías pasar las veinticuatro horas del día pegada al simpático Rodríguez. —Señala al hombre calvo y con ligero sobrepeso que se encarga de la seguridad de mi hermano desde que se metió en el mundo de la política.

—Mad...

—¿Qué? —Me sonrío, todavía apretujándome—. Solo señalo los hechos. ¿Viste ese cuerpo? ¿Es altura? ¿Esa

mandíbula? ¿Esos ojos? ¿Ese rostro? —susurra—. Ya que tienes que tener una sombra, mejor que sea la de un Adonis.

Me apoyo en su pecho, siempre fue la más alta de las dos. Observo a Evans y a Nick, ambos con el gesto serio.

—Solo tú podrías pensar en algo como eso en este momento, Madie.

—Solo quiero distraerte, Belle.

Se lo agradezco en silencio y la abrazo hasta que el agente Clarkson se acerca.

—Señorita Brown, puede descansar tranquila. Vamos a retirarnos, pero dejaremos una patrulla en la puerta a disposición del señor Evans. —Me da su tarjeta como si ya no tuviera media docena—. Cualquier cosa extraña que vea, escuche o presienta, me llama. ¿De acuerdo?

Asiento.

—¿Está seguro? —El ceño del agente se frunce—. ¿Él está...?

—Recibí la confirmación hace minutos, no hubo ningún intento de fuga en la prisión. Jones está en su celda.

Inhalo profundo, mi pecho se endurece. ¿Por qué sus palabras no me relajan?

—Gracias.

Asiente.

—Analizaremos el paquete y las flores y nos pondremos en contacto con usted en cuanto tengamos algo.

—Gracias —dice Madie por mí, pasándome el brazo por encima de los hombros.

Uno a uno los agentes de la policía abandonan mi hogar, devolviéndome el silencio.

Mi hermano se acerca, me abraza.

—Mi teléfono estará a mi lado en todo momento, puedes llamarme a la hora que sea. Confía en Evans y haz todo lo que diga, Isa. Ese hombre es una máquina de matar —casi susurra—, nadie va a tocarte un pelo mientras estés a su lado.

—¿Una máquina de matar? ¿Eso debería tranquilizarme?

Suspira.

—En este momento, sí.

Dejo que sus brazos me consuelen un rato más, escucho todas sus sugerencias y le prometo que seré precavida antes de verlo desaparecer junto con sus hombres.

Miro alrededor sintiéndome... vacía.

Gael abre su maletín, saca una computadora portátil, un cuaderno negro y tres celulares. Acomoda todo sobre la isla de la cocina con precisión, asegurándose de alinear los objetos, midiéndome mentalmente las distancias.

«Primera nota mental: Gael Evans. ¿Trastorno Obsesivo Compulsivo? Observar».

—¿Quieres té, Belle?

Me acerco a Madie, que busca tazas y enciende el fuego.

—Sí, gracias.

—Gael, ¿quieres té? —lo tutea sin vergüenza.

—No, señorita Ferris, gracias.

—Así que sabe mi apellido... —Mad me sonrío y vuelve a su tarea.

—Está en el expediente —responde sin más detalles.

—¿El expediente? —Me acerco a la isla bajo su mirada atenta.

—¿Qué más dice el expediente? —Curioseas Madie.

—Es confidencial. —Se desabrocha el saco, dejando a la vista la camisa blanca que se tensa sobre su abdomen plano—.

¿Podría mostrarme el departamento, doctora?

—No hay mucho más que esto y mi habitación...

Gira su cuello haciéndolo tronar.

—Necesito conocer cada cuarto, cada recoveco, ver hacia dónde da cada ventana.

Estudio su altura, su postura dominante, sus movimientos rígidos y calculados. El ejército dejó su impronta en este hombre.

—Sígame.

La suela de sus zapatos hace un ruido odioso cuando regresamos al *living*. Señalo los ventanales.

—Estas ventanas dan a...

—...una avenida principal. Hay una cafetería, un restaurante, un gimnasio y una estación de subte. Vive en una zona muy ajetreada, doctora Brown.

Alzo una ceja, lo observo.

—Dígame, Evans, ¿eso es bueno o malo?

Su mirada penetrante barre la sala hasta posarse de nuevo en mí.

—Eso es un arma de doble filo.

Enderezo la espalda, me cierro el cárdigan y, abrazándome, cruzo el *living*.

Sus irritantes mocasines me siguen.

—El baño —señalo la puerta a la izquierda, luego la de la derecha— y mi habitación.

Gael entra al pequeño baño, inspecciona el ventiluz. Sale, contempla el pasillo como si lo estuviera midiendo mientras se rasca la barba corta y perfecta.

—¿Podría invitarme a su habitación, doctora?

—¿Invitar? Interesante elección de vocabulario, Evans.

Abro la puerta, lo invito con un gesto.

—Gracias.

Cuando pasa a mi lado su perfume despierta mis sentidos. Madera, menta y algo más. Es la típica mezcla masculina y, a la vez, es un aroma nuevo.

Inspecciona las ventanas que dan a un parque para mascotas, gira, observa los muebles y los objetos como si buscara algo. Mira debajo de la cama, debajo del escritorio y la mesa de luz.

—¿Puedo abrir su armario?

—Mi...

Suspiro, asiento.

Abre el ropero empotrado, corre las perchas y da golpecitos en el fondo en distintos lugares. Cuando está satisfecho, lo cierra.

—Tendrá que dormir en el sofá. Lamento no tener un cuarto extra.

—Dormí en lugares peores, no se preocupe —asegura y sale del cuarto.

Me quedo procesando su accionar hasta que Madie entra con una taza en cada mano.

—¿Todo bien con el señor *Es confidencial*?

Asiento, acepto el té caliente y me siento en la cama.

—Belle, sé que es mucho pedir, pero deberías mantener la calma. Es solo un...

—...un ramo de flores idéntico al que usé en mi boda —la interrumpo—. Un ramo de flores que Aaron hizo con sus propias manos para mí. Es él, Mad. Sé que es él. Está cumpliendo su promesa, no va dejar que lo olvide. Esta reja no va a separarnos —repito sus palabras y mi piel se eriza.

Madison se sienta a mi lado, dejamos el té y nos

acurrucamos en el centro de la cama. Su voz dulce intenta contagiarme su positividad. Por un segundo creo que lo consigo, pensar que todo esto no es más que una broma de mal gusto, pero Mad se queda dormida y el silencio y la oscuridad me envuelven.

«Esta reja no va a separarnos, Isabelle. Nos pertenecemos hasta el final de los tiempos».

Son las cinco de la mañana, en tres horas tengo que estar en el consultorio con la cabeza fresca para el primer paciente.

Observo el perfil dormido de Madison. Ojalá pudiera entregarme a los sueños así, con tanta paz. Ojalá tuviera su personalidad, radiante y positiva. Ojalá tuviera su familia, completa y sana. Ojalá tuviera un novio como el suyo, dispuesto a sacarle sonrisas cada día. Ojalá tuviera su vida, simple, armónica, libre de sangre y dolor.

Me levanto y, con pasos mudos, salgo de la habitación. Recorro el oscuro pasillo y me detengo al llegar al salón.

Gael. Gael Evans duerme sobre el sillón. Lo contemplo, vestido de pies a cabeza, las manos cruzadas sobre el abdomen, el gesto relajado.

Para ser el mejor hombre de la agencia de seguridad, luce demasiado joven. Treinta y tantos, ¿tal vez? No creo que la experiencia esté necesariamente ligada a la edad, pero...

—¿Necesita algo, doctora?

Su voz me sobresalta y me golpeo el dedo pequeño del pie con un mueble. Maldigo en silencio.

—¿Está bien? —pregunta, con los ojos aún cerrados—. Estos muebles que se cambian de lugar...

—¿Se está burlando de mí, Evans?

El sillón se queja cuando se levanta y se dirige hacia mí. Si

la oscuridad no fuera casi total, juraría que hay una sonrisa en su boca.

—¿No puede dormir, doctora?

Me enderezo, intentando controlar la punzada de dolor que incinera mi pie.

—Puede llamarme Isabelle. Pero soy Kalie cuando estamos en público. —Niego—. Estoy... No importa.

Sus ojos azules parecen piedras negras mientras me escanea con detenimiento.

—Sé que puede resultar incómodo tener a un completo desconocido durmiendo en su casa, créame, lo entiendo. —Da un paso al frente; yo, uno atrás—. Pero no me tenga miedo, doctora. No a mí. No olvide que voy a dar mi vida por usted si es necesario.

Trago.

Mi corazón galopa.

—No le tengo miedo, Evans.

La intensidad de su mirada repara en mis labios antes de llegar a mis ojos.

—Excelente. Ahora intente descansar. Nadie le tocará un solo pelo mientras esté conmigo.

Silencio. No más palabras, solo miradas capaces de incendiar bosques.

Giro, vuelvo a la habitación olvidando por completo para qué salí.

«No olvide que voy a dar mi vida por usted si es necesario» «Nadie le tocará un solo pelo mientras esté conmigo.» «No puede hacerte daño, Belle. Ya no puede hacerle daño a nadie».

Apoyo la cabeza en la puerta.

—Respira —me susurro.

Respiro, aferrándome a aquellas frases que se repiten una y otra vez en mi cabeza, pero la verdad es implacable. Lo siento, lo sé.

Ni siquiera una cárcel de máxima seguridad puede detener a El pecador de Oxford.

Pasión. Lo que nos mueve es la pasión. Somos seres pasionales, deliciosamente primitivos.

Pasión por los sueños, por la música, por el arte. Pasión por el crecimiento, por el saber. Pasión por el amor. Pasión por la ambición y el éxito. Pasión por la risa, por el llanto. Pasión por la carne, la piel y el sudor. Pasión por la sangre que nos une. Pasión por la pasión.

Pasión es lo que me llevó a mirarte, Isabelle. La pasión en tu voz, en tu forma de hablar, en tus gestos, hizo que mi atención se desviara de la estúpida fiesta llena de universitarios borrachos y engreídos y se posara en ti. En tu cabello largo, ondulado y castaño, en tus ojos de esmeralda, en tus labios llenos y rosados que modulaban sin cesar, en tu cuerpo esbelto y sano. Pasión es lo que hizo que la música desapareciera y solo quedara tu voz. Pasión es lo que agudizó mis sentidos y me permitió contemplarte.

Isabelle. Eso gritó alguien en medio del caos de hormonas y estupidez. Pensé que era un nombre poderoso y seductor. Isabelle, no Emily, Lily o Jessica. Isabelle, la que ama a Dios. El significado de tu nombre erizó mi piel.

¿Coincidencia o destino? Me gusta creer que fue una mezcla de los dos.

Te miré, te escuché, te adoré, hasta que tus ojos se encontraron con los míos. Una sonrisa empática curvó tus preciosos labios, desarmándome. Qué se yo de empatía, dirás... Sé que la empatía es sinónimo de tu nombre, Isabelle. Sé que la empatía perlaba tu piel. Me acerqué, tu perfume me acarició y me rendí a tus pies aún sin conocerte. Eras una obra de arte pura y explosiva y yo, un coleccionista hambriento. Me presenté, te presentaste con una sonrisa aún más grande. Elogié tu nombre y tu discurso sobre ecología y concientización, ese que escuché sin disimulo. Me diste más datos y estadísticas que devoré con la misma pasión con la

que hablabas. No dejé de mirar tus ojos, no parpadeé, me nutrí con tu belleza y tu intelecto hasta que me preguntaste qué estudiaba. Te dije que era profesor de Teología y acababa de finalizar un estudio de posgrado, también que pensaba largarme de Oxford cuando las vacaciones llegaran a su fin. Eras atea, Isabelle, y nada me sedujo más que la posibilidad de un rico intercambio de ideas.

Te sorprendió mi edad, un treintañero entre tantos espíritus que no pasaban las dos décadas, incluida tú. Me dijiste que vivías con tu hermano, pero te habías mudado al campus. Tu carrera recién comenzaba, el primer año para licenciarte en Psicología. Psicología... ¿Me entenderías, Isabelle? Si te lo contaba todo, si abría mi mente y mi corazón para ti, ¿me habrías comprendido? No. Habrías temido. Miedo genuino y angustiante, el mismo que me tuve desde que lo sentí por primera vez.

Hablamos hasta estar sedientos, bebimos, bailamos e hicimos el ridículo. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas qué sentiste aquella noche? Yo sí. Ni la muerte podrá arrancarme el calor del momento. Te susurré al oído que era un pésimo bailarín con piernas de madera, te reíste y dijiste: Y yo soy una pésima cocinera, capaz de incendiar la casa calentando comida precocida en el microondas. Tomé clases de cocina y jamás conseguí nada decente. Pero no me avergüenzo, acepto mi naturaleza. Acepta tu naturaleza, Aaron.

Fue en ese instante cuando lo supe, tú eras mi respuesta.

AJ



REGLA NÚMERO CUATRO

ISABELLE

Estaciona con perfección milimétrica, baja, rodea su vehículo y abre la puerta. Me quedo mirando la mano que me ofrece, tardando más de lo normal en reaccionar a su caballerosidad. Mis dedos se pierden en los suyos, tibios y callosos, y bajo. Gael repite el proceso con Madison antes de asegurar el auto y escanear los ajetrechos alrededores del Hyde Park.

—Qué servicio —susurra Madie mientras nos acercamos al modesto edificio donde está mi consultorio.

Miro de reojo hacia atrás, Evans pisándonos los talones sin dejar de estudiar los movimientos de cada transeúnte.

—Su presencia me perturba más que la soledad —aseguro, revisando mi casilla de correo electrónico y los mensajes de Matt sin responder.

—¿Qué estás diciendo? Tienes un metro noventa de testosterona dispuesto a morir por ti, si es necesario.

—Exactamente. Tenerlo pegado a mi espalda significa que el peligro es real.

Madison me abraza, besa mi cabeza.

—Ya escuchaste a los oficiales, Belle. Sigue en el mismo lugar donde se pudrirá hasta que deje de respirar. No es él. Es

una broma de mal gusto o un malentendido que se aclarará pronto y Gael solo será un recuerdo. Uno ardiente, por cierto.

Sonrío y busco las llaves en mi bolso.

—Doctora Brown —Gael se adelanta antes de que pueda abrir la puerta y toma con suavidad las llaves de mi mano—, regla número uno: No importa el sitio, siempre entro primero, reviso y luego pasa usted. ¿Entendido?

Alzo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Regla número *uno*?

—Hay más. Le diré todo lo que tenga que saber en el almuerzo.

—¿El almuerzo? ¿Quién le dijo que me detengo para almorzar?

Saca del bolsillo de su traje negro un papel prolijamente doblado, lo sostiene entre sus dedos como si fuera una carta de póker.

—Su rutina. No es la única que hace bien su trabajo, doctora.

Un escalofrío acaricia mi columna.

«¿Mis horarios están en ese papel? ¿Los lugares que frecuento? ¿Lo que suelo comer? ¿Tan fácil es espiar la vida de una persona?»

La mirada penetrante de Gael analiza los alrededores una vez más antes de abrir la antigua puerta de madera y cristal.

Mientras esperamos a que Evans termine de revisar, Madison hace gestos sugerentes. Sé que la situación no le divierte, solo quiero sacarme una sonrisa. Y lo logra, siempre lo logra.

—Señoritas —Gael nos invita a pasar al complejo de oficinas.

La melodía de nuestros zapatos suena en el silencio.

Siempre soy la primera en llegar.

—¿Cuántas oficinas están ocupadas? —pregunta Evans, estudiándolo todo.

—No lo sé.

—Creo que unas cuatro o cinco —adivina Madie.

—¿Hay encargado?

—Hay un hombre de seguridad que llega a las diez —digo, escuchándolo seguir nuestros pasos—. Estoy segura de que podrá interrogarlo como hizo con el pobre García.

Nos detenemos frente a mi oficina, Gael mira todas las llaves que hay en sus manos.

—Es la pequeña —señala Madie.

Evans agradece con un movimiento de cabeza y abre la puerta. Ingresamos a la pequeña sala de estar después de él. Madison se dirige a su escritorio, enciende la computadora y comienza a atender el teléfono. Yo continúo caminando hasta la puerta blanca a la derecha del recibidor.

Voy a abrir, pero una mano se posa sobre la mía encima del picaporte. Alzo la vista, Evans me pulveriza con su mirada.

—Regla número uno, doctora.

Suspiro, suelto el picaporte.

—Tendré que acostumbrarme.

—Usted, más que nadie, sabe que somos animales de costumbre.

Gael revisa mi despacho en menos de treinta segundos. Es un cuadrado blanco y minimalista, no hay mucho para revisar.

Entro, abro las cortinas, me siento en el escritorio y comienzo a releer las notas de las últimas sesiones de los pacientes de hoy. Escucho el rechinar de mi sillón individual de madera, alzo la vista.

—¿Necesita algo, Evans?

Se cruza de piernas, observa cada objeto en la habitación hasta toparse con mis ojos.

—Doctora, dejemos clara una cosa. Voy a permanecer en esta silla hasta que termine su jornada laboral, le guste o no.

Cierro los ojos.

—Sillón.

—¿Disculpe?

—Es un sillón de mitad de siglo, no una silla. Y de ninguna manera va a permanecer en este cuarto mientras estoy con mis pacientes. Las sesiones son privadas, Evans. ¿Entiende?

—Me disculpo por ofender al sillón de mitad de siglo. — Se acomoda la corbata, endereza los hombros y me observa—. Hay dos opciones, doctora. Me quedo durante la sesión o cacheo a cada uno de sus pacientes antes de entrar.

Aprieto el lápiz que hay en mi mano.

—¿Es una broma?

—No soy un buen humorista. Si quiere, en otro momento le cuento cuáles son mis talentos. Ahora, ¿cuál de las opciones prefiere?

Inhalo, exhalo.

«Uno, dos, tres».

—Ninguna, Evans. Mis pacientes vienen a este lugar para sentirse en paz, seguros, no violentados. No va a revisarlos como si fueran presuntos criminales.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer, doctora.

—No.

Se encoge de hombros.

—Es la única manera de que usted y un completo desconocido estén solos en esta habitación durante cuarenta

minutos.

—Cuarenta y *cinco* minutos. Y no son completos desconocidos, Evans, son mis pacientes. A algunos los conozco desde mi residencia y...

—Regla número dos: su seguridad *siempre* está primero, aunque tengamos que hacer cosas... políticamente incorrectas.

Apoyo los codos sobre el escritorio de madera, masajeo mis sienes.

—Evans...

Dos golpes en la puerta, Madison entra.

—Llegó Daniel, ¿ya puede pasar?

Miro el reloj, sonrío. Tan puntual como siempre. Daniel no llegó tarde a una sesión ni una sola vez en más de un año.

—Que pase. Evans, fuera, por favor.

Gael se levanta, se acomoda el traje y se queda de pie junto a la puerta. Cuando Daniel se acerca, lo intercepta con amabilidad.

—Buen día, señor, necesito cachearlo.

—¿Cachearme? ¿Por qué? ¿Qué hice?

Suspiro, me levanto.

«De verdad va a hacerlo».

—Doctora Brown, ¿qué pasa?

—Es un nuevo protocolo de seguridad del edificio —miente Gael.

—Daniel, buen día —lo saludo con una sonrisa—. Es... una medida de seguridad temporal. Si no te importa, el señor Evans te revisará superficialmente.

La expresión corporal de Daniel lo dice todo: paranoia, recelo, ansiedad.

—Solo será un segundo, y estaré justo aquí.

Sus ojos brillosos y desorbitados van de Gael a mí hasta que asiente.

—Extienda los brazos y las piernas, señor.

El *señor* suena extraño cuando va dirigido a un muchacho de veinte años.

Daniel obedece. No rompe el contacto visual conmigo mientras Evans toca sus brazos, axilas, torso, caderas, piernas y tobillos.

—Gracias, señor.

Daniel huye al interior del consultorio sin dedicarle una sola mirada.

—Última vez que violenta así a uno de mis pacientes, Evans —susurro y le cierro la puerta en la cara.

Cuando el último paciente se va, Madie entra al consultorio y se apoya contra la puerta.

—Esta mañana fue...

—Estresante —la interrumpo, acomodando con rapidez el escritorio.

—Iba a decir interesante, pero estresante también cuenta.

Acomodo detrás de mis orejas unos rulos caprichosos que escapan del moño alto.

—¿Dónde quieres almorzar?

—De eso venía a hablar. —Se acerca sonriente. No puedo evitar admirar su piel morena y radiante, Madison siempre fue una belleza por dentro y por fuera—. Voy a almorzar con Logan, se pidió el día libre.

Hay algo pícaro en su expresión que me hace preguntar:

—¿Y...?

—¡Y... creo que me va a proponer matrimonio! —Se tapa la boca y continúa con un tono más bajo—: Hace días que está raro, pero raro bien. Sé que está tramando algo, una sorpresa.

Me obligo a sonreír ignorando el ligero temor que me abraza, deseando que ese *raro bien* no sea un *raro mal*. Cuando se trata de Madie, saco las garras por instinto.

—Cuéntame todo después del almuerzo.

—¡Lo haré, lo haré!

Dos abrazos después, Madie sale del consultorio y yo me dejo caer en mi sillón.

Unos golpecitos en la puerta abierta, Gael me observa.

—¿Dónde va a almorzar, doctora?

—No lo sé, dígamelo usted. ¿No lo tiene anotado en su lista de cosas sobre Isabelle Brown?

Un pequeño, pequeñísimo, ínfimo atisbo de sonrisa curva sus labios llenos y definidos. Mira el reloj en su muñeca antes de entrar y llenarlo todo con su intensa presencia. Se acerca al perchero, agarra mi blazer y mi cartera, y me observa sin parpadear hasta que me levanto.

—Puedo llevar mi bolso, no voy a lesionarme la muñeca.

Ignora mi comentario, señala la puerta.

—Después de usted, doctora.

Frunzo el ceño, lo estudio.

—Regla número uno. Después de usted, Evans.

Sé que ya revisó todo el lugar y que la regla número uno no aplica realmente a este momento, pero hay algo divertido y adictivo en llevarle la contra en pequeñeces como esta.

Inhala profundo, hace tronar su cuello y sale.

Cuando estamos en la calle insiste en ponerme el blazer, a pesar de que no hace frío. Terminó quitándomelo a las dos

cuadras, llevándolo en la mano. Lo sigo hasta que se detiene en el pequeño restaurante donde suelo almorzar la mayoría de las veces, es el más cercano al consultorio y puedo ir a pie. Entramos. Evans convierte a todos en ceniza con una mirada repugnante, es casi como si estuviera diciendo «Atrévete a acercarte y te parto las piernas antes de que puedas suplicar». Sé que está haciendo su trabajo, pero ¿ser desagradable está incluido en su sueldo o en su personalidad?

Camino hasta una mesa grande cerca del ventanal.

—No, cerca de las ventanas no.

Levanto una ceja, espero una explicación.

—¿Es otra regla?

—Regla número tres: nunca se exponga a estar cerca de las ventanas ni caminar del lado de la calle. Se pone un moño sobre la cabeza, doctora.

Cierro los ojos, cuento en silencio hasta tres.

«Es por tu seguridad. Es por tu bien. Acepta sus órdenes».

Me siento en una mesa para dos alejada del ventanal. Gael permanece de pie, escaneando el lugar.

—Voy a estar ahí —indica, señalando un lugar a dos mesas de la mía desde el que tiene una visión perfecta de toda la estancia—. Cuando termine de almorzar hablaremos sobre todo lo que necesite saber para nuestra nueva rutina. Si tiene que ir al baño, me avisa. Si tiene que moverse, me avisa. ¿De acuerdo?

Lo observo con la cabeza tan inclinada hacia atrás que resulta incómodo.

—Si tengo que respirar, ¿le aviso, Evans?

Desvía la mirada, se toma un segundo. Su boca se abre, pero no dice nada. Se da vuelta y se aleja. Se sienta exactamente donde dijo que estaría. No me saca los ojos de encima, ni a mí ni a nadie que esté cerca de mi presencia.

Me levanto y agarro mis cosas, Evans ya está de pie antes de que llegue a su mesa. Me siento frente a él, abro el menú.

—¿Qué está haciendo?

—No ser ridícula.

—¿Disculpe?

—Siéntese, Evans. Deje de hacer papelones.

—¿Papelones?

Cierro el menú, alzo la mirada.

—¿De verdad vamos a almorzar en mesas separadas cuando tenemos mucho de qué hablar?

—Yo no voy a almorzar, estoy en horario de trabajo.

—Su horario de trabajo son las veinticuatro horas, Evans. ¿Piensa morir de hambre?

Se sienta, acomodando su ya perfecto traje.

—No me distraiga, doctora.

—¿Lo distraigo, Evans?

Me cruzo de brazos, descansando sobre el respaldo de la elegante silla.

—Vaya a almorzar y déjeme hacer mi trabajo, por favor.

—Haga su trabajo y cuénteme lo que necesito saber, *por favor*.

El mozo aparece, ordeno con rapidez. Gael no pide nada más que un jugo de naranja.

—En realidad, necesito que usted me cuente lo que tengo que saber.

—Estoy segura de que ya lo tiene todo en esa lista. ¿No es así, Evans?

—Tal vez sí, tal vez no. Me gustaría corroborar los hechos.

Acomodo los puños de mi camisa blanca, pienso por dónde

empezar.

—¿Qué necesita saber?

—Todo. Sin pudor, no estoy para juzgarla.

Todo... Hay solo tres personas en el mundo que lo saben todo de mí: Aaron, Madison y el doctor Francis, mi psiquiatra. Para desgracia de Gael, no estoy en busca de un cuarto par de oídos.

—Creo que la historia de Isabelle *Jones* es de conocimiento común.

Evans se acerca, apoyando los codos sobre la mesa, y casi susurra:

—Necesito el punto de vista de Isabelle *Brown*, doctora. Si quisiera saber lo que se piensa de la exesposa de Jones, lo buscaría en Internet. Quiero saber qué le pasó a Isabelle y a Kalie. Quiero saber por qué cree que está en peligro otra vez. Quiero saber por qué piensa que Jones quiere contactarla después de tantos años.

Un nudo de ansiedad se teje en mi garganta, me esfuerzo por tragarlo. Hace tanto tiempo no me sentía así. Hace tanto tiempo que el pánico no acariciaba mis huesos.

—Lo prometió —digo en voz tan baja que apenas se oye sobre el murmullo de la sala—. “Esta reja no va a separarnos, Isabelle. Nos pertenecemos hasta el final de los tiempos.” —cito sus palabras—. El día en que fue condenado lo prometió a los gritos, prometió que volvería a mí. Él... cree que me ama. Cree que lo que siente por mí es lo único puro e inocente en su vida, y hará todo lo posible por tenerme a su lado.

—¿Cree que la ama? ¿Usted no piensa que la haya amado verdaderamente en sus años de noviazgo y matrimonio?

Lo medito como lo hice tantas veces.

—Aaron tiene un trastorno psicopático, Evans. Dentro de las características psicopáticas están la empatía y el

remordimiento reducido o nulo, por eso puede dormir por las noches después de haber hecho lo que hizo. ¿Puede ser capaz de amar? No. No de la misma forma en que usted o yo amaríamos. Pero puede mantener relaciones románticas por apego o por costumbre. Lo de Aaron es un amor ligado a la obsesión. —Niego, me concentro en respirar. Solo respirar—. Si una persona con este trastorno logra sentir algo, el sentimiento se desvanecería rápidamente o se mudaría hacia otro objeto de deseo. —Aprieto los puños debajo de la mesa—. Aaron no me ama, Evans, está obsesionado conmigo. Con el fantasma de lo que fuimos. Con la idea de que alguien pudo amarlo, aunque fuera un monstruo.

Sus labios son una línea recta, sus ojos un remolino de llamas azules.

—¿Alguna vez notó que algo estaba mal con él? Quiero decir, usted trabaja con...

—*Ahora* trabajo con pacientes psiquiátricos, Evans —lo interrumpo, disgustada. Odio esa maldita pregunta. «¿Cómo no te diste cuenta? ¡Eres psiquiatra!»—. No nací siendo psiquiatra. Además, cuando comenzamos a salir recién estaba en primer año de la carrera, aún no sabía nada. Y después... Uno no se la pasa analizando a las personas que ama, Evans. —Niego, señalo alrededor—. ¿Sabe cuántas personas de las que están aquí sentadas almorzando podrían ser asesinos, agresores sexuales o simples delincuentes? Son maestros del engaño. —Evans sopesa mis palabras, barre el lugar con la mirada—. Nos engañó a todos, engañó a su propia familia desde que tuvo uso de razón. Torturó, mató y jugó con la mente de las personas a la vista de todos, Evans. Supo representar el papel del marido ideal, el profesor prestigioso y el vecino bondadoso a la perfección. Todos caímos a sus pies.

El mozo deja las bebidas y mi comida, le agradezco y bebo para ahogar las lágrimas que sé que están ahí. Siempre están ahí.

—Jones está preso, ¿qué ganaría con todo esto además de

un poco de diversión? —pregunta cuando volvemos a estar solos.

—Atención, protagonismo. Mantener su nombre vivo. Seguir presente en mi vida, impedir que lo olvide.

—¿Podría olvidarlo, doctora? Si él desapareciera de su vida para siempre, ¿podría olvidarlo?

La pregunta es demasiado personal, la respuesta me asusta.

Comienzo a comer despacio, ignorándolo, evadiéndome.

—¿Cree que está en peligro?

Niego.

—Yo no. Creo que él... no me haría daño físico. —Llevo la mano a mi estómago, es instinto—. Pero la gente que me rodea, la gente que amo, que me importa, ellos están en peligro. Aaron haría cualquier cosa para tener mi atención, para tenerme de vuelta.

Evans estudia cada una de mis palabras, cada uno de mis gestos, así como yo lo estudio a él. En silencio. Minuciosamente. Leer a las personas es un arte.

—Me dice que la quiere de vuelta, pero en la cárcel no puede tenerla. No de forma permanente... ¿Cree que va a escapar?

Es difícil no oír aquello que da vueltas en mi cabeza desde hace tres años.

—Sí. Creo que lo está planeando a la perfección. Creo que tiene los recursos, los contactos, los *amigos* necesarios. Creo que va a escapar cuando sienta que llegó el momento.

—¿Y cuándo sería eso, doctora?

—Si lo supiera, Evans, estaría moviendo cielo y tierra para impedirlo. —Suspiro, apoyo el tenedor sobre el plato casi lleno—. Aaron es perfeccionista, meticuloso e inteligente, no va a dejar nada al azar.

—¿Aún lo ama, doctora?

La vida se detiene.

—¿Qué... clase de pregunta es esa?

—Una simple.

—No... No tengo por qué responder a su intromisión, pero voy a hacerlo —imprimo firmeza en mi voz—. No puedo amar a un monstruo. No puedo amar a un hombre que engañó a su comunidad, a su familia. No puedo amar a un hombre que acobijó a docenas de personas con trastornos mentales y les hizo creer que eran especiales y debían abrazar su agresividad, su necesidad de matar. —Entierro las uñas en las palmas de mis manos—. No puedo amar a un asesino.

«¿No puedes, Isabelle?»

De repente mi cuerpo está hirviendo, el sudor pega algunos cabellos a mi frente. Bebo un poco de agua helada, intento tranquilizarme.

«No pierdas el control. No pierdas el control».

—¿Cuál es la cuarta regla, Evans?

Me analiza.

—Regla número cuatro: nunca me mienta, doctora.

Un verano, eso era todo lo que íbamos a darnos. Estaba claro para los dos, no esperábamos nada más.

No sé qué fue lo que te pegó a mí, Isabelle. ¿Fue mi carisma? ¿Fue mi intelecto? ¿Mi físico? ¿Mi voz? ¿Mi título? ¿Fue la tentación de lo prohibido? La alumna y el profesor... Aunque no eras mi alumna, todavía. ¿Fue curiosidad por saber cómo se sentía estar con un hombre experimentado? ¿La excitación de lo desconocido? No sé qué fue, pero sí sé qué fue lo que me pegó a ti. Tu deliciosa inocencia era un imán. Tu hambre de futuro, tu juventud salvaje, tu ambición, tu pureza. Tu pureza, Isabelle. Eras un ángel, estabas llena de bondad y buenas intenciones. En tu mente no había voces, en tu sangre no había fuego, eras paz. Eras paz y yo, la guerra. Y caí, Isabelle, caí de rodillas ante tu luz porque contrastaba con la oscuridad que me enseñaste a abrazar. Y sabes que me encantan los contrastes, sabes que encuentro arte en el caos irracional. Y así fue, tan fácil... El demonio se enamoró del ángel, aunque no sabía amar.

Un verano, eso era todo lo que íbamos a darnos.

Un verano que pasamos descifrándonos, deleitándonos, comiéndonos, debatiendo, estudiando, cantando, riendo, escuchándonos, sintiendo.

Un verano donde pensé en algo más que aquel oscuro deseo que rompía mis costillas desesperado por salir y materializarse.

Un verano que pasamos entre las sábanas. Te exploré, Isabelle. Me emborraché con tus gemidos suaves, con el terciopelo de tu piel, con tus curvas y aquel valle húmedo y cálido entre tus piernas.

Siempre fui un hombre de apetito voraz, pero me llevaste a la gula y al desenfreno. Adicto. Esa palabra me describe bien. Era adicto a ti, Isabelle. Soy adicto a ti.

No fui el único que se dejó arrastrar por el frenesí de la lujuria. Me exploraste. Fuiste autodidacta, te tomaste tu tiempo y me destruiste con tu lengua y tus manos de seda. Nunca fui tan vulnerable como cuando estuve entre tus brazos. Vulnerable. Irónico, ¿no? Estuve enemistado con esa palabra toda mi vida, hasta que te conocí. Tú me hiciste sentir, Isabelle, y hasta el Diablo quiere amar, aunque solo sea una vez.

Un verano, eso era todo lo que íbamos a darnos.

Un verano que se transformó en otoño.

Un verano que murió en las manos del invierno despiadado.

Un verano que fue mi renacer y el peor de tus errores.

AJ.



USTED Y YO

GAEL

La ducha caliente deshace los nudos que ese sofá hizo con mis músculos.

Apoyo la cabeza en los azulejos, cierro los ojos e intento relajarme. Trato de concentrarme solo en el agua recorriendo mi cuerpo, pero el cansancio y la tensión siguen ahí. Somos un trío inseparable.

Cuatro días. Hace cuatro días estoy pegado a la doctora y su aburrida vida. Del departamento al consultorio, del consultorio al departamento. Nada de salidas nocturnas, *shoppings* o boliches. Me lo pone fácil y me encanta. No es la típica malcriada que se niega a tener un guardaespaldas, ni la que se lanza a mis brazos con las intenciones equivocadas. La doctora es... razonable, sabe que me necesita y colabora con la esperanza de que todo termine lo antes posible. Pero tengo malas noticias para Kalie, seré su sombra por mucho más que solo unos cuántos días.

Inhalo el vapor que me envuelve, pienso en Tyler. Necesito hablar con Nicholas para que me ponga un relevo al menos una vez a la semana. Sé que Ty y mi madre están acostumbrados a esto, pero odio ausentarme tanto de sus vidas.

Me enjabono la piel tibia, mi cabeza está llena otra vez.

«Estoy en la casa de Isabelle Brown».

Exhalo.

«No puedo amar a un monstruo».

Aún lo ama. Una parte de esa mujer aún ama a Aaron Jones, lo sé, puedo verlo en sus ojos. Y la entiendo, sé lo que es amar a un monstruo.

Un grito desgarrado hiela mi sangre.

«Isabelle».

No parpadeo, es automático. Corro la cortina, agarro el arma que dejé sobre mi ropa y salgo. Cruzo el pasillo con el pulso galopando detrás de mis oídos. Entro a su habitación, la penumbra y los gritos me reciben. Enciendo la luz. Nada. No hay nada más que Isabelle en el piso, al lado de su cama. Bajo la Glock, me acerco. Sus ojos están cerrados; su rostro, contraído en una mueca de dolor. O terror.

—¿Doctora?

Gira su cabeza, niega. Una lágrima acaricia su mejilla.

—¿Doctora?

—Por favor... Aaron...

Cierro los ojos, suspiro.

«Sigue soñando con él».

La levanto y la acuesto de nuevo entre sus sábanas.

—¡No! —Sus uñas se entierran en mis brazos—. ¡No! ¡No!
¡No! ¡No! ¡Basta! ¡Basta!

—Doctora, despierte. —Acaricio su frente húmeda y gélida—. Doctora... —Sus dedos se hunden en mi carne hasta que duele—. ¡Isabelle!

Abre los ojos, son ventanas al infierno.

—Aaron.

Su mirada aturdida lo busca por cada rincón de la habitación.

—No está. Fue un sueño, solo un sueño.

Sus párpados se cierran, su pecho se desinfla. Ya no hay una solitaria lágrima sobre su piel, son docenas. Una vulnerabilidad demasiado íntima abraza al momento y me invita a retirarme.

—¿Quiere un poco de agua?

—Por fa... —Me observa perpleja, confundida—. Qué... Evans, ¡¿qué hace desnudo?!

Miro hacia abajo, hay un charco a mis pies.

—Mierda.

—¡Segundo cajón, Evans! —indica con una mano sobre los ojos y la otra apuntando a la derecha—. ¡Toallas! ¡Toallas! Cómo... ¿Cómo se le ocurre entrar desnudo a mi habitación? Qué poco profesional de su parte.

Cierro el cajón, anudo la toalla alrededor de mi cintura.

—Acudir a su rescate incluso desnudo es muy profesional de mi parte.

Bufa, niega.

—¿Ya se... tapó?

—Ya puede mirar.

Espía por la grieta entre sus dedos.

—¿Qué estaba haciendo desnudo a las... —mira el reloj despertador — tres de la mañana, Evans?

—Estaba duchándome tranquilamente y escuché sus gritos. Su vida es mi prioridad, doctora, no hay tiempo para toallas.

Se agarra la cabeza, murmura cosas que no entiendo.

—No es para tanto...

—¡¿No es para tanto?! Ahora no podré mirarlo a la cara sin pensar en su...

Sonrío, agarro el arma que apoyé sobre su mesa de luz.

—Véale el lado positivo, doctora, ahora tendrá algo mejor con lo que soñar —digo y salgo de la habitación.

Me encierro en el baño, termino de secarme y me visto. Voy hasta la cocina con pasos mudos, sirvo un vaso con agua y vuelvo a su cuarto. Golpeo.

—Pase, si ya está vestido.

Sonrío, entro.

—El agua, doctora. —Dejo el vaso en sus manos—. Intente descansar.

—Evans.

Su voz me detiene a centímetros de la puerta, giro.

—¿Sí?

Hay rastros de pánico y vergüenza en su mirada.

—¿Podría... quedarse hasta que... me duerma?

Estudio la mezcla de sentimientos en su rostro, esa puja interna que no puede ocultar.

—Por Dios, olvide lo que dije. Yo... —Niega, desvía la mirada—. Vaya a descansar, Evans.

La contemplo, me contempla. Señalo una esquina junto a la ventana.

—¿Puedo usar esa silla?

—Es un *sillón* capitoné, Evans.

Apago la luz, pero la iluminación del salón baña tenuemente una porción de la estancia. Me dejo caer en el *sillón*.

—Parece que va a tener que darme una clase sobre mobiliario.

Isabelle bebe toda el agua antes de acostarse de perfil y observarme. Hay una tristeza tan pura en sus ojos que ni las sombras pueden ocultarla.

—Duerma, doctora. No está aquí. Solo somos usted y yo.

Bato los huevos con energía mientras sostengo el celular entre mi oreja y mi hombro.

—¿Todavía tienes que cuidarla de los malos? ¿Cuándo vas a volver a casa?

—Sí, Ty, todavía tengo que cuidarla de los malos —hablo bajo, no quiero que Isabelle despierte—. Ya sabes cómo es mi trabajo, nunca sabemos cuánto va a durar.

—¿Vas a poder llevarme al cine en mi cumpleaños?

Estornudo.

—Claro que sí. Voy a asegurarme de tener el próximo sábado libre e iremos al cine antes de tu fiesta como todos los años.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa, compañero.

—Está bien... La abuela te manda un beso y un abrazo enorme.

Vierdo los huevos en la sartén, revuelvo.

—¿Puedes darle un beso y un abrazo enorme por mí?

—Sí... Quiero mostrarte el collage gigaaaaante que hice en la escuela. Usamos un montón de cosas que la gente tira a la basura. La maestra dijo que estábamos reciclando.

—Me muero por verlo, mándame una foto.

—Lo haré. La abuela lo colgó en la pared, dice que es su mejor cuadro.

—Estoy seguro de que no miente. —Giro para sacar la leche de la heladera, pero me detengo al ver a Isabelle acariciando a su gato gordo—. Tengo que cortar. Te llamaré más tarde, ¿sí?

—Bueno. Te amo.

Sonríó sin dejar de mirar al gato peludo y arisco en brazos de la doctora.

—También te amo, amor.

Dejo el teléfono sobre la isla, sirvo los huevos revueltos antes de que se quemen.

—Buen día, doctora. —Estornudo—. Espero no haberla despertado.

—Buen día, Evans. No sé cómo dormí tanto teniendo un millón de cosas para hacer.

—Durmió y roncó como si no hubiera un mañana.

—Yo no ronco, Evans.

Niego con la cabeza.

—Lamento decepcionarla, doctora, sí ronca —miento—. La próxima vez que vigile su sueño recolectaré evidencias.

—No habrá próxima vez, pero gracias por la humillación.

Me doy vuelta con una sonrisa y pongo un plato con huevos, tostadas y palta frente a sus ojos.

—¿Me hizo el desayuno?

—Nos hice el desayuno. —Estornudo—. Espero que no le importe que abra su heladera y toque sus electrodomésticos sin permiso.

Me estudia mientras sirvo té y café.

—Se lo dije tres veces, Evans. Si va a vivir aquí mientras haga su trabajo, siéntase como en casa.

Apoyo la taza de té junto a su plato.

—¿Cómo durmió? —Estornudo—. ¿Soñó con algo *interesante*?

Sus mejillas florecen y se esconde detrás de la infusión caliente.

—¿Se siente bien? —ignora mi pregunta—. Últimamente se la pasa estornudando.

Estornudo, agarro mi café y mi plato antes de sentarme frente a ella.

—Soy alérgico al pelo de los gatos.

Sus bonitos ojos se abren llenos de sorpresa, mira al felino sobre su regazo antes de bajarlo.

—¿Por qué no me lo dijo? Podría haberlo dejado encerrado en mi habitación.

—No quise incomodarla, es su casa. No quiero alterar su normalidad. —Estornudo—. No se preocupe, no es nada que no se solucione con una de estas. —Saco un pequeño pastillero del bolsillo del pantalón de jean, hoy no hay traje—. Pero le agradecería si le dice al *señor Freud* que debe prestarme su sillón hasta que me vaya. Compartirlo no está siendo una buena idea.

Una sonrisa curva sus labios. Es la primera vez que me sonrío y ya quiero que lo haga de vuelta.

—El señor Freud estará encantado de cederle su sofá, Evans, no se preocupe.

Agradezco con un gesto, trago la pastilla y comienzo a desayunar.

Es incómodo, no voy a mentir. Siempre es incómodo estar en la casa de los clientes, en especial en una tan pequeña como esta, donde ni siquiera tengo mi propio espacio. Pero de alguna manera las cosas no son tan tensas como esperaba. Ya lo dije, la doctora me lo pone fácil.

—¿Qué planes tiene para hoy?

Bebe, piensa, y yo la observo. Observo la maraña de rulos rubios que forman aquel recogido en lo alto de su cabeza. Observo sus rasgos definidos, delicados, casi aniñados.

Trece años. Jones le lleva trece años. No hace falta

preguntar qué vio en él, el tipo es carismático y seductor. No hace falta preguntar qué vio en ella, Isabelle es la perdición de cualquier hombre. O la redención.

—Mmm... Tengo que ordenar, luego...

—Ya lo creo —la interrumpo sin poder evitarlo—. Su heladera era un desastre, doctora. Pero no se preocupe, la limpié y organicé los productos. Lácteos en un estante, verduras en otro, frascos en otro.

Su ceño está fruncido en un gesto divertido.

—¿Piensa que tiene una obsesión con el orden, Evans?

—Podría decirse que la misma obsesión que usted tiene con los muebles, doctora. No le hace mal a nadie, ¿no?

—Eso depende. —Ladea la cabeza, me observa con la expresión serena—. Hay ciertos pensamientos y miedos irracionales que hacen que algunas personas puedan tener comportamientos repetitivos que les generan angustia. En estos días fui testigo de su necesidad de alinear las cosas... ¿Cuántas veces se lava las manos al día, Evans? ¿Cuánto tiempo dedica a asegurarse de que las cosas estén como quiere? Tendríamos que ver hasta qué punto su obsesión no lo perjudica en aspectos de su vida co...

—No. —Levanto un dedo y estornudo—. No, no. No va a analizarme.

—Puede que ya lo haya hecho.

—Puede que no quiera escuchar sus conclusiones. Dígame, qué más tiene que hacer además de ordenar.

Suspira, endereza la espalda.

—Tengo que organizar algunas cosas del trabajo, llamar a Nick para saber cuándo va a regresar, ir a ver al doctor Francis y juntarme con Madison en una cafetería para empezar a organizar su boda.

—El doctor Francis... —Había olvidado que su nombre

figura en el expediente.

Asiente.

—Mi psicólogo. Sí, los psicólogos vamos al psicólogo.

—¿Hace cuánto tiempo conoce al doctor Francis?

Entrecierra los ojos, me observa.

—¿Por qué?

—Curiosidad...

—Desde que me mudé a Londres, tres años.

Anoto mentalmente investigar al tipo.

—No estará sospechando de él...

—Sospecho de todo lo que respire cerca de usted, doctora.

Echa la cabeza hacia atrás, suspira.

—Le pido por favor que se comporte cuando vayamos a su consultorio.

—Por supuesto, soy un hombre educado.

Alza una ceja.

—Solo hago mi trabajo...

—Su trabajo es protegerme, no incomodar a las personas.

Niego.

—Mi trabajo es incomodar a las personas para protegerla, doctora.

Mientras mira pensativa su plato casi vacío me pregunto cómo debe ser vestir su piel. Esta joven mujer pasó años de su vida locamente enamorada de un asesino. Años de pasión, sueños y falsa felicidad de la mano de un monstruo. Años de engaño y mentiras cubiertas de azúcar. ¿Qué debe sentir? ¿Cómo debe ser saber que tu vida fue una mentira, que hiciste el amor, soñaste y creciste junto a un hombre que mata porque “abrazo su naturaleza”, porque “la muerte es un regalo

divino”?

—¿Así que la señorita Ferris va a casarse? —cambió el curso de la conversación.

—Sí. Logan, su novio, le propuso casamiento la primera vez que usted y yo almorzamos juntos cerca del consultorio.

—Error, usted almorzó. Yo hacía mi trabajo.

Hace rodar sus ojos en un gesto infantil para la seria doctora Brown.

—Entiende lo que quiero decir, Evans.

—¿Hace mucho tiempo es amiga de la señorita Ferris?

—No, no va a desconfiar ni interrogar a Madison.

—Usted no va a decirme de quién no voy a desconfiar, doctora.

Cierra los ojos, inhala profundo.

—Estudiamos juntas en la escuela secundaria, luego en la Universidad de Oxford y se mudó conmigo cuando tuve que... Ya sabe.

Asiento.

—Casi toda una vida juntas...

—Exacto. Por eso la va a dejar en paz.

Se levanta. Junta los platos y tazas, pero no los lava.

«¿Qué pasó con lo de ordenar, doctora?»

Comienzo a lavar la vajilla antes de enloquecer, mientras la observo de reojo. Se acerca a la puerta y levanta la correspondencia. Son un montón de sobres. Revisa cada uno y los separa en pilas imperfectas. Niego y vuelvo a concentrarme en los platos sucios. Cuando la miro otra vez, su rostro está blanco y sé que algo anda mal. Cierro la canilla, me acerco a Isabelle mientras me seco las manos.

—¿Qué pasa?

Sus manos temblorosas me dan un sobre blanco sin remitente, solo con su número de piso y departamento. Lo abro. Hay un trozo de lo que parece ser la esquina de una fotografía, también un pedazo de papel cortado a mano con una frase impresa.

“Todos tenemos un lado oscuro, Isabelle, incluso un ángel como tú”.



NO ES LO QUE ESPERABA

ISABELLE

Tiemblo. Solo tiemblo.

«Todos tenemos un lado oscuro, Isabelle, incluso un ángel como tú».

—No se mueva, doctora.

Asiento, observo a Evans salir al pasillo.

Inhalo profundo, exhalo, cuento hasta diez, intento calmarme. Pero el recuerdo entierra sus garras en mi columna, me paraliza, me arrastra.

Sus sábanas son tan suaves como su piel. Huelen a él, a mí.

Me acurruco entre sus brazos, disfruto de los dibujos que las yemas de sus dedos dejan sobre mi espalda.

—Nadie más lo sabe, Aaron —mi voz es un susurro avergonzado—. Nadie, solo tú, y quiero que siga siendo así.

Sus labios rozan mi frente, mis ojos se cierran.

—Tu secreto está a salvo conmigo, Izzy. No debes avergonzarte. Todos tenemos un lado oscuro, Isabelle, incluso un ángel como tú.

—... ¿Doctora?

Parpadeo hasta que el rostro de Gael cobra nitidez. El azul de sus ojos está interesado en la oscuridad que esconden los míos.

—¿Está bien? Luce pálida. ¿Quiere sentarse?

Niego.

—Yo... —señalo la habitación— tengo que... Mi cita con... el doctor Francis.

Un paso, dos, tres. La altura de Evans se cierne sobre mí.

—¿Sabe qué puede significar esto, doctora Brown? —Da vuelta la nota entre sus manos, la estudia—. Parece bastante personal.

—No tengo idea.

Su mirada extingue el oxígeno.

—Regla número cuatro, doctora.

Mi respiración. Todo lo que soy capaz de escuchar es mi respiración.

—A la mierda Aaron. A la mierda sus regalos. A la mierda sus reglas, Evans.

Giro, soy un huracán y arraso con todo de camino al dormitorio.

Un portazo, Slipknot comienza a sonar y la bolsa de box contiene mi furia. Descargo la frustración, el miedo, la ira, la impotencia.

El cuero marrón baila, intenta escapar de mi violencia. Imagino que es Aaron. Imagino que cada golpe borra un pedazo de él que aún vive en mí. Me destripo en busca de liberación.

Adiós a las sonrisas capaces de matar.

Adiós a los besos dulces y fogosos.

Adiós a la deliciosa electricidad de sus caricias.

Adiós a las falsas promesas de azúcar.

Adiós a las palabras de amor vacías como su alma.

La puerta se abre, Gael entra sin permiso. Se apoya contra la pared, cruza los brazos, me observa.

—Su apariencia engaña, doctora.

Mi pecho sube y baja, soy una bestia y llevo demasiado tiempo enjaulada.

—No le dije que podía pasar, Evans. ¿Y si estaba desnuda?

—Estaríamos a mano.

Alzo una ceja, le regalo un segundo más de mi atención antes de volver a la bolsa de box.

—Cuando la conocí, con esos trajecitos y zapatos altos, creí que era una mujer de música Pop y manicura perfecta — dice, y finjo que el volumen de *Psychosocial* no me deja escucharlo—. Pero entonces entré a su habitación y vi la bolsa de box, días después la escuché entrenar con Disturbed reventando las paredes... No es lo que esperaba, doctora.

Abrazo la bolsa, lo miro fijamente.

—Y esto me importa porque...

Evans se acerca, mi rostro hierve.

—Porque no es la única observadora, doctora. Yo también miro, yo también intento descifrarla. Y ¿sabe qué? No es tan buena ocultando sus emociones como cree.

Una gota de sudor frío besa mi columna.

—Y tampoco es tan buena golpeando este pobre saco. Debería vendarse las manos, está sangrando. ¿Qué van a pensar sus pacientes?

Miro mis nudillos, limpio la sangre con mi pantalón de pijama. Vuelvo a golpear con más fuerza, más furia, más dolor.

—Si quiere golpear y realmente herir, doctora, puedo darle unos consejos cuando quiera.

Suspiro, el último gancho hace tronar mis huesos.

—¿Sigue aquí, Evans? —alzo la voz por encima de la música—. Llevo dos años y medio practicando *Kick Boxing*. ¿Quiere probar si puedo golpear y realmente herir?

Su sonrisa ladeada y perezosa me provoca.

—Encantado —me atrae con su índice—, pero primero venga aquí.

Camina hasta el equipo de música y baja un poco el volumen, lo suficiente para hablar sin gritar.

Me acerco, los cabellos que se escapan del recogido se pegan a mi frente. Evans agarra mis manos, las estudia.

—Esto va a doler mañana.

—Igual que su cara, Evans. ¿O prefiere que lo golpee en otro lugar? Digo, por la humillación. ¿Es un hombre orgulloso?

Otra sonrisa egocéntrica.

—Voy a lucir con orgullo ese golpe, doctora.

Agarra las vendas que están sobre la cómoda y comienza a vendar mi mano derecha.

—No me cree capaz de patearle el culo, ¿verdad?

—Ver para creer, doc.

Entrelaza la tela alrededor de los dedos, la ajusta bien y sigue con la otra mano.

—Le avisé al oficial Clarkson que le llegó otro regalito, mandará a alguien a buscarlo, aunque es inútil. No encontrarán más huellas que las nuestras.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque la inteligencia es un requisito fundamental para

que Jones te acobije. —Sus palabras erizan mi piel, lo nota y acaricia mis dedos—. Sí, doctora, estoy al corriente del caso. No debería sorprenderle.

Ignoro el desquiciado palpitar de mi corazón.

—¿Terminó, Evans, o piensa dejarme como una momia?

Toda la seriedad con la que me miraba hace un minuto desaparece para darle paso a otra sonrisa. La sonrisa Evans, la que te hace temblar y no de miedo.

«Tiene esposa. Ni lo pienses».

Sus manos sueltan las mías y me alejo, aprovechando toda la amplitud de la habitación, posicionándome, esperándolo.

Gael sostiene la bolsa de box, me invita a acercarme.

—Creí que íbamos a pelear en serio.

—No voy a golpearla. ¿Olvida que mi trabajo es protegerla?

—Entonces yo no voy a golpearlo, Evans.

Mira alrededor, suspira.

—Sin ofender, doc, la supero en peso y en tamaño. No tiene chance.

Me encojo de hombros.

—Pruébalo.

Me analiza con esa expresión de superioridad que me gustaría borrar de su bonito rostro.

—*Okay*, pero no voy a golpearla. Solo voy a tocarla, marcar los golpes. ¿De acuerdo?

—Está bien, pero no me subestime. Cúbrase, intente que no llegue a usted.

—Pídame algo difícil, doctora.

Niego.

—Sí sabe encender a una mujer, Evans.

—Eso dicen...

Comenzamos a caminar en círculos lentos sin saber quién es el cazador y quién la presa.

—¿Ya habló con su hermano?

—No. No voy a preocuparlo cuando está de viaje.

Doy un paso al frente, él da uno atrás.

—Sabe que tengo que informarle que recibió ese sobre, es mi trabajo.

Marca un golpe en mis costillas, pero lo bloqueo.

—¿Sabe decir algo más? Eso es todo lo que dice, Evans. ¿Decirlo también es su trabajo?

La patada lo agarra desprevenido, Gael mira el hombro que acabo de golpearle. Levanta las cejas y vuelve a cubrirse.

—¿No escuchó la frase, Evans? —Sonríó—. No importa el tamaño, importa cómo lo uses.

—Puedo asegurarle que el tamaño importa, doctora.

—Acabo de llegar a su hombro sin titubear y me saca tres cabezas. Creo que dejé claro que el tamaño no importa.

—Ah, ¿hablábamos de usted?

Una ola de calor me abraza.

—Vamos, Evans, haga algo.

Mantiene su posición y sonrío, solo sonrío.

Lanzo un *Crochet*, pero lo esquiva.

—¿Eso es todo?

Mis sentidos están alertas, casi puedo escuchar el correr de mi sangre.

El *Jab* con el que pensaba lucirme queda a mitad de camino. Antes de que pueda procesarlo, Gael tiene mi puño en

su puño, retuerce mi brazo y pega mi espalda a su pecho.

—Regla número cinco —susurra a mi oído—: a partir de ahora yo abro su correspondencia. —Me suelta—. Y un consejo, no estudie los movimientos de su oponente por demasiado tiempo. Sus intenciones son un libro abierto.

—No era un libro abierto cuando golpeé su hombro...

—Suerte de principiante.

Seguimos bailando en círculos, acechándonos, hasta que mi pie impacta contra su estómago. Gael cae de rodillas, inhala como si el oxígeno no fuera más que una historia que escuchó alguna vez.

—Evans, ¿está bien? —Me arrodillo a su lado, pongo una mano en su espalda—. ¿Evans? No golpeé tan fuerte. ¿Evans? Perdón, no quise...

Un solo movimiento, mi espalda toca el suelo y quedo presa de su cuerpo.

—Tiene fuerza en las piernas, doctora Brown.

Su nariz roza la mía.

—¿Ese es su truco para ganar? ¿Hacerse el muerto?

—Nunca se arrodille ante un hombre, doctora, que los hombres se arrodillen ante usted.

Soy consciente de su respiración, de su peso, de su perfume, del grosor de sus pestañas y de cada matiz que compone el azul en su mirada.

—Tengo que...

No sé qué iba a decir, solo sé que no puedo soportar la intensidad con la que me observa.

—Dígame, ¿cuál es su lado oscuro, doctora?



LO HACE POR MÍ

ISABELLE

Los ojos de Gael siguen sobre mí, puedo sentirlos a pesar de que desvié la mirada.

La palabra intensidad ya no sirve, no después del episodio en mi habitación. Necesito encontrar o inventar una que pueda explicar cómo el aire se corta a nuestro alrededor sin que movamos un solo dedo.

Leo el mensaje de Matt otra vez.

¿Me estás evitando? ¿Fui un imbécil y no me enteré?
No hagas esto otra vez, por favor. No me alejes. No te alejes.

Mi pie baila al ritmo de una canción que suena en mi cabeza.

La puerta se abre. Ahí está, con su cabello canoso y su cárdigan sin abotonar, la viva imagen del profesionalismo y la humanidad. La mirada cálida y cansada del doctor Francis me encuentra.

—Kalie.

Kalie. Para él soy Kalie, a pesar de que conoce cada fantasma que acecha a Isabelle. Bueno, *casi* cada fantasma.

Me levanto, cruzo la sala de espera y entro al consultorio.

—Doctora Brown —escucho la voz de Gael a mi espalda,

cierro los ojos—, ¿qué cree que está haciendo?

Suspiro, doy la vuelta.

—Ya lo hablamos, Evans.

—Regla número uno.

—Ya revisó el lugar al entrar —murmuro.

—La recepción, no el consultorio. —Se dirige a Francis, le tiende la mano—. Buenas tardes, doctor. Soy Gael Evans, guardaespaldas de la señorita Brown. ¿Me permite hacer una breve inspección en su oficina?

La vergüenza se acomoda en mis mejillas.

—Disculpe, Francis —susurro.

—Cómo no, Evans. —Acepta el apretón de manos—. Adelante.

Gael barre la sala con su mirada antes de ingresar al consultorio.

—Supongo que cuarenta minutos no nos van a alcanzar hoy, ¿no? —dice Francis, acomodándose los lentes sin dejar de mirar a Gael buscar quién sabe qué cosa.

—Supone muy bien.

Lo observo mirar por la ventana, pensativo y calculador. A veces me pregunto si es humano.

«Ese hombre es una máquina de matar».

—¿Qué les pasó a tus manos, muchacha?

Miro mis nudillos magullados.

—Entrené sin vendas.

—Y con mucha rabia, por lo que veo.

Intento sonreír mientras miro de reojo a Evans. Cuando está satisfecho, sale.

—Todo en orden —dice y se coloca al costado de la puerta,

la espalda rígida, la vista al frente.

—Eso imaginaba. —Francis entra, me invita a pasar con un gesto.

Cuando la puerta se cierra, respiro. Cuarenta minutos sin Gael Evans y sus reglas.

—Es peor de lo que sonaba por teléfono —bromea el doctor.

—Ni me lo diga...

Sonrío y me acuesto en el sofá. Ninguno de mis pacientes se acuesta en mi sofá, por eso decidí que yo iba a hacerlo. Es cómodo, relajante y Francis tiene un techo con molduras interesantes.

—Cuéntame cómo estuvo la semana, Kalie.

—Extraña, estresante, interesante. Todavía me estoy acostumbrando a tener un siamés.

El doctor Francis se acomoda en su sillón, apoya la libreta sobre su pantalón plisado y me mira por encima del marco de sus anteojos.

—¿Cómo te llevas con Evans?

El momento que compartimos hace algo más de una hora se adueña de mi cabeza. Su cuerpo sobre mi piel húmeda, su nariz rozando la mía, su peso, su perfume, su respiración.

Un cosquilleo inoportuno me visita. Cruzo y aprieto las piernas, carraspeo.

—Bien... Nos toleramos, ambos queremos que todo termine rápido.

—Tolerarse... —repite para sí mismo y escribe—. ¿Sabes cuándo recuperarás tu intimidad?

Suspiro.

—Cuando todo el asunto de los... regalos termine, supongo.

—¿Regalos?

—Así los llama Evans. Hoy llegó un sobre, había una nota y un pedazo de fotografía que no entiendo.

—Te escucho.

—Era... una frase que Aaron me dijo meses después de que empezáramos a salir. Es algo muy personal, algo que solo él sabe. —Observo el techo, suspiro—. Odio que tenga tan buena memoria, que recuerde cada cosa que nos dijimos.

Su ceño se frunce y su piel se arruga evidenciando el paso del tiempo.

—¿Tú no lo haces? ¿No recuerdas cada cosa que se dijeron?

Silencio.

No quiero responder, no quiero sentir lástima de mí misma.

—¿Podemos cambiar de tema?

Una sonrisa paternal.

—Podemos hablar de lo que quieras hablar, Kalie. Podemos divagar para eso es este lugar.

Niego, sonrío.

—Seis años de carrera para hacer una pregunta tan estúpida. Lo lamento.

—Aquí eres paciente, no lo olvides. Ninguna pregunta es estúpida.

Asiento. Respiro. Cuento.

—Matt está agobiándome otra vez. No es su culpa, quiere algo que no puedo darle.

—Ese algo es...

—... una relación formal. Quiere que empecemos algo serio y yo... no estoy lista. No sé si alguna vez volveré a estar lista para esa clase de compromiso e intimidad.

—¿Se lo dijiste?

—No.

—¿Qué te retiene? Sabe tu historia...

—La conoce porque es policía, no porque yo haya querido contársela. —Juego con un hilo de mi blusa blanca—. No sé cómo decírselo sin ser... Isabelle. Me gusta ser Kalie cuando estoy con él, solo Kalie.

—¿No piensas que incluso Kalie tiene la esencia de Isabelle?

—No. Kalie no tiene cicatrices. Ella no arrastra un pasado tormentoso, no duerme abrazada al dolor.

—¿Apareció otra vez?

Rasco mi frente, miro mis uñas, gano tiempo para no admitirlo.

—Sí.

—¿Es la misma?

Asiento.

—Cada noche, la misma. —Cierro los ojos—. Hay sangre. Mi cuerpo está en llamas, sé que voy a morir. Aaron... tiene el cuchillo, lo apuñala. Sus ojos están vacíos, no hay rastros del hombre que amo. —Entierro las uñas en mis palmas, el recuerdo vive y arde—. Me arrastro, pero las escaleras se alejan. Escucho cómo la hoja corta la ropa, la carne, y sé que lo hace por mí. Lo hace por mí.

—Respira —casi susurra y me da unos minutos para armarme—. Es normal que las pesadillas vuelvan cuando todo el pasado está volviendo a ti, Kalie. El ramo de flores, la nota, el pedazo de fotografía, la policía, Evans... Todo es un recordatorio constante de que Aaron aún existe y puede llegar a ti. —Anota algo en su libreta, me observa—. ¿Volviste a tomar las pastillas para dormir?

—No.

Asiente, escribe.

—Kalie, suponiendo que efectivamente es Aaron quien está detrás de esto, ¿por qué crees que lo hace? ¿Lo pensaste?

—Para demostrarme que no podré olvidarlo, que ni las rejas van a separarnos. Para... —me detengo, proceso la idea fugaz que cruza mi mente— verme. Para verme. —Me siento, miro el suelo—. Mi cumpleaños. Faltan dos semanas para mi cumpleaños, en esta fecha... —El doctor Francis me observa con atención—. Lleva tres años en prisión. —Levanto la mano como si pidiera la palabra, a pesar de que soy la única que está hablando—. El primer año fui a verlo en esta fecha, cuando tuve la recaída. ¿Lo recuerda? Fui a verlo, a pedir explicaciones, a... —Inhalo profundo, exhalo—. El segundo año, también lo vi en esta fecha. La despedida, doctor Francis. Despedirlo. Despedir todo lo que Aaron significó para dejarlo atrás. ¿Recuerda? Él... cree que este año iré a verlo. —Mi mirada encuentra su rostro lleno de preocupación—. Aaron quiere que vaya a verlo.

Control. Desde que nacemos todo se reduce al control. Nos enseñan a controlar nuestros instintos primarios. Hambre. Sexo. Violencia. Todo en su dosis justa.

¿Quién lo dijo? ¿Quién dijo que hay que ahogar las pulsiones que luchan por salir a respirar?

Nadie quiere ser un pecador, todos son artistas de la represión. Pero gracias a ti, Isabelle, gracias a la noche en que te conocí, ya no soy un represor. Soy libre. Abrazo mi naturaleza, escucho mis necesidades. Gracias a ti, Isabelle, puedo vivir sabiendo realmente quién soy. Gracias a ti ya no paso cada día intentando convertirme en algo que no soy solo para satisfacer a los demás.

Me gustaría darte el mismo regalo. Conmigo puedes dejar de fingir. Conmigo puedes abrazar tu naturaleza, esa que revelaste solo para mí.

¿Imaginas todo lo que podríamos hacer juntos? Sin ataduras, sin falsa moral. Solo tú y yo junto al resto de mis amigos, esos que la prensa gusta llamar discípulos. O fanáticos.

Estoy disfrutando mi estadía entre estas rejas, tengo mucho tiempo para pensar. Sabes que soy un hombre al que le gusta divagar.

Y pienso, Isabelle, pienso en ti a toda hora. En la primera vez que te vi, la primera vez que sostuve tu mano, la primera vez que te besé, la primera vez que te hice el amor. Una de las experiencias más trascendentales de mi vida... La primera vez que te hice el amor, Isabelle, le hice el amor a un ángel. Toqué la pureza, adoré la bondad. Fue onírico para un espíritu como el mío disfrutar de un placer tan inocente. Esa noche, desnuda y temblorosa entre mis brazos, me contaste tu secreto. Mi ángel de alas negras...

Entonces lo comprendí, comprendí qué fue lo que te atrajo

a mí. Siempre quisiste un baile con la muerte.

AJ



A TRAVÉS DE SUS OJOS

Gael

Sábado. El centro comercial a rebosar de gente, el cumpleaños corriendo entre los juegos.

—Cada año más revoltoso —dice Kim, observando a Ty apuntar a la boca de un payaso con una pistola de agua mientras el juego le regala tickets que cambiará por golosinas.

—Como debe ser...

Espero los helados, la contemplo. Kim acomoda su cabello cobrizo en un recogido que me recuerda al que suele hacerse la doctora. La doctora. Se supone que no tengo que pensar en ella en mi día libre. Se supone que tengo que confiar en que Roy, mi relevo, hará bien su trabajo durante estas veinticuatro horas.

—¿Qué tal el trabajo? —Me sonríe como siempre, como si estuviera dispuesta a quitarme el peso de los hombros—. ¿Adolescente caprichosa, magnate mujeriego o cincuenta coqueta y alcohólica?

—Nada de lo típico esta vez. Una joven psiquiatra, razonable y con un buen gancho.

Sus ojos pardos brillan, frunce el ceño con diversión.

—¿Un buen gancho?

—De los mejores que recibí.

—¿Y... puedo saber por qué te golpeó?

Me encojo de hombros, tamborileo los dedos sobre el mostrador.

—Entrenamiento. Tenía algo que demostrar y lo demostró.

Sus ojos se achican hasta ser dos hendidias, pero su sonrisa se agranda.

—No. No me des *esa* mirada.

—¿Seguro? ¿Nada de nada?

—Nada de nada, Kim. Es trabajo. La doctora es trabajo.

Sonrío, agarro los helados y agradezco.

—¿Te lo repites frente al espejo antes de dormir?

—Basta...

Me da un codazo suave en las costillas.

—¿Cómo es?

—Como cualquier persona que está en peligro y necesita que la proteja. —Pongo un cono en su mano y avanzamos despacio hacia Tyler, que ahora juega al *Daytona*—. Es mi día libre, no quiero hablar del trabajo. Cuéntame cómo va la pastelería, cómo estás...

Suspira, esquiva a unas mellizas que pasan corriendo.

—La pastelería bien, hay demasiado trabajo. Estoy considerando contratar a un empleado más.

—¿Y...?

—Y yo... no lo sé. Se acerca su cumpleaños y... —Niega, parpadea para evitar las lágrimas—. Lo intento, cada año lo intento, pero no puedo. El tiempo pasa y no se vuelve más fácil, Gael.

Me detengo. Siento cada palabra atorándose en mi garganta.

—Lo sé. —Beso su frente, la abrazo e intento no pensar en las pesadillas que están de vuelta—. Pero te prometo que algún

día será más fácil, Kim. Algún día podrás pensar en él y solo sonreír.

Asiente sobre mi pecho.

—Voy a mancharte la camiseta con helado y rímel. —Se separa, limpia la humedad de sus mejillas e inhala profundo—. No quiero que Ty me vea llorar.

Miro al pequeño galán dándole indicaciones sobre el juego a una mujer de cabello oscuro.

—No te preocupes, está muy entretenido haciendo sociales.

Lamo la crema de vainilla y me acerco.

—¿Ty?

—¡Estoy enseñándole a jugar!

La mujer se da vuelta, me sonríe.

—¿Gael?

—Señorita Ferris.

—No está de traje, no hacen falta las formalidades. Madison está bien. —Mira hacia atrás, donde está la cabina para matar *zombies*—. Belle, mira quién está aquí...

Mis músculos se tensan, mis hombros se enderezan.

—¿La doctora Brown está aquí?

—Sí, vino conmigo.

Miro alrededor, ni una señal del personal de seguridad.

—¿Dónde está Roy?

—¿Quién?

—El guardaespaldas, mi reemplazo.

—Ah, matando *zombies* con Belle.

—¿Qué?

Madison se encoge de hombros y vuelve a prestarle

atención a Tyler, que maneja como si fuera piloto de fórmula uno.

Me acerco a la cabina de *zombies*, me asomo y encuentro a Isabelle disparando con el ceño fruncido mientras se muerde el labio inferior.

—Se supone que las balas tienen que darle al cuerpo, doctora.

Brown salta en el lugar y se golpea la cabeza con el techo.

—¿Está bien?

—No. Casi me mata de un infarto, Evans. ¿Qué hace aquí? Es su día libre.

—Exactamente, doctora. Disfrutaba de mi día libre. —Destripo a Roy con una mirada—. Afuera.

Rodeo la cabina, mi relevo se acomoda el traje.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, señor. Trabajando.

—¿Trabajando? Estás jugando en un puto centro comercial. ¿Qué tiene eso de trabajo?

—La señorita Isabelle...

Doy un paso al frente, las pelotas llenas y el humor cambiado.

—Si la señorita *Brown* quiere jugar, esperas fuera de la cabina y estudias el perímetro como corresponde. ¿Así va a ser cada vez que me reemplaces, Roy? ¿Voy a tener que preocuparme por su seguridad?

—No, señor Evans.

El novato adopta una actitud cabizbaja. No me gusta ser el superior hijo de puta, pero tiene que aprender.

—Su sombra, Roy. Tienes que ser su sombra, tener ojos en la nuca, testear hasta su oxígeno, no jugar a su lado como un

niño. Estás en servicio. ¿Soy claro?

—Sí, señor. No volverá a pasar. Despreocúpese.

Asiento, intento relajar los hombros, lo hago sostener mi helado y entro a la cabina. Me siento al lado de Isabelle, que sigue intentando conseguir un tiro limpio.

—Espero que no haya sido muy duro con él, Evans.

—Solo le recordé cuál es su trabajo.

—Por lo menos Roy es divertido.

«Auch».

—No tiene que ser divertido, tiene que ser eficiente.

Me mira de reojo.

—¿No puede ser eficiente y divertido?

Estoy a punto de replicar, pero decido hacer algo mejor.

—Deme eso.

Le quito el arma de las manos, apunto a la pantalla y comienzo a disparar. Una a una, las balas dan en las cabezas de los *zombies*.

—Primero: la posición, doc. Parece que está a punto de tomarse un té, no de disparar.

Me mira como si fuera un ridículo.

—Estoy dentro de una cabina de juegos para niños, Evans.

—No importa. Présteme atención. —Coloco el arma en sus manos y las envuelvo con las mías—. Tiro de precisión. Tres dedos en la empuñadura, el índice lejos del gatillo. Solo va al gatillo cuando está segura de que va a disparar, ¿entendido?

Sus ojos brillan, su rostro está serio.

—¿Por qué siento que ya no estamos jugando?

—Con la mano de apoyo cubre los tres dedos que tiene sobre la empuñadura, quedándole los pulgares alineados. —

Muevo sus manos hasta conseguir la posición correcta—. Si no va a apuntar, el arma en postura de seguridad a cuarenta y cinco grados. —Bajo con delicadeza sus brazos—. Cuando decida apuntar deberá cuidar la alineación, sus brazos y hombros deberán formar un triángulo. —Levanto sus brazos en línea recta desde su pecho, apuntando directo a la pantalla—. Ahora, respirar antes de disparar. —Me acerco un poco más sin dejar de sujetar sus manos, observo su perfil concentrado—. Inhale lentamente, doctora.

El sonido ambiente se desvanece, solo estamos los dos en esta oscura cabina. Isabelle inhala, su pecho se infla.

—Exhale —susurro.

Observo sus labios mientras deja escapar el aire poco a poco.

—Dispare, doc.

Uno, dos, tres, cuatro tiros acertados.

Una sonrisa curva su boca.

—Creo que quiero tomar clases de tiro, Evans.

Sonrío.

—Creo que es una excelente idea, doctora.

Bajo sus manos, que siguen entre las mías, siento la suavidad de su piel.

—Es su día libre, debería seguir su paseo.

Busco sus ojos, ese verde seductor y misterioso.

—¿Se va a portar bien?

Observa mi boca.

—Como siempre, Evans.

No hay palabras, solo nosotros mirándonos a medio centímetro de distancia en esta cabina llena de luces y sombras.

—Voy a... buscar a Madison.

Asiento, me alejo y ambos salimos.

Ty está comiendo helado junto a Kim mientras observa a Madison aplicar lo que le enseñó.

—Doctora Brown, ellos son Tyler y Kimberly. —La doctora le da la mano a Kim, quien me sonríe con complicidad, y choca el puño de Ty—. La doctora es mi cliente.

—¿A ella la proteges de los malos?

Ambos miramos al hombrecito.

—Sí, Ty.

Nos observa y vuelve a lo que queda de su helado.

—Es un gusto conocerlos —dice Isabelle acercándose a Madie, que está compenetrada en la carrera—. Nosotras... tenemos que irnos.

—¿Sí? —pregunta Madison.

—Sí —afirma la doctora.

—¿Terminas la carrera por mí, copiloto? —le dice Madison a Ty, quien no pierde la oportunidad de suplantarla.

—Hasta mañana, Evans.

—Hasta mañana, doctora.

Saluda a Kim una vez más y me da la espalda.

—Nos vemos, Gael.

Niego, reprimo una sonrisa.

—Adiós, señorita Ferris.

Roy me devuelve el cono de helado derretido y les sigue los talones a ambas.

—Creo que olvidaste mencionar la palabra *sexy* en “Una joven psiquiatra, razonable y con buen gancho”.

Observo las curvas de la doctora. Carraspeo, enderezo la espalda.

—Vamos a comprar pochoclos antes de que empiece la película.

—Cómo no, señor evasión.

La casa nunca está tan viva como en esta época del año. Este día en el que, ocho años atrás, aprendí a amar incondicionalmente.

Niños y niñas corren por el *living*, saltan, juegan con los regalos y comen frituras de todo tipo. Mi madre y Kim abastecen la mesa de dulces cada vez que se vacía y Ty es el propio DJ de su fiesta.

Ocho años. Ocho años viéndolo crecer, respondiendo sus preguntas, endulzando la ausencia, disfrazándola con mentiras. Ocho años amándolo más que a mi vida.

Tyler corre hacia mí con la guitarra acústica.

—¡Es hora del juego de la silla!

Sonrío, agarro el instrumento y me siento en el piso.

El juego de la silla, el clásico de los cumpleaños de Ty.

Los niños juntan seis sillas en el centro del salón, mis dedos acarician las cuerdas y el juego empieza. Todos caminan alrededor de las sillas al ritmo de mi canción, expectantes, algunos tramposos, listos para sentarse apenas los acordes enmudezcan. La melodía se detiene, todos se desesperan por conseguir un asiento. Carcajadas y falsas acusaciones de dos que quedan afuera.

El juego sigue. La niñez está viva; la tarde, también.

Enciendo la luz de noche, lo tapo con la manta y entierro

los dedos en su pelo fino.

—¿Mañana podemos ir a ver a mamá?

La tensión me abraza.

—Sí, Ty. Puedo llevarte antes de ir a trabajar.

—¿Qué flores le llevamos? Siempre le regalamos rosas blancas, quiero comprarle otras. ¿Cuáles le gustan?

—No lo sé, podemos preguntarle a la tía Kim. ¿Te parece si la llamamos durante el desayuno?

Asiente, abraza su vieja rana de peluche. Esa que no suelta desde que tiene cuatro años.

—Descansa, Ty. Te amo.

—También te amo.

Lo despeino y salgo de la habitación. Respiro. Respiro y pienso cuánto tiempo más podré sostener la mentira. Cuánto sufrirá cuando sepa la verdad. Cuánto me odiará.

—¿Café? —pregunta mamá cuando entro a la cocina.

—Por favor.

Esquivo globos y restos de la piñata, me siento junto a la mesa. Mamá me mira de reojo mientras busca una taza.

—Conozco esa mirada, Amanda. ¿Qué pasa?

Deja el café negro y humeante entre mis manos, continúa observándome.

—Mamá...

—Estás trabajando para Isabelle Brown.

Cierro los ojos, suspiro.

—Estoy trabajando para Nicholas Brown, su hermano.

—Pero estás cuidando a esa mujer, pasas las veinticuatro horas con ella. ¿Esto tiene que ver con...?

—No —miento—. Esto tiene que ver con que mis servicios

están muy bien remunerados y la agencia me mandó como su mejor hombre.

—¿Me vas a decir que es casualidad?

—Sí, es casualidad.

Dobla una servilleta, suspira y se sienta a mi lado.

—Creí que habíamos dejado esto atrás, Gael.

Me pierdo en la negrura del café.

—No está atrás, mamá. No cuando Tyler hace preguntas, no cuando no sé qué responder.

Su mano dibuja círculos cariñosos en mi espalda.

—¿Por qué aceptaste? Ya es tarde, hijo. Sabes que no vas a sacar nada de esto.

Dejo caer la cabeza entre mis manos. Pienso.

—Necesitaba conocerla. Quiero conocerlo a través de sus ojos.

—No sigas haciéndote daño, Gael. No podemos cambiar el pasado. Duele, amor, lo sé, pero tenemos que aceptarlo.

—No es el pasado, mamá. Es el presente de Tyler. Es su futuro. —Niego, bebo—. Está creciendo. ¿Cuánto tiempo más crees que podremos seguir ocultárselo?

Silencio.

—Creo que será mejor que descansemos, fue un día largo.

Escucho el sonido de su silla al levantarse, siento su beso en mi cabeza.

El silencio hace ruido, la soledad acompaña.

Saco mi teléfono del bolsillo, le escribo a Roy.

¿Cómo va todo?

La respuesta llega a los pocos minutos.

La señorita Brown está en su habitación.
Hay novedades, aunque no son muy significativas. No
hay nada sobre las notas, el trozo de foto ni el ramo
de flores, todo está limpio. Suspendieron el régimen
de visitas de Jones y están investigando a cada
visitante que tuvo en los últimos meses.

Restriego mi rostro, releo el mensaje.

Ok.

Mañana a las 11 am estoy ahí.

Bloqueo en celular, analizo todo y nada a la vez.

Alzo la vista, me está llamando. Me levanto, despego la
foto de la heladera y la llevo conmigo a la mesa. La contemplo
mientras la amargura del café hace juego con mi vida.

¿En qué momento pasó? ¿Cómo no me di cuenta? ¿Podría
haberlo evitado?

Miro su sonrisa, más pequeña que la mía. Me concentro en
el brillo de sus ojos, ese que se fue apagando.

Cientos de recuerdos viven en mi pecho. Risa, llanto, amor,
amistad, silencio. Silencio.

Borro una lágrima como quien quiere tapar el sol con un
dedo.

La noche es larga; la memoria, caprichosa.



¿TENEMOS UNA CITA?

ISABELLE

Nick habla, pero mi atención está en Evans y su ceño fruncido. No dijo mucho desde que llegó esta mañana y desplazó a Roy. Solo se sentó junto a la isla de la cocina, abrió su computadora portátil y se puso a teclear como un poseso. Así continúa, ni siquiera quiso almorzar. Me pregunto cuándo come, cuándo va al baño, cuándo duerme. Estoy comenzando a pensar que no es humano.

Hundo la cuchara en el helado, mi mente divaga. Mentiría si dijera que desde anoche pensé en otra cosa que no fuera su preciosa esposa y su hijo. Gael sin traje, relajado en un centro comercial mientras pasea con su familia, es muy diferente a La máquina de matar.

¿Cómo será saber que tu vida tiene un precio, que te pagan para morir por un completo desconocido si hace falta? ¿Cómo será dejar a tu familia cada día sin saber si volverás a verlos, si los condenarás con el peso de tu ausencia? ¿Vale la pena? ¿Es vocación? ¿Es ambición? ¿Es el dinero?

—... tu fiesta de cumpleaños.

Me enfoco en Nicholas.

—¿Mi qué?

Nick ladea la cabeza, mira a Gael y vuelve a mí. Sé que me

vio observándolo fijamente.

—Tu fiesta de cumpleaños, Isa, la fiesta de disfraces de todos los años.

—Este año no estoy para festejos, Nick.

—¿Por qué no? Vienes teniendo un año estupendo a nivel profesional, tu mejor amiga va a casarse, estás sana.

Señalo a Evans sin que me vea.

—Aaron, Nick. Aaron es motivo suficiente.

—Ese hijo de puta sigue pudriéndose en una fría celda. —Pone la mano en mi rodilla, la aprieta suavemente—. No puedes dejar que maneje tu vida, Isa.

—¿Por eso me pusiste a Evans? —susurro—. ¿Porque no puedo dejar que maneje mi vida?

—La seguridad es algo cotidiano en nuestro mundo. Evans es una medida de precaución, Isabelle. Nada más.

—En tu mundo. —Niego, mezclo la vainilla con el chocolate—. Los dos sabemos que es mentira, Nick. Y también sabemos que no soy yo quien debería tener a Evans, eres tú. Aaron no va a lastimarme.

—¿Podemos... cambiar de tema?

Asiento.

—¿Cómo te fue en el viaje? ¿La inauguración salió como esperabas?

—Todo resultó mejor de lo que planeamos. Esa zona necesitaba un hospital con urgencia.

Sonrío, agarro su mano.

—Estoy orgullosa de ti, Nick, de cómo usas el poder y el alcance que tienes.

—Y yo estoy orgulloso de ti, Isa. De lo que hiciste con lo que la vida te puso en el camino.

Nuestros pulgares se acarician, compartimos un momento de silencio que dice más que las palabras.

Su teléfono suena, lo saca del bolsillo de su pantalón beige y lee.

—Tengo que irme, mi secretaria acaba de agregar una reunión más a mi distendido domingo. —Se levanta—. Madison pasará a buscarte el miércoles para ir a comprar tu disfraz.

—¿Madison?

—Sí, arreglamos todo apenas bajé del avión. Se encargará de la organización de la fiesta como todos los años. Es un evento importante para nuestra vida social, quiero lo mejor de lo mejor.

—Nick, Madie está planeando su boda. Apenas tiene tiempo, no deberíamos ponerle otro...

—Madison está encantada y ya comenzó a elegir el catering, así que no se habla más. —Me guiña un ojo y besa mi frente—. Nos vemos pronto. —Agarra su *blazer*—. Cuídeme bien a la niña, Evans.

—Por supuesto, señor.

Un beso al aire para mí, y la puerta se cierra.

Dejo el sillón, camino hasta la cocina.

—¿Quiere algo para comer, Evans?

Sigue tipeando, no levanta la vista.

—No, doctora. Gracias.

—¿Mucho trabajo?

Sus ojos me buscan por primera vez.

—Mucho. ¿Necesita algo?

Niego.

—Voy a darme una ducha y... estaré en mi habitación. Me

llevo a Freud para que no lo moleste.

—Gracias.

Asiento y dejo a Evans con su ceño fruncido.

Es de noche cuando salgo de la habitación.

—Evans, tengo que...

Detengo mis palabras y mis pies al verlo, Gael duerme sentado en el sofá. Me acerco despacio, su cabeza cae hacia adelante y hay un montón de papeles sobre su regazo.

Pienso qué hacer, si despertarlo o dejarlo dormir, pero no puedo cancelar mis planes.

—Evans —mi voz es casi un susurro, no lo despierta.

Vislumbro dos fotografías, una de García y otra de Frank, el joven músico del quinto piso. ¿Eso estuvo haciendo todo el día? ¿Investigándolos incluso cuando la policía aseguró que están limpios? Niego, acerco los dedos a los informes y los corro con suavidad, descubriendo una pequeña foto de Madison pegada al papel. ¿La está estudiando?

Su mano sujeta mi muñeca en un movimiento tan rápido que no me deja reaccionar.

—No debería tocar a las personas mientras duermen, doctora.

Intento controlar el ritmo de mi respiración, mi corazón galopa por el susto.

—No estaba tocándolo a usted, estaba tocando los papeles. ¿Me puede decir por qué está investigando a mi mejor amiga?

Me suelta con lentitud, mi cuerpo está bajo la lupa de su mirada.

—¿Vamos a salir?

—Tengo una cita.

Me alejo, acomodo mi fino vestido rojo.

—¿Tenemos una cita con quién?

—Tengo una cita, Evans. Usted solo va a llevarme. Voy a cenar con un amigo.

Se levanta, camina como si fuera un cazador y yo la presa.

—Necesito nombre y apellido, doctora.

—¿Para poder investigarlo?

Acomoda el nudo de su corbata, baja las mangas de su camisa.

—Para corroborar si ya lo hice.

Niego con la cabeza, agarro una cartera del perchero y reviso el interior.

—Matthew O'Connor. No tiene de qué preocuparse, es policía.

—Le sorprendería saber la cantidad de policías corruptos que hay en este país, doc.

—Le sorprendería saber que Matt no es uno, Evans.

—Déjeme decidir eso. —Junta los papeles, los mete con prolijidad en su portafolio—. Deme cinco minutos y salimos.

El viaje hasta el restaurante duró un cuarto de hora, pero se sintió una eternidad silenciosa. Intenté descifrar cada mirada escurridiza a través del espejo retrovisor, pero no leí nada más que disgusto. Supongo que Evans quería seguir durmiendo y arruiné su plan.

Lo observo rodear el auto, abrirme la puerta. Tomo su mano, salgo del vehículo y acomodo la falda de mi vestido mientras Gael activa la alarma.

—¡Kalie! —Matt se acerca, me envuelve entre sus brazos y deja un beso tibio en mi frente—. Por Dios, estás preciosa.

Le devuelvo la sonrisa.

—Matt —señalo a Gael, que está literalmente pegado a mi espalda—, te presento al señor Evans, mi... guardaespaldas.

Sus ojos claros van de Evans a mí.

—¿Guardaespaldas?

—Mi hermano quiso ser precavido y... ¿Podemos entrar?

Asiente, le tiende la mano a Gael.

—Oficial O'Connor. Gusto en conocerlo, Evans.

Gael observa su mano antes de apretarla con firmeza.

Hechas las formalidades, entramos. Sigo a Matt hasta una elegante mesa para dos junto a la ventana.

—La doctora Brown no se sienta junto a la ventana. ¿Hay otra mesa disponible?

Matt sonríe, pero su ceño se frunce.

—¿Disculpe?

—¿Tiene problemas auditivos, O'Connor?

—Evans.

Ignora mi llamado de atención, continúa mirando a Matt.

—¿No cree que la *doctora* Brown puede decidir dónde sentarse?

—No mientras esté bajo mi protección.

Me siento en un partido de *ping pong*, uno que comienza a frustrarme.

—Reservé esta mesa, Evans. Mire alrededor, el lugar está lleno.

—Matt...

—Perfecto. —Gael agarra una silla vacía de otra mesa, la coloca junto a la nuestra y se sienta—. Nos quedamos junto al ventanal.

—¿Nos?

Matt me mira buscando ayuda o explicaciones, solo niego con la cabeza.

—Si la doctora se sienta junto a la ventana, yo me siento junto a la ventana.

—Evans, la gente nos está mirando.

—Agradézcale a su amigo, doc.

Matthew ríe por lo bajo.

—¿Amigo?

—Matt, ¿puedes conseguir otra mesa? Por favor, terminemos con este teatro.

Incrédulo, observa a Evans mirar por la ventana.

—Ya vuelvo.

Asiento y cuando se aleja me acerco a Gael.

—¿Puede no comportarse como un imbécil con cada persona que me rodea?

Inclina la cabeza hacia atrás, me contempla.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, doctora.

—No —mascullo—, está siendo un maleducado. Matt fue amable con usted y usted fue un cretino.

Se levanta y los roles cambian, ahora es su altura la que se cierne sobre mí.

—Cretino... Creo que nadie me había llamado así hasta ahora. —Su índice toca mi hombro, la sorpresa me estremece—. El bretel de su vestido, doctora. Lo tiene caído desde que bajó del auto —dice, colocándolo en su lugar.

Observo su mirada perdida en mi hombro desnudo.

—Conseguí que una pareja nos cambie la mesa. ¿Vamos?

Asiento sin dejar de mirar a Gael.

—Estaré en la barra, doctora. Ya conoce las reglas.

Evans se aleja, mis ojos siguen su paso elegante.

—¿Reglas? ¿Qué le pasa a ese tipo?

Niego.

—Hace muy bien su trabajo.

—¿Entonces vamos a pretender que no me estabas evitando?

Sonríó sin mucho entusiasmo y pruebo un bocado de mi tarta de frutilla.

—Estoy con demasiado trabajo y la cabeza llena de cosas, Matt. No fue a propósito, necesitaba un poco de espacio. No era buena compañía.

Me sonrío con afecto y comprensión, apoya su mano sobre la mía.

—¿Evans es una de esas cosas?

Suspiro, lo observo a la distancia.

—No es fácil acostumbrarse a tener a un desconocido pegado a ti las veinticuatro horas. Apenas puedo ir al baño sola.

—¿Por qué no me dijiste que necesitabas seguridad? —
Acaricia el dorso de mi mano con su pulgar—. Sabes que puedo hablar con mi superior y me tienes como escolta al instante.

Niego con la cabeza, saboreo el pastel.

—No lo elegí yo, Matt. Mi hermano lo trajo a casa cuando llegó... el ramo de flores.

Suspira, bebe un poco de vino tinto.

—La policía no tiene nada, Kalie. Están en blanco. Las pericias no arrojaron ningún dato, fue como si aquellos paquetes hubieran llegado a tu puerta por arte de magia. —
Hay preocupación en su mirada—. ¿Qué dice tu instinto?

—¿Mi instinto? Mi instinto dice que todo esto es otra forma de llamar mi atención. Aaron quiere verme, Matt. Lo sé.

—Jones sigue en su celda, sin visitas, monitoreado cada segundo del día. No hay forma de que se comunique con nadie. No puede estar detrás de los sobres y paquetes, Kalie.

Sonrío con tristeza.

—Cuando Aaron quiere algo lo consigue, Matt.

—Si piensas que está haciendo todo esto para llamar tu atención, para que vayas a verlo. ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no vas a verlo y vuelves a tu vida normal? Puedo acompañarte, no tendrías que hacerlo sola. Quizá sea la única forma de zanjar el tema de una vez...

Apoyo el tenedor en el pequeño plato, lo observo.

—Porque eso es exactamente lo que quiere. Ir a verlo una vez más no es el final, es el comienzo, Matt.

Ladea la cabeza, la confusión ensombrece su bello rostro.

—¿El comienzo de qué?

—De su promesa.

La tensión crece, pero no es la deseada.

—¿Te parece si pago la cuenta y vamos a casa? —propone y acaricia mi mejilla—. Necesitamos charlar, un poco de tiempo juntos. ¿No crees?

Asiento.

—Voy a lavarme las manos, vuelvo en un minuto.

Me levanto, agarro mi cartera y busco el baño. Gael me sigue los pasos, por supuesto. Me detengo antes de entrar y su pecho choca con mi espalda. Giro.

—Disculpe —dice, acomodándose el traje negro.

—Evans, voy a ir a la casa de Matt. Anote la dirección así puede seguirnos con su auto.

Da un paso al frente, la mirada desafiante.

—¿Seguirnos?

—Sí. Anote la dirección, por favor.

—Doctora, usted va a donde quiera, pero va en mi auto.

—Evans, vine con Matt.

—Técnicamente vino conmigo.

Aprieto mis sienes, suspiro.

—Solo síganos, por favor.

—Déjeme ser más claro, doc. —Otro paso, mi espalda toca la puerta—. Su sombra. ¿Lo recuerda? O va conmigo, o no va.



TRÍO BIZARRO

GAEL

Acuna su mejilla, la acaricia con el pulgar, la mira hipnotizado, de la misma manera en que yo la contemplé aquella noche en que cuidé sus sueños. Isabelle Brown no es solo un nombre que no se olvida, es un rostro que se queda para siempre en tu memoria.

Hace seis minutos y doce segundos la doctora salió del baño. Están esperando la cuenta, tocándose de maneras políticamente correctas, sonriendo, susurrándose cosas al oído, disfrutando de los preliminares.

La doctora va a tener sexo esta noche. ¿Por qué me siento tan incómodo? ¿Porque voy a tener que revisar la habitación antes de que se acueste? ¿Porque voy a llevarla a casa después del revolcón? ¿Porque conduciré sabiendo lo que hizo? ¿Porque temo que esto se convierta en una rutina?

Doy un último trago a mi agua con gas justo cuando Isabelle se pone de pie. Dejo dinero sobre la barra, me levanto y la sigo.

O'Connor le abre la puerta, la doctora sale y, antes de que él pueda pasar, salgo.

—No sabía que era una dama, Evans.

Lo destripo con la mirada.

—Hay tantas cosas que no sabe de mí.

Me observa, me estudia.

«Vamos, O'Connor, haga la tarea, investigueme. Descubra que una de esas tantas cosas que no sabe de mí es que yo lo sé todo de usted».

Matthew O'Connor, treinta y dos años, único hijo, divorciado, sin hijos. Exmilitar, miembro de la CoLP desde los veintiocho años. Tiene un departamento en la avenida Bedford. Sherlock y Watson son sus mascotas, ambos bulldogs franceses. Jonathan es su mejor amigo desde la escuela militar.

Se ejercita en el gimnasio privado de su edificio. Hace tres meses dejó de fumar, pero tuvo dos recaídas. Salió con tres mujeres luego del divorcio: Lily, María e Isabelle.

Madre muerta, padre en un bonito y caro asilo para personas de la tercera edad.

—Matt, Evans y yo te seguiremos con el auto. ¿De acuerdo?

Niega, sonrío.

—Creí que estabas bromeando.

La doctora se encoge de hombros antes de acercarse y darle un beso fugaz. Incómodo, desvió la mirada.

—Te veo en unos minutos —le dice y la besa con intensidad.

Inhalo profundo, miro mis zapatos lustrados.

Isabelle se acerca a mí, caminamos en silencio hacia el auto. Un silencio que dura hasta que me percató de su piel.

—¿Tiene frío?

—Estoy bien.

Me detengo, me quito el saco y lo pongo sobre sus hombros desnudos.

—La noche es cálida, pero hay brisa, doctora.

Sus ojos verdes lucen tan oscuros entre las sombras de una Londres dormida.

—Gracias.

Continuamos. Abro la puerta del asiento trasero, la doctora sube y se coloca el cinturón de seguridad. Rodeo el auto, subo.

—¿Quiere que prenda la calefacción?

Niega.

—Ahora estoy bien, gracias.

Enciendo el motor, avanzamos por las pintorescas calles llenas de luces.

—¿Qué... va a hacer mientras estoy con Matt?

—Esperar en la puerta.

—¿En la puerta?

Asiento, encuentro su mirada preocupada a través del espejo retrovisor.

—¿No puede ir a tomar un café a algún bar o algo hasta que yo quiera volver a casa?

—No puedo despegarme de usted, doctora. Ya conoce las reglas.

—Se va a despegar mientras esté con Matt.

—Un caso de fuerza mayor. —Doblo—. Supongo que esto es equivalente a cuando se ducha. No puedo bañarme con usted, ¿no?

Silencio.

Nuestros ojos se encuentran en el espejo.

—No quiero estar pendiente de usted, Evans. No puedo... relajarme si sé que está parado en la puerta durante horas.

—Es mi trabajo. Olvídese de mí. Su sombra, recuérdelo. ¿Cuándo pensamos en las sombras? Nunca. Usted viva, yo me encargo del resto.

Mira por la ventanilla, ambos permanecemos callados hasta que llegamos.

Isabelle toma mi mano y desciende del vehículo. O'Connor no tarda en estar como una mosca sobre nosotros.

—¿Por qué no me dijiste que tenías frío? Podía darte mi chaqueta, no hacía falta que dejaras a tu guardaespaldas sin parte de su seriedad.

«Por favor, ¿cuántos años tiene? ¿Quince?»

Hago rodar mis ojos, cierro la puerta.

Isabelle no responde, solo sonrío. No, se obliga a sonreír.

Definitivamente no entiendo la naturaleza de esta *amistad*. La doctora no está cómoda y sé que la culpa no es toda mía. Hay algo más. Algo que tiene que ver con la cantidad de llamadas de este tipo que ignoró durante días.

Mientras caminamos hasta un edificio de aspecto moderno me permito adivinar. ¿El policía quiere jugar a la casita y la familia feliz y es demasiado pronto para la doctora? ¿O la mosca O'Connor es solo una distracción de fin de semana y aún no lo sabe?

La mosca abre la puerta e invita a Isabelle a pasar, pero mi mano la detiene.

—Doctora.

Una mirada.

—Cierto.

Asiento.

—Tengo que revisar su casa, O'Connor.

—¿Qué?

—¿Está seguro de que no necesita hacerse ver los oídos?

—Es la regla número uno, Matt. Evans siempre... inspecciona los lugares donde voy a estar. Es... protocolo,

nada más. Tiene que hacerlo.

La mosca suspira, se corre y me deja pasar. Entro a la recepción, el oficial abre la puerta y paso al típico departamento de soltero, solo que un poco más amplio de lo estándar. Escaneo el desorden antes de comenzar a revisar algunos puntos claves. Cámaras de seguridad, una en la entrada, otra en el *living*. ¿Habrá alguna en su habitación?

—¿Esto va a ser así siempre que salgamos, Kalie? —Lo escucho hablar en voz baja—. Entiendo y respeto su trabajo, pero no debería preocuparse cuando estás conmigo. Soy policía, nadie va a tocarle un pelo si estoy presente.

Sonrío.

«Ni en tus sueños más vívidos, O'Connor».

Reviso la cocina, el baño y entro a su habitación. Caos. Tanto caos que hace que la piel me pique cuando aún no toqué nada. ¿Cómo se atreve a traer a la doctora a un lugar así?

—¿Evans? —masculla Isabelle, asomándose por la puerta entreabierta—. ¿Qué hace en la habitación?

—Tengo que revisar todos los lugares en los que pueda llegar a estar.

—Fue suficiente, Evans. Ya está.

Inspecciono los armarios, el escritorio abarrotado de porquerías. No hay ninguna cámara visible.

—Suficiente... Esto no es suficiente para usted. Merece más que unas sábanas revueltas y roñosas, doctora.

La ira cruza su bonito rostro.

—Esa opinión estuvo de más.

Sacudo mis manos, me acerco a la puerta.

—Tiene razón, me disculpo por mi honestidad.

—Esto... —señala algo entre nosotros— no va a pasar cada vez que salga con un hombre. Usted no va a convertir mi

vida personal en una especie de... trío bizarro.

Ladeo la cabeza, la observo. Cuando se enoja se sonroja hasta el cuello.

—No se preocupe, doctora, no me gusta compartir.

Su boca se abre, pero no dice nada. Solo me mira mientras busca palabras que no llegan.

—Estaré afuera, grite si me necesita. —Avanzo dos pasos, retrocedo uno—. Grite *mi* nombre, doc.

Tres horas. La doctora lleva tres horas dentro del departamento de la mosca. Ya jugué al *Candy Crush*, hablé por teléfono con mi madre y con Ty, le envié el reporte semanal a Estella y leí la mitad de “*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*” en *e-Book*. Y en este momento soy Hyde, pura ira irracional.

¿Qué estoy haciendo?

Apoyo la cabeza en la pared, las puertas de vidrio me regalan un pedazo de cielo estrellado. Pienso en Tyler, en todo lo que quiero para él, todo lo que quiero hacer con él. Ahora mismo podría estar leyéndole un cuento, mirando una película u observándolo dormir. Sin embargo, estoy aquí, sentado en la recepción de una casa que no es mía, resguardando la vida de una completa desconocida.

¿Por qué? ¿Por qué no sé ganarme la vida de otra forma?
¿Por qué no sé hacer nada más que proteger lo ajeno y descuidar lo propio?

Me levanto, paseo de un lado a otro, hago tronar mis dedos y mi cuello. Miro la hora, son las dos de la madrugada del lunes. ¿La doctora no piensa dormir?

«O piensa dormir con la mosca».

Mis pies se detienen.

«A la mierda la privacidad».

Toco el timbre. Nada. Toco otra vez. Espero.

Un O'Connor despeinado y medio desnudo abre la puerta.

—¿En qué puedo ayudarlo, Evans?

—Necesito hablar con la doctora Brown.

—¿Es urgente?

«No».

—Sí.

Sonríe, abre por completo la puerta, y paso.

—Matt, dime que tienes más de...

Isabelle se detiene en el medio de la sala, solo viste una camisa que no es suya y lleva una botella de *champagne* en la mano.

Carraspeo.

—¿Podemos hablar un minuto, doctora?

Asiente y se acerca a mí con el rostro preocupado.

—Disculpe la intromisión, pero ¿no cree que es tiempo de ir a casa? Dentro de cinco horas tiene que estar en el consultorio.

Una risa torpe brota de su garganta, se cubre la boca con la mano libre.

—¿Era eso? —Niega, continúa riendo—. Cuando lo vi tan serio creí que los adorables gatitos del vecino de Matt estaban en la recepción y usted no paraba de estornudar. A veces se escapan... —Seca una lágrima divertida—. ¿Lo imagina, Evans?

La mosca se ríe mientras descorcha otra botella.

Mi atención vuelve a Isabelle y su expresión risueña.

—¿Está borracha, doctora Brown?

Levanta la mano, su índice me dice que no.

—Borracha jamás. Los excesos son malos, Evans, nos convierten en quien realmente somos. —Mira el *champagne*—. Solo fue media copita de más...

—Claro, media. —Miro el techo, respiro profundo—. Vístase, doctora. Nos vamos a casa.

Me observa, ya no hay risas torpes.

—¿No cree que Kalie puede decidir cuándo ir a casa, Evans? Además, yo puedo llevarla cuando quiera.

—Veo que sí escucha, O'Connor —respondo sin dejar de mirar a Isabelle—. Entonces escuche esto también —clavo mis ojos en los suyos—: no meta su nariz en los acuerdos que hay entre la doctora Brown y yo. Su seguridad está en *mis* manos, no en las suyas. Usted ocúpese del resto de los civiles, yo me encargo de la doctora.

La furia enciende su mirada.

—Usted no va a decirme lo que tengo que...

—No, no, no. —Isabelle pone una mano sobre el pecho de la mosca, impidiendo que avance—. Evans tiene razón —su ceño se frunce, le da la botella a O'Connor—, es tardísimo. En unas horas... Mis pacientes... —Se pasa la mano por la frente—. Deme unos minutos, Evans.

Asiento.

—Esperaré afuera.

Siete minutos y catorce segundos después la puerta se abre. La mosca despide a la doctora con un beso apasionado y le pone mi saco sobre los hombros.

Caminamos hasta el auto. Intento abrir la puerta trasera, pero la oscuridad de esta esquina no me deja poner correctamente la llave. Maldigo por lo bajo.

Isabelle alumbra con la linterna de su celular antes de que yo pueda hacerlo y abro la puerta. Espero a que suba, pero no lo hace, solo me observa.

—¿Alguna vez se relaja, Evans? —Agarra mi corbata, la acaricia hasta la punta—. Siempre luce tan tenso.

Mi pulso se acelera, mis músculos se vuelven piedra.

—Debería subir, doctora.

—Y usted debería imitarme. —Suelta mi corbata, cierra los ojos—. Cierre los ojos, Evans.

—Suba, doctora.

Niega.

—Cierre los ojos, inhale profundo y cuente hasta tres, luego deje escapar el aire despacio, sintiendo cómo sus músculos se relajan.

—Doc...

—Hago todo lo que me pide, Evans. ¿No puede darme el gusto de verlo relajado una vez?

Quiero reír. ¿Cree que voy a relajarme solo por respirar profundo?

—No voy a cerrar los ojos en medio de la oscuridad de la noche con usted a mi lado, doctora.

Señala alrededor.

—Solo estamos los dos.

—Hasta que aparece alguien que no vi venir por tener los ojos cerrados.

Alza las cejas.

—¿Está hablando en serio?

—Muy en serio.

—Por favor, solo una vez.

Escaneo la calle, suspiro.

—Suba al auto.

—Pero...

—Usted suba.

Hace un puchero infantil, que es cortesía del champagne, y sube. Miro alrededor antes de agacharme a su lado. Cierro los ojos, inhalo profundo, cuento hasta tres y dejo escapar el aire poco a poco. Cuando mis párpados se abren, Isabelle me está mirando como si recién me conociera.

—¿Contenta?

Asiente.

—Su rostro es incluso más bello cuando está relajado, Evans.

El comentario detiene la velada.

La doctora se acurruca en el asiento y cierra los ojos. La observo un segundo de más, me levanto y cierro la puerta.

El camino a casa es mudo, pero su voz sigue en mi cabeza.

Estaciono, veo su rostro dormido a través del espejo.

—¿Doctora?

Silencio.

Veo que la bebida burbujeante hizo su trabajo...

Salgo, rodeo el auto y abro la puerta trasera.

—¿Doctora?

Nada.

Mi espalda se queja cuando la levanto. Cierro con la cadera y avanzo. Hago malabares para entrar al edificio con Isabelle en brazos y subo al ascensor.

—¿Evans? —susurra.

—Estamos en casa, doctora.

Restriega su mejilla contra mi pecho.

—Huele rico.

Cierro los ojos, intento mantener el control.

—Usted también.

Nos detenemos, las puertas se abren.

—Me siento... un poco mareada.

—Qué traviesa esa media copita de más...

Sonríe.

Cuando consigo entrar a su departamento la llevo directo a la habitación. La dejo entre las sábanas claras y la observo observarme.

—¿Necesita algo?

Niega, me regala una sonrisa adormilada.

—Relájese más, Evans...

«Ojalá pudiera, Isabelle».

—Descanse, doc.

Salgo de su cuarto, me arremango la camisa, aflojo mi corbata y los músculos de mis hombros.

La estancia está silenciosa, el gato gordo disfruta del sofá.

—Señor Freud, esta relación no va a funcionar —hablo bajo y lo corro con un almohadón en un intento de recuperar mi *cama*—. Lo lamento. No es usted, soy yo.

El felino me muestra los dientes y se aleja, yo camino a la cocina entre estornudos. Me preparo un café e intento relajarme. La tensión que acumulo desde que pisé esta casa necesitar estallar y pronto. De cualquier forma.

Cuando la infusión está lista, me siento junto a la isla a beber y revisar algunos correos electrónicos. Encuentro el del sistema de alarmas que planeo sugerirle a la doctora que instale, pero mi teléfono se apaga. Busco el cargador en mi maletín, no lo encuentro. Miro alrededor.

«Yo no pierdo las cosas».

Revuelvo mi bolso, mi neceser, nada. Frustrado, busco algún cargador de repuesto de la doctora. Cada cajón que abro es más desastroso que el anterior, definitivamente Isabelle tiene serios problemas de organización. Me agacho, abro las puertitas del mueble donde descansa el televisor, tanteo el interior hasta que lo encuentro. Tiro y junto con el cargador cae una cascada de sobres blancos. Comienzo a ordenarlos, pero me petrifico al ver la firma.

AJ

Las iniciales son un relámpago que detiene mi pulso.

«Aaron Jones».

Miro las cartas, hay más de una docena. Sin pensarlo, abro la que sostengo con manos temblorosas.

Nunca aborrecí la sangre, Isabelle. Al contrario, hay una química especial entre los dos. Es una relación que solo nosotros podemos entender. Me seduce, es un canto de sirena al que me rindo. La sangre es poder, liberación, belleza, poesía en estado bruto y puro. Y como un buen poeta, me gusta sentarme y observarla emanar en versos oscuros. Pero tu sangre, Isabelle, es la única que no acelera mi pulso, la única que no excita a la bestia que me domina. Ver tu sangre derramarse es un sacrilegio, una tragedia irreversible. Lo aprendí esa mañana en que la vida de nuestro hijo se deslizaba entre tus piernas. Lo reafirmé años después, esa húmeda noche en que tu esencia teñía el suelo de aquel viejo sótano.

Cada día que despierto en esta celda es una invitación a pensar. No somos tan diferentes, Isabelle. Nos unió la pasión, nos separó la mentira, nos ató la muerte.

Siempre tuyo.

AJ.

Observo la cuidada cursiva, por momentos furiosa.

¿Isabelle perdió un hijo? ¿Un hijo de Jones?

Una línea en particular capta mi atención.

«...esa húmeda noche en que tu esencia teñía el suelo de aquel viejo sótano».

Jones fue apresado dos días después de que encontraran a tres de sus víctimas en el sótano de la iglesia a la que asistía cada domingo, es algo de conocimiento público, pero... ¿qué pasó realmente en ese sótano?

Un ruido eriza mi carne, alzo la vista.

Isabelle.



HERIDAS

ISABELLE

La media copita de más abandona mi sistema en cuanto veo a Evans arrodillado en el *living*, rodeado de cartas. Cartas que Aaron me hizo llegar desde la oscuridad de su celda. Cartas que narran atrocidades como si fueran poesía y años de mi vida como un cuento dulce y macabro.

—Doctora...

Soy una bestia, mis pasos hacen vibrar el suelo. Gael se levanta y arranco la hoja de sus manos.

La letra de Aaron, esa que una vez me sedujo, me provoca escalofríos.

“Ver tu sangre derramarse es un sacrilegio, una tragedia irreversible. Lo aprendí esa mañana en que la vida de nuestro hijo se deslizaba entre tus piernas...”

Mi estómago se revuelve, mis piernas se aflojan.

—Me dejé llevar por la curiosidad. Fue muy poco profesional de mi parte, lo lamento. Realmente lo lamento. Espero pueda perdonarme.

—¿Poco profesional? —Borro una lágrima, otra y otra más —. Fue poco humano de su parte.

Me dejo caer de rodillas, junto los sobres con desesperación hasta que unas manos detienen las mías.

—Doc...

Hay vergüenza en su mirada, vergüenza y... lástima. Lástima que me enciende.

—No puedo tener hijos, Evans. ¿Eso no estaba en el expediente de Isabelle Brown? ¡¿Eh?! ¿No estaba en su listita?

Cierra los ojos.

—No.

—Felicitaciones, ya tiene algo más para agregar.

Me libero de su agarre, aplasto todas las cartas contra mi pecho y como un torbellino cruzo el pasillo hacia mi habitación.

—Doctora, por favor...

—¡Váyase, Evans!

—Sabe que no puedo irme, no sin un relevo.

—¡Entonces llame a Roy!

Un portazo, me deslizo hasta el suelo.

Hay heridas que no fueron hechas para sanar. Hay heridas que son recuerdos de aquello que fuimos y el fantasma de lo que no pudimos ser. Hay heridas que ya no sangran, pero duelen como el primer día.

Evans me desnudó sin permiso, me despojó de todas las vendas y encontró esa herida. Esa que aún arde, esa que tiene memoria, esa que me arrebató un pedazo de alma.

Tres golpes suaves en la puerta.

—Doc, por favor, déjeme pasar.

Muerdo mi labio inferior, la angustia estruja mis pulmones.

—No tenía derecho, Evans.

—Lo sé, fui un imbécil. Ni siquiera pensé en lo que estaba haciendo. Sé que no puedo justificarme, solo... Por favor, déjeme pasar. Déjeme intentar arreglarlo.

—Hay cosas que no tienen arreglo. —Saboreo mis lágrimas, observo los sobres entre mis brazos—. Llame a Roy y váyase.

Un suspiro del otro lado de la madera.

—Voy a presentar mi renuncia si lo desea, doctora Brown, pero, por favor, déjeme pasar.

—Quiero estar sola, Evans.

—Doc, no llore, por favor.

El techo es un borrón blanco, solo veo mi fragilidad florecer.

—¿Puede darme un poco de privacidad, Evans? ¿Sabe lo que es eso?

Silencio.

Uno, dos, tres. Escucho sus pasos alejarse, me desinflo. Intento respirar, intento calmarme, pero es demasiado tarde. La memoria es sádica y se deleita viendo caer mi muro de naipes.

Su aroma besa mis sentidos, me despierta antes que el sonido de su voz.

—Buenos días, preciosura.

Sonríó como cada mañana que despierto junto a este hombre, el hombre de mis sueños.

—Buenos días, profesor Jones.

Nunca una sonrisa fue tan sensual como la que vive en sus labios.

—Jamás me voy a cansar de que me llame así, señorita Brown. ¿O debería decir señora Jones?

—Por favor, no. Señora está prohibido.

Ríe y mis ojos se cierran solo para atesorar la cadencia de su risa.

Sus manos expertas y traviesas encuentran mis pechos, más llenos que antes, y descienden hasta mi vientre redondo. Lo acaricia como si estuviera hablándole con las manos y yo me derrito imaginando el día en que será padre.

—Izzy, qué... La sábana está mojada.

Mi cuerpo se prende fuego.

Antes de que Aaron se mueva, lo siento. Nada duele, pero sé que algo está mal. Me destapo con violencia y un grito rompe mi garganta.

Las sábanas ya no son blancas, son rojas.

No sé cuánto tiempo pasó, pero siento que llevo horas abrazando la oscuridad de mi habitación. Ya no hay lágrimas, solo mis párpados calientes e hinchados. Contra mi pecho llora el oso de peluche con el que Thomas no podrá jugar. Hacía meses que no salía de esa caja en el fondo del armario, pero esta noche la cama es demasiado grande y la agonía no tiene sueño.

Tres golpes tímidos en la puerta.

—¿Doctora?

Cierro los ojos, me hundo en las sábanas y mi miseria.

La puerta se abre, lo escucho acercarse.

—¿Doctora? —susurra.

Finjo dormir. No tengo energía para Evans.

Una caricia firme y sedosa recorre mi mejilla, erizándome hasta las puntas de los pies.

—Lo lamento tanto, Isabelle.

Su tacto me abandona, sus pasos se alejan, la puerta se cierra.

—También yo, Gael. También yo.



¿MÁS FUERTE, DOCTORA?

GAEL

Hace dos días que Isabelle no me habla. El lunes por la mañana, después de la media copita de más y mi falta de humanidad, se levantó, desayunó, salió del departamento, subió al auto, entró al consultorio y continuó con su día sin decirme ni una sola palabra, ignorando mis pasos detrás de los suyos. Por la tarde se encerró en su habitación, entrenó, se bañó, volvió a encerrarse y no salió ni siquiera para cenar. La tensa rutina se repitió el martes y hoy. Ni Freud me mira, todos en esta casa me odian.

Sería un hipócrita si dijera que me da igual si la doctora reconoce mi presencia o la ignora. Sé que la cagué, pero una de las razones por las que acepté este trabajo fue el hambre de conocimiento, saber cada detalle, intentar comprender. No puedo desentenderme ahora.

¿Me siento culpable por la angustia que desempolvé e instalé en sus ojos? Sí. ¿Hay algo que pueda hacer para remediarlo? Al parecer, no.

Miro la hora en mi reloj de muñeca, son las cinco en punto de la tarde. Suspiro, vuelvo a apoyar los codos sobre las rodillas y me paso las manos por el pelo.

—Madie, necesito ayuda con los cordones de la espalda.

Me levanto, me acerco al cambiador y escaneo la casa de

disfraces.

—La señorita Ferris está en la otra punta de la tienda, doctora. Creo que decidió que no quiere ser una enfermera sexy.

Silencio.

Observo la cortina negra que nos separa.

«Vamos, doc, hábleme».

—Si quiere, puedo ayudarla. —No responde, sigue castigándome—. Ferris acaba de alejarse aún más, parece que está viendo la sección de figuras históricas, no creo que vuelva rápido.

Nada. Vacío. Lo mismo que siento desde que la hice llorar.

El paño que nos divide se corre abruptamente. Isabelle gira, colocándose frente al enorme espejo. Entro al reducido espacio, cierro la cortina.

Como si el tiempo no dictara nuestras vidas contemplo su cuerpo de pies a cabeza.

—¿Pirata, doctora?

Nuestras miradas se encuentran en el espejo.

—Tenga cuidado, Evans, llevo una espada.

Miro el cinturón que rodea su cadera, una espada cuelga del lado derecho. Sonrío.

—No imagina cuánto extrañé su voz, doc.

Desvía la mirada, vuelve a privarme de su elocuencia.

—¿Qué puedo hacer para que me perdone?

Mi atención se pierde en el movimiento inconsciente de sus manos, acaricia la falda negra, demasiado corta para ser un disfraz apto para todo público. Observo sus piernas, largas y torneadas, pálidas y delicadas. Aflojo mi corbata, sintiendo que la temperatura subió desde que puse un pie en este cubículo.

—Solo... ayúdeme a ponerme este ridículo disfraz y manténgase fuera de mi vida personal. —Sus ojos vuelven al espejo, a mí—. ¿Puede hacerlo, Evans?

«Lo primero, cuando quieras, Isabelle. Lo segundo, no lo creo».

—Puedo hacerlo, doctora Brown.

Suspira, junta su cabello enrulado y lo coloca sobre su hombro, dándome una perfecta vista de su espalda. Un lienzo impoluto con una curvatura deliciosa.

—Hay que anudar la camisa y ajustar el corsé —explica como si no estuviera bebiendo la imagen de su espalda desnuda.

Asiento. Cuando acerco los dedos a su piel las agujas del reloj se detienen y mi pulso se acelera. Seda. Isabelle es seda. Mientras junto y ato los cordones de la vaporosa blusa blanca me encuentro fantaseando con este disfraz, y la textura y los aromas de cada recoveco de la doctora Brown.

—Así... —Carraspeo, poniéndome en evidencia—. ¿Así está bien? —pregunto, ajustando el corsé, despidiéndome con tristeza de su piel.

Me observa sosteniendo la mano debajo de su generoso escote, evitando que la prenda se mueva y revele algo que no debería.

—Más fuerte, Evans.

La frase termina de endurecerme.

Trago, y juro que se escucha en toda la tienda.

Sujeto los cordones del corsé negro y tiro, haciendo resaltar sus pechos.

—¿Así está bien o quiere que lo haga más fuerte, doctora?

No me saca los ojos de encima cuando dice:

—Más, Evans.

Ajusto un poco más hasta que me hace saber que es suficiente.

—¿De qué se va a disfrazar usted? —pregunta, estudiando su aspecto.

—De guardaespaldas.

—Qué aburrido... Es una noche para ser otra persona, Evans, debería dar rienda suelta a sus fantasías.

«Usted es mi fantasía en este momento, doctora».

—¿Su fantasía es ser pirata?

Juega con su cabello, recogéndolo en un moño alto, probando posibles peinados.

—Quién sabe... Estoy explorando mis opciones.

La observo observarse. Necesito aire. Necesito salir antes de hacer algo muy estúpido.

—Belle, encontré el disfraz más guarro de toda la tienda. Tienes que ver esto. Creo que seré una...

Corro la cortina, llevándome el resto de la oración de Madison.

La morena nos señala y una sonrisa pícaro curva sus labios.

—Ustedes dos...

—Estaré esperando, doctora Brown —suelto y escapo.

Esa fiesta es un error; conocer cómo se siente la piel de la doctora bajo mis dedos, también.

García, el encargado del edificio, se pone rígido cuando entramos. No lo culpo, no fui amigable en la charla que tuvimos aquella noche en que llegué a la vida de la doctora. Me saluda con un movimiento de cabeza, pero tiene palabras para Isabelle y Madison.

—Buenas tardes, señoritas.

—Buenas tardes, García —responden al unísono.

Pido el ascensor, lo observo. García, cincuenta y siete años, viudo, vive en el octavo piso con su hija Tamara y sus nietos Oliver y Hannah. Ni una multa por exceso de velocidad, ni una moratoria, nada. Un ciudadano modelo. Trigo limpio, al menos por ahora.

Subimos, pero, antes de que las puertas se cierren, Frank Moore, el vecino del quinto, entra.

—Kalie, ¿cómo estás? —Sus ojos marrones desnudan el cuerpo de la doctora—. Hace bastante que no te veo.

—Bien, Frank. ¿Y tú? —Isabelle devuelve la pregunta por cortesía.

—Genial. Este viernes tengo un show en un bar cerca de *King's Cross*. ¿Te gustaría venir?

La doctora juega con sus pulgares, noté que lo hace cuando está nerviosa.

—Agradezco la invitación, pero estoy tapada de trabajo.

Frank le regala su sonrisa de estrella rock y presiona un poco más.

—¿Segura? ¿Ni siquiera unas horitas para relajarte y disfrutar de la buena música con un amigo?

La doctora mira a Madison en busca de ayuda.

Tengo conocimiento del repertorio de Frank Moore con las mujeres, en especial lo insistente que se pone cuando se trata de Isabelle.

—Frank, no...

—Kalie, mi amor —la interrumpo, pasando el brazo por encima de sus hombros—, no me presentaste a tu amigo.

La doctora Brown parpadea de más, desconcertada, pero me sigue el juego.

—Te presento a Frank, mi vecino del quinto piso.

Extendiendo la mano, esperando el apretón.

—Un gusto, Frank. Soy Gael, el novio de Kalie.

Madison se muerde el labio para no reír y comienza a buscar algo en su cartera.

—Oh... —La estrellita de rock mira a la doctora y vuelve a mí. Parece que acaba de recibir una patada en las pelotas—. Un gusto, Gael. Soy... el vecino.

«Y un imbécil insistente que está a una invitación de ganarse el título de acosador».

Aprieto su mano con demasiada fuerza, dejando las cosas claras.

—Están... invitados los dos al bar. Los tres —agrega, percatándose de la existencia de Madison.

—Gracias, Frank. Quizá la próxima —digo y asiente.

Las puertas se abren, beso la cabeza de la doctora y salimos abrazados.

El idiota de Moore se pasó un piso y ni siquiera se dio cuenta.

—¿Qué quieres que te prepare de cenar, amor? —Me aseguro de que mi voz sea audible.

—Sorpréndeme —dice Isabelle, sonriendo.

Cuando entramos al departamento, Madison se descostilla de la risa.

—Por Dios. —Inhala profundo varias veces, se seca las lágrimas—. ¿Vieron su cara? Eso fue épico. Gael, eres un héroe. No sabes la cantidad de veces que Belle tuvo que soportar al baboso de Frank. Después de hoy, ni siquiera volverá a mirarla.

—No le digas así, Madison. —La doctora deja su cartera y su *blazer* en el perchero—. No tenemos que ser malos con él.

—Belle, lleva molestándote desde que te mudaste a este edificio.

—No me molesta, solo me invita a salir y yo lo rechazo amablemente.

Madison hace rodar sus ojos, se tira en el sillón —mi cama — y acaricia a Freud.

—No importa. Gael, te ganaste mi eterna lealtad.

—Gracias, señorita Ferris.

—Y te ganarías mi aprecio si dejaras de llamarme así.

—Lo dudo, señorita Ferris.

Sonríe y enciende el televisor. Isabelle me regala miradas furtivas mientras se quita los zapatos.

«También sigo pensando en los piratas, doc. Y en ese abrazo».

—¿Qué película miramos? —pregunta Madison entrando a la cuenta de *Netflix* de la doctora—. Gael, ¿qué te gusta? Una romántica, comedia, de terror, de acción y muchos tiros. ¿De esas no?

Sonrío, me quito el saco y arremango mi camisa.

—Para su sorpresa, señorita Ferris, odio las películas de acción y tiros. Ridiculizan mi profesión. Prefiero los dramas, quizás algo de suspenso.

—Anotado. Ven, siéntate con nosotras.

—Gracias por la invitación, pero tengo trabajo por hacer.

Abro mi computadora portátil, la apoyo sobre la isla. Últimamente siento que me la paso en la cocina.

—¿Alguna vez se relaja?

—No —interviene la doctora—, esa palabra no está en su vocabulario, Mad.

—Vas a envejecer muy rápido, Gael, es una lástima.

Niego, vuelvo a lo mío. Reviso el correo electrónico durante varios minutos y las grabaciones de las cámaras de seguridad que instalaron ayer.

Mi teléfono vibra, es un mensaje de mi madre.

Recién volvimos de la excursión al museo de Ciencias Naturales. Tyler la pasó estupendo con sus compañeros, estaba maravillado. Se muere por contarte todo, llámalo apenas puedas, hijo. Te quiero.

Bloqueo la *notebook*, me levanto y me dirijo al baño para llamar a Ty, pero me congelo frente a la puerta entreabierta de la habitación de Isabelle.

Mi respiración se detiene cuando se quita la camisa y la deja caer, revelando lencería negra y sofisticada. Mis ojos caprichosos besan sus curvas, encontrándose con una cicatriz rojiza en un costado de su perlado abdomen.

«Ver tu sangre derramarse es un sacrilegio, una tragedia irreversible... Lo reafirmé años después, esa húmeda noche en que tu esencia teñía el suelo de aquel viejo sótano».

No puede ser...

Me encierro en el baño, mi pulso corre. Dejo el teléfono sobre el lavamanos, me observo en el espejo.

«No lo hagas, no lo merece».

Abro la canilla, mojo mi cara.

«Aceptaste este trabajo para conocer la otra voz de la historia».

El agua deja de correr, seco mi rostro.

La cicatriz sobre la piel tersa de la doctora sigue en mi cabeza.

Miro los azulejos, intento pensar.

«Por Tyler. Todo lo que haces es por Tyler».

Metó la mano en el bolsillo de mi pantalón, saco el sobre que llevo encima hace dos días, acaricio la cursiva de la

doctora.

Aaron

Esa noche, luego de que Isabelle aplastara las cartas contra su pecho, se encerrara en su habitación y se negara a recibir mis disculpas, volví al *living*. Me acerqué al mueble del televisor y me agaché para cerrar las puertas, pero algo captó mi atención. Allí, doblado y olvidado en un rincón, había un sobre. Un sobre para Aaron.

Escucho el sonido de mi respiración, mi corazón está eufórico.

—Perdóneme, doc —susurro y abro el sobre.

Tengo que hacer un ejercicio. Tengo que volcar sobre este papel todo lo que ocurrió esa noche. Tengo que revivir hasta el último detalle para entender que no podré entenderlo, pero sí sanar y, quizá con el tiempo, dejarlo ir. Necesito hacerlo, Aaron, y tiemblo solo con pensar en cerrar los ojos y dejar que los recuerdos susurren a mi oído.

Voy a narrar cómo me arrastraste al infierno. Espero que te sientes y lo disfrutes, porque será la última vez que sabrás de mí.

Su barba incipiente me hace cosquillas en el vientre, los pechos y el cuello. Me besa hasta que mi piel está sensible y sus labios hinchados.

El teléfono suena, Aaron se estira y tantea la mesa de luz mientras deja sonoros besos en mi brazo, haciéndome reír. La luz de la pantalla ilumina su rostro.

—Es el pastor James. Olvidé que iba a ayudarlo a organizar las donaciones para la misa de mañana.

—¿Ahora?

—Parece que el último camión llegó recién, Izzy. Si no lo hacemos durante la noche no estará listo para mañana a primera hora.

Besa mi boca, se levanta.

—Te acompaño.

El viento murmura, estremece la habitación.

—Viene tormenta, preciosura, quédate en casa. Tardaré solo un par de horas.

Cubro mi desnudez con las sábanas.

—No me gusta estar sola cuando hay tormenta.

Sube el cierre de sus vaqueros, agarra una camisa blanca.

—Lo sé, por eso seré el voluntario más rápido. —Me guiña un ojo—. Estaré en casa antes de que me extrañes, Isabelle, lo

prometo.

Un nudo se teje en mi estómago mientras lo observo terminar de vestirse y pasarse los dedos por el cabello que despeiné hace minutos.

Creo que me engaña. Aaron me engaña.

Quiero arrancar el pensamiento de mi mente, de mi piel, pero está ahí desde que perdí a Thomas. Saber que jamás seremos padres abrió una grieta en nuestro joven matrimonio. Aaron finge que todo está bien, que su deseo no ha muerto, que la vida sigue siendo igual de maravillosa, pero sé que miente. Sé que está herido. Sé que no puedo darle lo único que desea. Lo único que yo deseo y deseé siempre.

Me engaña. Va a buscar en otra mujer lo que jamás encontrará en mí, lo siento.

Apoya una rodilla sobre la cama, acaricia mi pelo largo y besa con devoción mis labios.

—Te amo, Isabelle, con absoluta locura y adoración.

Cierro los ojos, anhelo creer en sus palabras. Sé que una vez fueron ciertas, pero hoy... hoy el futuro es amargo.

—Te amo.

Otro beso y la estancia extraña su aroma.

Miro alrededor, sintiéndome vacía, estúpida y traicionada por mi propio cuerpo.

Va encontrarse con otra mujer mientras estoy esperándolo entre sábanas frías.

Niego, me paso las manos por el rostro.

«¿Vas a llorar mientras tu esposo se revuelca con otra?», me susurra esa voz.

Me levanto, camino por la habitación. El aire veraniego juega con las cortinas anunciando que la tormenta está cerca.

Nunca fui celosa, paranoica ni posesiva, pero la

infertilidad me convirtió en un monstruo que se autodestruye.

Recojo mi ropa, me visto con violencia, con odio. Odio hacia mí misma.

«Estás perdiendo todo lo que amas».

Seco una lágrima, agarro el primer par de sandalias que encuentro.

«Aaron va a dejarte igual que Thomas, igual que tu madre, igual que tu padre. Todo lo que te rodea muere».

Miro las sábanas revueltas, rebosantes de pasión, carentes de sueños.

«Solo falta Nick, vas a acabar con él antes de lo que piensas».

Cierro la ventana, intento calmarme.

«Descúbrela. Descúbrela y termina con esta tortura».

Observo la fotografía de nuestra boda, que descansa sobre el alfeizar, ambos sonrientes, expectantes, hambrientos de futuro, de familia.

«Eso era antes de saber que no sirves».

El marco se estrella contra el suelo, los vidrios rotos distorsionan nuestras caras. Presa de una furia desconocida, salgo de la casa y subo a mi viejo auto. Mis manos tiemblan sobre el volante mientras me acerco a la verdad.

«Te engaña. Te engaña. Te engaña».

Cuando la silueta de la capilla se dibuja ante mis ojos, me detengo. Bajo y avanzo a pie, escondiéndome entre los árboles.

¿Dónde están las luces? ¿Dónde están los voluntarios y las donaciones? Lo sabía... Cada ausencia a horas ridículas, cada llamada telefónica...

Estoy a punto de dar la vuelta, encerrarme en el auto, llamar a Aaron y exigir explicaciones, cuando lo veo rodear la

pequeña iglesia. Hay un bolso en sus manos, camina con la oscuridad sobre sus hombros. Sé que es él, aunque no veo su rostro, reconozco su forma de andar. Fue lo que me dejó a sus pies antes de escucharlo hablar.

Su figura se pierde en el interior. No titubeo, me acerco y me deslizo por la ventana entreabierta.

El primer relámpago baña en plata la iglesia, la tormenta no tarda en desatar su furia.

Lo siento en los huesos, algo está por cambiar esta noche.

Juego con las sombras, siguiendo sus pasos. Mis piernas son mudas, lo único que se oye es el miedo caminando a mi lado.

Me escondo detrás de una columna, el pulso galopa en mis oídos. Asomo el rostro, el verano y la adrenalina humedeciéndome la piel.

Busca algo en su pantalón, se agacha y abre la puerta que lleva al sótano.

Una brisa gélida me adormece el cuerpo cuando su mirada apacible recorre la estancia antes de bajar.

Espero, sintiendo los minutos acumularse en mi garganta, asfixiándome.

La imaginación atándome al potro de tortura.

La pequeña puerta en el piso se abre y, allí, entre las sombras anaranjadas de la vela que lleva en la mano, está él. Tiene el cabello alborotado y la camisa desabrochada. Se dirige al baño, llevándose la luz y la esperanza.

La furia actúa como un impulso eléctrico que me obliga a descalzarme y correr hacia el sótano.

Bajo dispuesta a encontrar mi verdad.

Bajo sin saber que estoy descendiendo al infierno.

La madera se queja debajo de mis pies y un grito ahogado

suenan en el silencio, dejando el corazón en mi garganta.

Cada risa, cada caricia, cada te amo, cada promesa, cada proyecto, cada sueño, cada ilusión muere en el momento en que mis ojos se encuentran con el pánico puro y ensordecedor en la mirada de la mujer atada a una silla.

El índice de la muerte recorre mi columna, el sótano da vueltas.

—No... —el susurro abandona mis labios secos.

Cubierto de lágrimas y amordazado, el rostro de la mujer me habla.

No pienso, no razono, solo actúo. Avanzo hacia ella con las piernas flojas y la vista nublada.

—Shhh... —Intento tranquilizarla, pero la angustia sacude su cuerpo—. Voy a sacarte de aquí. No hagas ruido, no hagas ruido. Por favor, no hagas ruido.

Intento cortar los precintos que atan las manos a su espalda, pero mis dedos están lentos, torpes.

—Mierda —murmuro mientras lucho con el plástico alrededor de sus muñecas ensangrentadas—. Vamos, vamos, vamos.

El rechinar de un escalón detiene mi pulso, congela mi sangre. Corro al extremo opuesto de la habitación, me escondo detrás de unas cajas y trastos viejos.

—Creí que íbamos a estar solos, profesor —la voz joven de un hombre quiebra el silencio.

—Ethan es mi mano derecha, Lucas, no te sientas intimidado. Todos somos familia, ¿recuerdas? —Cubro mi boca cuando reconozco la voz de Aaron—. Solo imagina que estamos solos. Este es tu momento, eres el protagonista esta noche.

«¿Qué está pasando? Es un sueño, una pesadilla».

—No quiero... ser imprudente, profesor, pero... ¿estamos

seguros aquí?

Aaron y los otros dos hombres se reúnen en el centro del sótano, rodeando a la mujer que se sacude en la silla. No quiero escuchar. No quiero ver, pero no puedo cerrar los ojos. No puedo moverme.

—¿Alguna vez los puse en riesgo, Ethan?

—Jamás, profesor. Puedes estar tranquilo, Lucas. La comunidad ama al profesor Jones, él los inspira y ellos lo inspiran. El pastor James le dio las llaves de la capilla por voluntad propia, usamos este sótano docenas de veces. Relájate, disfruta tu momento.

Un silencio peligroso, otro grito amortiguado.

—Cuéntame, Lucas, quién es tu ofrenda.

—Es Harper, mi vecina, profesor. Su padre es un abusador, lleva toda su vida abusando de ella y de sus hermanas. Harper quiere morir, pero no se atreve a encontrar la manera de elevar su alma.

Los dedos de Aaron recorren el perfil de Harper, la observa embelesado.

—No sabes lo que estás a punto de hacer, Lucas. Estás a punto de darle el regalo más preciado, el regalo de la muerte —en su voz hay pasión, excitación—. No somos comunes, somos especiales. Somos los elegidos y los que elegimos a quiénes salvar... —Se acerca a una mesa, acaricia una fuente metálica, levanta un cuchillo—. Es tu momento, Lucas. Abraza tu naturaleza. Salva a Harper de su sufrimiento.

El muchacho acepta el cuchillo, lo observa.

—¿Puedo tallar mis dibujos en su piel después?

Harper se sacude en su silla, yo intento despertar.

—La muerte es arte, Lucas. Es un regalo precioso, es poesía. Deja tu firma, hijo. Cuenta tu historia... Es tu momento.

Ethan y Aaron se alejan, dejando a Lucas ser el centro. El joven acaricia con la punta de la navaja el rostro de la mujer, desfigurado por el pánico, brillante bajo la amarillenta bombilla de luz.

—Tranquila, Harper. Todo el sufrimiento acabará pronto. No habrá más dolor, solo paz, solo libertad.

La mujer suplica con la mirada.

Quiero moverme.

Quiero gritar.

Quiero ayudarla.

Quiero desaparecer.

Lucas acaricia su estómago y su pecho como si buscara un lugar exacto, perfecto.

—Los ojos, Lucas —indica Aaron—. No olvides mirarla a los ojos mientras la liberas de todo su dolor. Es un momento de conexión exquisita, un instante que te pertenece.

Quiero levantarme. Quiero impedir que se acerque a Harper, pero mis piernas son de plomo. No sé si respiro. No sé si esto es real o un vil producto de mi imaginación.

Lucas inclina la cabeza de su víctima hacia atrás y la mira a los ojos mientras entierra el cuchillo lentamente en su esternón, es casi un movimiento sensual.

—Ya no duele, Harper. Te regalo paz, libertad.

Una flor roja aparece en la camiseta de la joven y se expande apoderándose de la tela.

Una eternidad silenciosa.

—Un acto de gracia maravilloso, Lucas. Bienvenido a la familia.

El vómito enciende mi garganta, me ahogo intentando tragarlo y la tos me delata.

—¿Qué fue eso?

Cubro mi boca con ambas manos, mis ojos arden, mi cuerpo tiembla.

—¿Hay alguien? ¡Profesor, dijo que este lugar era seguro!

—Lucas, tranquilízate ahora mismo. —Jamás, desde que lo conocí, escuché ese tono tan frío en su voz—. Ethan, sube y comprueba que Isaac esté en su posición.

El hombre castaño y alto sube con rapidez.

—Fue aquí, profesor, alguien tosió.

—Lucas, estás conmocionado por tu ofrenda. Necesitas enfocarte. Estamos solos. Revisamos cada milímetro de este sótano.

Los ojos vidriosos y extasiados de Lucas escanean la pequeña estancia.

—Fue aquí, profesor, no estoy loco...

Comienza a caminar lentamente, es un cazador nervioso. Cuando se acerca a las cajas que me ocultan contengo la respiración, saboreo el ácido en mi boca. Un ardor insoportable se apodera de mi cuero cabelludo cuando alguien tira de mi cabello, levantándose.

—¡Le dije que no era seguro!

El filo del cuchillo roza mi abdomen y el tiempo deja de marcar el ritmo de mi vida. Solo escucho el latir errático de mi corazón, solo huelo la sangre que no es mía.

—¿Isabelle?

Cierro los ojos, los aprieto con fuerza. No quiero verlo. No puedo verlo. No es real. No es él. No es él.

—¿La conoce? ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Va a delatarnos, profesor! ¡Acaba de verlo todo!

—Lucas, suéltala. —El mandato es un témpano—. Ahora.

—¡Voy a ir a la cárcel! No puedo estar en la cárcel, no voy

a sobrevivir. —Tira de mi pelo, sacudiéndome, arrancándole un grito a mi garganta—. ¡Putá, lo arruinaste todo! ¡Arruinaste mi momento! ¡Yo era el protagonista esta noche!

—Lucas, suéltala. Es una orden.

—No puedo ir a la cárcel. No puedo ir a la cárcel. No puedo ir a la cárcel, profesor.

—Nadie irá a la cárcel. Por favor, Lucas, no seas una decepción...

«Lo intentas o mueres».

—¿Decepción?

—Aaron, por favor, solo déjame ir —suplico sin mirarlo.

—Tranquila, Isabelle. Lucas te soltara ahora mismo. ¿No es así?

La duda que recorre el cuerpo de Lucas también balancea el mío.

«Es ahora. Es ahora. Es ahora».

Mi codo impacta contra su estómago y me libero. Doy un paso, pero su puño vuelve a cerrarse alrededor de mi pelo, tirando hacia atrás. Mi espalda choca con su pecho y el filo de la navaja me atraviesa.

Fuego. Mi carne se prende fuego.

—¡No!

Aaron se abalanza sobre Lucas, comienza a golpearlo con ferocidad.

Bajo la vista al cuchillo que forma parte de mí, la sangre tiñe mis dedos. No hay huesos en mis piernas, nada me sostiene. Caigo en un agujero negro.

Fuego. Mi carne se prende fuego.

Aaron tiene un cuchillo, lo entierra en el estómago del chico. Una vez, dos veces, tres, cuatro, cinco, seis y pierdo la

cuenta. Es una bestia. Un monstruo cubierto de sangre.

¿Me arrastro? Sé que lo intento. Intento llegar a la escalera.

—¿Qué carajo? —Otra voz en la pesadilla—. ¿Profesor? ¡¿Profesor?!

—¡La tocas y estás muerto, Ethan!

¿Me arrastro? Sé que lo intento. Sé que mis manos acarician los escalones.

—¡Está sangrando mucho, profesor!

El escalón se aleja, mi perfil rebota contra el suelo húmedo. Veo unos pies acercarse.

—Izzy, mi amor, ¿me escuchas? —Sus manos rojas acunan mi rostro—. Vas a estar bien, vas a estar bien. No es tu momento. No es tu momento.

Intento ver sus ojos, esos que amo más que a mi vida, pero mis párpados se cierran.

—No tenías que enterarte así... Lo estaba planeando todo, Izzy. Iba a encantarte nuestra familia, son tan especiales. — Sus labios besan mi frente—. Hay solo dos cosas que nos hacen libres, Isabelle, la muerte y la verdad. No lo olvides. Te amo.

Mis ojos se cierran, ya no hay sonidos ni olores.

Cuando despierto, no sé dónde estoy, solo sé que mi cuerpo es levantado y duele. Todo duele.

—Tranquila, todo va a estar bien. ¿Puede decirnos su nombre? ¿Puede decirnos qué pasó?

Intento levantar la cabeza, miro alrededor. El sótano.

—Aaron. Aaron Jones.



¿QUÉ VE CUANDO ME MIRA?

ISABELLE

Observo su ropa, no es su vestimenta habitual.
—¿Daniel?

Continúa mirando a través de la ventana.

—Daniel, ¿estás tomando tu medicación?

Cruza los brazos detrás de su cabeza, se pone cómodo en el sofá.

—Daniel no está al mando hoy, doctora. El muy maricón está llorando en un rincón.

Joel. Llevo más de un año tratando a Daniel y sus otras personalidades, pero Joel siempre consigue endurecer mis músculos y acelerar mi pulso.

—¿Qué ocurrió, Joel? —pregunto, imprimiendo calma en mi voz.

Se encoge de hombros en un gesto despreocupado, agarra un dulce de la caramelera.

—Me deshice de Betty.

La punta de mi lapicera se detiene. Mantengo el contacto visual, hay diversión en su mirada.

—¿A qué te refieres con deshacerte, Joel?

—La engañé con una prostituta y me aseguré de que se enterara. Le mandé unas fotos divinas, doctora. —Mastica olvidando todos los modales—. Lo hice por todos, créame. Era lo mejor, van a agradecermelo. ¿Quiere que le cuente cómo fue?

Cuando Gael me abre la puerta del auto y me tiende su mano bajo exhausta. La sesión con Daniel drenó toda mi energía, dejándome sin nada que ofrecer al resto de mis pacientes. Ingresamos al edificio, García nos saluda con su amabilidad de siempre. Evans pide el ascensor, esperamos.

La puerta de entrada se abre, Frank pasa con su guitarra al hombro. Automáticamente, los dedos de Evans se entrelazan con los míos. Observo mi mano pequeña entre la suya.

—Kalie, ¿cómo estás? —Frank me sonríe hasta que alza la vista y mira a Gael—. Cómo están, quiero decir.

—Muy bien, Frank. Gracias.

Subimos al ascensor; marco el sexto piso y Frank, el quinto.

Gael me observa como si estuviera maravillado con cada parte de mi ser y me sorprende lo bien que finge. Se lleva mi mano a los labios y deja un beso húmedo y eterno en el dorso. El calor de su boca acaricia mi piel, se apodera del resto de mi cuerpo y me hipnotiza.

Frank carraspea, rompiendo la sensualidad del momento.

—Adiós, Kalie. —Mira a Evans y le hace un gesto con la cabeza—. Gael.

—Hasta la próxima, Frank —responde, deslizando el brazo alrededor de mi cintura.

El rostro de mi vecino desaparece y tomo distancia. Hace calor, necesito una ducha.

—Espero no haberla incomodado, doctora Brown.

Niego.

—Solo... Creo que...

«Que no debería hacer lo que hace teniendo esposa. Y a mí no debería gustarme tanto».

Niego otra vez, salgo del ascensor sin esperar a que las puertas se abran por completo.

Necesito espacio. Espacio y una ducha muy fría.

Gael entra primero, como siempre, desactiva y vuelve a activar la nueva alarma mientras dejo mis cosas en el perchero.

—Permítame que la ayude —dice y me quita el blazer como si yo no pudiera hacerlo.

Lo observo colgarlo con precisión y cuidado.

—¿Todo está bien, Evans?

Se quita el saco, arremanga su camisa.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

Lo estudio un poco más hasta que frunce el ceño.

—Está extraño. Hace dos días que está mucho más atento, más... —cercano— servicial.

—Solo hago mi trabajo, doctora.

Suelto mi cabello, sus ojos siguen el movimiento de los rulos al caer sobre mis hombros.

—Su trabajo no es hacerse pasar por mi novio, darme charla o ayudarme a desvestirme, Evans. Los guardaespaldas de Nicholas solo se limitan a seguir sus pasos.

Se afloja la corbata, desvía la mirada.

—Soy un caballero, doctora Brown. Por favor, no lo malinterprete.

«No lo hago, Evans. Me encanta, solo no lo entiendo. ¿Qué cambió? ¿Dónde quedó esa frialdad inicial entre nosotros? ¿En qué momento la sombra dejó de incomodarme?»

Asiento, masajeo mis sienes.

—Necesito una ducha.

Cruzo el *living* de camino al baño, Freud me sigue y se gana unos cuantos mimos.

Paso más tiempo de lo normal bajo el agua, suplicándole que relaje mis músculos y, quizá, afloje los engranajes de mi mente. Cuando salgo, un exquisito aroma despierta mi apetito y lo sigo descalza hasta la cocina.

Evans revuelve algo que huele de maravilla y la mesa está puesta con elegancia para dos.

—Me hace el desayuno, me prepara la cena... Mi hermano va a tener que aumentar su salario, Evans.

Baja el fuego y se da vuelta con una pequeña sonrisa que difiere mucho de la que se dibuja en mis labios cuando lo veo. Evans lleva puesto un delantal con la figura de una modelo en *bikini* que Madison me regaló cuando me mudé a este departamento. No puedo contenerla, la carcajada explota.

—Disculpe, doctora Brown, ¿se está riendo de mi silueta? ¿Sabe lo que me costó conseguir estas curvas?

Sus palabras no hacen más que alimentar mi risa y acabo sujetándome el estómago.

—Si sabía que iba reír así lo usaba antes, doc.

Lo observo, aún con una sonrisa tonta.

—Le queda increíble, Evans. Esa silueta... Lo felicito por el esfuerzo.

Me acerco a la cacerola, siguiendo el delicioso aroma.

—¿Qué es?

—*Risotto*.

—Me está haciendo sentir famélica.

—Eso es porque hoy no almorzó, doctora. Espero que sea la última vez que saltea una comida.

Me apoyo en la mesada, lo dejo hacer.

—Usted saltea comidas, Evans.

—Usted y yo no tenemos la misma resistencia, doc, créame.

—Como diga...

Voy hasta el recibidor y agarro la correspondencia, comienzo a mirarla, pero unas manos me la quitan.

—Regla número cinco —dice por encima de mi hombro, haciendo que mi piel se erice allí donde vibró su voz.

Giro, se saca el delantal con una mano y lo deja sobre el sofá.

—Usted y sus reglas... ¿Puedo crear una?

La atención se desvía de los sobres para posarse en mí.

—Por favor —dice, galante.

Suelto lo que dio vueltas en mi cabeza los veinte minutos que estuve en la ducha.

—Regla número seis, Evans: no más contacto físico entre usted y yo.

La curiosidad en su rostro se transforma en asombro.

—Creo que será difícil cumplir esa regla, doctora. Mi trabajo puede implicar cierto contacto físico en determinados momentos.

—No más contacto innecesario, entonces, como el de hace un rato en el ascensor. No me gustaría disgustar a su esposa.

Su ceño se frunce, sonrío.

—¿Mi esposa?

Asiento.

—¿No le parece que podría molestarse?

—Si tuviera esposa, doctora, ni siquiera la miraría como la miro. No se preocupe, intentaré respetar la regla número seis

siempre que sea posible.

Vuele a la cocina, llevándose mi correspondencia, dejándome atontada.

¿Es viudo o divorciado? ¿Nunca tuvo esposa? ¿Y la mujer que estaba junto a él y su pequeño hijo en el centro comercial?

«Si tuviera esposa, ni siquiera la miraría como la miro».

Cada roce involuntario, cada sonrisa, cada momento de tensión, cada acto de aparente caballerosidad comienza a cobrar otro sentido y ruego estar equivocada, aunque profundamente lo deseo.

Me acerco a su espalda ancha sintiéndome joven, insegura e inexperta por un instante.

—¿Cómo me mira, Evans?

Su mano se detiene, deja de revolver.

Silencio.

Gira. La intensidad en su mirada me desborda, afloja mis piernas, me hace sentir una jovencita y no una mujer que pasó por las experiencias más horribidas.

—La miro como si...

La alarma se dispara cuando la puerta se abre. Todo sucede en un microsegundo. Antes de que pueda procesar lo que ocurre, Evans desenfunda su arma, me coloca detrás de su cuerpo y apunta hacia la entrada.

—¿Qué...? ¡¿Desde cuándo tienes sistema de alarma, Kalie?!

—¿Matt?

El ruido es insoportable.

—Carajo. —Gael baja su Glock 17 (le pregunté el modelo una tarde mientras lo veía limpiarla), la coloca en la cintura de su pantalón y deja escapar un suspiro cargado de frustración —. ¿La mosca tiene llaves?

«¿Mosca? ¿Escuché bien? ¿Le dijo mosca a Matt?»

Me tapo los oídos con más fuerza y observo a Matthew intentar desactivar la alarma, pero no puede hacerlo. Solo Gael y yo podemos. Evans se acerca y le pone fin a la tortura. Cierra la puerta, se pasa las manos por el pelo y me mira.

—Doctora, a la habitación. Ahora.

El tono gélido de su voz me paraliza.

—Qué...

—Ahora —repite sin paciencia.

—¿Qué le pasa? ¿Cómo se atreve a hablarle así?

—No se meta, O'Connor. Doctora, a la habitación.

Gael desaparece por el pasillo, Matt me mira incrédulo.

—¿Qué carajo está pasando con ese tipo, Kalie?

—Está bien, Matt. Solo... dame un segundo.

Sigo el rastro de furia que Evans dejó, entro a mi cuarto.

—¿Cómo, en todo este tiempo, no se le ocurrió decirme que O'Connor tiene llaves?

—No lo sé, simplemente lo olvidé. Nunca las usa, siempre me avisa cuando va a venir.

Su respiración es salvaje, es claro que por un momento perdió los estribos. Camina por la habitación. Si fuera un dibujo animado, saldría humo de su cabeza.

—Necesito que le pida que le devuelva las llaves ahora mismo. —Restriega su rostro, ya no hay rastros del Gael cocinero y casi relajado—. Vamos a tener que cambiar las cerraduras.

—No hace falta.

—Claro que hace falta. Solo usted y yo debemos tener acceso al departamento, nadie más. Ni siquiera su hermano —

aclara—. Así que, si el señor Brown también tiene llaves, debe pedírselas.

—No tiene llaves.

—¿Ferris?

Me apoyo contra la puerta, hago memoria.

—Sí. Creo que sí.

Otro suspiro agotado, irritado.

—Cambiaremos las cerraduras mañana mismo.

El silencio se vuelve tenso, pero no es el tipo de tensión que suele haber entre nosotros. Esta no me gusta, forma un nudo en mi estómago.

Gael me mira, casi desde la otra punta de la habitación, su expresión se suaviza en un segundo.

—Lamento haber levantado la voz, espero pueda disculparme. Perdí la compostura, no volverá a suceder.

Niego, juego con un pequeño hilo que cuelga de mi vestido veraniego.

—Está bien. Vamos a tranquilizarnos y... —Huelo—. ¿Eso es...?

—¡El *risotto*!

La cocina está llena de humo, Matt intenta disiparlo con su chaqueta. Evans abre las ventanas con rapidez y yo me encargo del arroz quemado.

—Mierda, causé un caos en cinco minutos.

—No podría estar más de acuerdo, O'Connor.

Matt apoya su campera sobre la isla, veo cómo los músculos de su espalda se tensan.

—Matt...

—¿Tiene algún problema conmigo, Evans?

—Sí, que no deja de complicar mi trabajo.

—Quizá debería buscarse otro.

—Quizá debería irse antes de que pierda la paciencia.

Matt da un paso al frente, Evans otro. La altura de ambos es imponente, pero Gael le saca varios centímetros.

—¿Me está amenazando, Evans?

—Parece que ya se hizo revisar los oídos.

—Matt, por favor... —Agarro su brazo, tiro con suavidad hacia atrás—. Por favor.

Deja escapar el aire por la nariz como un toro embravecido y me observa.

—¿Dónde está tu teléfono? Estuve llamándote para avisarte que venía, Kalie —suena apenado y su mirada es cálida para mí—. Dios... Arruiné tu cena. Déjame compensarlo. Déjame llevarte a cenar, por favor.

Niego, acaricio su mano.

—Tuve un día muy largo, Matt. Una sesión que me dejó mentalmente agotada. Solo necesito dormir.

Inhala profundo, asiente repetidas veces. Levanta del suelo un ramo de flores del que me percató recién cuando lo coloca entre mis manos.

—Descansa, preciosa. —Deja un beso casto en mis labios y señala el desastre en que se convirtió el *risotto*—. Solo quería pasar un rato contigo, lo lamento.

Lo acompaño hasta la puerta, quitándole peso al ridículo momento.

—Matt, tengo que... pedirte las llaves —digo, moderando el tono de mi voz, fingiendo una intimidad que no existe—. Es... parte del... protocolo de seguridad. Cuando todo termine, puedes tenerlas otra vez.

Su mirada se clava por encima de mi hombro, sé que está

mirando a Gael. Saca el juego de llaves del bolsillo de su pantalón y lo pone en mi mano.

—Llámame si me necesitas, por favor.

Le sonrío.

—Lo haré. —Señalo el portero eléctrico—. Te abriré apenas te vea por la cámara.

Asiente, besa mi frente y sube al ascensor. Cuando lo veo por la pequeña pantalla siento lástima, sé que su intención era pasar un momento tranquilo conmigo. Aprieto el botón y la puerta se abre, Matt desaparece y todo el peso de esta noche cae sobre mis hombros. Miro las rosas en mis manos, las huelo.

—Si no me necesita, voy a bañarme.

Alzo la vista, Gael está sin corbata y con el cabello revuelto de tanto tocárselo.

—Lamento lo de su *risotto*, Evans, olía riquísimo.

Se apoya contra la pared, niega.

—Hay *pizza* congelada. Debería comer, aunque sea algo rápido.

—Creo que ya no tengo hambre, prefiero descansar.

Guarda las manos en los bolsillos, asiente.

—Descanse, doctora.

—Descanse, Evans.

Llevo horas dando vueltas entre las sábanas. Quise negarlo, pero es real, el insomnio volvió para quedarse. Voy a tener que pedirle pastillas para dormir a Francis. Y las odio. Las odio tanto.

Mi cabeza está llena, soy un caos y hace mucho tiempo no me permitía serlo.

Aaron y lo que sea que quiere de mí. Nicholas y esa preocupación que intenta ocultar con fiestas de cumpleaños y sonrisas. Madison y su boda. Daniel y su recaída. Thomas y mi herida. Gael y su forma de mirarme. No tiene esposa. Todo lo que me llevó a dictar la regla número seis no existe. Pero la necesito. Necesito cierta distancia entre nosotros por muchas razones. ¿Las más importantes? Va irse de mi vida cuando lo que sea a lo que Aaron está jugando termine y yo no puedo darle nada más que un poco de piel para recordar que estamos vivos. Lo mismo que le doy a Matt, sabiendo que espera mucho más.

Giro otra vez, enfrento al reloj despertador. Son las tres de la madrugada, técnicamente es mi cumpleaños.

«Lo hiciste, Isabelle. Sobreviviste un año más».

Roto sobre mi espalda, miro el techo. Freud ronronea a mis pies.

«Si tuviera esposa, doctora, ni siquiera la miraría como la miro».

¿Cómo? ¿Qué ve cuando me mira? ¿Una profesional fría, aburrida y calculadora? ¿Una anciana encerrada en un cuerpo de veintiocho años? ¿La exesposa de un asesino? ¿Una pobre ingenua que vivió una mentira? ¿Una mujer que amó a un monstruo?

El ruido de un cristal rompiéndose eriza mi piel, tensa mis músculos. Me levanto, me acerco con pasos mudos hasta la puerta y la abro despacio.

—¿Evans? —susurro.

El silencio enfría mis huesos.

—Dylan... No, ¡no!

Salgo, devoro el pasillo.

—No voy a dejarte, no voy a dejarte.

Una pesadilla retuerce el cuerpo de Evans sobre el sofá.

—No me dejes... Dylan, no...

Esquivo los vidrios del vaso roto en el suelo, me acerco. Su rostro y su pecho brillan por la transpiración.

—¿Evans? —susurro con calma.

—No. —Un sollozo astilla su voz—. No, Dylan, no...

—Evans, despierte.

Acaricio su frente húmeda. Mi corazón se detiene cuando sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca. Un movimiento brusco y calculado y aterrizo sobre su pecho. Gael gira, posicionándose sobre mí, dominando el momento. Su mano está en mi garganta, no aprieta, pero es firme.

—Evans...

Me mira con ojos vacíos.

—Evans, soy yo. —Llevo mis dedos a los suyos, intento alejar su mano de mi cuello—. Soy Isabelle, Evans.

Como si despertara de un trance su mirada bebe cada centímetro de mi rostro. Hay lágrimas en sus ojos.

—¿Doc?

Asiento.

—Estaba soñando.

Mira su mano sobre mi garganta, la saca al instante. Esconde la cabeza en el hueco entre mi hombro y mi cuello, respira como si estuviera ahogándose.

«¿Está llorando?»

No sé qué hacer, su reacción me toma por sorpresa. El peso de su cuerpo impide que me mueva, pero estoy comenzando a sentir su dolor y quiero ayudarlo.

—¿Evans?

Solloza como un niño, apenas puedo creerlo.

Me las ingenio para sacar una mano de la prisión de su

cuerpo y la coloco sobre su nunca.

—Todo está bien, Evans —susurro y me tomo el atrevimiento de acariciar su cabello negro—. Solo fue un sueño —digo, sabiendo que no es así. Eso fue mucho más que un sueño—. Está aquí conmigo, a salvo y tranquilo. Todo está bien, ¿me escucha?

Sale de su escondite, el horror en su mirada me retuerce el estómago. Una lágrima se desliza por el puente de su nariz y aterriza en mi frente.

—Todo está bien —susurro.

De repente, entendiendo quién soy, quién es y lo que está pasando, se levanta. No se siente satisfecho con la distancia que nos separa hasta que su espalda toca la pared. Seca sus mejillas, me observa.

—Discúlpeme —murmura y va hacia el baño.

Me siento en el sofá, miro los vidrios rotos y me pregunto qué o quién tiene el poder de torturar a la máquina de matar incluso en sueños.



DESLIZ

GAEL

Desliz. Uno tras otro desde que conocí a Isabelle Brown. Soy un hombre de reglas y control que está perdiendo ambos.

Anoche no debería haber ocurrido. Desearía poder borrar de la mente de la doctora las últimas veinticuatro horas.

Entrelazar mis dedos con los suyos en un acto posesivo, desliz.

Sentir su piel bajo mis labios y necesitar más, desliz.

Dejar al desnudo con una abrupta confesión mi rol en esta atracción que nos envuelve, desliz.

Escuchar su risa como música y no como risa, desliz.

Enfurecer porque la mosca arruinó la cena que preparé para los dos, desliz.

Permitirle consolarme en un momento de absoluta vulnerabilidad, desliz al cubo.

Me escondí en la sedosa curva que conduce a su cuello y lloré como un niño. Busqué consuelo en su piel mientras los retazos de la pesadilla aún ardían en mi pecho. Y lo vio, lo vi en sus ojos. Lo vio. Vio que hay miedo y dolor detrás de mi fachada inquebrantable.

Este no es mi comportamiento habitual. Soy un profesional. Un francotirador frío y calculador. Un hombre respetado, temido. El mejor agente de una de las agencias de seguridad más importantes de Londres. Una máquina de matar implacable.

¿Qué está haciendo Isabelle Brown conmigo?

La atracción sexual es innegable. Es una mujer hermosa, inteligente y elegantemente seductora. Lo cuestionable es la ira irracional que siento hacia cualquiera que ose ponerle un dedo encima con la intención equivocada. Lo cuestionable es el ritmo que adopta mi corazón cuando sonrío.

Isabelle Brown no es lo que esperaba, no solo porque golpea un saco de box como una experta y escucha música pesada, sino porque no es Aaron Jones. Pisé esta casa con una premisa infundada, creyendo que esta joven mujer sería el reflejo de su esposo, el vestigio de sus locuras. Necesitaba que lo fuera. Necesitaba que compartiera mucho más que un anillo de bodas para ayudarme a comprender, para ayudarme a explicarle a Tyler que quizá no existe un por qué.

No pude estar más equivocado. Isabelle es calma y racionalidad. Y después de haber leído esa carta que jamás entregó, después de haber tomado su mano y adentrarme con ella a su infierno, no siento más que respeto y admiración. Esa carta marcó un antes y un después en mi vida. Esa carta, que volví a colocar en su lugar luego de leerla por segunda vez, hizo que aceptar este trabajo valiera la pena. Sin embargo, dar rienda suelta a la atracción que sentimos sería un error. No puedo ofrecerle nada más que una noche para saciar el hambre y apagar el fuego. Isabelle Brown es un lazo con el pasado, uno que necesito cortar.

Bebo otro sorbo de café, acaricio la fotografía. Entre su correspondencia encontré un sobre sin remitente, solo con el número de piso y departamento. Lo guardé con rapidez en mi bolsillo, aprovechando lo aturdida que lucía al descubrir que no tengo esposa. El resto de una frase y otro pedazo de foto

era el contenido. Al juntarlos la imagen de una Isabelle adolescente, con el cabello largo y la expresión triste, cobra vida.

“Todos tenemos un lado oscuro, Isabelle, incluso un ángel como tú. Abraza tu naturaleza. Escribe tu historia. Regálale al mundo tu arte”.

Le doy vueltas al mensaje una y otra vez. Para Jones la muerte en un regalo precioso, es arte. ¿Entonces...?

Escucho la puerta de su habitación abrirse, Freud atraviesa la estancia como un rayo. Guardo la fotografía y la nota en mi bolsillo, tengo que encontrar un momento de privacidad para sacarle una foto con mi teléfono antes de enviárselo a Clarkson como evidencia sin que Isabelle se entere. Ya tiene demasiado.

La rubia más hermosa que vi en mi vida aparece en la cocina, intentando dominar sus rulos sin éxito.

—Buen día. —Me regala una sonrisa que me obliga sonreír —. ¿Cómo... se siente hoy, Evans?

Incómodo, desvió la mirada.

—¿Café, doctora?

—Por favor.

Le sirvo una taza mientras se sienta junto a la isla.

—Un día de estos me voy a poner el despertador de madrugada y le juro que voy a conseguir levantarme antes de que esté despierto para hacer el desayuno.

Sonrío sin que pueda verme.

—Permítame dudarle, doctora Brown.

—¿Cómo hace para ser tan madrugador?

—Ser padre soltero es un buen entrenamiento. —Pongo la taza entre sus manos—. Cierre los ojos, por favor.

Su ceño se frunce.

—¿Para qué?

—¿Confía en mí, doctora?

Silencio.

Apoya la taza, cierra los ojos.

Abro la heladera, saco la pequeña torta de chocolate que encargué ayer y recibí esta mañana, enciendo la vela y la dejo con cuidado sobre la isla.

—Ábralos, por favor.

Sus párpados se abren. Mientras observa el pastel, me deleito con la expresión cálida de su rostro.

—Feliz cumpleaños, doctora.

Busca mis ojos, la dejo mirarme de esa manera que ambos sabemos que no es correcta.

—No soy tan bueno haciendo tortas como haciendo *risottos*, así que es comprada. Lamento privarla de mi talento culinario.

Sonríe, observa con detenimiento la prolija frase escrita con crema sobre la cobertura de chocolate.

—“Regla número siete: todos sus deseos deben cumplirse”
—lee.

—Adelante, doctora, haga cumplir la regla.

Me observa antes de acercarse a la vela y soplar, y yo no puedo dejar de mirar sus labios.

—Gracias, Evans. Esta mañana no podría ser mejor.

Acomodo mi corbata, intento que su confesión no provoque lo que me provoca.

—Si le parece bien, voy a cortar este pastel ya mismo. —
Se levanta y abre los cajones.

Me siento frente a su banquetta, continúo bebiendo mi café a pesar de que está frío.

—Cambiaron las cerraduras hace dos horas, doctora. El

nuevo juego de llaves está sobre la mesa del recibidor.

Vuelve a la isla con dos platos pequeños y cubiertos.

—¿Hicieron ruido? Ni siquiera me enteré.

—No hicieron ruido, no hizo falta limar la puerta. — Estornudo y saco del bolsillo de mi pantalón el pastillero antes de que la alergia sea insoportable.

—¿Está seguro de que no quiere que le pida a Madison que cuide a Freud durante un tiempo? Se la pasa estornudando, Evans.

—No hace falta, despreocúpese. Su gato ya me odia suficiente.

Sonríe.

—No lo odia a propósito, son enemigos naturales.

Acepto con una sonrisa la porción de torta que me ofrece. Desayunamos en silencio hasta que las preguntas se huelen en el aire.

—Quiero disculparme por los sucesos de anoche, doctora Brown.

Apoya el tenedor en el plato, me observa.

—¿Por qué sucesos, agente Evans?

Apoyo los antebrazos sobre la mesa, entrelazo mis dedos y la miro.

—Por todos. En primer lugar, me disculpo por incomodarla en el ascensor. No era mi intención.

—No me incomodó en el ascensor. Solo creí que tenía esposa y, por ende, no era lo correcto. Disculpa innecesaria.

La conversación es un duelo de miradas, saltan chispas azules y verdes.

—En segundo lugar, me disculpo por la forma en que traté a O'Connor. No fue correcto cómo me dirigí hacia él, no

volverá a ocurrir.

Isabelle bebe, me estudia con calma.

—¿Le dijo mosca, Evans?

No puedo detener la sonrisa que se apodera de mi boca.

—¿Puedo saber qué es gracioso? —su voz es pura seriedad, pero está sonriendo—. ¿Por qué, Evans?

Lo pienso. Pienso qué puede pasar si lo digo. O me odia o escucho de nuevo el sonido de su risa.

—Porque está sobre usted como una mosca. Lo digo con todo respeto hacia las moscas, por supuesto.

Se ahoga con el café, tose mientras intenta no reír.

—Procure... —Inhala profundo, se aclara la voz—. Procure que el apodo cariñoso no se le escape nuevamente en voz alta, por favor.

—Quedará para mi fuero interno, no se preocupe.

Cierta tensión se filtra en el momento.

—Matt es un buen hombre, Evans. Él... —Niega—. Solo...

—¿Quiere más de lo que usted puede darle?

Mi atrevimiento le sorprende tanto como a mí.

—Disculpe, eso estuvo de más.

—Tiene razón. Quizás Isabelle podría darle a Matt todo lo que quiere y merece, pero Kalie no. La persona que soy ahora no tiene nada para dar.

Sus palabras son un golpe en el estómago. Me llenan de impotencia y otros sentimientos que no entiendo.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, Evans?

Hasta el último de mis músculos se endurece.

—No creo que sea una buena idea, doctora.

—¿A qué le teme? —Su voz es dulce, serena—. ¿Qué lo tortura en sus sueños?

—No va a analizarme, doctora.

—No quiero analizarlo, quiero ayudarlo. —Su mirada despierta un adictivo cosquilleo en mi piel—. Quiero ayudarlo como Isabelle, no como la doctora. Quiero ayudarlo como una amiga, Evans.

Trago el pasado y el presente.

—No puede ayudarme, ni como doctora ni como Isabelle, pero aprecio el interés. Y esto nos lleva a mi última disculpa. Lo que ocurrió anoche no debería haber pasado. Me disculpo por haberla sujetado como lo hice y por... —niego. La vergüenza ajusta el nudo de mi corbata— todo. A veces, cuando despierto, tardo unos segundos más de lo normal en distinguir la realidad de...

Callo, suspiro.

—Antes de ser guardaespaldas trabajó como francotirador, ¿verdad? —pregunta y asiento—. ¿Dónde, Evans? ¿Dónde estuvo? ¿Qué vio? ¿Qué vivió?

Mi garganta se cierra, los recuerdos caminan a mi alrededor.

—No me gusta hablar de eso.

Estira su mano, la apoya sobre la mía. Su tacto duele de una forma deliciosa.

—Quizás ese sea el motivo para hacerlo. —Aprieta con suavidad mis dedos—. Tiene una amiga aquí si la necesita, Evans.

Las palabras se ahogan en mi boca. No sé qué decir, tampoco por qué me aferro a su mano y la acaricio con mi pulgar.

El timbre suena.

—Debe ser Madison —dice, soltándome—. Vamos a pasar

el día juntas y a prepararnos para la fiesta.

Asiento, la observo levantarse y alejarse. Miro mi mano, aún puedo sentir el calor de sus dedos.

Cuando la noche cae, me percató de que pasé todo el día sentado con la computadora en el regazo y estoy contracturado. Mandé el reporte diario a Estella, le envié fotos del último sobre recibido a Clarkson, revisé las grabaciones de la cámara de seguridad del pasillo y el *living*, repitiendo una y otra vez aquella secuencia donde el cuerpo de la doctora termina debajo del mío. También hablé con Tyler y mi madre, pero lo que dominó mi día fue la risa. Madison e Isabelle estuvieron todo el día encerradas en la habitación, cantando a los gritos, riendo a carcajadas, comiendo comida chatarra y quién sabe qué más. Hoy la doctora Brown es todo menos una psiquiatra.

Justo cuando miro el reloj en mi muñeca, sabiendo que en breve debemos irnos, la puerta del cuarto se abre. Escucho dos pares de zapatos de taco acercarse. Isabelle aparece frente a mis ojos y el oxígeno se extingue.

—¿Te ayudo a cerrarte la boca, Gael? —Madison sonrío.

Desvió la mirada, incómodo, cierro la *notebook* y me levanto.

—Creí que esta noche sería una pirata, doctora.

—Caperucita Roja es demasiado inocente para mí —dice Madison, acomodándose el cabello en el espejo—, por eso cambiamos. Además, el rojo le queda de infarto. ¿O no, Gael?

Repaso el cuerpo de la doctora con una mirada que pretende ser discreta, pero no lo consigue. Botas negras hasta las rodillas, falda roja y corta, corsé negro sobre una blusa blanca y la capa sobre sus hombros.

Trago.

—Si me permite opinar, el disfraz no tiene nada de inocente, señorita Ferris.

Madison me sonrío a través del espejo, sabiendo que caí en su pequeño juego.

—¿No le gusta, Evans?

Miro los ojos verdes de la doctora, delineados de forma sensual. Por esas cosas de la vida me dejo llevar y termino en su boca carnosa, maquillada de un rojo vibrante. Le dije que no iba a analizarme, pero la dejé hipnotizarme. Mi mente vuela e imagina todas las maneras en que me gustaría poner y sacar ese disfraz.

—¡Voy bajando! —Madison, agarra su cartera y sale como si esto también fuera parte de su malévolo plan.

Durante lo que parece una eternidad, nos miramos.

—¿No le gusta mi disfraz, Evans? ¿Soy una mala versión de Caperucita?

La tensión en mis pantalones es una clara respuesta, es una lástima que no podamos hablar en ese idioma.

Respiro profundo, necesitando recobrar el control. Agarro mi saco, lo sacudo y me lo pongo. Me aseguro de tener el arma cargada, a pesar de que es su estado permanente, tomo mi maletín y abro la puerta. Espero. Cuando Isabelle pasa sujeto su brazo con delicadeza y susurro a su oído:

—Para que no me guste tendría que estar ciego, doctora. No se preocupe por nada esta noche. Disfrute, yo la cuido de los lobos.

Estaciono frente al *Mandarin Oriental Hyde Park*, incrédulo y furioso. Le dije a Nicholas que una fiesta en este momento era mala idea. Me dijo que su hermana necesitaba seguir viviendo su vida. Estoy de acuerdo, pero no por eso tiene que ponerse un moño en la cabeza. Le aconsejé que

redujera la cantidad de invitados al mínimo y mantuviera un perfil discreto, me dijo que se lo comunicaría a Madison, la encargada de la organización. Si su idea de discreto es un hotel de lujo, difiere mucho de la mía.

Bajo, le abro la puerta a la doctora. Madison no espera y sale por el otro lado, incapaz de controlar su excitación.

—¿No es increíble?! ¿No es increíble, Belle?!

Isabelle observa la entrada del hotel con la boca abierta.

—Madie, creí que habíamos dicho que sería algo tranquilo este año...

—Sabes que me gusta superarme cada año. Además, tu hermano me dio un presupuesto sin tope. Así que... —Tira de ella hacia la puerta—. ¡Vamos, te vas a caer de culo cuando lo veas todo!

Madison no mentía. Esto no es lujo, es ostentación. Un derroche completamente innecesario.

El salón de fiestas es una perfecta mezcla entre decoración elegante y clásica, toques modernos y luces de neón por todas partes.

Avanzo, teniendo a Isabelle muy cerca, mientras observo el inmenso techo cubierto de globos. Escaneo el lugar, hay más de cien personas sin contar a los mozos. Isabelle no tiene cien amigos, tampoco cien familiares. Esto es exactamente lo que le dije a Nicholas que no debía pasar.

—Madie, ¿quién es toda esta gente?

—Hay amigos de la universidad, algunos de tus colegas, están tus tíos, tus primos y... todos los conocidos de tu hermano.

«Cómo no, otra excusa para hacer negocios. De eso va todo esto».

—Mad, yo no...

—¡Dame un segundo! ¡Ese pastel no debería estar servido

todavía!

Ferris pirata corre y yo aprovecho el momento.

—Doctora Brown, repasemos las reglas —sugiero, llamando su atención—. No se separa más de un metro de mí, nunca me pierde de vista. Si tiene que ir al baño, me avisa. Si tiene que buscar alguna bebida o aperitivo, me avisa. Si se siente incómoda o percibe que algo anda mal, hace la señal. —Miro por encima de su hombro, la mosca se acerca disfrazada de caballero de armadura—. Si quiere irse de la fiesta con... alguien, me avisa. ¿Entendido?

Asiente.

—No se preocupe, Evans, no le traeré problemas.

—Usted no me trae problemas, doc.

—Con esta Caperucita dan ganas de ser el Lobo... —O'Connor hace su entrada triunfal y yo intento no vomitar en sus zapatos—. Feliz cumpleaños, preciosa.

Aparto la vista cuando la besa. Prometí comportarme y voy a intentar intentarlo. Se la lleva directo a la pista y comienzan a bailar. Corrección: Isabelle baila, la mosca hace el ridículo.

Coloco en mi oído el auricular que me conecta con el resto de los agentes repartidos por el salón.

—Evans en posición —digo y me cruzo de brazos en una esquina que me permite tener una visión bastante completa del lugar sin alejarme demasiado de la doctora.

—Copiado. Roy, Torres, Davis y Carter en posición.

—Copiado.

Me toma más de lo que quisiera ubicar a Nicholas, está charlando de pie con unos hombres y va vestido de Drácula. Hace un gesto con la cabeza cuando me ve y busca a su hermana con la mirada.

Zombies, fantasmas, caricaturas, monstruos, enfermeros, personajes de películas... Todos los disfraces están

increíblemente logrados y eso me incomoda. Detesto no saber quién es quién.

Observo a mi Caperucita bailar con el caballero que quiere ser lobo.

Esta será una noche larga.

Hace tres horas cruzamos la puerta y entramos en este oasis de lujo neón. La fiesta está en su apogeo. Más de la mitad de los presentes perdió la compostura, más de un cuarto está borracho y todos bailan. Incluido Roy, a quien tuve que recordarle que está de servicio.

Seguí a la doctora hasta el baño dos veces y cuatro hasta la barra de bebidas y aperitivos.

O'Connor le está haciendo honor a su apodo y no se despega de Isabelle ni un segundo. Madison, por otro lado, se la pasó bailando con su prometido Logan, de quien pedí un reporte más completo a Estella. Nicholas bailó con su hermana y también con todas las invitadas solteras o picaronas.

Me duelen las piernas de estar parado y mi cabeza retumba al ritmo de la música.

Todo se desarrolla con absoluta normalidad, nada es ni remotamente sospechoso, pero no consigo relajarme. Menos cuando no entra un pelo entre el cuerpo de O'Connor y el de Isabelle. Llevo horas viéndolos bailar, es casi como si fuera un espectáculo para mí. Uno que me hace perder los nervios. Quiero romperle los dedos para que deje de tocarla.

Incapaz de soportar un segundo más de tortura y agregando un desliz a la lista, me acerco a la pista a paso lento, estudiando los movimientos de la gente. La mosca hace girar a Caperucita y me la robo, recibéndola en mis brazos.

—¿Vamos a empezar otra vez, Evans? —O'Connor se cree listo para partirme el cuello.

—Tengo que discutir unos detalles del protocolo de seguridad con la doctora Brown, solo serán unos minutos.

—Está bien, Matt —insiste Isabelle con voz serena—. Dame unos minutos.

La mosca se va en dirección a los baños y yo comienzo a girar lento con Caperucita entre mis brazos, destrozando la regla número seis.

—¿Pasó algo? ¿Qué tenemos que discutir?

Bajo la vista, la observo. Preciosa, alegre y tan pegada a mí.

—No tenemos que discutir nada, doctora, solo estaba a punto de morir de aburrimiento. Y, entre nosotros, O'Connor baila muy mal. Le estoy haciendo un favor.

Niega, pero me sonrío.

—¿Por eso está rompiendo la regla número seis?

Asiento, casi apoyando mis labios en su frente, resistiendo la tentación con todo lo que soy.

—¿Podrá perdonarme?

Continuamos girando en círculos calientes.

—Solo si hace algo por mí.

—Lo que sea.

Detiene sus pasos, sus manos abandonan mi pecho para buscar algo en el bolsillo de su capa. Intento ignorar su escote, pero es difícil con ese corsé.

—No, no, doctora. No —niego, viendo el antifaz negro que sostiene entre su índice y su dedo medio.

—Dijo *lo que sea*, Evans.

—El personal de seguridad no va disfrazado.

—No es un disfraz, es solo un antifaz y me aseguré de que sea muy elegante para que haga juego con usted. Además,

usted no es solo personal de seguridad, es mi sombra. —Me sonríe—. Y mi sombra necesita un antifaz.

Finjo que lo pienso cuando estoy comiendo de su mano.

—¿Soy muy elegante?

—Regla número siete, Evans: todos mis deseos deben cumplirse. ¿Lo recuerda?

Sonrío.

—No debí crear esa regla...

—Por favor, solo deme el gusto de ver cómo le queda.

Vestida de Caperucita *sexy*, haciendo puchero... ¿Tengo elección?

Suspiro.

—Tres minutos, máximo.

Sonríe, y me pierdo en su boca. Me muero por probarla, besarla hasta que ese labial rojo desaparezca.

—Más que suficiente para mí. Déjeme ponérselo.

Inclino la cabeza hacia adelante, teniendo una maravillosa vista de su escote, permitiéndole anudar el antifaz. Inhalo su perfume, deseo que haga el nudo más complejo que existe.

—Listo —dice y me observa satisfecha.

Miro el reloj en mi muñeca.

—Empieza la cuenta regresiva, doc. Tres minutos.

—Tres minutos, Evans.

La música cambia, Isabelle vuelve a mis brazos.

—Me encanta esta canción...

Presto atención a la letra, pero no la conozco y me urge saber su nombre ahora que sé que le gusta tanto como para erizar la piel de sus brazos.

—¿Cómo se llama?

—*Still Don't Know My Name* de Labrinth.

—Creí que solo escuchaba metal, doc. Estoy sorprendido.

—Tengo mi lado melancólico y romántico.

—No tuve el placer de conocerlo.

Su mirada felina repara en mis labios antes de buscar mis ojos.

—Hay tanto que no conoce de mí.

«Ya lo creo, Isabelle».

Caperucita apoya su cabeza en mi pecho y mis rodillas se aflojan. Continuamos girando sin seguir el ritmo de la música, creando nuestra propia danza y melodía. Escaneo con rapidez el perímetro, Madison tiene los ojos clavados en nosotros y una sonrisa de satisfacción inmensa. No hay rastros de O'Connor y eso me relaja, tengo unos minutos más en este cuento. Sigo el impulso, la hago girar y vuelvo a pegarla a mi pecho. Bailamos apretados, hablamos con caricias furtivas. Hundo la nariz en su cabello, huelo. Memorizo su aroma dulzón.

La música cambia bruscamente, un vals clásico suena e Isabelle se tensa entre mis brazos.

—¿Doctora?

—Esta canción...

Levanto su mentón, busco sus ojos y lo que encuentro acelera mi pulso. Pánico.

—¿Qué pasa con la canción?

—Es... la canción que bailé con Aaron el día de nuestra boda.

La aprieto contra mi pecho con una sola mano, con la otra acaricio el arma en mi cintura mientras estudio los movimientos de la gente que nos rodea. Cada uno está en su

mundo. Todo es normal, hasta que las luces se apagan y el salón es un agujero negro.



BIENVENIDOS A LA MASACRE

ISABELLE

La oscuridad es absoluta, pero el vals sigue sonando. Mis piernas se aflojan cuando Gael rodea mi cintura y me estampa contra su pecho, manteniéndome con firmeza a un costado de su cuerpo. Escucho el latir errático de su corazón y el pánico inyecta ácido en mis venas.

—Doctora —me susurra—, ocho pasos nos separan de una pared. Vamos a retroceder juntos, no se despegue de mí. ¿Entendido? —El miedo no me deja hablar, solo asiento sobre su torso—. Bien. Ahora.

Dejo que sus pies me lleven, retrocedemos a ciegas hasta que mi espalda toca la pared. Gael me aplasta, protegiéndome con todo su cuerpo. Apenas puedo respirar.

Un grito desgarrador detiene el correr de mi sangre.

—¿Qué está pasando?!

—¡No se mueva hasta que se lo ordene!

Mi cuerpo está rígido detrás del suyo, los gritos erizan mi carne.

El alarido se convierte en un coro de voces torturadas y la luz se enciende.

—¡Bienvenidos a la masacre de Isabelle Brown!

—¡Agáchese, doctora!

La orden envía una descarga eléctrica a mis huesos, que obedecen sin dudar. El tiempo se ralentiza cuando me agacho y, por la apertura que forman las piernas de Evans, lo veo correr hacia nosotros. Un conejo. Se abalanza en nuestra dirección, pero una bala atraviesa su máscara. El cuchillo resbala de su mano, el conejo se desploma.

Gael acaba de disparar.

—¡Isabelle!

La voz aterrada de Nicholas me pone de pie, pero la escena me mareo. Conejos. Máscaras de conejos por todas partes, atacando a la gente, pisando sus cuerpos heridos en busca de su próxima víctima.

—¡Nick! —El grito rompe mi garganta—. ¡¿Dónde estás?!

Alguien tira de mi brazo, el rostro pálido de Evans se desdibuja ante mis ojos.

—¡Le dije que no se moviera!

—Nicholas... ¡Nicholas!

Otro conejo corre hacia nosotros, Gael apunta y crea un agujero en su frente.

—Tengo que sacarla de aquí. —Me coloca detrás de su espalda, apunta y gira en semicírculos para cubrir todos mis ángulos—. Tenemos que usar la salida de emergencia trasera. —Mira por encima de su hombro—. ¡Isabelle, reaccione!

Parpadeo, niego, intento mantenerme de pie.

—Nicholas... ¡Tengo que encontrar a Nicholas y a Madison!

—¡Tenemos que salir ahora mismo! —Sus dedos sujetan mi muñeca con fuerza y tira arrastrándome mientras apunta hacia delante y los costados—. ¡No se separe de mí y mire hacia atrás, avíseme si algo se acerca!

—¡No puedo irme sin Nicholas! Madison... ¡No sé dónde está Madison!

—¡Él tiene su seguridad personal! ¡Camine!

—¡Madison! —Mi garganta arde—. ¡Madie!

Intento zafarme de su agarre, pero me apresa por la cintura y me arrastra. Cuando llegamos a un pasillo me estampa contra la pared.

—Si quiere salir viva de esta puta locura, tiene que hacerme caso. ¿Está claro? —Me sacude—. No se despegue de mí. Pero si me pasa algo, corra. Corra y déjeme atrás. ¿Entendido? —Niego una y otra vez, comenzando a saborear mis lágrimas—. ¡¿Entendido?!

Aprieto los ojos, asiento y su mano vuelve a arrastrarme. Atravesamos el pasillo con sigilo, los gritos y el vals se desvanecen a medida que nos alejamos.

Nick. Madie. No puedo pensar en otra cosa.

Giramos hacia la derecha, y un estruendo ensordecedor me paraliza.

Un conejo cae a medio metro de Gael. Observo el agujero en su garganta, el cuchillo ensangrentado aún aferrado a su mano.

«¿Qué está pasando?»

—¡No deje de mirar hacia atrás, necesito que sea mis ojos!

Observo al conejo desangrándose sobre la alfombra mientras soy arrastrada otra vez. Mi cuerpo está lánguido, tropiezo con mis propios pasos.

Gael se detiene abruptamente.

—Las botas. Sáquese las botas, así correrá más rápido.

Me toma un segundo eterno reaccionar. Estoy aturdida y un cosquilleo me adormece el cuerpo. Me deshago de las botas mientras Gael se arranca el antifaz y recarga su Glock. Mis

pies tocan la alfombra áspera, la sensación me escupe en la realidad.

«Una masacre. Tu fiesta de cumpleaños es una masacre».

Sus dedos fríos vuelven a los míos, corremos.

—Ya casi llegamos —asegura, manteniéndome pegada a la pared para encarar la siguiente curva.

—Cómo... ¿Cómo sabe dónde estamos?

—Estudié los planos antes de venir.

Giramos y frenamos en seco.

—Ayuda... —suplica un camarero, agarrándose el estómago con una mano, aferrándose a la pared con la otra.

Avanzo sin dudarlo, pero Evans me detiene.

—Ayuda, por favor...

Gael no deja de apuntarle.

—¡Quédese atrás! —me ordena.

—¡Está herido! —Señalo la mancha roja en su camisa.

El hombre me mira, no parpadea.

—Aaron te manda saludos, Isabelle.

La sangre se drena de mi cuerpo.

Una bala perfora su pecho. Otra y otra más.

—Doctora.

Mi corazón. Solo escucho el latir de mi corazón.

—¡Isabelle! —Su mano cachetea suavemente mi mejilla—. Corra.

Siento cómo sus dedos se entrelazan con los míos y corro. No hay tiempo, ni sonidos, ni olores. Solo mis pies rebotando contra el suelo, solo el resto de mi alma deshaciéndose.

«Aaron te manda saludos».

El olor a combustible despierta los sentidos adormecidos por el pánico. El garaje. Estamos en el garaje. Está muy iluminado y frío.

Gael tira de mí, exigiéndole a mis piernas más de lo que pueden dar. Saca unas llaves de su pantalón y abre la puerta de una camioneta negra.

—¡Suba!

Subo al asiento del copiloto, Gael se sienta y cierra la puerta. Escucho el seguro y una oleada de calor ablanda mis músculos. Me desplomo sobre el asiento, cierro los ojos. Mi respiración es un error natural.

Pone marcha atrás, comenzamos a salir.

—Al asiento de atrás.

—¿Qué?

Miro hacia delante, las farolas del vehículo iluminan al conejo que nos observa con la cabeza ladeada.

Fuego líquido me abrasa.

—¡Al asiento de atrás, doctora! ¡Ahora!

Con movimientos torpes y desesperados me paso al asiento trasero.

—Póngase el cinturón de seguridad y cúbrase la cabeza.

Llevo mis dedos rígidos al cinturón, el temblor no me deja colocar la hebilla en su sitio.

—¿Listo?

—Listo...

Gael toca bocina dos veces, el conejo no se mueve.

—Agache la cabeza.

Subo las piernas al asiento y escondo la cabeza en ellas.

Evans acelera y el motor ruge. Me estremezco cuando algo golpea el parabrisas y el techo.

«Lo atropelló. Acabamos de atropellar a alguien».

Percibo cómo nos incorporamos al tránsito y la velocidad disminuye, pero no salgo de mi escondite.

«Nicholas. Madison... Matt».

—¿Roy? Roy, ¿me copias? —Alzo la vista justo para verlo golpear el volante—. ¿Torres? ¿Carter? ¡¿Alguien?! —Se arranca el aparatito que lleva en la oreja, me observa por el espejo retrovisor, pero calla.

Los minutos se clavan como espinas en mi piel sudorosa. El miedo paralizó mi cuerpo, mi pulso está acelerado, no puedo respirar.

Voy a tener un ataque cardíaco.

—¿Doctora?

Voy a morir.

—Doctora, ¿qué pasa?

«Estás teniendo un ataque de pánico».

—¡¿Isabelle?!

De repente, ya no nos movemos.

«Respira profundo, no vas a morir. Hay oxígeno en tus pulmones. No vas a morir».

Una ráfaga de frío eriza mi piel cuando la puerta trasera se abre.

«Respira. Estás viva. Solo respira».

Unas manos sujetan mi rostro, el par de ojos más azules que conocí me observa.

—Míreme. —Acerca su rostro al mío, lo miro a través de las lágrimas—. Míreme y respire profundo, doc. Solo concéntrese en mí. Mire mis ojos, ¿ve la peca que tengo debajo de las pestañas? La tengo desde que nací, mi madre también la tiene.

Inhalo. Me concentro en esa peca en la esquina de su ojo izquierdo y en cada detalle de sus facciones. Exhalo.

—Todo estará bien —susurra y sus pulgares acarician mis mejillas—. Está conmigo. Nada va a sucederle mientras esté conmigo, ¿recuerda? —Asiento—. Eso es, doc, míreme y respire. Solo míreme y respire.

Lo hago. Lo miro. Lo respiro. Cerca. Tan cerca.

—Nick...

—Voy a encargarme de averiguar cómo y dónde están Nicholas y Madison, no se preocupe.

—Y mis primos, mis tíos... Y... y Matt... Por Dios, Matt.

Coloca el cabello detrás de mis orejas, vuelve a sostener mi rostro y busca mis ojos.

—También me encargaré de O'Connor, doc, y de todos los que quiera. Solo necesito que se calme y haga todo lo que le digo. ¿Puede hacerlo? —Muerdo mi labio inferior para reprimir el llanto y asiento—. Llevo media hora dando vueltas para asegurarme de que nadie nos sigue. Siéntese adelante conmigo, ya es seguro.

«¿Media hora? ¿Ya pasó media hora?»

Evans vuelve detrás del volante. Yo me cambio de lugar pasando entre los asientos, reconociendo cuánto me aterra dejar la camioneta.

«Nada va a sucederle mientras esté conmigo».

—Cinturón.

Mis brazos pesan, pero logro abrocharme el cinturón de seguridad.

Salimos de la banquina, nos mezclamos entre los demás vehículos. Evans agarra mi mano, entrelaza nuestros dedos y no me suelta hasta que la oscuridad de un garaje nos absorbe.

—¿Dónde estamos?

Apaga el motor, se quita el cinto.

—En mi casa.

El asombro y la incomodidad me estremecen.

—Pero, su hijo... No quiero...

—Tyler está en casa de su abuela, doctora. Por eso la traigo aquí.

—¿Y mi departamento?

—No es seguro volver a su departamento hasta que consiga información sobre lo que ocurrió.

Bajamos y me lleva de la mano hasta una puerta enorme con reconocimiento de huella digital. Coloca su pulgar e ingresamos.

El hogar de Evans es todo lo que imaginé. La mezcla perfecta de orden y vida. Un espacio clásico, con toques modernos e infancia, que me gustaría admirar sin este nudo en la garganta.

Cruzamos el salón, enciende la luz de la cocina. Agarra mi cintura y me sienta sobre la mesada. Deshace el moño de mi capa, me la quita y comienza a inspeccionar cada milímetro de piel descubierta. Rostro, cuello, brazos, piernas, pies descalzos y sucios.

—No estoy herida.

—¿Le duele algo?

La furia en su mirada contrasta con el tono cálido de su voz.

—Acabo de decirle que no estoy herida, Evans.

Borra una lágrima de mi mejilla con su áspero pulgar. Los músculos de su mandíbula están rígidos, luce iracundo.

—¿Usted está bien? ¿Está herido?

Ignorándome por completo abre un cajón y saca una

pequeña toalla blanca. La moja, vuelve a colocarse entre mis piernas.

—Cierre los ojos.

Obedezco y siento cómo pasa el paño tibio por mi cara.

—Mi cartera... No tengo mi teléfono, ¿cómo voy a llamar a Nick y Madie? Y...

—Yo me encargaré de todo.

Intento concentrarme en el sonido de su respiración, pero escenas de lo vivido pasan por mi mente. Conejos. Cuchillos. Sangre. Gritos. El vals...

Muerdo mi labio, reprimo el llanto.

—Si algo les pasó...

—Míreme.

Abro los ojos, los suyos me examinan de cerca. Sus dedos peinan mi cabello hacia atrás, como si peinarme y limpiarme borrara esta noche y me devolviera a una normalidad libre de violencia...

—Le prometo que voy a hacer hasta lo imposible para saber qué pasó con su familia y amigos. ¿Confía en mí?

Juego con mis pulgares, pretendo ignorar el cosquilleo que aún adormece mi cuerpo.

—Confío en usted.

—Bien.

Deja el paño lleno de maquillaje y angustia en la piletta, abre una puertita de la alacena y saca una botella de Whisky. Agarra un vaso, sirve dos dedos y lo pone en mis manos.

—Beba.

Sé lo que hace. Quiere que el ardor del alcohol me arranque de los brazos del pánico.

Aprieto los ojos, bebo el líquido de un solo sorbo hasta que

mi garganta se incendia. Intento concentrarme en la sensación, pero no funciona.

—Deme un momento. No se mueva.

Desaparece y yo me quedo sentada en la mesada, aferrándome al vaso vacío y al fuego en mi pecho.

Los conejos. Los conejos...

«Tu fiesta de cumpleaños fue una masacre. Tus amigos pueden estar muertos. Nick puede estar muerto y su sangre estará en tus manos».

Salto, abro la alacena y agarro la botella de Whisky. La destapo y bebo del pico hasta que mis ojos se humedecen. Toso entre muecas de asco y desesperación.

Ruido. Algo se cae. No, muchas cosas se caen.

Camino descalza, siguiendo el sonido. Me detengo al llegar a una puerta entreabierta.

—¿Evans?

Un siseo en el interior.

—Deme... un minuto, doctora.

Más ruido.

«¿Qué está pasando?»

—¿Está bien?

Veo la brillante luz, escucho sus movimientos.

—No se preocupe.

El susurro de una maldición llega, luego otro y otro más.

Abro la puerta.

El saco y la corbata son una maraña negra en el suelo. La camisa de Evans cuelga a ambos lados de su cuerpo y un corte abre la piel de su abdomen.

Mi pulso se acelera.

Está herido.

—Es superficial —dice, echando más alcohol sobre la herida.

Me acerco, las yemas de mis dedos temen tocarlo, hacerle más daño.

—No parece superficial, Evans.

—No es nada.

Me duele solo con mirarlo.

—Es un corte de más de cinco centímetros, Evans. Necesita sutura.

Niega, agarra una caja con vendas del caos de cosas caídas del botiquín.

—Me lo pegaré apenas tenga tiempo. Olvídese.

Niego, quito las vendas de sus manos.

—Déjeme hacerlo.

Me agacho y cubro con cuidado la herida que arruina las perfectas ondulaciones de su vientre.

—Cuándo... ¿No lo sintió?

—Me percaté recién cuando bajamos del auto. —Suspira—. Supongo que alguno se acercó más de lo que creí.

—¿Le duele mucho? ¿Tiene analgésicos?

Me ayuda a levantarme.

—Despreocúpese.

Toma mi mano, nos saca del baño y recorremos un pequeño pasillo. Abre otra puerta. Una habitación de paredes azul petróleo, una cama enorme en el centro, un escritorio pulcramente ordenado bajo la ventana. Es su habitación.

Me deja al pie de la cama. Abre un armario, saca una camiseta negra y un bóxer, lo coloca con cuidado sobre la colcha.

—Tal vez se sienta más cómoda sin el disfraz —sugiere, se acerca al escritorio y enciende la computadora. Luego, vuelve a mirarme—. Sé que es ridículo pedirle que descansa mientras hago averiguaciones, pero le pido que se acueste en mi cama e intente relajarse. —Comienza a abotonar su camisa, ignorando la venda que ya no es blanca—. Esto puede llevar unas horas, doctora. Si usted está tranquila, yo pienso mejor.

¿Descansar? ¿Relajarme?

Suspiro, aprieto mis sienes. Intento ser racional en medio de esta locura.

—Voy a cambiarme.

Asiente, se apoya en el escritorio y me mira, pero sé que su cabeza está en otro lado. En la fiesta. En los conejos. En la masacre con nombre y precedentes.

Agarro la ropa y salgo de la habitación. Me encierro en el baño, observo mi reflejo en el espejo. Tengo los ojos rojos e hinchados, el rostro pálido. Evans hizo un trabajo decente, sin embargo, me lavo la cara hasta que no queda un rastro de maquillaje. Me desnudo, me visto con su camiseta y su bóxer, y vuelvo a la habitación oliendo a Evans.

Está sentado en su escritorio, concentrado. Lo observo abrir programas que desconozco, hablar por teléfono en términos que no entiendo...

Mi atención se desvía a la cama, la desarmó para mí. Incómoda, me acuesto y me cubro con sus sábanas negras. Todo huele a él.

Los minutos pasan. pero no me dice nada. Teclea, habla por teléfono mientras camina de una punta de la habitación a la otra, se rasca la frente y se masajea la nuca.

La ansiedad me devora.

Me atrevo a apoyar la cabeza sobre su almohada, observo las dos fotografías que hay en la mesa de luz. En una, él y su hijo Tyler sonríen a la cámara; en la otra, son el niño y una

mujer mayor quienes sonrían. La mamá de Gael, supongo. Los lentes de sol ocultan sus rasgos.

Mientras intento no llorar y no pensar lo peor, imagino cómo serán sus vidas. Cómo será Gael como padre, cómo será como hijo, cómo le gustará pasar sus días de ocio, cómo será cuando no es Evans...

Una caricia enciende mi piel, mis ojos se abren. Está oscuro. Me muevo entre las sábanas.

—Por Dios, ¿cómo pude dormirme?

Evans está sentado a mi lado, la luz de la ventana ilumina su perfil.

—Expuso su cuerpo a niveles de estrés desmesurados, doctora. Es instinto de autopreservación, no se culpe. — Suspira, me observa—. Nicholas está bien. Sus guardaespaldas consiguieron sacarlo ileso de la fiesta. Está en su casa de fin de semana junto a sus tíos y primos.

Todo mi cuerpo se afloja, las lágrimas afloran.

—¿Y Madison?

Su silencio quiebra mis huesos.

—Evans.

Las sombras me ocultan su expresión.

—Madison y O'Connor están desaparecidos.



COMO SI FUÉRAMOS A CAER

GAEL

Roy está muerto.

Carter está en cuidados intensivos con el rostro desfigurado por las heridas de arma blanca; Torres y Davis, en sus casas con lesiones leves.

Trece muertos, treinta y dos heridos graves. Las noticias no hablan de otra cosa. Una puta masacre. El cumpleaños de la doctora fue una puta masacre.

La policía local tiene las manos vacías. Nada. No hay nada. Solo pudieron reconocer a los atacantes muertos, todos camareros, empleados fijos del hotel o temporales. Registros intachables hasta esta noche. Otra muestra del poder de seducción que Jones tiene sobre sus seguidores.

Esto no fue más que una puesta en escena. La doctora no era el objetivo. De ser así, hubieran hecho lo imposible por arrancármela de las manos. De ser así, estaría muerto. Esta noche no fue más que una distracción. Una obra teatral para entretenernos y hacer desaparecer a Madison Ferris. Pero ¿para qué?

«¿En qué idioma estamos hablando, Jones?»

Clarkson se cagó en los pantalones. Sabe que necesita empezar a encontrar respuestas si quiere conservar su puesto y

su salario. De momento, estamos considerando poner a la doctora en el Programa De Protección a Testigos.

Miro el reloj en la pared, son las cuatro de la mañana. Hace más de veinticuatro horas que no dormimos.

—Último punto, agente.

Me quedo tan quieto como puedo sobre la incómoda camilla.

—Le dije que necesitaba sutura, Evans.

Observo a Isabelle sentada a mi lado, vestida con su ropa más informal y su cabello recogido en esa maraña de rulos perfectamente imperfecta. Le sonrío a su rostro cansado.

—Y yo le dije que no se preocupara por mí, doctora. Pasé por cosas peores y sigo en una sola pieza.

Me sonrío, pero el gesto es extraño. No para de dar miraditas furtivas al trabajo de la enfermera y creo que le impresiona, pero no quiere admitirlo.

—Listo. Lo vendaré y podrá irse, pero recuerde no hacer ningún movimiento brusco o se le saldrán los puntos. ¿Entendido? —Asiento—. Tendrá que venir en quince días para que se los quitemos.

«Me los sacaré en quince días».

—Entendido.

La enfermera comienza a vendar mi abdomen, Isabelle no deja de mirar la zona con el gesto apenado. Desvío la mirada a nuestras manos unidas, aprieto con suavidad sus dedos, esos que no soltaron los míos desde que salimos de su departamento con un bolso lleno de su ropa y llegamos al hospital.

—Estoy bien —afirmo—. Y usted estará bien.

Asiente.

La mujer termina su trabajo y pone fin a mi parada técnica

en la enfermería. Escucho todas las indicaciones y los cuidados que conozco de memoria y le agradezco su labor.

Me siento en la camilla, comienzo a abotonarme la camisa.

—Permítame ayudarlo.

Isabelle se coloca entre mis piernas y continúa con mi tarea. Abotona la camisa en silencio y no opongo resistencia alguna.

—¿Está lista para verlo?

Luce nerviosa.

—No lo sé...

—Esto no es su culpa, doctora.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Agarra mi saco, me ayuda a ponérmelo.

—Hey. —Con una suavidad de la que no me creía capaz sujeto su mentón, la obligo a mirarme—. Nada de lo que ocurrió es su culpa. No cargue con los actos de los demás. Sus manos están limpias.

Da un paso atrás, seca sus mejillas húmedas.

—Vamos a verlo.

Asiento, bajo de la camilla y salimos de la enfermería. Recorremos el largo y frío pasillo que nos lleva al sector de internación, me presento en la administración y consigo que nos dejen pasar a pesar de que faltan cinco horas para que comience el horario de visita.

Abro la puerta despacio, O'Connor duerme. Tiene un ojo morado y el abdomen vendado. Una mujer lo encontró desangrándose a pocas cuadras del hotel y lo trajo a urgencias, al menos eso es lo que Clarkson me dijo hace una hora y media. Apenas me enteré, se lo comuniqué a la doctora y quiso venir a verlo. Pasamos por su departamento para buscar ropa, calzado y sus productos de aseo personal, ya que es posible que no vuelva por un tiempo. También alimentamos en exceso

al señor Freud, y aquí estamos.

Isabelle lleva las manos a su boca, contiene el llanto.

—No hay ningún órgano comprometido, doctora —susurro cerca de su oído—. Estará bien, se recuperará. Es un hombre joven y fuerte.

Lo observa, asiente.

Una punzada de celos me tortura y culpo a la sutura recién hecha.

Sé que no lo ama, pero evidentemente lo quiere. ¿Qué tan fuerte es el lazo que los une? ¿Por qué me importa? Voy a terminar mi trabajo y no volveré a verla jamás. Así es cómo debe ser. Así es siempre.

—Debería despertarlo para tomarle declaración.

Doy un paso al frente, pero su mano me detiene.

—Déjelo descansar, por favor. Seguro la policía ya habló con él.

—La policía no sabe hacer su trabajo, doctora, por eso existe el mío.

—Por favor, Evans, solo... déjelo.

Observo a la mosca aplastada, casi siento lástima. Suspiro.

—Lo interrogaré cuando despierte.

Isabelle tiene la mirada perdida.

—Doc, tiene que comer y descansar. Está muy pálida, me preocupa.

Estira las mangas de su suéter, cubre sus pequeñas manos y se acerca a O'Connor. Deja un beso en su frente, una caricia en su pelo enmarañado, y vuelve a mí. A mí que no tengo caricias ni besos.

«Porque eres su guardaespaldas, no su novio. ¿Te tomaste la farsa para Frank muy a pecho?»

—Lléveme a casa, Evans.

Le doy una última mirada a la mosca, sumo otra sospecha y abro la puerta.

Cuando salimos del hospital, la brisa de la madrugada sensibiliza mi cuerpo agotado.

—¡Isabelle!

Los pasos de la doctora se detienen.

—Logan. —Corre hacia el prometido de Ferris—. ¿Cómo estás? ¿Hay alguna noticia sobre Madie?

—¿Dónde está?

Los ojos marrones de Logan Williams están rojos e hinchados, su cabello castaño despeinado y su cuerpo oscila.

Me acerco, coloco la palma de mi mano en la espalda baja de la doctora.

—No... entiendo. —Isabelle me mira, el color volvió a su rostro de repente—. ¿Qué pasa, Logan?

—¿Dónde está, Isabelle? ¡¿Dónde está Madison?! ¡¿Qué le hiciste?!

La doctora luce como si hubiera recibido una patada en el estómago.

—Señor Williams...

—¿Qué le hice? ¿Crees que... fui yo? ¿Crees que tengo algo que ver con toda esta locura?

—¡Es tu esposo! ¡Ese enfermo retorcido lo hizo! ¡No viste las noticias? ¡Todos los dicen! Esto... —Da un paso al frente, otro atrás—. ¡Todo esto es tu puta culpa!

Me coloco frente a Isabelle, hablo con tranquilidad:

—Si quiere conservar sus huesos intactos, le sugiero que retroceda.

—¡¿Y usted quién mierda se cree que es para decirme lo

que tengo que hacer?! ¡¿Eh?! ¡¿Su novia está desaparecida?!
¡¿Sabe lo que siento?!

—Logan...

Detengo a la doctora con un gesto de mi mano.

—Vuelve a casa, Logan. —Intento ser comprensivo—.
Date un baño, duerme unas cuantas horas y, si quieres,
llámame cuando estés sobrio. El agente Clarkson está
trabajando en el caso y yo estoy haciendo uso de todos mis
contactos. Queremos encontrar a la señorita Ferris tanto como
tú.

Niega, se pasa las manos por el pelo. Es un hombre
desesperado. Comienza a alejarse caminando de espaldas.

—Si algo le pasa a Madison, será tu culpa...

—Logan...

—Déjelo, doctora. No siente lo que dice, está borracho y
herido.

Isabelle se abraza, mira el paso vencido de Williams.

—Claro que siente lo que dice.

La impotencia me consume.

—Vamos a casa, doc.

Caminamos hasta la camioneta de la agencia, ni siquiera sé
cuándo volveré al hotel a buscar mi auto. Tal vez cuando
Clarkson me avise que terminaron con la escena del crimen.
También pretendo recuperar la cartera de Isabelle, necesita su
teléfono. Subimos, el silencio es incómodo.

—¿Quiere que ponga la radio?

—Quizá debería ir a ver a Aaron y terminar con todo esto.
¿No es eso lo que quiere?

Desvió la mirada del camino solo un segundo, busco su
perfil.

—Usted no va a ningún lado.

El dolor se convierte en furia que se apodera de sus ojos verdes.

—Usted no va a decidir por mí.

—Lo haré si se trata de su seguridad, doctora, no lo dude.

Suspira, apoya la cabeza en la ventanilla.

—Está empezando a molestarme, Evans.

—Ya era hora, doc, estaba tardando demasiado.

Sube las piernas al asiento, las abraza y me priva de su voz. Me duele verla así, una bolita frágil y herida. ¿Dónde está la mujer que me dio uno de los mejores ganchos que recibí en mi vida?

—Por Dios, mis pacientes... Ni siquiera pude avisarles que suspendía las sesiones.

—Suspendí todas sus sesiones mientras dormía.

La intensidad de su mirada acaricia mi perfil.

—¿Cómo tiene los datos de mis pacientes?

Nos detenemos en el semáforo, me encojo de hombros.

—Le dije que me ocuparía de todo. Tengo mis recursos, doc.

—No quiero saber...

—Nop. No quiere saber...

—Evans, realmente creo que debería ir a ver Aaron. Sé que es lo que quiere. Tal vez, si me ve, se detenga... Quizá nos deje a todos en paz.

—¿Funcionó antes? ¿Los dejó en paz? —Clava la mirada en el amanecer—. ¿No conoce el presagio, doctora? “Si no aprendes del pasado, serás condenado a repetirlo”.

—¿Usted aprendió de su pasado, Evans?

—Aprendí, y espero que usted sea buena alumna.

La dejo mirarme la mayor parte del camino a casa, me gusta estar bajo su lupa.

—Lamento que haya tenido que matar por mí.

Apago el motor.

—No maté por usted, maté porque mi trabajo es matar a quien se pone del lado equivocado de la vida.

Luce en otro mundo, ida.

—¿Está pensando que Jones y yo no somos tan diferentes?

Su boca se abre, pero no dice nada.

—No le dé vueltas, doctora. Es lo que es. Sé muy bien lo que soy.

—Aaron es un monstruo, Evans. Usted es un héroe ante los ojos de la gente.

«Ante los ojos de la gente...»

—¿Soy un héroe ante sus ojos, doctora?

Silencio.

—Entremos. Necesita descansar.

Me quito el cinturón, agarro su bolso y bajo. Le abro la puerta, toma mi mano y no la suelta hasta que estamos en el *living*. Enciendo las luces, dejo mi saco y sus cosas en el perchero.

—Descanse en mi cuarto, yo usaré el de Tyler.

Asiente, observándolo todo con visible incomodidad.

—Voy a preparar algo rápido de comer y se lo llevaré a la habitación.

—Gracias —su voz es un susurro débil.

Me arremango la camisa viendo su espalda alejarse.

Isabelle Brown está en mi casa. Jamás, en todos mis años

de servicio como seguridad personal, traje a un cliente a mi hogar. Esto añade otro enorme desliz a la lista.

Voy a la cocina, preparo unos *sándwiches* mientras reviso el correo electrónico y los mensajes de Tyler, mi madre, Estella y Clarkson.

Ty sacó un diez en Ciencias Naturales, mi pequeño genio; mamá consiguió una nueva postura en su clase de Yoga, Estella exige un reporte inmediato de todo lo ocurrido en la fiesta y Clarkson está a veinticuatro horas de perder su puesto. No tiene nada sobre Ferris, es como si se hubiera esfumado de la faz de la Tierra.

Guardo el celular en mi bolsillo, pongo los platos y vasos sobre una bandeja y voy hacia el dormitorio. Me detengo al llegar a la puerta entreabierta, el interior está oscuro. Cierro los ojos, el llanto de la doctora aprieta mi garganta. Es desgarrado, agudo, es esa clase de angustia que te deja sin aire y miras de futuro.

Sabía que este momento iba a llegar. Desde que le comuniqué la desaparición de Ferris supe que iba a desarmarse, lo que no supe es que yo me desarmaría junto a ella.

Entro, dejo la bandeja y mi arma sobre el escritorio, observo su cuerpo pequeño engullido por mi cama.

El volumen de su dolor se modera en mi presencia, pero sigue sacudiendo sus hombros.

Sin saber muy bien lo que hago, me saco los zapatos y me acuesto a su lado. Observo su nuca, escucho su tristeza.

—Quisiera romper la regla número seis en este momento, doctora.

Solloza bajito por lo que se siente una eternidad.

—Me gustaría mucho que rompiera la regla número seis en este momento, Evans.

Los treinta centímetros que nos separan desaparecen cuando pego mi pecho a su espalda y la abrazo como si el infierno fuera a tragarse esta cama. Como si fuéramos a caer. Juntos.



UN NUEVO CAPÍTULO EMPIEZA

ISABELLE

No sé cuánto tiempo llevo despierta, solo sé que no quiero despertarlo. Necesito que sus brazos sigan alrededor de mi cuerpo un rato más. Necesito absorber todo lo que puedo de esta sensación de seguridad y efímero bienestar.

Como si fuéramos imanes que viven buscando la piel del otro destrozamos la regla número seis. Evans me abrazó y su voz susurró calma hasta que ambos nos quedamos dormidos.

Soñé con Madison, sus ojos rojos y húmedos me desarmaban mientras me preguntaba qué le hice, por qué.

«¿Por qué me hiciste esto, Belle?»

Logan tiene razón, esto es mi culpa. Si no fuera por mí, Madie estaría planeando con entusiasmo su casamiento.

¿Por qué todo lo que amo desaparece?

Una luz anaranjada se filtra por las cortinas, miro el reloj despertador. El atardecer.

Me enoja pensar que pude dormir sabiendo que mi mejor amiga está desaparecida. Mi cuerpo no deja de traicionarme.

Miro hacia abajo, la mano de Evans reposa sobre mi vientre. Me concentro en sus venas gruesas y visibles. Las manos masculinas siempre me parecieron especialmente

bellas, y las suyas no son la excepción.

Dejándome seducir por la idea de contemplar de cerca su expresión dormida y relajada giro con suavidad entre sus brazos. Observo su rostro masculino y serio. La nariz recta y mediana, los labios gruesos y rosados, la mandíbula definida y esa diminuta peca, que para mí es un lunar, debajo de su ojo izquierdo. Gael es un espécimen único.

Quiero tocarlo. Quiero sentir su cabello oscuro entre mis dedos. Quiero acariciar su pómulo y seguir hasta su labio inferior, pero ya sabemos lo que pasa cuando lo toco mientras duerme. Evans sueña con un ojo abierto, de otra manera no me explico cómo sus reflejos son tan lúcidos como para percibir que alguien se está acercando.

Escucho su respiración, dejo que su ritmo me relaje.

Lo huelo. No sé qué hago, pero lo disfruto. Lo huelo hasta que todo es Evans. Lo huelo hasta que quiero saber cómo huele y cómo sabe cada rincón de su cuerpo.

Y no me entiendo. Y no me importa.

Su boca está entreabierta, no puedo resistir la tentación y paso mi pulgar por su labio inferior. Es suave y tibio, y sé que quiero probarlo.

Como era de esperar, sus dedos agarran mi muñeca.

Observo sus ojos casi negros entre las sombras de la habitación.

—Perdón por tocarlo mientras dormía —susurro.

Evans dirige mi mano a su mejilla, cierra los ojos.

«Quiere que lo acaricies».

Cumplo su deseo y el mío, lo acaricio sintiendo la barba incipiente.

—¿Lo asusté? —La cercanía me hace hablar en susurros.

—Siempre me asusto cuando alguien me toca mientras

duermo.

La confesión me revuelve el estómago. ¿Alguien...?

—Es culpa del ejército —aclara, leyendo mi silencio.

Necesitando aflojar la repentina tensión digo lo primero que cruza mi mente:

—No creí que amanecida era tan fea como para asustarlo.

Sonríe sin mirarme, rendido al recorrido de mi caricia.

—¿Por qué no está enloqueciendo, doctora?

—¿Por qué debería enloquecer, Evans?

—Porque estoy en la cama con usted y soy su guardaespaldas.

Mi corazón explora nuevas sintonías.

—Los dos sabemos que nunca actuó solo como mi guardaespaldas. Además, soy yo la que está en su cama.

Su mirada adormilada se abre para mí, me estudia en silencio.

—¿Cómo se siente al respecto?

Mi pulso se acelera.

—¿Quiere analizarme, Evans?

Una sonrisa de costado.

—Puede ser... Paso mucho tiempo con usted.

«¿Cómo me siento?»

—Me siento...

El timbre me interrumpe.

—¿Qué hora es? —pregunta, y la seriedad de apodera de su semblante.

—Más de las seis de la tarde.

—Carajo.

Se levanta de la cama como si las sábanas fueran de lava.

—¿Qué pasa?

—Es su hermano. Lo olvidé... —Se pasa las manos por el pelo intentando peinarlo, se alisa la camisa—. Me dijo que quería verla.

—Creí que no iba a salir de su casa de fin de semana.

Me levanto, no me preocupo por arreglar mi ropa o mi cabello. Es obvio que estuvimos durmiendo, pero nadie necesita saber que lo hicimos juntos.

—Tenemos que discutir algunas cosas —dice, poniéndose los zapatos.

—¿Qué cosas?

Abre el armario, agarra una corbata y hace el nudo con rapidez.

—Lo hablaremos cuando sea el momento.

—No me haga esto, no me oculte cosas que tienen que ver conmigo.

Suspira, se acerca a mí. Inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo fijamente.

—¿Qué tenemos que discutir?

Coloca el cabello detrás de mi oreja, deja una caricia fugaz en mi mejilla.

—Le prometo que todo lo que hacemos lo hacemos por usted, doctora.

Sale de la habitación, lo sigo.

—Evans, ¿de qué está hablando?

Se acerca a la cámara de seguridad, aprieta un botón y abre la reja de la entrada. Observo a Nick y a sus guardaespaldas cruzar el pequeño jardín.

La puerta se abre, Nicholas me apretuja entre sus brazos

sin decir una palabra.

—Tuve tanto miedo por ti, Nick...

—Lo lamento, Isa. Lo lamento tanto.

Muerdo mi labio, aguanto las ganas de llorar.

—Si algo te pasaba...

—Nada me pasó. —Acaricia mi cabello, me abraza con más fuerza—. Estamos bien. Estamos bien...

Lo abrazo con desesperación hasta que el miedo, el amor y la furia se baten en mi interior, convirtiéndome en una bomba de tiempo.

Me separo, lo empujo.

—¡Te dije que no quería una fiesta! ¡No era el momento!

Su rostro está pálido, agotado.

—Lo sé —suena derrotado—. Debí hacerte caso. Debí hacerle caso a Evans, debí cancelarlo todo. Pero... solo quería que siguieras con tu vida, Isa. Solo quería convencerme de que esto no estaba ocurriendo otra vez. En el fondo quise creer que tal vez... las notas y el ramo de flores eran una broma de mal gusto.

Borro una lágrima antes de que toque mi piel. No quiero llorar, estoy cansada.

—Madison. Eso es todo lo que importa ahora.

Nick asiente y se sienta en el sofá.

—Tengo a mis mejores hombres buscándola por toda la ciudad, Isa. En menos de veinticuatro horas hicimos más de lo que hizo la policía local. No vamos a parar hasta traer a Madie a casa.

—Quiero ayudar, quiero salir a buscarla. —Paseo por el salón pensando en voz alta—. Podemos pegar carteles con su foto en la calle. Puedes hablar con tus contactos y hacer que pongan su foto en los medios de comunicación.

—¿No es pronto para eso? La policía aún no lo considera un secuestro, Isa.

Miro a Nick como si pudiera arrancarle la cabeza con los ojos.

—¿Es una broma?! Me importa una mierda lo que crea la policía. ¡Todos sabemos que Madison no desapareció, se la llevaron!

—Doctora, cálmese, por favor.

Me agarro la cabeza, niego.

—Voy a ir ver a Aaron. Voy a ir Surrey ahora mismo. Él va a decirme dónde está.

—De ninguna manera —dicen al unísono.

Los miro.

—Ninguno de los dos va a decirme qué puedo hacer y qué no.

Encerrada.

Nicholas y Evans me tienen encerrada en esta casa desde hace dos días.

No hay noticias sobre Madison. No hay testigos. Cada invitado de la fiesta fue una víctima atrapada en su propia película de terror.

Logan estaba en el baño cuando las luces se apagaron, cuando salió entró en la masacre. Se fue junto a los guardaespaldas de Nicholas creyendo que Madie estaba conmigo. Así tenía que ser.

La policía ya la dio por desaparecida y comenzó su búsqueda oficialmente. Su foto está en todos los canales de televisión, en todos los periódicos y las calles. Los títulos son sensacionalistas y aluden al misterioso retorno de El pecador de Oxford.

“Masacre en el Mandarin Orienta Hyde Park. El legado de El pecador de Oxford se mantiene vivo”

“¿Puede El pecador de Oxford atacar desde la oscuridad de su celda?”

“¿Fanáticos o enfermos? La secta de Jones despierta del letargo”

Logan no atiende mis llamadas ni responde mis mensajes, pero sé que está recorriendo Londres día y noche junto al personal de seguridad de Nick y algunos colegas de Gael que prestan su ayuda. Incluso Matt está ayudando desde su habitación de hospital. Todos están haciendo algo para encontrar a Madie, menos yo. Yo estoy encerrada contra mi voluntad en la bonita cárcel que Evans llama hogar.

Voy a enloquecer. No, ya estoy enloqueciendo.

Lloré hasta quedarme sin lágrimas, pataleé hasta romper una lámpara de pie, incluso amenacé a Evans con denunciarlo si no me dejaba salir. Me dijo que lo hiciera y continuó bebiendo su estúpido café.

Por mi bien. Esto es por mi seguridad, eso dicen. Por mi bien...

¿No se dan cuenta de que físicamente estoy ilesa, pero por dentro no queda nada sano?

Tres golpes en la puerta.

Abrocho el último botón de mi camisa, abro. Los ojos de Evans me escanean de pies a cabeza.

—¿Por qué tan elegante?

Le doy la espalda, busco mis zapatos de taco alto y me los pongo.

—¿Va a seguir ignorándome?

Revuelvo mi bolso, saco mis libretas y las guardo en el maletín.

—Doctora.

—Voy a mi consultorio.

—Cancelé todas sus sesiones, ¿lo recuerda?

Levanto mi celular, lo muevo en el aire.

—Vuelvo a trabajar hoy mismo. Aunque no lo crea, hay gente que me considera útil y me necesita.

Suspira.

—No debí devolverle su teléfono.

Giro, lo enfrento.

—No debió encerrarme como si fuera un animal peligroso.

Se masajea la nuca, evita mi mirada.

—No la encerré, solo estoy protegiéndola.

—Creo que no dejar salir a una persona adulta y razonable no es protegerla, es privarla de su libertad.

Sus hombros están caídos; su expresión, cansada. Da un paso al frente.

—Doc, tregua, por favor... Lleva dos días sin dirigirme la palabra, si no es para gritarme, pasándome de largo como si fuera una...

—¿Sombra?

Rasca su frente, se toma unos segundos.

—No soy su enemigo, doctora, solo...

—¿Solo hace su trabajo?

—Solo quiero cuidarla.

Aprieto los puños a los costados de mi cuerpo, lucho contra lo que sus palabras me provocan.

—¿Quiere cuidarme? Entonces hágase a un lado y déjeme ir a trabajar, porque si paso un solo minuto más llorando en su habitación y sintiéndome una inútil voy a perder la cordura y

no me servirá de nada tener un cuerpo intacto.

Mira hacia la ventana, lo piensa.

—Está bien. Deme diez minutos y la llevo.

—Cinco.

Echa la cabeza atrás, inhala profundo y deja escapar el aire con lentitud.

—Cinco.

Le doy la espalda otra vez y termino de organizar mis cosas.

El camino al consultorio es una tortura silenciosa. Mi sombra está cansada y preocupada.

—Tengo que pasar por mi departamento para alimentar a Freud.

—Ya me encargué de Sigmund, no se preocupe.

Observo su perfil, ese entrecejo fruncido...

—¿Cómo? No se movió de su casa.

—Envié a un colega que me debía un favor.

—¿Envió a un desconocido a mi casa a alimentar a mi gato?

Nos detenemos en un semáforo, su mirada me encuentra observándolo con cuarenta y ocho horas de furia acumulada.

—Envié a un amigo a su casa porque este monstruo que la mantuvo *privada de su libertad* tuvo la cortesía de pensar en su gato.

Muerdo el interior de mi mejilla, intento apagar el fuego.

—Gracias.

Su mano busca la mía, entrelaza nuestros dedos.

—Tregua. ¿Recuerda? Por favor, doc.

Observo nuestras manos unidas sobre mi falda, vuelvo a

sus ojos.

—Está bien.

Alguien nos toca bocina y Gael avanza, pero sus dedos no se despegan de los míos.

Cuando bajamos, cumplo la tregua y respeto todas sus reglas sin chistar. Evans entra primero al edificio, me escolta hasta mi consultorio y enciende todas las luces. Revisa mi oficina y vuelve a la pequeña recepción.

—Yo haré el trabajo de Ferris hoy —dice, colocándose detrás del escritorio de Madie.

Mi garganta se cierra, siento las lágrimas calentar mis ojos.

Asiento, me acerco y le muestro cuál es la agenda y cómo debe organizar mis horarios.

—Hey. —Detiene mi frenético accionar, me obliga a mirarlo—. Vamos a encontrar a Madison, doctora. Se lo prometo.

Mi pecho se comprime. Hay miles de escenarios en mi cabeza y todos me aterran.

—No debería hacer promesas que no sabe si podrá cumplir.

—Tampoco debería haberla llevado a mi casa y haber dormido a su lado. Pero ya ve, parece que no sé ser solo su guardaespaldas. —Su pulgar acaricia el dorso de mi mano—. Confíe en mí, Madison volverá a usted.

Limpio una lágrima, acomodo mi traje.

—¿Está segura de que se siente en condiciones para trabajar?

—Mis pacientes me necesitan y yo... necesito poner la cabeza en otro lado.

Asiente.

—Vaya a organizarse, doctora. Yo me encargo de recibirlos.

Lo dejo en el lugar de Madie y entro a mi oficina con el corazón en las manos. Me apoyo en el escritorio, miro alrededor. Este es el trabajo que amo, esta es mi vida, esa que con tanto sacrificio reconstruí pedazo a pedazo. No voy a dejar que la destroce. Enderezo la espalda, intento recobrar la compostura y acomodo mis cosas.

Minutos después, tocan mi puerta.

—Adelante.

Daniel pasa, Gael me hace un gesto de aprobación y nos deja a solas.

—¿Cómo estás hoy, Daniel?

Tiene la capucha de su buzo gris puesta, se acerca cabizbajo hasta la silla frente a mi escritorio y toma asiento. La elección me resulta extraña, Daniel siempre elige el sofá.

—¿Por qué suspendió mi sesión?

Mi mirada sigue su índice, da golpecitos sobre su pierna derecha en series de tres. Está nervioso.

—Tuve... un inconveniente personal, lamento haber postergado nuestra cita.

—Usted nunca cancela mis sesiones.

Mira alrededor, su índice no se detiene.

—Lo sé, Daniel. Lo lamento. ¿Quieres...?

—Joel... engañó a Betty —suelta abruptamente—. La engañó con... una mujer que alquila su cuerpo. —Tira de su oreja tres veces—. Betty me dejó solo, ya no me quiere. Joel lo arruinó todo...

Con movimientos serenos abro mi cuaderno. Me cruzo de piernas, intento adoptar una postura relajada sobre el respaldo de mi sillón. Soy la viva imagen de la calma, aunque por dentro soy una bola de nervios.

—¿Hablaste con Betty, Daniel?

—Eso no importa —su voz es fría, no hay rastros de la timidez de Daniel, pero lo conozco lo suficiente como para saber que sigue siendo él.

—¿Por qué no?

—Porque usted no entendió el mensaje.

El correr de mi sangre se detiene.

—¿Perdón? —Mi voz mantiene su calma, pero la habitación da vueltas.

—Joel me dijo que tenía que hacerlo si usted no entendía el mensaje.

Mis dedos trituran el cuaderno y, poco a poco, mi espalda se vuelve una línea recta. Miro hacia la puerta, intento calcular cuántos pasos me separan de ella.

—De qué... ¿De qué mensaje estamos hablando, Daniel?

—Los finales solo son comienzos. Un nuevo capítulo empieza.

El latir de mi corazón es antinatural.

—¿Un... nuevo capítulo?

—Vuelve a mí, Isabelle. Es nuestro momento. Déjate abrazar por la oscuridad y reinemos juntos.

Las palabras pulverizan mis huesos, ralentizan el tiempo.

—Vuelve a mí, Isabelle. Es nuestro momento. Déjate abrazar por la oscuridad y reinemos juntos.

—Evans... —el susurro es ahogado.

—Vuelve a mí, Isabelle. Es nuestro momento. Déjate abrazar por la oscuridad y reinemos juntos.

«Evans...»

—Él se lo ordenó. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo, doctora.

Sin hacer ningún movimiento brusco me levanto.

—Evans... ¡Evans!

Todo sucede en un segundo. Antes de que la puerta se abra, Daniel agarra la tijera de mi lapicero y la clava en su garganta. La sangre comienza a brotar a borbotones por su boca mientras sus ojos permanecen fijos en los míos.



DONDE JURÉ NO REGRESAR

ISABELLE

Daniel... Su vida tibia tiñó mis manos, su mirada se apagó marcándome para siempre.

«Joel me dijo que tenía que hacerlo, si usted no entendía el mensaje. Él se lo ordenó...»

Daniel es otra víctima. Otra víctima de mis elecciones. Otra víctima de Aaron. Joel cayó en su red de pertenencia y seducción. ¿Desde cuándo? ¿Por qué jamás dio un solo indicio? ¿Por qué no me habló de él hasta ahora? ¿Tuvo contacto directo con Aaron? ¿Nuestros encuentros eran sesiones reales o solo me espiaba para él?

El último pedazo de Isabelle que quedaba intacto se pulverizó intentando reanimar el cuerpo inerte de Daniel. Ya no queda nada. Isabelle Brown ya no existe.

Madie está desaparecida, Matt en el hospital y uno de mis pacientes muerto. Y la causa soy yo. Yo soy el hilo conductor. Yo soy la única que puede acabar con esto.

Mi teléfono suena otra vez, es Evans. Lo apago. Sé que estará furioso, pero tenía que hacerlo. Jamás me habría dejado venir. Sé que voy derecho al Programa De Protección a Testigos en cuanto Evans me encuentre. Pero tengo que hacerlo. Tengo que darle a la bestia lo que quiere y poner fin a esta locura. Nadie más morirá por mí.

Observo la camisa blanca de Gael, enorme sobre mi cuerpo, desentonando con el resto de mi traje. Cierro los ojos, las imágenes me torturan.

Evans arrancándome a Daniel de los brazos.

Evans abrazándome.

Evans sacándome del consultorio.

Evans hablando por teléfono.

Evans recibiendo a la ambulancia.

Evans quitándome la camisa bañada en sangre, poniéndome la suya.

Evans ayudándome a subir al auto del agente Clarkson.

Evans declarando.

Evans susurrándome que todo estará bien.

—¿Señorita?

Alzo la vista, la mujer me mira como si hubiera agotado su paciencia.

—Cinturón, teléfono, billetera, joyas y cualquier elemento punzante en la bandeja.

Como un ente carente de sueños dejo la cartera sobre la fuente plateada, me quito los aros y los coloco en el frío metal.

—Listo.

Estudia mis objetos, su mirada me repasa en busca de algo que haya olvidado dejar en su bandeja. Señala con un movimiento de cabeza la puerta a mi izquierda, que se abre con un chillido escalofriante.

Una mujer de uniforme me cachea, tomándose muy seriamente su trabajo. Cuando no dejó ningún recoveco sin palpar con autoridad, paso por el detector de metales. Satisfecha, me escolta por un gélido y largo pasillo blanco.

Me adentro en la cueva del monstruo, cada paso trae a mi

memoria y a mi piel emociones que conozco muy bien: ira, pánico, dolor, tristeza, amor, desesperanza. Odio.

Con cada reja que se abre me voy sintiendo más pesada, arrastro las piernas y mi respiración es laboriosa.

«No pierdas el control. No dejes que desmorone la vida que lograste construir».

Madison desaparecida. Matt herido. Daniel muerto.

«Daniel. Está. Muerto. ¿Qué control?»

Última reja, una pequeña habitación gris con una mesa y dos sillas me engulle. Tomo asiento, entierro las uñas en mis palmas.

Mi oído se agudiza, escucho todos los sonidos del recinto. Tengo el vello de punta y el estómago revuelto.

«Estoy aquí. Otra vez. Donde juré no regresar».

Suspiro, aliso mi falda tubo, vuelvo a clavarme las uñas.

«Si no aprendes del pasado, serás condenado a repetirlo».

Lo estoy repitiendo. Lo estoy repitiendo y no puedo evitarlo.

Escucho las cadenas arrastrándose.

Mis ojos se cierran.

Mi corazón es una máquina letal.

Inhalo profundo.

Otra reja se abre.

Suspiro.

Trago el nudo de promesas, mentiras y sangre.

Huelo su perfume incluso antes de escuchar la silla correrse. ¿Cómo puede ser que siga oliendo igual?

Luchando contra mi instinto, alzo la mirada. Sus ojos celestes están fijos en los míos.

—Hola, Isabelle. —Su sonrisa lobuna y seductora eriza mi carne—. No sabes cuánto te extrañé... Mataba por verte.



LA REINA ESTÁ CERCA

AARON

Castaño o dorado, su cabello sigue siendo esa maraña sensual e indomable.

Sus ojos siguen destilando amor detrás de todo ese odio que lleva mi nombre.

Su boca sigue siendo ese perfecto corazón capaz de arrancarme los gemidos más profundos y las palabras dulces que descubrí a su lado.

Onírico. Un pedazo de cielo e infierno en la palma de mi mano. Una alucinación divina. Euforia en su estado más puro y bruto, así se siente tenerla frente a mis ojos otra vez.

—¿Por qué tardaste tanto, Isabelle?

Esas piedras preciosas que tiene por ojos me despellejan con elegancia. Venero cada rasgo, cada expresión. Me emborracho con su belleza cruda.

—Estás tan hermosa como siempre...

—¿Dónde está Madison?

Su voz. Dios, su voz... Esa mezcla de terciopelo y espinas, esa cadencia gloriosa. Mi piel se eriza, despierta de su letargo más oscuro. Esta mujer es mi religión.

—¿Madison? ¿Qué ocurrió con Madison?

Su mandíbula fina y delicada se tensa.

—Basta de juegos. Estoy aquí, tienes lo que querías. Ahora dime dónde está Madison, dime qué le hiciste.

—Isabelle... —su nombre es miel en mis labios—, enojada eres aún más deliciosa.

—Estoy perdiendo mi tiempo.

Lenta y tortuosamente acerco mis manos esposadas a las suyas, que se retiran de la mesa antes de que pueda acariciarlas.

—Creí que le tenías más estima a Madie...

Sus pestañas no aletean con dulzura para mí, solo me observa con odio fingido.

—Lo voy a preguntar una última vez antes de levantarme y no volver a pisar este agujero donde te pudres como la basura que eres. ¿Dónde está Madison?

—Uf... Llevo tantos años creyendo que solo eres agresiva en la cama, Izzy, y resulta que estoy equivocado. —Me relajo en la silla—. Cuéntame más, mi amor. ¿Tienes problemas para controlar ese temperamento? Puedo ayudarte.

El silencio es excitante a su lado.

Observo su cuerpo, ese del que me alimenté incontables veces, viste una camisa que no es de su talle y creo saber a quién pertenece.

—Que tengas una linda cadena perpetua.

Se levanta, se acerca a la reja, y la tan anhelada adrenalina comienza a drenarse de mis venas.

—Respira.

Gira, su mirada acelera el correr de mi sangre.

—Respira —confirmo.

Vuelve a sentarse frente a mí, olvidando todos sus modales.

—¿Dónde está?

—¿Eso no debería saberlo el agente Clarkson? ¿Quizás Evans? ¿Un guardaespaldas, Izzy? —Suspiro—. Qué dramatismo... Solo falta que te enamores de él como en esas novelas románticas que tanto te gustaba leer en tus ratos libres entre clase y clase. Claro que para enamorarte de él primero tendrías que dejar de amarme...

—¿Amarte? Te aborrezco. Te odio.

—Díselo a la parte de ti que aún me ama, Isabelle.

Sus ojos se llenan de lágrimas, me niegan su luz.

—Ya estoy aquí. ¿No es eso lo que buscabas? Dime dónde está, Aaron. Solo dímelo.

Mi nombre en sus labios...

Mis párpados se cierran.

—No sabes cuánto deseaba escucharte, Isabelle...

—Es una lástima que yo no pueda decir lo mismo.

Sonrío.

—Hablemos un poco. ¿No te parece que estamos yendo demasiado rápido? Siempre te gustaron los preliminares, Izzy. Cuéntame, ¿cómo pasaste tu cumpleaños?

—Hijo de puta...

—Tus modales, Isabelle. No hace falta que seas grosera.

Golpea la mesa, pero no me sobresalto.

—¿Mis modales? ¿Quieres saber dónde mierda están mis modales? Enterrados junto a nuestra puta libreta de casamiento. —Su mirada se enciende, es una diosa en llamas—. ¿Quieres saber cómo pasé mi cumpleaños? Escapando. Tus conejos enfermos casi me matan en la fiesta. ¿Estás contento?

La siento, está ahí, late. La ira se apodera de mis huesos.

—¿Matarte? Yo *jamás* te haría daño, Isabelle.

—Entonces fijate mejor quiénes son los miembros de tu asquerosa *familia*, porque venían por mí.

Inhalo, hago tronar mi cuello y le enseño mis manos.

—Incluso esposado mataría a cualquier persona que intentara tocarte, Isabelle. Lo sabes.

Niega con la cabeza, se acomoda los risos detrás de las orejas. Daría cualquiera de mis extremidades por acariciar su cabello, olerlo una vez más.

—¿Te excita mi sufrimiento, Aaron? ¿De eso se trata todo esto?

—¿Por qué clase de lunático me tomas, Isabelle? Eres mi esposa, me excita tu cuerpo, no tu dolor.

—*Era* tu esposa antes de descubrir que eres un monstruo.

Sonrío, niego.

—Sabes que me sigues amando, incluso me sigues deseando. ¿No es así, Izzy? ¿Es por eso que nunca te vas satisfecha de la casa de Matthew? ¿No se compara con el placer que supe darte?

Su precioso rostro palidece.

—Déjalo en paz.

—No te preocupes, Isabelle. Te perdono por revolcarte con O'Connor. —Su mirada sigue los trazos que mi índice dibuja sobre la mesa—. No te culpo por buscar algo de placer en la carne después de tantos años. Yo también lo haría, si pudiera. Aunque nadie se compararía contigo. Jamás.

—¡Deja a todos en paz! —Una mirada de reojo al guardia que no se muestra muy contento con el tono de nuestra animada charla—. ¿No te bastó con herir a todos en la fiesta y llevarte a Madison? ¿También tenías que meterte con mis pacientes?

—¿Tus pacientes? —Mi ceño se frunce, finjo pensar—. Oh, Daniel... Daniel, Daniel, Daniel... Qué chico tan triste y

solitario. Por suerte tenía a Joel, él sí sabía cómo encarar la vida.

Le sostengo la mirada, me nutro con su tenacidad.

—¿Qué es lo que quieres, Aaron? Estoy aquí, dime qué quieres y acabemos con esto.

—Mi bella Isabelle... ¿No lo entiendes? A ti. Todo lo que quiero es a ti. —Me acerco a la mesa, mi reina se aleja—. ¿Sabes qué día es mañana, Izzy?

Busca la respuesta, lo veo en sus ojos. ¿Cómo no lo recuerda?

—Es el aniversario de la muerte de Thomas, Isabelle. El día que perdimos a nuestro hijo, el día que algo en ti se rompió para siempre... —Aprieto los puños, observa mis nudillos blancos—. Creí que debíamos pasarlo juntos, como todos los años, por eso llamé tu atención. Aunque debo confesar que esperaba que vinieras voluntariamente, Izzy, me decepcionas.

Ríe. Es una risa falsa y cargada de odio, pero me revive como si fuera sincera.

—¿Llamar mi atención? ¿Convertir mi fiesta de cumpleaños en una masacre, secuestrar a mi mejor amiga y matar a uno de mis pacientes es llamar mi atención? ¿Te estás escuchando? Estás desquiciado.

—¿Yo hice todo eso? —Me apoyo sobre el respaldo, la observo—. ¿Desde mi celda? No sería posible, Isabelle...

—Basta de juegos. ¿Dónde está Madison?

—¿Qué te hace pensar que lo sé, Izzy?

—Dijiste que respira.

Me encojo de hombros. Su expresión es un elixir y lo bebo con desesperación.

—Los seres vivos respiramos, Isabelle.

—No los que caen en tus manos.

Sonrío.

—Cuéntame cómo está Freud. ¿Sigue gordo como siempre?

—¿Dónde está Madison?

—También me gustaría escuchar de Nicholas, se rumorea que le está yendo muy bien con su campaña...

—¿De verdad piensas que me voy a sentar aquí a hablarte de mi vida?

Apoyo los codos en la mesa, me acerco y retrocede. Odio que me tenga miedo, sabe que jamás le haría daño...

—Eso es exactamente lo que vas a hacer, Izzy, si quieres que los seres vivos sigan *respirando*. ¿Soy claro, preciosa?

El entendimiento cruza su mirada de ensueño.

—Cinco minutos —anuncia el guardia parado en una esquina de la habitación, incrementando la irrefrenable necesidad de partirle el cuello que cosquillea en la punta de mis dedos.

—Ven a visitarme mañana, pasemos juntos esta fecha tan especial para ambos, y todos seguirán respirando.

—No te permiten recibir visitas, tuve que hablar con tus abogados para que me dejaran pasar unos minutos.

—Isabelle, mi amor, te aseguro que te dejarán pasar. Confía en mí.

Su respiración es laboriosa, sé que quiere llorar y lo detesto. Detesto que llore.

—¿Eso es todo? ¿Solo venir a verte mañana y dejas a Madison en paz? ¿No hay trucos?

—Solo quiero un poco de tiempo de calidad con mi esposa. Aunque no lo creas, te extraño, Isabelle.

—Déjala ir ahora, Aaron, por favor —implora con desespero—. Te prometo que vendré mañana. Es un trato. Soy

una mujer de palabra, lo sabes.

Una lágrima solitaria cae seductoramente por su piel.

—Muero por acariciarte esa mejilla, Isabelle... —Niego—. Te creería, preciosa, pero ser ingenuo va en contra de mi naturaleza. Y abrazo mi naturaleza, tú me enseñaste a hacerlo.

El guardia se acerca, las rejas se abren.

—Ahora, por favor, te lo suplico... Déjala ir ahora. ¡Diles que la suelten!

—Hasta mañana, Isabelle. —Mi brazo es agarrado, comienzan a alejarme—. Estaré contando las horas para volver a verte.

—Aaron... ¡Aaron! ¡Solo déjala ir! Por favor... ¡Déjala ir!

Cierro los ojos mientras atravieso el pasillo deleitándome con el sonido de su voz.

—¡Aaron! ¡Aaron!

Cuando mis piernas y manos vuelven a ser libres y la reja de mi celda se cierra, me siento nuevo. Vivo. Eufórico.

Mis sentidos se aferran a cada retazo de Isabelle, aún huelo su perfume. Isabelle... Mi dulce ángel de alas negras.

Espero el cambio de guardia en silencio, rememorando cada segundo de nuestro maravilloso encuentro.

Su piel, su cabello, sus ojos, su voz... Dios, cuánto la extraño.

Escucho los pasos, los gritos de algunos reclusos. Ladeo la cabeza cuando el tintineo de las llaves de detiene. Me levanto.

—Es bueno verte Anderson.

Agarro la *tablet* que me da.

—Diez minutos.

Sonrío. Vuelvo a mi catre, me siento de espaldas a la reja. Desbloqueo el dispositivo y el primer video aparece en la

pantalla.

Isabelle duerme, Gael Evans acaricia su mejilla antes de salir de la habitación.

Gael Evans... Mi índice acaricia su rostro.

Cambio de cámara, paso a las grabaciones del consultorio. Adelanto los minutos hasta que encuentro lo que busco. Con las emociones a flor de piel observo cómo Joel da su ofrenda, uniéndose a la familia. Los labios de Daniel modulan sin parar hasta que la tijera perfora su garganta. La sangre brota en flores escarlatas, creando un cuadro majestuoso sobre la alfombra *beige*.

El orgullo me desborda, estoy rodeado de artistas.

Todo marcha exactamente como debe ser.

La reina está cerca.

El nuevo capítulo comienza y el final será perfecto.



ESTO ES LA GUERRA

GAEL

El grito de Isabelle es una descarga eléctrica en mis músculos, una dosis de adrenalina en mi sangre. Seis segundos. Eso es lo que tardo en dejar el escritorio de Madison, desenfundar mi Glock y entrar a la oficina.

Sangre. Sangre en la alfombra, en su ropa, en la garganta del paciente que se retuerce en el suelo con arcadas agónicas.

—¡Aléjese de él!

Las manos de Isabelle intentan ser el dique que contenga la sangre, pero es tarde.

Guardo el arma, me arrodillo a su lado y comienzo a buscar heridas.

—¿La lastimó?! Doctora, míreme. —Sujeto su rostro, lo sacudo con suavidad. Su mirada húmeda está perdida—. ¿Está herida? ¿Le hizo daño?

Niega una y otra vez, arranca mis manos de su piel y vuelve al hombre que ya no se mueve sobre el charco de sangre.

—¿Daniel? —Acaricia sus mejillas, manchándolo con su propia esencia—. No. No, no, no, no, no. ¿Daniel? Daniel, despierta. ¡¿Daniel?! ¡Una ambulancia! ¡Evans, una ambulancia!

—Doctora... —Intento tocarla, pero me aleja. Se arrodilla a un costado del cuerpo y comienza a realizarle reanimación cardiopulmonar—. Doc...

—Por favor. Por favor. Por favor. —El cabello cae sobre su frente; las lágrimas, sobre el pecho inerte de Daniel—. Vamos. Vamos. Vamos.

El pecho del joven se hunde bajo las manos de Isabelle, pero no hay nada que hacer. Sus ojos vacíos están fijos en el techo.

—Doc...

—¡Pida una maldita ambulancia!

—Doc. —Agarro sus manos, detengo su esfuerzo desesperado por traerlo de vuelta a la vida—. Doc, es tarde. Ya está.

Niega y la angustia en su mirada me destroza.

«¿Cuánto más podrá soportar esta mujer?»

—Ya está, doc...

—No... No, no, ¡no!

—Ya está...

Hago uso de toda mi fuerza para conseguir separarla del cuerpo de Daniel y sacarla de la habitación. Sus piernas son de gelatina, no puede dar un solo paso. La levanto, la siento sobre el escritorio de Madison y mis palmas sostienen su rostro.

—¿Doc?

Sus ojos aturdidos me encuentran.

—¿Está muerto? Daniel... está muerto.

Mis pulgares acarician sus mejillas húmedas, intento transmitirle toda la calma que no siento.

—Doc, necesito que me diga qué pasó.

Baja la cabeza, observa su camisa clara empapada en

sangre, pegada a su torso, a juego con sus manos teñidas de rojo.

—Hijo de puta —mascullo.

Me quito el saco, la corbata y la camisa blanca.

—Voy a sacarle la camisa, doc. ¿Sí? Se pondrá la mía.

No responde, no se mueve, su expresión es un lienzo impoluto.

Desabotono la prenda con rapidez, la deslizo por sus hombros. Agarro la caja de pañuelitos de papel que hay sobre el escritorio de Ferris y comienzo a limpiar la sangre de su pecho y abdomen tratando de ignorar aquella cicatriz.

—Todo estará bien, lo prometo. ¿Me escucha, doc?

Ida. En otro mundo. Isabelle Brown dejó la Tierra.

—¿Doc?

—No entendí el mensaje.

—¿Qué? ¿Qué mensaje?

—Él se lo ordenó —susurra mirando a la nada—. Él se lo ordenó.

Maldigo mientras le pongo mi camisa, arremangando las mangas que le cubren por completo las manos.

Me pongo el saco, lo abotono sobre mi pecho desnudo, y la abrazo. Entierro los dedos en su cabello y me preparo para contener un llanto desolador que no llega. Y eso me preocupa más.

—Todo estará bien —susurro a su oído, sintiendo el latir desenfrenado de su corazón contra el mío—. Vamos a detener esto. Lo prometo, doc.

Los siguientes veinticinco minutos son un eterno frenesí. Llamar a Clarkson, recibir la ambulancia, hablar con los oficiales, meter a la doctora en el auto e intentar traerla a la realidad antes de llegar a la central policial.

Pese a su estado de *shock*, Isabelle consigue dar una declaración coherente, aunque dispersa, de lo ocurrido. Al parecer, Daniel se comportó de manera extraña desde que puso un pie en el consultorio y comenzó a hablar del *mensaje*.

Isabelle no entendió el mensaje, por eso él tuvo que clavarse una puta tijera en la garganta para dejárselo más claro.

¿Hasta dónde llega el poder de convicción de Aaron Jones? ¿Cómo los seduce? ¿Cuál es su discurso? ¿Cuál es el límite de la devoción de sus seguidores? ¿Hay un límite? ¿De qué son capaces?

«Lo sabes. Lo sabes mejor que nadie, incluso mejor que Isabelle».

El cuerpo de Daniel está en la morgue a la espera de la autopsia. Clarkson acelera los trámites del Programa De Protección a Testigos, se espera que al final del día puedan asignarnos la nueva locación y la casa donde resguardaremos a Isabelle hasta conseguir terminar con esta locura.

«Los finales solo son comienzos. Un nuevo capítulo empieza».

Un nuevo capítulo... ¿Un nuevo capítulo en su historia? ¿En la vida de Isabelle? ¿Qué mierda tiene entre manos?

«Déjate abrazar por la oscuridad y reinemos juntos».

Reinemos juntos...

—Necesito ir al baño, estoy... descompuesta.

Alzo la vista, la doctora no tocó su café, tampoco dejó de temblar. Terminamos de declarar hace quince minutos, estamos esperando que Clarkson finalice con el papelerío para ir casa.

Asiento y me levanto para acompañarla, pero la puerta de la oficina se abre y Clarkson me hace una seña para que pase.

—¿No puede esperar, doctora?

Niega. Sujeta su estómago, está pálida.

—Evans, no tenemos todo el día.

Miro alrededor, la comisaría está prácticamente vacía.

—Agente Morales —la mujer levanta la vista de sus papeles, me observa—, ¿podría acompañar a la señorita al baño? No se siente bien.

—Claro.

Morales rodea su escritorio y se aleja con Isabelle. Mi estómago se revuelve. Es la primera vez que me separo de la doctora estando en servicio.

—Estás en una comisaría, Evans. Por el amor de Dios, no va a pasarle nada. Entra ya.

Entro cuando el cuerpo de Isabelle desaparece.

—Dime que hoy mismo nos vamos.

Clarkson despliega una serie de papeles sobre la mesa, estudio los documentos.

—Tenemos casi todo listo. El agente O'Connor está ultimando los detalles de la articulación con la MI6. Esta misma noche deberían tener el traslado hacia la casa segura.

—¿O'Connor está en esto?

—Es mi mejor conexión con otros Servicios de Inteligencia, Evans.

Suspiro.

—¿Hombres?

Me entrega un expediente, observo las fotografías.

—Seis de mis mejores agentes. Turnos de doce horas, tres rodeando el perímetro durante el día, tres rodeándolo durante la noche. —Desliza otro informe, lo agarro—. Tu petición. Davis como relevo. Si Isabelle Brown tiene que permanecer dentro del programa por más de dos semanas, podrás dejar el

caso de inmediato e irte a casa con tu muchacho. Davis tomará tu lugar de forma permanente.

La simple idea de dejar la seguridad de la doctora Brown en otras manos me toca los nervios, pero no puedo alejarme de Tyler por tiempo indeterminado. No puedo entrar al Programa De Protección a Testigos y mudarme a una locación que nadie conozca sin saber cuándo volveré a Ty, a mi madre.

—Perfecto. —Apilo los expedientes—. ¿Estella está al tanto de todo?

—Hasta el último detalle.

—Excelente. Espero órdenes, Clarkson.

Asiente y me señala.

—Por favor, que alguien le dé una camiseta al *stripper*.

Acepto la camiseta negra que uno de los oficiales me tira desde una esquina de la habitación. Me quito el saco, cubro mi pecho.

—Cuando Isabelle se calme, vamos a tomarle declaración otra vez. Quiero hilar algunas cosas y pienso que puede ayudarme.

Suspiro, asiento.

—Espero el llamado —digo y salgo al pasillo.

Isabelle no está sentada en la recepción, pero Morales sí.

—¿Dónde está Brown?

—En el baño. Está muy descompuesta, me pidió un poco de privacidad.

—Carajo...

Devoro el pasillo, me detengo frente a la puerta del baño de mujeres. Golpeo.

—¿Doctora?

Silencio.

—¿Doctora?

Nada.

—Si no responde, voy a entrar.

Uno, dos, tres. Abro la puerta. Vacío, el baño está vacío.

La sangre se agolpa en mis piernas, volviendo pesado mi paso. Estoy mareado, tengo calor.

«¿Se la llevaron?»

No... Estamos rodeados de policías. No... Sería un movimiento demasiado arriesgado.

«¿Se fue?»

Recorro la central como un loco, intentando convencerme de que está aquí. No hay rastro de Isabelle, tampoco de mi cordura.

«¿Escapó? No. No puede hacerme esto».

En un instante de lucidez lo recuerdo. Saco mi teléfono y rastreo el GPS de su celular.

Mi pulso se detiene.

Victoria Station. La estación de trenes que conecta Londres con Oxford.

Isabelle está en movimiento, va directo a la boca del lobo.

Por segunda vez en el día la adrenalina me consume. Corro a través de los pasillos luminosos, mis zapatos chillan sobre el suelo. Mi pecho impacta contra algo. Alguien. El uniformado me agarra por los hombros en un intento de estabilizarnos.

—¿Cada cuánto salen los trenes a Oxford desde la estación Victoria?

—¿A Oxford?

—¡Sí! ¿Cuál es la frecuencia?

Duda, lo piensa y yo pierdo la paciencia y los modales.

—Mmm... Cada media hora, creo.

—¿Cuánto tarda en llegar?

—¿A Oxford?

—¡Sí, hombre! ¿Está sordo?

—Mmm... Alrededor de una hora. Tal vez una hora quince.

Avanzo.

El tren es la opción más rápida, pero si cuento los treinta minutos de espera no me conviene. Tampoco a mi salud mental, que ya está contra las cuerdas.

«Isabelle, ¿qué me hiciste?»

Auto. Tengo que ir en auto, pero dejé el mío en el consultorio.

Mirando la pantalla de mi celular, viendo cómo la doctora se aleja de mí, irrumpo en la oficina de Clarkson.

—Necesito las llaves de tu auto. Ahora. ¡O cualquier auto! ¡Denme unas putas llaves!

—Qué...

—¡Es una urgencia, Clarkson! Isabelle está camino a Oxford.

Su rostro rechoncho palidece. Mete la mano en el bolsillo de su pantalón, saca las llaves y me las tira.

—¡Llámame!

Salgo de la central como un loco, la gente me mira y se aleja. Subo al vehículo de Clarkson, pongo primera y voy camino a la autopista M40.

90 kilómetros me separan de Isabelle.

90 kilómetros que me harán perder la puta cabeza.

Pongo el celular en manos libres, marco su número y espero.

—Usted se comunicó con Isabelle Brown. Deje su mensaje y lo llamaré a la brevedad.

—Doctora... —aprieto el volante—, le juro que cuando la encuentre le voy a dar el sermón de su vida.

Después de mostrar mi placa cinco veces y hacer un escándalo, me dejan pasar a uno de los centros de detención de máxima seguridad más importantes del país.

Camino de una punta a otra de la sala de espera, sintiendo los músculos rígidos por la tensión y el viaje. El tránsito era caótico y los noventa minutos que me separaban de Oxford se convirtieron en ciento veinte, sumado al trayecto hasta la prisión... En resumen, perdí la puta cabeza e Isabelle va a escucharme.

El guardia me mira, sé que estoy despeinado y parezco un demente.

—¿De cuánto tiempo era la visita?

—Diez minutos —repite—. Jones no tiene permiso para recibir visitas, su esposa habló con sus abogados y estos discutieron durante más de media hora para conseguir que la dejaran pasar.

—Exesposa —lo corrijo, respirando como un animal enjaulado.

—Relájese, Jones está atado de pies y manos.

Si supiera el daño que puede infligir sin mover un solo músculo no me estaría pidiendo que me relaje.

Hago tronar mi cuello, intento liberar algo de tensión. Pienso en cosas que me hacen feliz. Pienso en Tyler. Tyler y su inocencia. Tyler y su sonrisa llena de vida.

Una reja eléctrica se abre, veo su cabello rubio a través del vidrio de la última puerta que nos separa.

Mi corazón revive, late con brío.

Agarra su cartera y algo más de una bandeja, cruza la puerta, camina hacia mí con la cabeza bien alta.

Sus pasos se detienen a medio metro de distancia del aura de locura y rabia que irradia mi cuerpo.

—Supongo que está enojado.

Escucho el sonido de mi respiración. La observo mientras analizo qué instinto saciar primero. No me toma mucho tiempo decidir, tiro de su brazo y fundo nuestros pechos. La abrazo con desesperación. La abrazo con miedo. Entierro los dedos en su cabello, la nariz en su cuello, y no la suelto. Y no me suelta.

—Lo lamento —susurra, y la furia vuelve a navegar mi sangre.

Me separo, sujeto su rostro con firmeza y la miro a los ojos.

—Nunca más vuelva a hacerme algo como esto. ¿Me escucha? Nunca más.

Vuelvo a abrazarla, a olerla mientras hunde su mejilla en mi pecho. Poco a poco mi corazón recobra su ritmo natural, la parsimonia de la seguridad.

—Nos vamos a casa ahora.

—No.

Se aleja y se acomoda mi camisa, que baila sobre su cuerpo.

—¿No? Claro que sí. Nos vamos ahora mismo.

—Tengo que quedarme. Tengo que volver mañana.

—¿Volver? Ni hablar. Esta misma noche —digo bajando la voz— usted y yo salimos de la ciudad o del país, Clarkson lo tiene todo resuelto.

Niega, la convicción en su mirada me enfurece aún más.

—Hice un trato con Aaron. Vendré a visitarlo mañana y liberarán a Madison.

—¿Hizo un trato? ¿Se está escuchando? Es un manipulador, doctora. ¿Me va a decir que le cree?

—Sí, le creo.

No hay un atisbo de duda en su voz, tampoco en su mirada.

—Por favor —suena agotada—, busquemos un hotel donde pasar la noche.

Dejo escapar todo el aire, pero la tensión y la ira se quedan.

—¿No puedo convencerla de ir a casa?

Niega.

—Ya vio lo que pasa cuando no hago lo que quiere, Evans. No voy a permitir que Madie termine como Daniel.

Camina hacia la salida, tardo unos segundos en reaccionar y seguirla. No me gusta la inexpresividad de su rostro, no me gusta el tono apagado de su voz, tampoco me gusta creer que siente que no tiene las riendas de su vida, que no tiene otra opción más que ceder a los deseos del monstruo.

Subimos al auto. Isabelle se acurruca en el asiento, otra vez es una bolita frágil que desconoce su fortaleza.

El camino es silencioso, ninguno de los dos dice una sola palabra. Solo retrasamos lo inevitable, explotar. Doy vueltas por una ciudad que conozco como la palma de mi mano, me detengo en el primer hotel de cinco estrellas que encuentro. No me interesa la calidad de la cama, pero sí la de la puerta. La seguridad sigue estando en el puesto número uno de mis prioridades.

Isabelle no me espera, baja y no alza la mirada. Sé que Oxford le trae malos recuerdos. Tenemos eso en común, aunque no lo sabe.

Ingresamos. Somos los únicos sin valijas ni aspecto relajado. Me acerco a la recepción, una joven mujer corta el

teléfono y me sonrío.

—Bienvenidos.

—Buenas tardes. Una habitación doble, por favor.

—Habitación doble... —Sus uñas rojas se mueven con velocidad sobre el teclado de la computadora—. Lo lamento, señor, no tengo ninguna habitación doble disponible. Solo puedo ofrecerle una habitación matrimonial o dos individuales.

Niego, guardo la billetera.

—Gracias.

Doy la vuelta, pero Isabelle me detiene.

—La habitación matrimonial está bien —le dice a la recepcionista, que me mira en busca de aprobación.

Busco sus ojos.

—¿Está segura, doctora? Podemos encontrar otro lugar.

—Estoy cansada, Evans. Solo... necesito dormir.

—¿Cuánto días se hospedarán con nosotros?

—Solo una noche —respondemos al unísono.

Isabelle saca su billetera, no me permite pagar sin importar cuánto insista. Completamos una ficha con nuestros datos, firmamos, nos dan la tarjeta para ingresar al cuarto y subimos al ascensor. Piso 3, habitación 47. Apenas entramos, acorralo a la doctora contra la puerta.

—Ahora sí va a escucharme. —Apoyo las manos a los costados de su cabeza, me agacho hasta que nuestras miradas batallan—. ¿Tiene idea de lo que me hizo sentir hoy?

—Evans...

—Tortura, doctora. Fue una tortura.

—Sé que puse en riesgo su trabajo, pero...

—¿Mi trabajo? —la interrumpo, intentando moderar el

tono de mi voz—. A la mierda mi trabajo. ¿Sabe lo que fue salir de ese despacho y no encontrarla? ¿Sabe lo que fue saber que iba directo a las manos de ese monstruo y no podía hacer nada para evitarlo? ¿Sabe lo que fue conducir durante más de noventa kilómetros sin saber si estaba bien o si me necesitaba? Aterrorador. Desesperante, doctora. Perdí la cordura como hace años no me pasaba.

—Tenía que hacerlo —susurra.

Inhalo profundo, su perfume sensibiliza mi piel. Pego mi frente a la suya, intento relajarme.

—Lo sé, pero no tenía que hacerlo sola. La próxima vez que quiera descender al infierno, avíseme y vamos de la mano.

Su respiración y la mía es todo lo que se oye en la lujosa habitación.

—Necesito una ducha —sentencio, separándome—. Solo tardaré cinco minutos. Por favor, no se mueva. Ya tuve suficiente por hoy.

Cruzo la estancia, entro al elegante y amplio baño. Dejo el arma y la placa sobre el mármol, me desvisto y voy directo a la regadera. El agua caliente masajea los músculos de mi espalda, hace todo lo posible por liberarme de esta tensión caprichosa.

«Tengo que quedarme. Hice un trato con Aaron».

Enjabono mi piel con furia.

«Sí, le creo».

Apoyo la frente en los azulejos, intento ser razonable. Pero quema. Algo arde dentro de mi pecho.

Le cree. ¿Cómo puede creer en él después de descubrir que la vida a su lado era una mentira atroz?

La lluvia artificial cesa. Agarro una toalla, me seco y vuelvo a vestirme.

Isabelle está recostada sobre el lado derecho de la enorme

cama.

—¿Quiere algo de cenar? —pregunto, a pesar de que aún hay algún rayo de sol afuera.

—No tengo hambre, gracias —su voz es un hilo cansado, apenas audible—. ¿Podría cerrar las cortinas?

Dejo la Glock y mi placa sobre la mesa de luz, cierro las cortinas, y las sombras se apoderan de la habitación.

—¿Le molesta si uso el otro lado de la cama?

—Creí que había quedado claro que no cuando acepté compartir una habitación matrimonial con usted.

Compruebo que la puerta esté bien cerrada antes de acostarme a su lado, de perfil, frente a frente. Ninguno de los dos se cubre con las sábanas, solo nos miramos.

—Este día fue una locura —susurra—. Siento que estoy viviendo en una película. Esta no es mi vida, Evans.

Quiero decirle que discrepo, que su vida es una película de terror desde que conoció a Jones, pero no lo hago.

—Y pensar que cuando nos conocimos me dio la bienvenida a su aburrida vida, doctora...

Una sonrisa cansada curva sus bonitos labios y casi se siente culpable por sonreír, lo sé, lo siento.

—¿Cómo está?

—Estoy. Solo estoy.

—¿Quiere contarme cómo... fue?

—No quiero hablar de eso.

—Quizás ese sea el motivo para hacerlo, doctora.

—No use mis palabras en mi contra, Evans.

—No me obligue a hacerlo.

—No quiero pensar, Evans. Voy a colapsar si lo hago, y aún me queda otro día por delante.

Desvía la mirada y juega con el puño de mi camisa, que cubre sus dedos.

—¿De verdad cree que será tan fácil? ¿Una visita más y Madison vuelve a casa?

Su pecho se infla cuando inhala como si buscara llenarse de coraje.

—Tengo que creerle. Es la única esperanza que tengo desde que Madie... Cumplirá. Me quiere a mí y ya me tiene.

La tristeza en su voz despierta las llamas, el odio y la ira crepitan.

Permanecemos en silencio, solo mirándonos a una distancia peligrosa. El resplandor que se filtra por debajo de la puerta del baño ilumina parcialmente su rostro, permitiéndome contemplarlo de cerca.

Los minutos son lentos, cómodos.

Su pulgar tibio se acerca a mi boca, traza la forma de mis labios.

—¿Qué está haciendo? —susurro.

No puedo distinguir la emoción que hace brillar su mirada.

—No lo sé. ¿Va a alejarme?

—No estoy dormido esta vez.

Las puntas de sus dedos recorren mi mandíbula, ascienden dibujando cada rasgo de mi rostro, y un cosquilleo delicioso me acaricia de pies a cabeza.

Isabelle borra la línea que nos separa, acercándose.

—Las reglas... —susurro.

—¿Qué reglas? —murmura.

Su nariz acaricia la mía, es un juego lento y tortuoso. Siento su aliento cálido, mi pulso descubre un nuevo ritmo.

—Me gustan sus labios, Evans.

La confesión me estremece, me roba un suspiro cargado de deseo irracional.

—También me gustan sus labios, doctora.

—Me encuentro preguntándome qué sabor tienen más veces de las que debería... —La punta de su nariz recorre la comisura de mi boca, vuelve a la mía. El viaje me enloquece —. ¿Usted no se pregunta qué sabor tengo, Evans?

El tono de su voz me endurece como un roble.

—Veinticinco horas al día, doctora Brown.

Su nariz juega con mi barba incipiente, me hace cosquillas.

—Evans.

—¿Sí? —mi voz es un jadeo. Me avergüenza el poco control que tengo.

—Quisiera revocar la regla número seis.

El juego se detiene. Sus ojos intentan descubrir si tenemos las mismas intenciones.

—Ordéneme que pare, doctora —susurro sobre la comisura de sus labios.

—No sabía que podía ordenarle cosas, Evans. Creí que usted era el daba las órdenes.

Una punzada de deseo me atraviesa cuando su mano se desliza por mi pecho.

—Doc... —una súplica.

—Entonces le ordeno que cumpla la regla número siete.

—Todos sus deseos deben cumplirse —mis labios recitan la regla sobre la línea de su mandíbula—. ¿Qué desea, doctora?

El anhelo se escapa en un suspiro.

—Deseo que me bese.

El susurro me transporta, me dejo caer en una espiral de

lujuria.

Mis labios besan su cuello, adoran la piel tersa con fascinación, ascienden lentamente y se detienen a milímetros de su boca.

—Por favor —susurra.

Me dejo embriagar por el brillo en su mirada y la necesidad en su voz.

—Sus deseos son ordenes, doctora.

Deteniendo la vida me acerco a su boca, pruebo sus labios en una danza lenta y deliciosa. Jamás besé con tanta paciencia y armonía. Jamás vibré al ritmo de otra boca. Mis manos necesitan su piel, se apoderan de su nuca cuando su lengua me degusta. Exploro cada recoveco tibio de Isabelle mientras entierro mis dedos en su pelo y siento los suyos en el mío. Un movimiento sensual, su cuerpo se sienta a horcajadas sobre el mío. Mis manos acarician sus piernas, subiendo la falda, mientras su lengua me arranca sonidos delirantes.

Ya no hay paz en este beso, esto es la guerra.



UN REVOLCÓN EN UN HOTEL

ISABELLE

Evans no besa solo con la boca, besa con el cuerpo entero. Besa con voracidad. Besa con pasión y desenfreno.

Una mano en mi garganta, su lengua dulce haciéndome temblar.

Gemidos roncosp escapan de sus labios con cada centímetro que desaparece entre nuestros cuerpos.

Jamás me habían besado así, como si tuvieran hambre de mí, como si nunca fueran a saciarla sin importar cuántas veces devoren mi boca.

Esto es carnal y salvaje. Esto es justo lo que necesito.

Cumpliendo el capricho del deseo me subo a su regazo, sintiéndolo duro entre mis piernas. Sin separarse de mi boca sus manos trepan por mis muslos, no se detienen hasta que la falda es un montón de tela alrededor de mi cintura.

No hay palabras, solo lenguas y manos curiosas.

Mis dedos buscan el dobladillo de su camiseta, la suben con desesperación. La prenda termina sobre el suelo; mi boca, sobre su abdomen. Beso y lamo cada ondulación firme, sintiendo sus dedos enterrarse en mi pelo como si quisiera acercarme y alejarme al mismo tiempo.

—Doc...

No le doy tiempo a pensar. Busco lo que necesito, regreso a su sabor. Sus dientes atrapan mi labio inferior, tiran de él y su lengua vuelve a ser todo lo que siento. El beso es bruto, hambriento, doloroso y delicioso. Y quiero ir más lento. Y quiero ir más rápido.

Sus manos aprietan mis curvas de forma posesiva, como si por fin tuviera eso que estuvo admirando a lo lejos. Busca los botones de su camisa, comienza a quitarla de mi cuerpo. La paciencia no existe entre nosotros, somos hambre y necesidad.

Evans se sienta y enrosco las piernas en su cintura. Con un movimiento experto me libera del corpiño, el brillo de sus ojos adora lo que ve. Me abraza, lame y besa mi cuello, mis hombros, mi pecho. Me restriego contra su hombría cuando siento su boca cerrarse alrededor de un pezón. Desliza las yemas de sus dedos por mi columna, haciéndome vibrar entre sus brazos.

—Hágame olvidar, Evans, por favor.

Mi voz tensa los músculos de su espalda, separa sus labios de mi pecho.

Busco su mirada, algo cambió en un microsegundo.

—¿Qué pasa?

Suspira, besa mi frente y me deja sobre las sábanas. Cubro mi desnudez como si no hubiera disfrutado de sus atenciones hasta hace un momento.

—¿Algo le disgustó? Creí que había atracción entre nosotros.

—Y la hay, doctora. Chispas, fuegos artificiales. Pero no voy a aprovecharme de su vulnerabilidad.

Lo observo con el ceño fruncido, confundida, excitada y enojada.

—¿Aprovecharse? Fui yo quien tomó la iniciativa, Evans.

—Se merece más que un revolcón lleno de tristeza en un hotel, doc.

Me apoyo contra el respaldo de la cama, cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y si lo que quiero es exactamente un revolcón en un hotel?

Se pasa las manos por el pelo, niega.

—Está decidiendo por mí, Evans. Parece que todos deciden por mí.

Rodea la cama, se sienta a mi lado y sujeta mi rostro con sus manos tibias.

—Si lo que quiere es un revolcón en un hotel, gustoso me revolcaré con usted cuando tenga la cabeza despejada.

Besa la punta de mi nariz, su pulgar acaricia mi mejilla.

—Desearía que no fuera tan caballero ahora mismo.

Me sonrío.

—Lamento decepcionarla, pero la regla número siete no admite ese deseo.

Acaricio sus labios, reconociendo cuánto lo extraño.

—Soy una mujer adulta, sensata y responsable. Cómo me siento no tiene nada que ver con cuánto lo deseo. Sé lo que estaba haciendo, Evans.

—No me gusta ser el error de nadie, doctora.

Otro beso en mi nariz y vuelve a su lado del colchón.

El silencio me abrumba, mis sentidos están a la espera de más estimulación.

Evans está medio desnudo, no puedo pensar en otra cosa. No quiero pensar en otra cosa.

—¿Va a dejarme insatisfecha, Evans?

Deja escapar el aire con lentitud.

—No juegue conmigo, doctora.

—Sigo excitada, Evans.

—Doctora...

—¿No va a ayudarme a remediar la situación?

Se mueve incómodo.

—Lo que está haciendo es malvado, doctora Brown.

—Lo que está haciendo es malvado, agente Evans.

Silencio.

Soy una mujer de hechos y hay uno muy claro ahora mismo: necesito saciar la necesidad que late entre mis piernas. Y Evans necesita un espectáculo para aprender que solo yo decido por mí.

Con delicadeza dolorosa deslizo la sábana, exponiendo mi pecho desnudo.

—Doctora, ¿podría cubrirse, por favor?

Sonrío y me acaricio con dulzura hasta llegar al valle entre mis piernas. Con suavidad rozo aquel botón del placer, disfruto del nuevo ritmo de mi respiración y del correr ansioso de mi pulso.

—Qué... —Su voz es agonía—. ¿Qué está haciendo?

—Dándome lo que usted no quiere darme, Evans — susurro entre delicados gemidos.

Continúo con mi alivio y su tormento, notando cómo su respiración cambia.

—Doctora... —Un suspiro cargado de apetito—. Isabelle, por favor, me está... torturando.

Sin dejar de acariciarme aprieto uno de mis pechos, entierro mi perfil en la mullida almohada cuando mis músculos comienzan a tensarse.

—A usted no le gusta ser el error de nadie, Evans, a mí no

me gusta quedar insatisfecha.

Su mano detiene mis movimientos, mis ojos se abren perezosos.

—¿Qué hace? —susurro.

Con absoluta dulzura reemplaza mis dedos por los suyos, comienza a moverlos lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Esto es todo lo que tendrá de mí esta noche, doctora.

Su tacto se pierde en mi humedad, tensa mis piernas, retuerce los dedos de mis pies.

—Me conformo por hoy, Evans.

Su boca me necesita tanto como yo necesito sus manos. Me besa mientras sus dedos me llevan a ese instante donde nada duele, nada asusta, nada preocupa. Ese instante donde no soy un juguete en manos de un monstruo, solo soy polvo de estrellas.

El orgasmo me encuentra entre sus labios, latiendo al ritmo de su pecho. Es demoledor y reconstructor al mismo tiempo.

Sonrío, saciada y en las nubes, y deslizo mi mano por su pecho hasta su hombría. Aprieto con suavidad, encantada de saber que ejerzo el mismo poder que él ejerce sobre mí.

—Después de lo que acaba de hacerme, doctora, no me conforma solo con caricias.

—¿Con qué lo conformo, Evans?

Suspira, su aliento tibio roza mi mejilla.

—Empiezo a creer que, tratándose de usted, seré un inconformista.

Sonrío, recorro su longitud y le arranco un gemido.

—A dormir.

—¿Qué?

—Gire.

—No...

—Doctora, gire.

Resoplo y giro sintiéndome liviana. Evans besa mi espalda por lo que se siente una eternidad. Me abraza, pegando su pecho a mi cuerpo, y el silencio nos envuelve.

Siento su respiración en mi nuca, cálida y acompasada. Justo cuando creo que se durmió susurra:

—Tengo un costado vengativo, doctora, y usted acaba de despertarlo. Lo que hizo... Esto no quedará así.

—No puedo esperar para ser castigada, Evans —susurro y disfruto de sus caricias hasta quedarme dormida.

Despertar es para valientes cuando se tiene la mente tan llena y el corazón tan roto.

No sé qué hora es, pero siento que dormí tan solo un minuto. El agobio, el pánico y la desolación no tardan en fluir nuevamente por mis venas.

Giro sobre las sábanas frías, encuentro a Gael sentado en la elegante mesa debajo de la ventana con un diario entre las manos. Está vestido y tiene el ceño muy fruncido. Es extraño verlo sin su ropa formal. Como si mi mirada quemara, se percata de que lo observo. Deja el periódico, pero su expresión no cambia. Solo me mira con seriedad.

—¿Pasa algo, Evans?

Me estudia un poco más antes de decir:

—Solo estoy tanteando el terreno, doctora.

—¿El terreno?

—Observo, analizo cómo están las cosas después de... anoche.

Me levanto, llevándome la sábana conmigo. Me acerco hasta el hueco entre sus piernas, me atrevo a besar sus labios.

—Así están las cosas, Evans.

Me observa perplejo hasta que una sonrisa se pinta en su rostro. Tira de mí, me sienta sobre su regazo.

—Tenemos que aclarar algo, doctora Brown —dice, colocando el cabello detrás de mi oreja—. Más allá de lo que pasó anoche, sigo siendo su guardaespaldas. Tiene que obedecerme en todo lo que respecta a su seguridad y no olvidar las reglas. ¿Está claro?

—Clarísimo, agente Evans.

—Cualquier distracción puede ser fatal para los dos. En público todo sigue igual. ¿Entendido?

—Todo sigue igual —repito en conformidad.

—Bien.

Lleva la mano a mi nuca, me acerca a su boca. El beso es lento, es una forma de hablar más efectiva que las palabras.

—Desayune —ordena, destapando una fuente de plata—. Llegó hace unos minutos, debería estar tibio.

Me dejo seducir por los *muffins* de chocolate y la tetera aún humeante. Me levanto, Evans también. Corre la mesa para que no estemos cerca de la ventana.

—Es un tercer piso, Evans.

—Nunca se tienen demasiadas precauciones, doctora.

Me siento, comienzo a desayunar sin dejar de observarlo.

—¿Podría darme su camiseta? Creo que será más fácil meterla dentro de mi falda, su camisa es gigante.

Se saca la remera negra, me la da. Bajo la sábana que cubre mi pecho y me visto con rapidez mientras contemplo su espalda ancha. Sus músculos se tensan cuando se agacha para agarrar su camisa.

—¿A qué hora tiene que estar en la prisión?

Su voz me arrastra a la realidad, me empuja a los brazos de la desesperación.

—A las once.

Asiente, termina de abotonarse la camisa y vuelve a sentarse siendo el mismo Evans formal de siempre.

—Apenas termine volvemos a casa. Clarkson está como loco, estamos retrasando las cosas.

—No voy a esconderme en una casa en el medio de la nada hasta saber que Madison está bien, Evans. Dejemos eso claro.

Inhala profundo, suspira.

—Doc, no complique más las cosas.

—No es negociable. Primero Madison, después haré lo que quieran.

Me levanto, busco mi falda y mi saco.

—Voy a ducharme.

Asiente sin mirarme.

Después de una ducha rápida y hacer el *checkout*, estamos de camino a la cueva del monstruo.

Esta ciudad que me vio nacer, crecer y morir, llena mis pulmones de recuerdos dulces y ácidos que quitan el oxígeno.

Aquí nació la niña que anheló el cariño de su padre.

Aquí nació la adolescente perdida.

Aquí nació la mujer que se enamoró del hombre de sus sueños.

Aquí murió entre falsas promesas y besos de sangre.

Evans está callado y más serio que nunca. No dice una sola palabra hasta que dejo mis cosas sobre la bandeja y la reja se abre para mí.

—Usted puede con esto —susurra y besa mi frente—.
Estaré esperándola.

Intento sonreírle, intento no desamorarme.

Madison. Esto es por Madison. Mi otro pedazo. Mi
hermana.

Atravieso el umbral que separa el bien del mal. Permito
que me palpen, paso por el detector de metales y camino por el
pasillo blanco.

Déjà vu.

Otra reja se abre, las paredes grises me reciben. Me
asfixian.

Me siento.

Mis sentidos se agudizan.

Mis manos pican.

Escucho las cadenas arrastrándose.

Mi pulso se acelera.

—Buen día, Isabelle. —Su mirada fría devora mi aspecto
—. ¿Otra vez usando ropa de tu guardaespaldas?



RETORCIDA ENTREVISTA

AARON

Algo cambió. Es una sutileza, un detalle minúsculo que solo un observador experimentado podría detectar. La experiencia me sobra cuando se trata de Isabelle. Su piel, sus ojos de esmeralda... Hay un brillo distinto, uno que no estaba ayer.

«¿Qué pasó, Izzy? O... ¿quién pasó?»

—Estás particularmente encantadora esta mañana, Isabelle.

—Estás particularmente cínico esta mañana, Aaron.

Su temperamento pincela una sonrisa en mi boca tensa.

—Ese carácter, Isabelle... Exquisito.

—Por fortuna, la visita es breve. —Se relaja contra el respaldo de la incómoda y fría silla de metal—. Vamos a lo importante. Dime cómo está Madison y cómo consigo que la liberes.

Silbo, imito su postura relajada.

—Una mujer de negocios...

—Una mujer cansada de tu mente enferma.

Hoy no es Izzy, la ingenua, dulce e inocente chica que soñaba con estudiar psicología y poner su granito de arena para ayudar al medioambiente con su imaginación y

positividad. Hoy es la doctora Isabelle Brown... La fría, madura y racional doctora Isabelle Brown.

Incapaz de vencer la tentación de sucumbir al delicioso placer de lo que fue y lo que es, muerdo mi labio inferior imaginando que es el suyo.

«Cuánto te extraño, Izzy».

—Respira, Isabelle. —Inhalo profundo, exhalo sin dejar de admirar sus ojos—. *Respira*.

La confusión en su rostro aterciopelado es destrozada por el entendimiento.

—¿Qué quieres?

Miro alrededor, las tristes y demacradas paredes grises.

—Compañía... La soledad ronda por cada pasillo de este lugar, Izzy. Sabes que no me gusta estar solo.

—La compañía es un privilegio del que los monstruos no deberían disfrutar.

—Discrepo... Incluso los monstruos le temen a la soledad. —Entrelazo los dedos sobre mi regazo, la observo—. ¿Qué sientes, Izzy?

Su ceño se frunce, juega con sus pulgares. Está nerviosa. Hay gestos que no cambiaron.

—Dime dónde está Madison. —Restriega su frente con frustración, mira alrededor—. Ya estoy aquí por segunda vez en menos de veinticuatro horas, ¿qué más quieres?

—Que respondas la pregunta, Isabelle. Tengamos una charla civilizada.

—Civilizada... —Una risa histérica y contenida enciende su garganta—. ¿Qué siento? ¿Por ti? ¿Por estar aquí? ¿Por el hecho de que secuestraste a mi mejor amiga solo para llamar mi atención? ¿O quizá porque sigues manipulándome después de tantos años, incluso atado de pies y manos? —Se llena de oxígeno, recuperándose con disimulo de su exabrupto—.

¿Podría ser más específico, *profesor*?

Cierro los ojos, me nutro con su voz.

—Hace años que no me llamabas así... —Apoyo los brazos sobre la mesa, la contemplo—. ¿Qué sientes hoy, Isabelle? ¿Qué sientes hoy, tanto tiempo después? ¿Sanó tu herida? ¿Aún sangra como la mía? ¿Todavía sueñas con esa mañana donde todos nuestros sueños se pulverizaron?

El ritmo de su respiración cambia, sus ojos se humedecen. Está ahí. Aún lo siente. Aún sangra. Sangramos juntos. Tan iguales. Tan distintos.

—Solo quiero una charla, una dosis de tu grata compañía, Isabelle. Eso es todo lo que necesito para seguir *respirando*.

Suspira, parpadea intentando deshacerse de las lágrimas.

—Hay heridas que solo saben sangrar.

—Coincido. —Respiro su perfume, más tenue, pero igual de presente que ayer—. ¿Aún sueñas con esa mañana?

Me observa, hay odio y repugnancia en su mirada. Y dolor. Qué sensación tan desgarradora y motivante...

—Sí —masculla—. No creo que algún día... deje de hacerlo.

Nos regalo el minuto que necesitamos para revivir el recuerdo.

—Me gustaría que respondieras la pregunta que te hice hace exactamente un año en este mismo lugar.

Su pecho sube y baja al ritmo de la ira y la desolación.

—Sí.

Cierro los ojos, el monosílabo me hace vibrar.

—¿Sí *qué*?

Entierra las uñas en sus palmas.

—Hubiera... preferido que naciera, incluso sabiendo la

clase de monstruo que es su padre.

—¿Incluso sabiendo que podría crecer y ser como yo?

Su expresión se transforma, se desfigura.

—¡Jamás podría ser como tú!

—Te recuerdo que mis padres me cuidaron y me amaron, Isabelle... Es naturaleza. Es lo que soy. Es lo que Thomas podía llegar a ser.

Niega, borra una lágrima de su mejilla.

—¿Naturaleza? Estás enfermo, Aaron... Enfermo.

—Enfermos están quienes no aceptan lo que son, Isabelle. Enfermos están quienes viven en una mentira por miedo al qué dirán. Enferma está la sociedad, que nos quiere iguales y sin VOZ...

Levanta la mano, pone una distancia imaginaria entre nosotros.

—¿Entiendes por qué estás donde estás, Aaron?

—Porque la gente no comprende lo diferente, lo especial...

—Porque eres un asesino. Un retorcido hijo de puta que aprovechó su trabajo y su posición social para manipular a otros, por eso te pudres en este lugar.

—El mundo no está listo para apreciarme, Isabelle, pero soy paciente. Espero por ti, espero por nuestra familia, espero por la difusión de mi mensaje, espero el reconocimiento que merezco.

Sujeta su cabeza como si quisiera arrancársela, murmura incoherencias.

—¿Cuánto tiempo falta? —susurra, mirando al guardia.

—Once minutos, Isabelle.

Acomoda los rizados dorados detrás de sus orejas, intenta recuperar la fachada rígida e impenetrable.

«Sé que Izzy está detrás de esa máscara, doctora Isabelle Brown».

—¿Aún me extrañas?

La risa está llena de ironía esta vez.

—Tu ego tiene serios problemas, Aaron...

—Responde.

Su mirada me destripa.

—No.

Ladeo la cabeza, me embriago con su belleza.

—¿Extrañas lo que significaba Aaron Jones antes de El pecador de Oxford?

Silencio.

La sangre abandona sus mejillas.

—¿Acabo de tocar una fibra sensible, Izzy?

No parpadea, solo me mira con sus ojos de ausencia.

—¿Extrañas lo que éramos juntos?

—¿Dónde está Madison?

Niego.

—Solo puedo *respirar* cuando respondes, Isabelle.

Cierra los ojos, el aire escapa por su dulce boca.

—Extrañé lo que fuimos juntos. Extrañé la idea de... ti. Extrañé la mentira que construiste para mí. Lo hice y ya no me avergüenza reconocerlo. —Desvía la mirada, niega—. Estás atrás, Aaron. Sin importar cuánto intentes aferrarte a mi presente, eres parte del pasado.

Cada palabra es fuego. Arde. Quema.

—¿Estás segura, Isabelle? Aún recuerdo esa noche en que dijiste que morirías sin mí.

Mi voz golpea su rostro.

—Te dije que moriría si te perdía, pero acá estoy, sigo respirando...

La furia es dulce, enciende mis venas con paso lento y seductor.

—¿Qué sucede? —inquire—. ¿No te gusta la verdad?

Inhalo, exhalo. Me controlo. Me domino.

—Cuál... ¿Cuál es tu mejor recuerdo de nosotros, Isabelle?

Una sonrisa tan hermosa como despreciable curva sus labios.

—Estás nostálgico, Aaron. El encierro está haciendo su trabajo, va despojándote de todo lo que una vez te hizo humano.

—Responde, Isabelle.

—¿Este es el juego? ¿Me siento aquí mientras me haces esta retorcida entrevista?

—Tendrías que estar agradecida, estoy pidiendo algo muy inocente. Puedo ponerme creativo, si es lo que quieres —digo y estiro mi mano para tocar la suya, pero se aleja con asco.

—Es difícil recordar los momentos felices cuando fueron producto de tu imaginación.

Mi ceño se frunce, tiene mi absoluta atención.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hubo momentos felices, todo fue una farsa. Una mentira.

Cierro los puños, las esposas lastiman mis muñecas con cada movimiento.

—Incluso en la mentira hay felicidad, Isabelle. Cada risa, cada roce, cada sensación que experimentó tu cuerpo fue real. No insultes nuestro matrimonio, por favor.

—¿Yo insulto la memoria de nuestro matrimonio? —Ríe—.
Quedan cinco minutos, terminemos con esto.

—Responde...

Restriega su rostro, suspira.

—Enterarme de que estaba embarazada y...

—¿Y...?

—Contártelo. Tu reacción...

—¿Mi reacción...?

Sujeta sus sienes, explota.

—Tu reacción fue una de las mejores cosas de nuestra historia. Me hiciste sentir amada, deseada, especial, plena. ¿Feliz? ¿Es lo que querías escuchar? ¿Podemos terminar con esto?

La sonrisa tira de mi boca. Cierro los ojos, disfruto el momento, me alimento. Isabelle es mi alimento.

«Estamos cerca, Izzy. Estamos tan cerca. Nuestro momento. Nuestro capítulo».

—Hay algo más. Algo que me mantiene despierto por las noches...

—Imagino que no es remordimiento.

Niego.

—Curiosidad. ¿Alguien más sabe tu... secreto, Izzy?

La ira se evapora, su rostro palidece.

—No —susurro—. Nadie más conoce esa oscuridad, Isabelle. Soy el único que conoce cada parte de ti, cada recoveco de tu mente y tu alma... ¿Alguna vez te preguntaste por qué me lo contaste a mí? ¿Te preguntaste por qué me elegiste para desahogarte, Izzy?

Su boca está cosida; su mirada, desbordada.

—Porque sabías, muy dentro de ti sabías, que entendería,

que no juzgaría. Porque viste una parte de tu oscuridad en mis ojos, Isabelle.

Silencio gélido, muerto.

—¿Terminamos?

—Quedan dos minutos. —Intento cruzar las piernas, pero las cadenas me detienen. Suspiro—. Háblame de tu guardaespaldas.

—Estoy segura de que ya lo sabes todo.

—Tengo una curiosidad difícil de saciar, Isabelle... ¿Te acostaste con él?

El asombro aturde su mirada.

—¿Tengo que repetir la pregunta?

—No.

—¿No...?

—No me acosté con él.

Escucho el correr de mi sangre.

—¿Te acostarías con él?

Hay desafío en sus ojos.

—Sí. Una y otra y otra y otra vez. ¿Ya terminamos?

Giro la cabeza, hago tronar mi cuello.

—Puedes disfrutar de los placeres de la carne, Isabelle, pero sabes que tu alma está conmigo.

Las rejas comienzan a abrirse, la visita terminó.

Me levanto, Isabelle me imita.

—Madison —La desesperación quiebra su preciosa voz—. ¿Qué pasa con Madison?

—*Respira*, Isabelle. Estás muy tensa.

—Por favor, déjala ir. Cumplí con mi parte, déjala ir.

—Soy un hombre de palabra, Izzy. —El guardia sujeta mi brazo—. Puedes confiar en mí. En quien no sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas... —Sonrío mientras me arrastran—. Pregúntale a Gael Evans por qué aceptó el trabajo.



ERES UNA MALDICIÓN

ISABELLE

«Pregúntale a Gael Evans por qué aceptó el trabajo».

—¿Doctora?

Alzo la vista, ese par de zafiros me estudia.

—¿Se siente bien?

Deambulo por sus facciones serias y masculinas, por esa barba incipiente que besé hasta que mis labios ardieron.

«Pregúntale a Gael Evans por qué aceptó el trabajo».

Miro hacia delante, la prisión se cierne sobre nosotros y el vehículo me provoca claustrofobia.

—Estoy bien.

Su mirada quema sobre mi perfil.

—Regla número cuatro, doc: nunca me mienta.

Apoyo la cabeza en el respaldo, miro por la ventanilla. No sé qué esperamos, pero sé que no tengo que moverme. No todavía. Algo va a pasar.

—Necesito terminar con esto. Necesito... ver a Madison, saber que está bien.

—¿Confía en Jones? —su voz es fría.

«Puedes confiar en mí. En quien no sé si puedes confiar es

en tu guardaespaldas...»

Aaron no habla por hablar, todo lo que dice significa algo. Todo lo que hace pone fichas en movimiento. Es un juego, su juego.

Miro a Evans, mi pulso se acelera.

¿No puedo confiar en él? ¿Es un seguidor de Aaron? No...

—¿Doctora Brown? —Sus dedos tibios acarician mi mejilla, alejan el cabello de mi rostro—. Aún no salió de esa visita, ¿verdad? Porque no está aquí conmigo.

Suspiro, lo observo.

«¿Qué esconde, Evans?»

—Confío en que se cree un hombre de palabra. Cumplí con mi parte del trato, cumplirá la suya. —Ruego en silencio.

Mi respuesta borra todo rastro de calidez en sus ojos, aleja su tacto de mi piel.

—Confiar en un asesino... Excelente decisión, doctora.

—¿Se le ocurre algo mejor, Evans? ¿Algo que me devuelva a Madison?

Mira al frente, el ceño fruncido, los nudillos blancos sobre el volante.

Esperamos.

«Pregúntale a Gael Evans por qué aceptó el trabajo».

Mi carne se eriza, mi corazón galopa.

—Evans —su mirada sigue mi voz—, ¿por qué aceptó cuidarme?

Su rostro pierde color, el oxígeno se extingue a nuestro alrededor.

—Proteger a las personas es mi trabajo.

—Lo sé, pero ¿por qué aceptó protegerme? A mí, conociendo... mi historia.

Silencio.

Su cuerpo está rígido, la tensión puede palpase.

—Porque es una persona, doctora, y proteger a las personas es mi trabajo. ¿Debería existir otra razón?

—Dígame usted...

Suelta el volante, se apoya en el respaldo, me mira con esa intensidad que me hace temblar.

—¿Qué está pasando, doc? ¿A qué viene la pregunta?

«En quien no sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas...»

—¿Puedo confiar en usted, Evans?

La preocupación arruga su frente.

—Daría mi vida por usted, doctora. ¿No es suficiente para ganarme su confianza?

«Es Aaron. No dejes que juegue con tu cabeza. No lo dejes entrar otra vez».

Suspiro, me paso las manos por el rostro y el pelo. Inhalo, exhalo, lo alejo. Lo empujo, pero clava las uñas, se aferra a mi esencia.

«No lo dejes entrar. No otra vez».

Mi celular suena, abro la cartera y lo busco. Una llamada, número desconocido.

—¿Hola?

—Pastor James.

La voz desaparece.

El tiempo se detiene, el mundo deja de girar, mi sangre se congela.

«Madison».

—¿Doctora?

El teléfono resbala de mis manos.

—Isabelle, ¿qué pasa?

—El pastor James... Tenemos que ir a la iglesia. ¡Doble a la derecha! ¡Tenemos que ir a la iglesia ahora!

Evans enciende el motor, la prisión va perdiendo su imponente.

—Tenemos que llamar a Clarkson —dice, tanteando los bolsillos de su pantalón—. ¿Pastor James? ¿Qué más le dijeron? ¿Quedó registrado el número en su celular? Déjeme verlo.

Niego.

—No hay número... y Clarkson está a 90 kilómetros de distancia, Evans. —Agarro mi cabeza, intento controlar el ritmo de mi respiración. Intento controlar *algo*—. Madison... Madison está en la capilla.

—¿Qué? ¿La capilla?

—Estamos yendo al lugar dónde... —Sujeto mi garganta, cierro los ojos. Respiro—. Estamos yendo a la iglesia donde encontré a Aaron... esa noche.

El rostro de Gael palidece.

—La capilla fue clausurada, doctora. No volvieron a abrirla después de Jones.

«Los finales solo son comienzos. Un nuevo capítulo empieza».

—¿Cómo no lo imaginé? —pienso en voz alta—. ¿Cómo no lo pensé?

—¿De qué habla?

—Aaron... Aaron no deja nada al azar, no hace nada porque sí. Cada uno de sus movimientos tiene un significado. Él... adora las fechas, los aniversarios, los recuerdos, los sitios, las cosas... especiales. Todo es un símbolo para él. —

Echo la cabeza atrás, miro el techo del auto—. ¿Cómo no se me ocurrió? “*Los finales solo son comienzos. Un nuevo capítulo empieza.*” —cito a Daniel—. La capilla... fue el final. La capilla fue nuestro final y ahora... será el comienzo.

—¿El comienzo de qué?

Un escalofrío besa mi columna.

—No lo sé...

Su mano busca la mía, entrelaza nuestros dedos.

—No habrá comienzo, doctora. En cuestión de horas estará en la casa segura. Nadie podrá encontrarla, nadie sabrá siquiera por dónde comenzar a buscar. —Un apretón dulce, firme—. Nada va a pasarle, se lo prometo.

Apoyo la cabeza en la ventanilla, miro nuestras manos.

«En quien no sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas...»

La casa segura... Van a sacarme de la ciudad, quizá del país, van a despojarme de todos mis seres queridos, van a alejarme del trabajo que amo, van a encerrarme en una casa en el medio de la nada con un hombre en quien no sé si puedo confiar ciegamente... Van arrebatarme la vida otra vez.

—Esto ya comenzó, Evans. Comenzó el día en que usted llegó a mi aburrida vida.

Sus dedos se tensan alrededor de los míos, mantiene la vista fija en el camino.

—¿Podemos ir más rápido?

—Ya estoy superando el límite de velocidad permitida. —Una mirada furtiva—. También quiero encontrar a Ferris, doc, pero su seguridad sigue siendo mi prioridad.

Madison. Madison está en la iglesia. ¿Estuvo ahí todo este tiempo? ¿Le hicieron daño? ¿Seguirá siendo la misma después de... esta experiencia? ¿A quién voy a encontrar?

«Va a odiarte. Es tu culpa. Destruyes todo lo que amas. Es tu maldición».

—Nicholas va a encargarse de Freud. —El pulgar de Evans dibuja círculos perezosos en el dorso de mi mano—. Lo arreglé todo mientras la esperaba, no tendrá que preocuparse por él.

—¿No puedo llevarlo conmigo?

—No, doc.

Miro los árboles pasar, desintegrarse hasta formar una infinita pincelada verde.

—¿Nick sabe dónde voy a estar?

—Nadie puede saberlo, es el protocolo. Ni siquiera yo sé a dónde van a llevarnos.

—¿Se supone que eso tiene que dejarme tranquila?

Lleva mi mano a su boca, besa mis nudillos. Es un gesto fugaz, casi inconsciente, del que se arrepiente cuando lo nota y vuelve a su postura rígida de siempre.

—Está conmigo, eso tiene que dejarla tranquila.

Niego.

—Yo no soy quien debería tenerlo, Evans. Madison lo necesita. Cualquier persona que... me rodee lo necesita.

—¿Por qué está tan segura de que Jones no le haría daño físico?

Desvió la mirada, el ritmo de mi pulso se acelera solo con pensarlo.

Esa noche... La expresión en sus ojos cuando vio la sangre cubrir mi vestido, la ferocidad con la que apuñaló hasta el cansancio a su discípulo por herirme.

—Lo sé. Solo lo sé.

El resto del camino es una tortura silenciosa.

La angustia y el pánico me devoran. No dejo de pensar, no sé en quién puedo confiar. Mi futuro nunca fue más incierto y el presente quiere destruirme.

El auto se detiene, la iglesia aparece frente a mis ojos y todo se derrumba. Kalie se derrumba. Isabelle se derrumba. No me queda nada a lo que aferrarme.

—Quédese en el auto y trabe las puertas. Si no salgo en...

—No va a entrar ahí solo y no voy a quedarme aquí sola.

Gael se desabrocha en el cinturón de seguridad y comprueba que su arma esté cargada.

—No va a poner un pie en ese lugar, doctora.

Me saca el cinto con rapidez y salgo antes de que pueda detenerme.

—¡Doctora! —Cierra con violencia la puerta del vehículo —. ¡Isabelle!

—Voy a entrar. —Mis piernas arden mientras me acerco a la capilla—. Es militar, imagino que sabe lo que es el trastorno de estrés postraumático. Madison querrá ver una cara amigable, créame, Evans.

Su mano sujeta mi brazo, el movimiento me estampa contra su pecho. Está furioso, pero intenta controlarse.

—Detrás de mí. No hace ni un solo movimiento sin mi aprobación. ¿Está claro?

Asiento.

Me libera y avanzamos mientras escanea los alrededores con la Glock empuñada y lista. Observo sus movimientos, no hay tensión, no hay miedo, no hay duda. Este es Evans en su estado natural. Este es su mundo.

«Es una máquina de matar». «No sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas...»

Nos detenemos frente a las puertas de madera blanca. La

pintura está desgastada, pero los recuerdos siguen intactos. Mientras Evans inspecciona la cadena oxidada mis sentidos se nublan. No veo, no escucho, no siento... Estoy en blanco. Estoy atada a esa noche.

El candado está roto.

Las puertas del infierno se abren.

Quema.

Arde.

Estoy ardiendo otra vez.

Evans entra, apunta a un lado y a otro con destreza.

El frío reina en la estancia ahogada en la penumbra.

Sigo sus pasos, manteniéndome pegada a su espalda hasta que veo la columna y mi cuerpo se paraliza.

La columna. Esa donde me escondí, sintiendo el corazón en la boca, mientras Aaron bajaba al...

—Sótano —susurro—. Madison está en el sótano.

—Vuelva al auto. Ahora.

Niego con la cabeza. Mis ojos, fijos en aquella tapa de madera en el suelo, se humedecen.

—Usted no va a bajar a ese sótano nunca más —su voz es tajante.

Busco su mirada, hay furia. Hay... ¿miedo?

—Ábralo, Evans. Abra el sótano.

Estudia el lugar sin moverse.

—No se despegue de mí —ordena—. Sea mis ojos.

Avanzo junto a él, pegada a su saco, siendo otra vez los ojos en su nuca. Se agacha, abre la puertita sin dejar de apuntar al monstruo invisible.

Una luz tenue y anaranjada ilumina la escalera.

—No tiene que hacerlo, puede esperarme en el auto. Le prometo que, si Madison está ahí, yo la llevaré con usted.

Veo la escalera, revivo cada sensación de esa noche... La ira, el dolor, la confusión, el miedo.

—Tengo que hacerlo.

—Isabelle, Madison...

—Tengo que hacerlo por mí.

Su mirada se llena de comprensión, asiente.

—Aléjese.

Con fuerza bruta, Evans arranca la puerquita de madera, haciendo saltar las bisagras.

—No pienso arriesgarme a que ningún psicópata nos encierre ahí abajo.

Retuerzo los dedos, Evans comienza a descender.

El primer escalón me arrastra a esa noche. Veo a Aaron, a sus estudiantes, a la pobre chica atada a esa silla... Escucho el delirio que sale de sus bocas, siento el pánico en las venas, el fuego y la sangre en mi ropa.

Un grito amortiguado quiebra mis huesos, adormece mi fuerza.

—¿¿Madison?! —Mi garganta arde—. ¿¿Madie?!

Evans baja el resto de los escalones de dos en dos. Lánguida y atontada, lo sigo.

La imagen detiene mis pies, mi pulso.

Madie está en el medio del sótano, amordazada y atada a una silla debajo de aquel foco de luz amarillento. Igual que Harper.

El tiempo y la vida se ralentizan cuando corro hacia ella, aterrizo de rodillas a sus pies, sostengo su rostro entre mis manos y beso sus lágrimas mientras Evans la desata.

Está sucia. Su disfraz de pirata huele a orina, tiene el cabello enmarañado, los ojos hinchados, rojos y embadurnados con restos de maquillaje. Y tiembla. No deja de temblar entre mis brazos.

—Belle —balbucea cuando quito el trapo de su boca—. Belle... —su voz está rota. Madie está rota.

—Mad, ¿qué te hice?

Las lágrimas no me dejan verla y lo agradezco, no puedo soportar la desolación en sus ojos.

—Señorita Ferris, ¿está herida? —Gael la inspecciona con rapidez—. ¿Le hicieron daño?

Madison niega con un movimiento de cabeza y se acaricia las muñecas en carne viva.

—¿Puede caminar?

—No... no lo sé.

—Doctora, sosténgala del otro lado.

Gael levanta a Madie y pone su brazo inerte alrededor de su cuello.

—Doc.

Borro mis lágrimas, sostengo el lado izquierdo de Madison.

—Logan... —Solloza, tose—. ¿Dónde está Logan?

—Estuvo buscándote como un loco, Mad. Está bien. Te llevaremos con él. Volverás a casa, preciosa.

Como podemos, los tres subimos la escalera dejando atrás el infierno.

Recién cuando llegamos al auto, Evans guarda el arma. Ayudo a Madison a sentarse en la parte de atrás y me siento a su lado.

—Iremos directo al hospital. —Gael enciende el motor—.

Llamaré a Clarkson y a Logan de camino.

Asiento.

Madison se acurruca contra mi pecho.

—Creí que nadie vendría por mí —susurra—. Creí que habías muerto en la fiesta. Creí que jamás volvería a verte, Belle.

Apoyo la mejilla en su cabeza, la abrazo, la acaricio. La siento por última vez.

«Jamás volverás a verme, Mad».

—Siempre iré por ti. Donde sea que estés, estaré.

Sus brazos cansados se aferran a mí, siento sus lágrimas humedecer mi camiseta.

Evans nos observa a través del espejo retrovisor mientras nos saca de esta pesadilla.

Poco a poco Oxford queda atrás.

Poco a poco la voz de papá inunda mi cabeza.

«Trajiste muerte, eres una maldición».



LO PROMETO

GAEL

Mis ojos están fijos en la pantalla, es la tercera vez que veo la declaración de Madison Ferris. Pongo *play*, estudio su lenguaje corporal, escucho.

—¿Qué es lo que recuerda, señorita Ferris?

Se abraza. Lleva ropa limpia y el pelo húmedo.

—Estaba bailando, esperaba a Logan, mi prometido, que había ido al baño y a traerme una bebida del bar. Entonces... —inhala profundo, agarra el vaso de plástico y bebe— las luces se apagaron. Alguien me abrazó por detrás y puso un trapo en mi boca. Solo recuerdo el olor, era fuerte. Muy intenso. Luego... todo se volvió negro.

—La durmieron para llevársela de la fiesta —corroborar el oficial, haciendo anotaciones—. ¿Recuerda dónde despertó?

Madison mira la mesa, no parpadea. Es casi como si no estuviera en esa oficina.

—Una habitación fría, sucia, llena de trastos viejos y... humedad.

—¿El sótano de la capilla de Oxford? ¿El mismo lugar donde la encontraron?

—Creo que sí —dice y borra sus lágrimas con el puño del suéter.

—¿Permaneció allí desde esa noche o la llevaron a otro sitio?

—No lo sé... La mayor parte del tiempo me... sedaban. Solo recuerdo a uno de los conejos.

—¿Conejos?

Asiente.

—Alguien con... una máscara de conejo bajaba para darme de comer y beber.

—La alimentaron... En cierta manera, cuidaron de usted.

—¿Cuidar de mí? ¡Me secuestraron! ¡Podrían haberme matado!

—Señorita Ferris —el agente suaviza el tono de su voz—, los secuestradores suelen tener ese tipo de atenciones solo cuando saben que la víctima deberá permanecer con vida.

Madison entierra las manos en su pelo, cierra los ojos e intenta calmarse. Luce tensa, exhausta, enferma.

—¿Alguien la lastimó?

Niega.

—¿De ninguna manera?

—No. Creo que no, no lo sé... —Sube las piernas a la silla, las abraza—. Solo estuve ahí, atada, amordazada, sedada...

El oficial intenta tener contacto visual con Madison, pero no lo mira.

—Las pericias físicas no muestran ningún indicio de abuso sexual, señorita Ferris. Puede quedarse tranquila, nada ocurrió mientras estaba inconsciente.

Madison intenta calmarse. Bebe, respira profundo, limpia su rostro con los pañuelos de papel que le ofrecen.

—¿Sabe quién o por qué pudieron hacerle esto? —pregunta el oficial, omitiendo que la conexión con Jones y sus

seguidores ya está más que clara.

—Creo que fue... Aaron. Aaron Jones.

—¿Por qué lo cree?

Madison apoya la mejilla sobre sus rodillas.

—Porque... tengo un mensaje para Isabelle.

—¿Qué mensaje?

—“Aquel que se interponga en nuestro destino caerá. Los finales solo son comienzos. Nuestra familia espera”.

Pongo pausa. Me quito los lentes y restriego mis ojos cansados.

«Aquel que se interponga en nuestro destino caerá».

¿Qué destino? ¿Estar juntos?

«Nuestra familia espera».

Familia...

Tres golpes en la puerta.

Me levanto del sofá, esquivo a Freud que duerme en mitad de la sala y observo por la mirilla. Es Davis. Abro.

—Evans.

—Davis.

Pasa, esquiva al gato.

—Estás viviendo con el enemigo —dice, señalándolo.

—Ni me lo digas. Nunca tomé tantos antialérgicos como en estos meses.

Cierro la puerta, me acerco al sillón y guardo la computadora.

—Qué flojito resultaste, Evans.

—Hablando de flojitos, ¿cómo van las heridas?

—Rasguños... Ya estoy excelente. ¿Y tus puntos?

—Ya los había olvidado —miento, pican hasta enloquecerme—. Voy a avisarle a la doctora Brown que me retiro.

Davis asiente y acomoda su gigante cuerpo en el sofá.

Atravieso el pasillo y golpeo la puerta de su habitación, pero no responde. Abro, la luz del televisor tiñe la estancia de tonos azulados y hace brillar el perfil dormido de Isabelle. Me siento en la cama, la observo. Desde aquella noche en el hotel no sé cómo actuar. ¿Como el guardaespaldas? ¿Como el amante? ¿Como Evans? ¿Reprimo la necesidad constante de tocarla? ¿Le robo un beso o espero a que me lo dé? No quiero sobrepasar los límites, aunque ya no sé cuáles son ni dónde quedaron.

Ese beso fue un error, lo sé, pero fue un error del que no quiero aprender. Fue un error que quiero repetir una y mil veces, porque su boca hace que adore equivocarme.

No quiero despertarla. Sé lo agotada que está, sé que está pensando en alejarse de Ferris para siempre, sé que cree que todo esto es su culpa. Los paquetes, las notas, la fiesta, Daniel, Madison... Aún no procesa lo que ocurrió y caerá cuando la tensión pase. Caerá cuando estemos solos en una casa en medio de la nada y yo tendré que recoger sus pedazos. Está escrito.

Alejo un rulo dorado de su rostro, acaricio su mejilla tersa.

—¿Doctora?

Sigue perdida en sus sueños, pero necesitamos hablar.

—¿Doctora? —Mi pulgar dibuja sus labios—. No sea dormilona, doc...

Sus párpados se abren perezosos y, en esa bruma dulce e inconsciente, me sonrío.

—Voy a confesar que moría por ver esa sonrisa, y ahora vamos a olvidar que dije eso.

—Yo no voy a olvidar que dijo eso. —Cierra los ojos, disfruta de las caricias que dejo en su pelo—. ¿Qué hora es? ¿Ya vienen a buscarnos? Tengo... Tengo que hablar con el doctor Francis para pasarle a mis pacientes...

—Aún no, faltan unas horas. Tengo que hablar con usted, doc.

La tensión vuelve a su cuerpo.

—No pasó nada, no se preocupe —intento relajarla, pero no funciona. Señalo el respaldo de su cama—. ¿Puedo?

Asiente y se mueve para hacerme un lugar.

Me siento a su lado, Isabelle apoya la cabeza en mi abdomen. Hundo los dedos en sus rulos, ordeno mis pensamientos.

—Davis está en el *living*, va a quedarse con usted mientras voy a despedirme de Tyler y a buscar mis cosas.

Su índice traza formas sobre mi pierna.

—¿Cuánto tiempo estaré en el Programa De Protección a Testigos?

—No lo sé, y eso me lleva a lo que tenemos que hablar. —Inclina la cabeza hacia atrás, me observa—. Permaneceré con usted dentro del programa por un máximo de quince días. Si pasadas dos semanas la policía o el MI6 no tienen controlada la situación, dejaré el caso.

Es fugaz, pero lo veo, dolor atraviesa sus ojos.

—Me dejará a mí.

Suspiro, coloco el cabello detrás de su oreja.

—No puedo alejarme de Tyler por más de quince días, doc. En la casa segura no tendremos contacto con nadie. No podremos hablar por teléfono, ni salir, tampoco ver a nadie...

—Cierro los ojos, elijo mis palabras—. Ty aún es pequeño, no puedo desaparecer de su vida por tiempo indeterminado.

—Lo comprendo, Evans, y me parece lo correcto. Su familia está primero.

Asiento.

—Hablé con Clarkson, ordenaron aislar por completo a Jones. Otro pabellón, otra celda, otros guardias —explico, y se tensa en mis brazos—. Sin visitas, sin recreación ni ejercicio. Nada. Se espera anular toda posibilidad de contacto con sus seguidores y, como resultado, la llegada a usted.

—¿Cree que funcionará?

—No lo sé.

Apoya su mejilla sobre mi abdomen, negándome el pánico y la desilusión en su mirada.

—Doctora —hablo bajo, vuelvo a jugar con su cabello—, si en quince días no hay avances, Davis tomará mi lugar de forma permanente. Quiero que sepa que, si ese es el escenario, estará en las mejores manos.

—Creí que las mejores manos eran las tuyas.

Mis ojos se cierran; mi garganta, también.

—Doc, escúcheme. —Consigo que me mire, su rostro se siente perfecto en la palma de mi mano—. Cuando se trata de usted, las mejores manos siempre serán las mías. Pero ante una situación de fuerza mayor, la dejaré con alguien a quien yo le confiaría mi vida. Davis tiene experiencia y una reputación intachable, no tiene de qué preocuparse.

—Está dando por sentado que va dejarme.

—Estoy dando por sentado que es una posibilidad.

Silencio.

—Doc...

—Entendido, Evans.

Me inclino hacia delante hasta que su rostro queda frente a mío.

—Conmigo o con Davis nada va a pasarle. ¿Confía en mí?

Sus ojos brillan de una forma extraña.

—Será mejor que vaya, no tiene mucho tiempo.

No confía en mí.

Suspiro, desvío la mirada y algo llama mi atención.

—¿Esa planta? —pregunto, estudiando la maceta que está sobre la cajonera de madera.

—¿Qué tiene?

—¿Siempre estuvo ahí?

—Sí.

—Hay algo distinto...

Me levanto, enciendo el velador y me acerco a la planta. Corro las hojas, hay una margarita de plástico enterrada en la tierra, es de esas que venden para decorar jardines o canteros.

—¿Qué es eso? —Isabelle se levanta—. Eso no es mío, nunca estuvo en la maceta.

Acerco la margarita a la luz y mi pulso se dispara.

—Una cámara.

—¿Qué?

—Es una cámara.

Abro la cajonera, saco una toalla y envuelvo la margarita.

—¡Davis! ¡Davis!

Aparece antes del tercer llamado, empuñando su arma.

—Una cámara. —Apoyo la toalla en la cama—. ¡Una maldita cámara en su habitación! Llama a Clarkson, quiero un equipo ahora. ¡Quiero que revisen hasta el último milímetro de este departamento!

Davis guarda el arma, saca el teléfono y sale del cuarto.

Me agarro la cabeza, intento pensar con claridad.

Revisé esta habitación de punta a punta cuando conocí a Isabelle. Revisé toda la casa... Esto es reciente. Tiene que ser reciente.

—No puede ser... —El pánico reina en su voz—. ¿Me estuvo viendo? ¿Alguien me estuvo viendo? Evans, estuve desnuda en esta habitación cientos de veces. Por Dios... ¿Dónde más habrá cámaras?

Me acerco, la rodeo con mis brazos.

—Tranquilícese. —Beso su cabeza—. Déjeme pensar.

—El hombre que instaló las cámaras de seguridad, ¿pudo ser él? ¡Tiene que ser él!

—Imposible. No entró a su dormitorio y no me despegué de él ni un segundo. Madison, Nicholas, O'Connor y García son los únicos que entraron al departamento últimamente.

—¿Está sospechando de mi hermano?

Me suelta, se aleja y mira alrededor con recelo.

—Estoy señalando los hechos. Esas son las únicas posibilidades.

—Usted también estuvo en el departamento.

Me golpea. La insinuación me golpea.

—¿Está desconfiando de mí?

—Estoy señalando los hechos.

—¡Está insinuando que tengo algo que ver con esto! ¡Con el retorcido de su exesposo!

Me apoyo en la pared, intento respirar, calmarme. Estoy perdiendo los estribos.

—Evans...

—Haga todo lo que Davis le diga. No se mueva de aquí, volveré pronto.

Agarro la margarita y salgo de la habitación. Davis habla por teléfono, pero corta apenas me ve.

—Dentro está la cámara —le doy la toalla—, que la analicen. Ese hijo de puta nos estaba viendo. Encárgate de que revisen hasta el último sócalo. ¿Entendido?

—Dalo por hecho.

Asiento.

—Iré a buscar mi auto y mis cosas, no tardaré.

—Evans... —la voz de Isabelle.

No puedo. No puedo mirarla ahora mismo. Agarro mi saco del perchero y salgo.

El ascensor me asfixia, la desconfianza de Isabelle me quema.

Desactivo la alarma, entro a la casa de mi madre. Tyler y un amigo corren por todo el salón.

Miro mi reloj, son las diez de la noche.

—Creo que alguien debería estar en la cama.

Sus pies se detienen.

—Viniste. —Una sonrisa inmensa, a la que le faltan dos dientes de leche, alegra mi día—. ¡Viniste, viniste, viniste!

Corre hacia mí, me agacho y lo recibo en mis brazos. En el instante en que rodea mi cuello y se prende a mí como si aún fuera un bebé todo está bien. Inhalo su colonia, acaricio su pequeña espalda.

—Te extrañé —confiesa bien bajito.

—Yo también —susurro—. Yo también te extrañé, Ty.

Nos separamos cuando se da cuenta de que su amigo está mirándonos.

—¿Pijamada? —pregunto y saludo a Alex, que me choca el puño.

—Sí. ¡Y traje un nuevo videojuego!

—¿Podemos quedarnos hasta más de las doce? La abuela dice que...

—La abuela dice que hasta las doce —completa mamá, apareciendo con un cesto de ropa en las manos.

—¿Una? —Comienzo a negociar y mamá pone los ojos en blanco.

—Doce y media, máximo. Es mi última oferta.

—Deberías tomarla, Ty, es una buena oferta.

—¡¿Escuchaste, Alex?! ¡Doce y media!

Chocan los puños y festejan la victoria.

—Ty, tenemos que hablar. ¿Vamos a tu habitación un minuto?

Asiente, le pide a su amigo que lo espere y corre a su cuarto. Atravieso el *living*, beso la frente de mamá.

—Te explicaré todo en un segundo.

Suspira.

—Ya no me gusta...

Otro beso y recorro el pasillo.

La habitación de Tyler es un desastre, juguetes por todos lados, la cama deshecha. Comienzo a levantar los almohadones.

—Déjalo así, no me gusta tan ordenado.

Sonrío, dejo los almohadones y me siento en la cama.

—Tienes que irte, ¿no? Por eso quieres hablar.

El tono de su voz y el entendimiento crean un ovillo de dudas en mi garganta.

¿Estoy siendo un buen padre? ¿Está teniendo una buena infancia? ¿Está madurando demasiado rápido?

—A veces no puedo creer que tengas solo ocho años... —
Despeino su cabello, pellizco con suavidad su mejilla—. Tengo que irme, Ty. Serán dos semanas como máximo, quizá menos.

Baja la vista, juega con un peluche viejo.

—¿A dónde irás?

—No lo sé. ¿Recuerdas lo que era el Programa De Protección a Testigos? —Asiente—. Mi cliente entrará en él, no podemos saber a dónde nos llevan. Pero hice un trato, Ty. —Agarro sus manos, las sostengo entre las mías—. No me ausentaré más de dos semanas.

—¿Lo prometes? ¿No será como la última vez?

Le pido confianza a Isabelle cuando ni siquiera Tyler me cree.

Tiro de su brazo, pegándolo a mi pecho. Beso su cabeza una y otra vez, Ty se aferra a mi cintura.

—No será como la última vez. Jamás será como la última vez, lo prometo.



LA DIVERSIÓN RECIÉN EMPIEZA

ISABELLE

Sus brazos no me sueltan, son un refugio cálido y firme del que ya no disfruto. Un refugio donde me sentí segura y deseada, pero ahora me asfixia. Un refugio al que no quiero volver desde que conocí otros brazos.

Los labios de Matthew besan mi cuello con ternura, su mano acaricia mi espalda.

—Matt...

—Lo sé —susurra—. Tenemos mucho de qué hablar, Kalie. Cuando todo esto termine, tú y yo blanquearemos las cosas. —Deja ir mi cintura, sujeta mi rostro—. No más evasivas, basta de huir. Hablaremos de todo. Hablaremos de nosotros.

Mi pulso podría estallar si veo el amor en sus ojos un segundo más.

Fui clara. Siempre fui clara con él. ¿Cómo llegamos a esto? ¿Por qué tengo que romperle el corazón cuando aclaramos que ese órgano quedaría fuera del juego?

—Hablaremos —aseguro, sintiendo el nudo crecer en mi garganta.

—Cuídate —aleja el cabello de mi rostro, me observa con ojos brillantes— y, aunque odie decirlo, hazle caso al insufrible

de tu guardaespaldas.

—Evans no es insufrible.

Sonríe, niega con la cabeza y me besa. Aunque lo esperaba, no pude evitarlo como quería. Permanezco inmóvil, sintiendo sus labios sobre los míos. Su lengua intenta saborearme, pero no lo permito. El beso carece de pasión, de intensidad. Su boca no es la de...

Alguien carraspea.

Los labios de Matt se alejan, ambos giramos. Evans. Está serio, pero no serio y concentrado como siempre, serio como una piedra. Inexpresivo, no hay nada más que los puños cerrados a los costados de su cuerpo.

—¿Terminó, Brown? —pregunta sin dejar de mirar a Matt como si estuviera destripándolo. Y disfrutándolo.

«¿Brown? ¿Brown a secas? ¿Qué le pasa?»

—¿Cómo que *terminó*? —me susurra Matt—. Kalie, ¿no te parece que se toma demasiados atrevimientos? No se comporta con profesionalismo, te trata como si fueras su... amiga.

Suspiro, intento controlar la culpa y la ansiedad.

—Estoy lista.

Aprieto la mano de Matthew una vez más.

—Cuida tu herida y descansa, ¿sí?

Asiente y besa mis dedos, mientras Evans respira como un búfalo.

—Cuídela, Evans.

El rostro de Gael permanece inmutable, pero su pecho sube y baja con violencia. Abre el paraguas y me abraza, apretándome contra su costado, cubriéndonos de la lluvia y la noche.

—No se preocupe, O'Connor, hago muy bien mi trabajo.

La cuidaré como si fuera mi esposa.

Antes de que Matthew pueda responder, Gael nos mete en la camioneta blindada que envió el agente Clarkson. Los demás oficiales suben, armados hasta los dientes, y las puertas se cierran. Las trabas se activan, y ya me siento una prisionera.

Observo a Matt por la ventanilla mojada, aunque él no puede verme. Deseo volver a encontrarlo, poder hablar y, quizá, conservar su amistad.

—Tengo que ponerle esto.

Sigo la voz fría de Evans, observo la tela negra en sus manos.

—¿Qué?

—No puede ver el camino, es parte del protocolo de seguridad.

Miro alrededor, estoy rodeada de hombres, de armas, silencio y peligro.

Inhalo profundo, exhalo, asiento.

«Llegue hasta aquí, puedo con esto».

Todo se vuelve negro cuando Evans venda mis ojos. Mis otros sentidos se amplifican, la ansiedad se magnifica y mi pulso va tan rápido que apenas lo percibo.

Siento el cinturón de seguridad cruzar mi pecho.

—Todo estará bien. —Escucho su voz cerca, muy cerca—. Confíe en mí.

«En quien no sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas...»

El vehículo se mueve.

Intento tranquilizarme, no pensar, pero mi cabeza se llena de imágenes que me torturan.

Las flores, las notas, la fiesta, los conejos, los gritos, la sangre, Madie, Daniel... Aaron. Aaron y su sonrisa.

«Los finales solo son comienzos».

—¿Evans?

—¿Sí?

—¿Puede... darme la mano?

Silencio.

Mis dedos acarician la tela del asiento en busca de su piel, pero solo encuentran vacío.

—¿Evans?

Un suspiro.

Sus dedos se entrelazan con los míos.

—Gracias —susurro y, a ciegas, me aferro a su mano, entregándole mi vida y, quizá, mi corazón.

—Señorita Brown... —una voz se filtra en la débil bruma de mi sueño—. ¿Señorita Brown?

Abro los ojos, pero todo sigue oscuro. Toco mi rostro con desesperación, siento la tela, el entendimiento me abraza y me libera del pánico.

—Déjeme quitarle esto.

Percibo su perfume intenso, la venda desaparece. Mis párpados se abren despacio, adaptándose a la luz.

«La luz. El amanecer. Salimos de noche. ¿Cuántas horas estuvimos en la ruta? ¿Qué tan lejos estamos?»

—¿Se siente bien?

Lo observo, trato de recordar su nombre. Sé que es uno de los agentes del programa. Me los presentaron a todos, pero aún no consigo identificarlos.

—Soy Méndez —dice con un acento muy pronunciado—. ¿Quiere un poco de agua?

Asiento, acepto la botella que me da y bebo.

—¿Dónde está Evans?

—Entrando el equipaje.

«No me despertó. ¿Qué le pasa? Él me habría despertado. Habría quitado la venda de mis ojos y acariciado mi mejilla en el proceso. Eso es lo que Evans haría. Ese es mi Evans».

—Déjeme ayudarla a ponerse de pie.

Acepto la mano, salgo de la camioneta sintiendo las piernas flojas, entumecidas. Estoy algo mareada, pero la brisa matutina me sienta bien.

Observo. Verde. Todo es verde. Árboles de distintos tamaños, césped y una laguna. Cubriendo mis ojos de la claridad giro, encontrándome con una casa blanca de dos pisos.

Escucho con atención. Ni una sola bocina, ni un motor, ni ajeteo. Nada. Solo el cantar de los pájaros y el susurro del viento.

No pregunto dónde estamos, sé que no me lo dirán.

Los seis agentes que vinieron con nosotros se reúnen en un círculo y comienzan a hablar en términos que desconozco.

—Ya puede instalarse, las cosas están en su habitación.

Alzo la vista, Evans me mira. Luce serio y cansado. Asiento.

La casa es tan hermosa por fuera como por dentro. Me asombra descubrir que está decorada, es cálida y tiene todo lo necesario, como si siempre estuviera habitada.

—Sala de estar, cocina, baño —señala Evans—. Habitación del pánico —sigo su índice hacia la izquierda—, le explicaré cómo funciona después. —Lo sigo—. La escalera nos lleva a las habitaciones. Hay cuatro. Una para usted, otra para mí y dos más grandes para los seis agentes que vigilarán la casa y el perímetro por turnos.

—Eso es... mucha gente con nosotros.

—No se preocupe, son silenciosos. Apenas notará su presencia.

Subimos, acaricio la baranda de madera mientras absorbo cada detalle.

Llegamos al primer piso, el suelo se queja bajo mis zapatos.

—Su habitación. —Abre la puerta y espera a que pase—. Tiene baño propio.

Entro. Es espaciosa y luminosa. Hay una cama de dos plazas, un largo sillón bajo la ventana. Todo es blanco y rústico, es una lujosa casa de campo.

—La dejo para que se acomode.

—Evans.

Alza las cejas, espera.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan... distante?

—Porque soy su guardaespaldas.

—¿Y? Es mi guardaespaldas las veinticuatro horas del día y jamás se comporta así. No me dijo ni uno solo de sus *doctora* desde que salimos de mi departamento.

—Mis *doctora* —repite en voz baja—. Acomódese, por favor. Tengo cosas que hacer.

Da media vuelta, se acerca a la puerta.

—¿Está celoso, Evans?

Mi voz detiene sus pasos.

—¿Está celoso de Matthew?

Gira la cabeza, hace tronar su cuello.

—Un guardaespaldas no tiene motivos para estar celoso de su cliente.

—Un guardaespaldas...

—¿No es lo que soy?

Nos miramos. Solo nos miramos.

—Estaré en la habitación contigua acomodando mis cosas.

La puerta se cierra, pero la tensión no desaparece.

El tiempo dejó de existir desde que puse un pie en esta casa. Los minutos pueden ser horas, meses o años. Todo se siente eterno, ajeno.

Coloqué mi ropa en el ropero, estudié cada rincón de la habitación y el baño, contemplé el paisaje a través de la ventana, leí, lloré, pensé en Nick, en Madie, en Matt, en mis pacientes y el doctor Francis, extrañé a Freud... ¿Así van a ser todos mis días aquí? Interminables, incoloros, desabridos, muertos.

Sigo tumbada en la cama, observando cómo el sol se filtra a través de las cortinas cerradas, cómo la luz y la sombra juegan como si no fueran enemigas naturales. No logro conciliar el sueño, tampoco relajarme.

«Todo estará bien. Confíe en mí».

La puerta se abre despacio, cierro los ojos. Escucho sus pasos y el rechinar del sofá.

«Un guardaespaldas no tiene motivos para estar celoso de su cliente».

Abro los ojos poco a poco, espío. Evans está acostado en el sofá, completamente vestido con su traje elegante.

—¿Por qué no está durmiendo? —habla sin mirarme.

—Podría preguntarle lo mismo.

—No puedo dormir sabiendo que no estamos en la misma habitación.

Sé a qué se refiere, a cuidarme, a su trabajo, pero no puedo evitar que el calor invada mi pecho, mi piel.

—En mi casa no dormíamos en la misma habitación.

—Es distinto. Aún no estoy familiarizado con este lugar y...

—¿Y...?

Mi corazón vuela.

«Y aún no nos habíamos besado».

—Y... es mucho más grande que su departamento. — Suspira—. Siento que no la tengo tan cerca como quisiera.

Siguiendo un impulso me levanto, camino hasta el sofá y me acuesto a su lado. Apoyo la cabeza en su pecho, inhalo su aroma.

—¿Y ahora? —Alzo la vista—. ¿Estoy tan cerca como quiere?

Su mirada azul tiene la intensidad de la noche, me hipnotiza.

—¿Qué está haciendo?

—Ser la adulta de los dos.

—¿Me está diciendo que soy infantil?

—Hoy mostró un retroceso, Evans. Está siendo infantil.

Sus ojos me devoran, pero no mueve un solo dedo. No me abraza, no me acaricia, no me besa, no hace nada para que estemos *más* cerca.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque está celoso.

Inhala profundo, clava la vista en el techo.

—No estoy celoso. Entiendo perfectamente cuál es mi papel.

—¿Entonces por qué se comporta de manera tan extraña?

—Estoy cansado.

Aflojo el nudo de su corbata con delicadeza, acaricio su cuello, su barba incipiente.

—Sé que nos conocemos hace poco tiempo, pero vivo con usted. Estamos pegados las veinticuatro horas, sé cómo luce cansado, enojado, contento, preocupado... No está solo cansado, Evans.

Sus dedos sujetan mi muñeca, deteniendo mi caricia. Su mirada me busca y me rindo, me dejo encontrar.

—Sé muy bien que lo que usted quiere es una noche —confiesa—. Sé muy bien que no puedo darle nada más, incluso si no fuera su guardaespaldas. Pero, por favor, doctora, no vuelva a besar a la mosca en mi presencia. No vuelva a besar a nadie más.

Sonrío.

—No sabe cuánto extrañé ese *doctora*. Jamás me había gustado tanto mi título hasta que lo conocí...

Es minúscula, casi imaginaria, pero una sonrisa curva sus labios.

—Quiero una noche, Evans, pero también quiero mañanas. Y quiero besos, muchos besos. ¿Podemos incluir eso en la regla número siete?

Juro que su mirada detiene la vida. El aire, el sonido, el correr del agua y de mi sangre, mi pulso, todo queda a merced de sus ojos.

Gira, colocándose sobre mí.

—Podemos incluir todo lo que quiera, doctora, de eso se trata esa regla.

Muerdo mi labio inferior, sonrío.

—Entonces quiero agregar un inciso. Cuando diga... —miro alrededor, vuelvo a sus ojos de zafiro— *azul*, usted debe darme un beso.

Se muestra pensativo, pero hay diversión en su mirada.

—Entendido, pero jamás podrá decir *azul* en público.

—Mmm... Si digo azul en público, usted me llevará a un lugar privado para darme lo que me corresponde.

Ríe. El sonido es grave, suave, y eriza mi piel.

—Lo que le corresponde...

—En efecto...

—Como usted ordene, doctora.

Acaricio su mentón, sus labios, disfruto de la presión de su cuerpo contra el mío.

—Evans.

—Doctora.

—Azul.

Relame sus labios, sonrío.

—Azul, doc —susurra y me besa.

Me aterra reconocer cuánto extrañé el calor de su boca. Su lengua me saborea, enciende mi sangre, domina mi cuerpo. Mi mano se aferra a su corbata, acercándolo, mientras la suya viaja hasta mi nuca. Le gusta sostenerme mientras me devora. Es un gesto primitivo y no me importa, de hecho, me encanta. Me encanta que crea tener el control, me encanta la expresión en su rostro cuando se lo arrebató.

Giro. El sofá nos queda chico, pero no se necesita espacio cuando se puede ser uno. Me siento sobre su entrepierna tensa, sus manos se apoderan de mi cintura.

—Deberíamos... dormir —murmura, recuperando el aliento—. Llevamos días sin dormir bien.

Vuelvo a su boca. Sus dedos recorren mis curvas y terminan perdiéndose en mis rulos.

—¿Dormir? Siento que es lo único que voy a hacer en esta casa, Evans... —murmuro sobre sus labios—. Esto va a ser un

infierno. Un infierno aburrido.

—¿Aburrido? ¿Conmigo? —Gira, colocándose sobre mí, recuperando el control—. La diversión recién empieza, doc.



AZUL

GAEL

«E vans, ¿por qué aceptó cuidarme?»

La pregunta no me abandona, se aferró a mí y desparramó su veneno. El veneno de Aaron Jones. Él es el culpable de mi pasado y mi presente. Él es el culpable del pasado y el presente de Isabelle, de la ansiedad que domina su día y el pánico que reina en su noche.

¿Qué le dijo? ¿Cuánta duda sembró en ella? ¿Qué más me preguntará? ¿Cómo podré evadir su curiosidad sin levantar sospechas?

Quizá debería contarle la verdad. Quizá debería proteger mi secreto hasta el final.

—¿Puedo robarme uno? —Méndez, uno de los agentes que vigila el perímetro, se acerca a la mesada.

Envuelvo en una servilleta uno de los *sándwiches* que estoy haciendo y se lo doy.

—¿No deberías comer algo más, Méndez?

—Me quedan diez minutos antes del cambio de guardia. — Da un bocado a lo bestia—. ¿Cómo durmieron?

Mi sangre se calienta al recordar la boca de Isabelle sobre la mía, mis manos en sus curvas y mi autocontrol a punto de derrapar sobre ese sofá que, milagrosamente, sigue en pie.

—No dormí mucho en realidad. —Carraspeo—. Tengo que acostumbrarme a la casa, y la doctora...

—¿Qué pasó con la doctora?

Sigo su voz. Isabelle está apoyada en el marco de la entrada a la cocina, tiene el cabello mojado, las mejillas sonrosadas y un vestido blanco con flores diminutas que la hace lucir como una adolescente. Nada de trajecitos hoy.

—Buenas tardes, doctora.

—¿Tardes? —Mira alrededor—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media. —Señalo a Méndez con el cuchillo—. Eso responde tu pregunta.

—Por Dios, tengo el sueño cambiado. —Se acerca a la ventana, contempla el día radiante—. ¿Cómo le va, Méndez?

El agente endereza la espalda, se quita las migas del chaleco antibalas.

—Muy bien, señorita, gracias. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. —Me observa mientras coloco los últimos *sándwiches* en el *tupper*—. Evans, ¿vio mi camisa azul?

La siento. La sonrisa tira de mi boca, y me cuesta la vida reprimirla.

Tapo el recipiente, giro y me apoyo en la mesada. La miro, también quiere reír. Muerde su labio inferior intentando contenerse.

—¿Azul? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—Sí, azul.

—Mmm... No la vi, pero puedo ayudarla a buscarla.

—Gracias, Evans.

Méndez nos mira como si fuera un partido de *ping pong*.

—Méndez —dice Isabelle y sale de la cocina.

—Que tenga buen día, señorita.

Palmeo el hombro de mi colega y la sigo. Subo la escalera deleitándome con el vaivén de caderas de la doctora Brown, reconociendo que me apasiona la psicología.

Isabelle entra a su habitación, paso, y la puerta se cierra.

El silencio es ensordecedor.

—¿Dónde podrá estar su camisa azul, doctora?

Una sonrisa deliciosa curva sus labios.

—No lo sé... —Lleva sus dedos al bretel del vestido, lo desliza con sensualidad por su hombro—. ¿Quizás aquí? ¿Por qué no busca, Evans?

Me acerco a su piel como un hombre hipnotizado por el canto de sirenas. Beso su hombro, su cuello, su mandíbula, y me detengo a centímetros de su boca.

—No veo nada, doctora —susurro y mi mano se pierde por debajo del vestido—. ¿Tal vez por aquí? —Mis dedos encuentran su humedad, la acaricio—. ¿Qué le parece?

Gime con suavidad, apoya la frente en mi pecho.

—Por ahí...

Una mano se pierde en su feminidad, la otra sujeta su nuca.

—No se malacostumbre, doc, no podrá decir *azul* todo el tiempo.

Intenta decir algo, pero está en otro mundo. Me como sus gemidos. La beso con hambre. La beso como quise besarla cuando la mosca detestable tocó sus labios. La beso como quise besarla en la camioneta, de camino a esta casa. La beso como quiero besarla a cada segundo.

—¿Por qué no? —susurra entre jadeos—. Es la regla número siete.

—Porque, a pesar de que me encantaría que todo fuera *azul*, tengo que trabajar, doc.

El rostro húmedo, sonrojado. Está casi en las nubes, solo falta un segundo más.

—Evans...

—Doctora Brown...

Tres golpes en la puerta.

Mi mano se detiene, Isabelle muerde su labio inferior.

—¿Evans? —Es Whang, otro agente—. Necesitamos mostrarte unos planos y consultarte algunas cosas. ¿Puedes venir un minuto?

Con lentitud retomo mi trabajo. Mi dedo vuelve a bombear con suavidad, haciéndole honor a la regla número siete.

—De acuerdo.

Isabelle tapa su boca y cierra los ojos mientras explota en fragmentos diminutos.

—Perfecto.

Los pasos se alejan.

—Evans..., amo el azul.

Delicadamente saco el dedo de su interior y lo llevo a mi boca. Isabelle me observa mientras la pruebo.

—Tengo nuevo color favorito, doctora, y también nuevo sabor.

Me sonrío con una picardía compartida, aleja el cabello de su rostro e intenta mantenerse de pie.

—Tiene diez minutos para recuperarse. —Beso su frente húmeda—. Haremos un picnic.

—¿Un picnic?

—Le dije que no íbamos a aburrirnos.

Le guiño un ojo y salgo.

Isabelle baja justo cuando Whang guarda los planos. Tiene

el cabello recogido en esa sensual maraña de rulos y las mejillas aún rosadas.

—¿Tiene hambre, doctora?

—Mucha. Buscar la camisa azul me agotó.

Intento mantener la postura, la seriedad, pero me lo pone difícil.

Whang saluda a Isabelle con un gesto de cabeza y sale.

—Tiene que dejar de hacerme eso en público, doc.

—¿Sí? Es una lástima, me encanta ver cómo lucha para mantener su cara de piedra.

—¿Cara de piedra? —Agarro la cesta que preparé—. Soy infantil, aburrido, tengo cara de piedra... Cualquiera diría que me odia.

Sonríe.

—Lo tolero, Evans, no se preocupe.

Me acerco, inhalo el aroma de su pelo.

—Camine, doctora Brown.

—Como usted ordene, agente Evans...

La tarde es cálida, el sol juega con las nubes que vienen y van.

Abro la cesta, saco un mantel y lo extiendo sobre el césped. Me siento, Isabelle se descalza y me imita.

—¿Siempre fue tan ordenado? —pregunta, observándome colocar los alimentos meticulosamente.

—No, antes del ejército era un desastre. Supieron domarme, y lo agradezco.

Agarra una frutilla, se la lleva a la boca sin dejar de mirarme. Ahí está, analizándome otra vez.

—¿Puede contarme algo del ejército? ¿Por qué dejó de ser francotirador?

Un rostro sin vida visita mi memoria, altera mis sentidos. Mis maños se tiñen con su sangre, mi corazón muere cuando sus ojos dejan de mirarme.

—No me gusta hablar de eso. —Alejo la canasta, abro una pequeña botella de agua y bebo—. Hablemos de O’Connor. ¿Cómo se conocieron?

Frunce el ceño.

—¿Es una trampa?

—¿Una trampa?

—¿Me quiere sacar información sobre Matt?

—Tengo toda la información necesaria sobre la mosca, doctora. Solo quiero conversar...

—No le diga así, Evans —me reta y agarra el *sándwich* que le doy—. Conversar, claro... —Mira hacia los árboles, come en silencio—. Su hermana menor fue mi paciente, él la traía a las sesiones. Me invitó a salir en reiteradas ocasiones, pero lo rechacé. No puedo relacionarme de forma personal con mis pacientes, usted entiende. —Destapa una latita de gaseosa, bebe—. Sus padres se mudaron de la ciudad por trabajo, su hermana tuvo que cambiar de psicólogo. Fue entonces cuando acepté salir con él como amigos.

—Como amigos... —Observo el paisaje, ignoro la punzada de celos—. Tiene un extraño concepto de la amistad, doctora Brown.

—¿Me está juzgando, Evans?

—No.

—Eso parecía...

Le doy un bocado a mi *sándwich*, la estudio.

—¿Confía en él?

Se limpia los labios con una servilleta, su mirada me desafía.

—Confío en él.

—¿Ciegamente?

Mira alrededor, lo piensa.

—Ni siquiera confío en mí ciegamente. —Suspira—. ¿Con qué sueña, Evans?

La pregunta me agarra con la guardia baja.

«Sueños... ¿Cuándo me permito pensar en eso?»

Miro hacia el cielo, la respuesta está en la punta de mi lengua y la dejo salir. Decido compartir con Isabelle Brown algo tan íntimo, qué ironía...

—Con ver crecer a Tyler y poder crear un mundo mejor para él.

Es dulce la sonrisa que curva sus labios, pero hay un dejo de dolor y nostalgia.

—Deseo que su sueño se cumpla, Evans.

—Regla número siete, doc...

No es Isabelle Brown, no soy Gael Evans, somos dos niños que se sonríen sin animarse a confesar cuánto se gustan.

Se arrodilla y lleva las manos a mi cuello.

—¿Qué hace, doctora? Pueden vernos.

—No voy a hacer nada azul, Evans, no se preocupe.

Me quita la corbata, abre los tres primeros botones de mi camisa blanca y me despeina.

—Así está mejor. ¿Quién hace un picnic de traje?

Mete mi corbata en la cesta, me mira con picardía.

—¿Ya estoy a su gusto, doctora Brown?

—Siempre está a mi gusto, agente Evans, pero así luce más relajado y eso...

—¿Y eso...?

Dobla la servilleta, no me mira.

—Me encanta.

Trago su confesión y la tibieza de su espontaneidad.

Continuamos comiendo en silencio, escuchando el cantar de los pájaros, observando la vegetación y el cielo.

—¿Y usted?

Me mira.

—¿Yo?

—¿Con qué sueña, doc?

Juega con el pasto, me niega su mirada.

—Con ser libre.

La respuesta me revuelve el estómago, me llena de impotencia y ganas de besarla hasta curar sus alas.

—Espero que tenga más sueños, porque ese se cumplirá pronto.

—Ojalá, Evans.

—Así será.

La ausencia de palabras ya no se siente liviana, hay una tensión que necesita liberarse.

—¿Terminó de comer?

Asiente.

Me levanto, le doy mi mano.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Aprenderá a disparar de verdad, nada de *zombies* esta vez.

Isabelle entrelaza sus dedos con los míos y caminamos hacia los árboles.

—¿No alertaremos a alguien con el ruido, Evans?

—No hay nadie a quien alertar, doctora. Estamos en el medio de la nada.

—¿Y los agentes?

—Ya saben que vamos a practicar.

Sus piernas se esmeran por seguirme el ritmo.

—No va a decirme dónde estamos si lo pregunto, ¿no?

—No puedo, doc. Solo puedo decirle que está segura y tiene siete hombres dispuestos a protegerla.

Suspira, su pulgar me acaricia.

—Lo sé...

Nos detenemos frente a un árbol de base ancha, perfecto para ser el blanco. Mido la distancia, dos metros nos separan del objetivo.

—Hay una forma fácil de disparar y acertar aún sin tener práctica. —Desenfundo mi arma, me fijo cuántas balas hay en el tambor—. ¿Recuerda lo que le dije sobre la postura? —Asiente—. Bien, vamos a adoptar la postura correcta. —Me coloco junto a ella, le enseño el movimiento de cadera y piernas que me permite tener un manejo perfecto de mi cuerpo—. Excelente. Ahora, sujete el arma y mantenga el índice alejado del gatillo. Solo va al gatillo cuando está segura de que disparará, ¿recuerda? —Pongo el arma en sus manos, corrijo el agarre de la empuñadura—. Ahora, flexionando los brazos hacia atrás, llevará el arma hasta su estómago. —Inhalo su perfume, me acerco a su oído—. Justo debajo de los pechos, doctora. —Levanto ligeramente sus manos, corrigiendo la posición—. Esta postura le permite darle a su objetivo sin la necesidad de apuntar con precisión. Cuando crea que es el momento de disparar, lleva los brazos hacia delante en línea recta —indico, guiándolos— y aprieta el gatillo.

El disparo suena en el silencio, los pájaros huyen despavoridos.

Las manos de Isabelle tiemblan, es la adrenalina o quizá la certeza de que puede ser letal si lo necesita.

—¿Le di?

Con suavidad le quito el arma y tomo su mano.

—Venga.

Nos acercamos al árbol, la doctora acaricia el agujero en el centro del tronco.

—¿Lo ve? Es una técnica excelente para principiantes. Suponiendo que su agresor tiene una estatura promedio y usted está de pie como ahora, le causaría una herida en el torso.

Sus ojos brillan, es la emoción, es el poder, es el pánico.

—¿Puedo hacerlo de nuevo?

Sonrío.

—Quiero seis agujeros en ese árbol, doctora Brown.

Estoy alerta, vigilo el perímetro, mantengo mis sentidos despiertos, pero no puedo evitar deleitarme con la vista. Isabelle está acostada sobre el mantel blanco, con los ojos cerrados disfruta de la última caricia del sol. Contemplo los diminutos lunares que adornan su piel aquí y allá, me pierdo en esos rulos rebeldes, en sus curvas de ensueño, en la paz que su expresión refleja en este momento. Y me doy cuenta de que, por primera vez, me encuentro preguntándome qué será después de Isabelle Brown. ¿Qué pasará si transcurren quince días sin novedades y debo dejar el caso? ¿Qué pasará si todo se resuelve antes y mis servicios ya no son necesarios? Es un hecho, voy a salir de su vida como salí de la vida de todos mis clientes. ¿Estoy listo para aceptarlo?

—Creí que iba a estar encerrada las veinticuatro horas...

Su voz me saca de mis cavilaciones.

—No quiero arruinar el momento, doctora, pero no podrá estar afuera siempre que quiera. De hecho, tampoco debería estarlo ahora mismo.

Sus ojos verdes se abren, son lo más bonito de toda la naturaleza que nos rodea.

—¿Por eso preparó este picnic?

—Sé que necesita un poco de paz y normalidad, doc.

Una sonrisa dulce que estruja mi corazón.

—Gracias, Evans.

—Fue un placer, doctora.

Observa la amigable distancia que nos separa.

—No se tumbaría a mi lado, ¿verdad?

—Sí. Sí lo haría, si no fuera su guardaespaldas. Estoy de servicio, aunque no lo parezca.

Asiente, vuelve a concentrarse en el atardecer.

—¿Cómo está su herida?

—Excelente, no se preocupe.

—¿Usted se preocuparía si yo estuviera herida?

—Por supuesto.

—Entonces, no me pida que no me preocupe.

Sonrío.

—Usted no va a estar herida —afirmo, necesitando quitarme de encima la horrible sensación que aquella suposición trajo—. Eso significaría que hice mal mi trabajo y no por nada soy el mejor de la agencia.

Sus ojos me buscan, muerde una sonrisa.

—Fue una forma figurada de hablar, Evans...

—Lo sé.

Vuelve el silencio, vuelve el caos a mi cabeza. No quiero decirlo, tampoco ocultarlo. Pero está ahí, estuvo ahí desde que amanecí.

—No había más cámaras en su casa, solo la que encontré en su habitación. Transmitía en directo.

Sus ojos se cierran, la paz deja su rostro y me arrepiento de haber abierto la boca.

—Lo lamento, doctora, pero creo que tenía que saberlo.

—Así es cómo lo sabe todo... Otro de sus trucos.

—¿Lo sabe todo?

—Aaron. Incluso encerrado en una celda, incomunicado, se las apaña para manejar mi vida a su antojo. Probablemente ya sepa que estoy aquí.

—No. No es posible. Las únicas personas que conocen su locación pertenecen a la policía u otros servicios de inteligencia.

—¿Aún no se dio cuenta, Evans? ¿Lo de Daniel no le dice nada? Aaron está en todos lados.

Mi pulso se acelera, esa pregunta que me muero por hacer se construye en mi boca.

—¿Alguna vez... Jones intentó explicarle por qué hizo lo que hizo?

El silencio es asfixiante.

—Sí.

Un monosílabo, todo mi mundo tiembla.

—¿Puedo saber sus razones?

Se sienta, el viento despeina su cabello. Me observa con el rostro serio.

—Porque... abraza su naturaleza. Él cree que todos

fingimos ser algo que no somos para contentar a los demás, para encajar. Todos, excepto él. Él abraza su instinto e incita a los demás a hacerlo. Acobia a todos los que son como él, *especiales*. —Desvía la mirada, niega—. Aaron cree firmemente que la muerte puede ser un regalo.

Tengo el corazón en la garganta, la carne erizada.

—¿Y usted, doctora? ¿Qué cree usted?

Su rostro palidece. Se levanta y camina hacia el lago.

—¿Doctora?

Me pongo de pie, la persigo.

—Doctora.

Llego a la orilla, Isabelle tiene medio cuerpo dentro del agua.

—¿Qué está haciendo?

Me da la espalda, mira el horizonte.

—Doctora, salga, por favor.

No responde, solo contempla cómo el sol se esconde.

—Doc —mascullo—, salga.

Me ignora.

Suelto insultos por lo bajo mientras me quito los zapatos.

El agua está helada, va congelando mi cuerpo a medida que me acerco a Isabelle. Mi pecho toca su espalda, mi brazo rodea su cintura.

—El lago está fuera de los límites, doctora Brown.

Su pecho sube y baja al ritmo de la angustia.

—A usted no le gusta hablar del ejército, a mí no me gusta hablar de Aaron. ¿Está claro?

Suspiro, dejo un beso fugaz en su hombro frío.

—Está claro. Vamos, salgamos antes de que alguno de mis

colegas nos vea.

Isabelle gira entre mis brazos, sus ojos están llenos de lágrimas.

—Dígame tres cosas que le gusten mucho, Evans.

La pregunta me descoloca.

—¿Ahora?

Asiente.

«Quiere pensar en otra cosa».

—Tres cosas que me gusten mucho... —susurro—. Jugar con Tyler, escuchar música en la oscuridad y... —miro sus ojos, su boca— usted. Y usted, doc.



UN HOMBRE DE PALABRA

ISABELLE

«—¿Y usted? ¿Con qué sueña, doc?

—Con ser libre».

La tarde de ayer no dejó de repetirse en mi cabeza, mezclándose con recuerdos sangrientos y empolvados, risas sinceras y amor falso.

“¿Cuál es el sello de haber logrado la libertad? No sentir ya vergüenza de uno mismo”. La frase de “De los compasivos” me persigue, no me suelta desde que encontré los libros de Nietzsche en el departamento de soltero del profesor Jones después de hacer el amor por primera vez.

Cierro los ojos, casi puedo transportarme al momento. Siento la calidez de su camisa sobre mi cuerpo, los relieves y texturas de los lomos de sus libros bajo las yemas de mis dedos.

¿Y yo? ¿Encontraré mi libertad? ¿Dejaré de sentir vergüenza de mis alas negras algún día?

—¿Y esto, doctora?

Giro, Gael está al pie de la escalera.

Apoyo la botella de vino, señalo la mesa preparada para dos con elegancia.

—Le dije que algún día le haría el desayuno, pero no consigo despertarme antes que usted, así que... le preparé la cena, Evans.

—Me preparó la cena.

Aliso mi vestido rojo, lo invito a sentarse.

—No se ilusione, no soy buena cocinera. Son solo pastas con salsa.

Evans sonríe, deja su computadora portátil sobre el sofá, se quita el saco y se sienta en una punta de la pequeña mesa.

—Amo las pastas, doctora Brown.

—Me alegra, Evans, porque es lo único que me sale comestible.

Ríe suavemente, me observa de pies a cabeza.

—Comería cualquier cosa, aunque fuera horrible, doc, solo porque lo hizo usted.

Intento ignorar el cosquilleo que su estúpida respuesta me produce, pero no puedo. Evans sabe cómo meterse en cada poro de tu piel sin que te des cuenta.

Miro su corbata, su camisa blanca sin una sola arruga.

—¿Va a usar traje todos los días?

—Estoy de servicio.

Sirvo su plato.

—Pero estamos encerrados, nadie lo ve. ¿No le apetece estar más cómodo?

Contempla mi rostro, sus ojos viajan hasta mi discreto escote y el final de mi vestido.

—Hay otras cosas que me apeteecen, doctora Brown.

Dejo el plato frente a él, le sigo el juego devolviéndole la misma mirada.

—¿Sí? ¿Qué otras cosas, agente Evans?

Inhala profundo, se levanta y, con delicadeza, quita el plato de mis manos.

—Siéntese, déjeme servirle.

Corre la silla para mí, tomo asiento. Lo observo con una sonrisa mientras me sirve pasta, estudio sus modales, sus movimientos gráciles y masculinos, su clásico cuidado obsesivo. Coloca el plato sobre la mesa, se inclina sobre mí y su aliento tibio besa mi cuello. Mis ojos se cierran, mi piel despierta.

—Usted me apetece. ¿Quiere ser mi postre, doctora Brown?

Muerdo mi labio inferior, disfruto del latir errático de mi corazón. Evans es una dosis de adrenalina, un espectáculo de fuegos artificiales, el clímax de una montaña rusa.

—Solo si usted es el mío, agente Evans.

El calor de sus labios inicia un recorrido hasta mi hombro sin tocarme, solo torturándome con aquello que podría sentir.

—Habrá que cenar y ver qué pasa —susurra a mi oído.

Dejo escapar un suspiro cuando vuelve a su asiento.

—Me gusta el pañuelo con el que se recogió el cabello, le da un aire muy inocente.

Toco el caos enredado en mi cabeza.

—Gracias, Evans, pero soy de todo menos inocente.

Ladea la cabeza, no deja de mirarme con esa intensidad tan suya.

—Interesante confesión... Buen provecho, doctora Brown.

Hay fuego en sus ojos, provocación en su sonrisa.

—Buen provecho, agente Evans.

El primer bocado nos encuentra observándonos, devorándonos con la mirada, impacientes por el postre.

—Su pasta está deliciosa.

—En realidad, no es mía. No la hice yo.

Sonríe.

—Cómo le cuesta aceptar un cumplido...

El vino del color de la sangre danza en mi copa, lo llevo a mis labios.

—Estuvo muy ocupado hoy.

Asiente, limpia su boca con la servilleta.

—Papeleo para la agencia, informes, esas cosas aburridas. ¿Qué hizo usted?

—Leer, aburrirme... Necesito una bolsa de box, quiero entrenar.

—Le prometo que haré todo lo posible para conseguirla y también que mañana pasaré más tiempo con usted.

—Muchas promesas, Evans...

Hay hambre en su mirada. Hambre que no puede saciarse con raviolos.

—Si sale de mi boca será realidad, doctora. Mis palabras son mis hechos.

Continuamos cenando en silencio, dejando que las chispas a nuestro alrededor se alimenten de la tensión.

—Estoy preocupada por Madison. Sé que no puedo llamarla, pero ¿hay alguna manera de saber cómo está?

Ignora su copa de vino, se sirve agua. Juro que puedo oír cómo piensa mientras bebe.

—Puedo intentarlo, pero no sé si lo conseguiré, así que no voy a prometérselo.

—Gracias. También me gustaría saber de Nick y Freud, si es posible.

—Veremos.

Asiento.

—¿Extraña a Tyler, Evans?

Deja el tenedor sobre su plato, desvía la mirada.

—Siempre es difícil dejarlo.

—¿Por qué trabaja de esto? ¿Por qué exponerse al peligro constantemente?

El fuego se enfría, la seriedad se apodera de su rostro. Justo cuando creo que pisé terreno pantanoso y no responderá, su boca se abre.

—Porque no sé hacer otra cosa, porque nací para esto. Esto es lo que soy, me gusta pensar que hago la diferencia, y... soy adicto a lo que siento cuando trabajo.

—Adrenalina.

Se pasa una mano por el pelo, niega.

—No imagino mi vida estando sentado detrás de un escritorio todo el día, doctora. Además, alguien tiene que hacer mi trabajo.

—Si me permite la intromisión, me gustaría hacerle una pregunta.

Lo piensa.

—Adelante.

—¿Qué opina su hijo de su trabajo?

Su vista permanece en el plato medio vacío.

—Tyler cree que soy un superhéroe.

—Como todos...

Su mirada me encuentra, no me suelta.

—No, no como todos. Usted no cree que soy un héroe, doctora.

Suspiro.

—Creo que es un buen hombre con una gran maldición.

Levanta las cejas, tengo toda su atención.

—¿Cuál?

—Jugar a ser Dios. Decidir quién merece morir y quién no.

—Jugar a ser Dios...

Una risa débil, nerviosa.

—Ojalá no tuviera que matar, Evans. Ojalá pudiera dormir tranquilo por las noches.

—Lamentablemente, doctora Brown, no vivimos de deseos.

El silencio nos envuelve y lo agradezco. Discutir sobre moralidad es agotador, en especial para mí. Matar es matar. Sé que Evans está del lado del bien, pero también sé que dejarse seducir por el poder es tan fácil como cruzar la línea.

—Tyler lo odia.

—¿Qué?

—Mi trabajo. Cree que soy un héroe, sí, y le encanta decírselo a sus amigos, pero odia que la gente me necesite. Odia que tenga que dejarlo para cuidar de los demás.

Mi corazón llora.

¿Por qué está tan ciego? ¿Por qué no lo deja todo por él? Yo dejaría todo por Thomas, si hubiera sido capaz de regalarle la vida...

—¿Cuánto fue lo máximo que estuvieron separados?

Juega con la servilleta, sé que la pregunta no le gusta.

—Tres meses.

—¿Tres meses? ¿Estuvo tres meses sin ver a su hijo?

—Fue un error de novato —dice, disgustado con el pasado—. Había dejado el ejército y recién entraba a la agencia. Era un mundo nuevo, no sabía bien cómo funcionaban los

contratos. Me ofrecieron trabajar para un juez, la suma que me pagarían era exorbitante. Tyler era pequeño y había muchos gastos, aún no tenía casa propia y ese era mi momento. Si aceptaba podría comprarla, podría darle un hogar estable. —Deja la servilleta, se apoya en el respaldo—. Acepté sin pensarlo. Fue complicado, el tipo tenía muchos enemigos. A las pocas semanas entró en el Programa De Protección a Testigos y tuve que salir del país con él durante tres meses. No pude hacer nada, firmé el contrato sin detenerme a pensar en todos los «y si» ... Estaba atado. Estuve tres meses enteros sin saber de Tyler y cuando volví... —sus ojos se humedecen— él me odiaba. Creyó que lo había abandonado.

Me levanto, me acerco y me siento a su lado. Evans endereza la espalda, me niega su mirada herida.

—¿Por eso puso la cláusula de los quince días?

Asiente.

—No puedo permitir que sea como la última vez. Se lo prometí, me lo prometí.

Busco su mano, la aprieto con dulzura.

—Lo hizo por él, por su bienestar, para darle un hogar en el que crecer y crear recuerdos. Quizá no lo entienda ahora, pero lo hará cuando crezca. —Mi índice levanta su mentón, lo obligo a mirarme—. Y usted seguirá siendo su héroe.

Está ahí, es ínfima, una sonrisa, pero las lágrimas nublan sus ojos.

—A veces creo que soy un mal padre, que Tyler va a alejarse de mí en cuanto comience a ver las cosas de otra manera...

—Evans...

—Y lo intento, Isabelle, lo intento con todas mis fuerzas. —Me oculta su rostro, limpia sus ojos con la palma de su mano—. Doy todo de mí. Intento ser mejor persona para él, darle lo mejor, llenar los espacios vacíos... A veces... es

agotador.

Inhala profundo, mira hacia el techo, trata de calmarse.

—Por Dios, estoy haciendo el ridículo...

Suelto su mano, me siento sobre su regazo y lo abrazo. Lo abrazo con fuerza, como si así pudiera llevarme parte de su dolor.

—Llega un momento en que todos necesitamos hablar, Gael. No está haciendo el ridículo, está desahogándose con una amiga.

Termina entregándose al instante de vulnerabilidad y me abraza. Sus brazos me rodean con desesperación, apoya la cabeza en mi pecho.

Permanecemos en silencio, pero en mi mente todo es ruido.

Quiero preguntarle por qué carga tanto peso, por qué es padre soltero, qué pasó con su esposa... ¿Tuvo una esposa? ¿Fue solo un noviazgo? ¿Fue un embarazo no planeado?

Las preguntas mueren en mi boca.

La confianza se construye mientras nos quitamos mutuamente las espinas. Y aún quedan muchas.

Aún hay silencios.

Aún hay secretos.

Evans se mueve incómodo debajo de mí.

—Tres de sus colegas están durmiendo, exhaustos, los otros tres vigilan el exterior. Todas las cortinas están cerradas. Nadie puede vernos, Evans, deje de preocuparse.

—¿Ahora me lee el pensamiento?

—Sí, tenga cuidado con lo que piensa.

Se separa un poco, me observa.

—A ver... Dígame qué estoy pensando ahora, doctora Brown.

Entrecierro los ojos, ladeo la cabeza, finjo concentración.

—Mmm... Evans, qué mente tan sucia.

Sonríe. Sonríe y me hace temblar.

—¿Disculpe, doctora?

—Está pensando en el postre.

Mira mi boca, la acaricia con su pulgar.

—Va a tener que decirme cómo lo hace.

—Se lo diré si me acompaña a mi habitación.

Con cuidado me baja de su regazo y se pone de pie. Me tiende la mano, espera a que la tome.

—Todo sea por aprender, doctora Brown.

Sonrío y acepto su mano.

—Excelente decisión. El conocimiento es poder, agente Evans.

—Me muero por ser más poderoso entonces.

Subimos la escalera en silencio, dejando escapar miradas fugases, siguiéndonos el juego. Atravesamos el pasillo con pasos mudos, no necesitamos a nadie despierto. Entramos al cuarto, enciendo un velador que lo tiñe todo con su luz tenue y cálida.

Evans no se alejó de la puerta, me come con la mirada. Yo me muero por comerlo con la boca, las manos y cada parte de mi cuerpo.

—¿No piensa acercarse, agente? No sabía que era una mujer tan intimidante.

Sus ojos adoran cada una de mis curvas.

—Es una mujer muy intimidante, doctora. No todas tienen su inteligencia y su gancho.

Sonrío.

—Gracias por su sinceridad, Evans.

—Cuando guste, doctora.

Se acerca a la mesa de luz, enciende la radio. *When a Man Loves a Woman* de Michael Bolton está sonando. Baja el volumen lo suficiente para oírla sin despertar a nadie. Gira hacia mí, me da su mano.

—¿Bailaría conmigo, doctora Brown?

—¿Bailar?

—Bailar. Algo tan inocente como eso...

Muerdo el interior de mi mejilla, acepto su mano y dejo que me pegue a su cuerpo. Nuestros pies trazan círculos lentos, nuestros pechos se funden en uno solo.

—Cuénteme algo de Gael, Evans.

—¿Algo de Gael? No hay mucha diferencia con Evans, doctora.

—Permítame dudar.

Siento el calor de sus labios en mi sien, la seguridad de sus manos en mi cintura.

—Mmm... A Gael le gusta tocar la guitarra. Le enseñó su padre antes de...

Su voz enmudece, solo se oye la música y su corazón.

Entierro mis dedos en su nuca, acaricio su cabello fino y suave.

—¿Antes de...?

—Antes de morir en servicio. Mi padre era policía, murió en un tiroteo cuando yo tenía dieciséis años.

Todo se desvanece, solo quedan los brazos de Gael aferrándose a mí.

—Lo lamento, Evans.

—Lo sé, doc.

Continuamos bailando apretados, abrazándonos como si fuera la última vez. Y me aterra, me aterra el sabor a despedida que tiene este momento.

«Si pasadas dos semanas la policía o el MI6 no tienen controlada la situación, dejaré el caso».

Siempre lo supe, este hombre implacable y elegante saldría de mi vida en un suspiro. ¿Por qué no estoy lista para decirle adiós?

—Cuénteme algo de Isabelle, doctora Brown.

—Ya no me queda mucho de Isabelle, Evans.

—Permítame dudar.

Su índice baja el bretel de mi vestido, su boca deja un beso húmedo en mi hombro desnudo.

—No puedo pensar si hace eso.

Siento su sonrisa en la piel.

—Estoy seguro de que puede, doc —susurra y repite la acción con el otro tirante.

Cierro los ojos e intento formular una respuesta, pero su lengua asciende lentamente hasta el lóbulo de mi oreja. Mi alma se eriza, tiembla.

—Mmm... A Isabelle le gustaba... le gustaba escribir. Escribía pensamientos, versos sueltos que a veces se convertían en poemas.

«Poemas que solo una persona llegó a leer».

—Le gusta. —Sus dedos acarician mi espalda, bajan el cierre de mi vestido—. A Isabelle le gusta escribir.

—Ya no soy la misma, Evans.

—De eso se trata, doctora, de no ser los mismos, de crecer, evolucionar y mirar hacia atrás con orgullo.

Sin dejar de girar al ritmo lento de la música, el vestido se desliza por mi cuerpo hasta tocar el suelo.

—¿Qué hace, Evans?

—Bailo, doctora Brown.

—¿Esta es su forma de bailar?

—Esta es mi forma de bailar con usted.

Acaricio su corbata, comienzo a deshacer el nudo.

—Dígame, Evans, ¿qué pensó de mí cuando me conoció?

Suspira, besa mi frente mientras tiro la corbata junto a mi vestido y me concentro en los botones de su camisa.

—No creo que quiera saberlo, doc.

Me deshago de la prenda, acaricio su torso desnudo.

—Creyó que era como Aaron, ¿verdad?

Sus músculos se endurecen bajo mis dedos, trazo cada ondulación de piel tersa.

—Sí, creí que quizá compartía su... *filosofía* de vida.

Sigo entre sus brazos, continuamos bailando medio desnudos.

—¿Creyó, Evans? ¿Está seguro de que hablamos en pasado?

Una mano rápida y experta desabrocha mi corpiño, lo hace desaparecer.

—Estoy seguro de que hablamos en pasado, doctora.

Mis dedos buscan su cinturón, que pronto se une al montón de ropa.

—No lo culpo, es lo que todos piensan.

—Lo lamento.

Bajo el cierre de su pantalón, siento su masculinidad en la palma de mi mano.

—Lo sé.

La prenda desaparece.

Nuestros pechos desnudos se rozan en este baile sensual y doloroso.

—¿Y usted, doctora? ¿Qué pensó de mí cuando me conoció?

Sonrío.

—Que era un imbécil arrogante.

Me devuelve la sonrisa.

Mi ropa interior se une al charco de tela en el suelo; su bóxer, también.

—¿Todavía lo piensa?

—Sí, pero, al parecer, me gusta.

Ríe, pellizca mi cintura.

—Es mala, doctora Brown, y, al parecer, me gusta.

Sonrío tanto que duele, asusta. Apoyo la mejilla en su pecho, él apoya la suya en mi cabeza y bailamos. Bailamos desnudos en este limbo sin saber si acabaremos en el cielo o en el infierno.

No sé en qué momento la canción terminó, pero el nuevo ritmo sigue siendo lento, continúa invitándonos a abrazarnos hasta que solo seamos uno.

Sus dedos tiran suavemente del pañuelo en mi cabeza, deshaciendo mi recogido, liberando mis rulos.

Dejamos de girar.

—¿Confía en mí? —El susurro eriza la piel de mi cuello.

«Sí. No. No lo sé».

Mi mente lo duda, pero mi cuerpo se entrega. Cada célula que me compone se rinde a su voz, a sus manos, a la seguridad y el bienestar que infunden.

—Sí... —La afirmación es débil, carece de convicción.

Besa la punta de mi nariz, mi pómulo, mi mandíbula.

—Cierre los ojos, doctora Brown.

Mi pulso se acelera, galopa.

Mis párpados se cierran.

La suavidad de mi pañuelo cubre mis ojos.

—¿Le aprieta? —susurra a mi oído mientras anuda la venda.

Niego.

—Acuéstese.

Dejo que sus manos me guíen.

Las sábanas gélidas acarician mi espalda.

Mi vista está dormida, pero mis otros sentidos no pueden estar más despiertos.

Siento sus labios sobre mi mentón, me tocan, me enloquecen, pero no me besan.

—Voy a buscar algo —susurra—. Tardaré menos de un minuto. No se mueva.

Asiento.

Percibo el momento exacto en que el calor de su cuerpo se aleja.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

La puerta se cierra.

«¿Salió desnudo?»

Escucho el sonido de mi respiración, otra melodía lenta de fondo.

Estoy desnuda, tumbada en una cama, privada de mi sentido más importante, a merced de un hombre con el que viví, pero no conozco, y, aun así, no siento miedo.

«¿Qué me pasa?»

Cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho.

La puerta se abre.

—¿Evans?

Siento el corazón en todas partes, latiendo enloquecido.

El colchón se hunde, el delicioso calor vuelve.

Alzo las manos, necesitando verlo con mis dedos. Acaricio su pelo, descendiendo hasta que su barba incipiente hace cosquillas en mis palmas.

—¿Qué va a hacerme, Evans?

Algo frío cae sobre mi vientre, alertando mis sentidos.

—¿Qué es?

Su lengua tibia lame mi piel, llevándose aquella sensación helada.

—¿Evans?

—Abra la boca, doctora Brown.

La orden es tan grave como su voz.

—Evans...

—Confíe en mí.

Suspiro, separo un poco los labios. Mi lengua encuentra su dedo y un sabor extremadamente dulce me invade.

—¿Helado?

Relamo mis labios, saboreo.

—Estoy comiendo mi postre, doctora.

Algo frío cubre mis pechos.

«Helado».

El calor de su boca envuelve mis pezones, erizándolos, tensándome.

—Evans...

Me desarma, soy un puñado de sensaciones y necesidad.

Necesito explotar.

Quiero explotar.

El recorrido de su lengua finaliza en el valle entre mis piernas. Aprieto las sábanas cuando la siento adorar mi humedad.

—Evans, por favor...

Sus manos se deslizan por mi vientre pegajoso, ascienden hasta mis pechos. Su lengua juega con mi cordura y autocontrol, empujándome hacia al abismo.

Lo deseo tanto que podría deshacerme solo con mirarlo.

Y mis piernas se tensan.

Y quiero explotar.

Y quiero prolongarlo.

—Evans...

Se construye. Se construye con rapidez en mi vientre. La tensión, el orgasmo.

—Evans, voy a... voy a...

Su lengua me abandona, robándose mi clímax.

—¿Evans?

Sus labios trazan un sendero de besos desde mi cadera hasta mi mentón.

—Esto es por torturarme cuando solo quería hacer lo correcto. Soy un caballero, pero no de pierda. Que descanse, doctora Brown.

Mi pecho sube y baja con violencia, la excitación se rehúsa a soltarme y la confusión me enfurece.

La puerta se cierra.

«Tengo un costado vengativo, doctora, y usted acaba de despertarlo. Lo que hizo... Esto no quedará así».

El recuerdo abraza mi piel desnuda.

Me quito la venda, miro alrededor. Estoy sola.

Evans es un hombre de palabra.



CAMPAMENTO AZUL

GAEL

Jamás podré volver a comer helado sin pensar en su cuerpo desnudo a merced de mi deseo.

Jamás podré decir azul sin sentir su boca sobre mi boca.

Isabelle Brown me ha marcado, qué ironía deliciosa.

Hace dos días la dejé desnuda sobre la cama, los ojos vendados, la respiración acelerada, el anhelo palpitando en cada milímetro de su cuerpo. Hermosa. Real. Inolvidable.

Hace dos días tuve mi venganza.

Hace dos días me arrepiento de no haberle hecho el amor, de no haber dejado que hiciera conmigo lo que quisiera.

Hace dos días me castiga con su silencio.

Isabelle Brown no me mira, no me habla, me ignora. Se limita a pasar el tiempo leyendo en cada rincón, llorando a escondidas o golpeando con furia el saco de box que logré conseguirle.

Me pregunto si malinterpretó nuestro juego, este ir y venir tortuoso y adictivo, pero luego recuerdo que fue ella quien lo empezó. Nos gusta. Nos encanta provocarnos, encender la mecha y sentarnos a ver cuánto tardamos en explotar.

Miro aquello que me mantuvo ocupado toda la tarde, salgo

de la habitación satisfecho.

Encuentro sus rulos rebeldes y dorados cuando entro a la cocina. Viste unas calzas y un corpiño deportivo. Las prendas besan sus curvas, es difícil apartar la mirada.

—¿Va a entrenar, doctora? —La pregunta es obvia, pero necesito escuchar su voz.

Continúa bebiendo jugo de naranja, la vista fija en la ventana cerrada.

—Lleva cuarenta y ocho horas ignorándome. ¿No le parece suficiente, doc?

Silencio.

Me agacho a su lado, acaricio su mejilla y corro un mechón de cabello que escapa del recogido descontrolado.

Sus ojos claros me observan sin interés, pero no me está alejando.

—Azul, doc.

—Usted no puede decir azul.

Sonrío, deleitándome con su voz.

—¿Por qué no?

—Porque... —Mira alrededor—. Porque... no.

—Porque no... Qué motivos tan razonables. —Miro hacia la escalera, despejada. Mis colegas duermen. Aprieto sus mejillas con mi pulgar e índice, hago resaltar su boca, la acerco a la mía—. Usted no puede decirme que no puedo decir azul.

—Puedo.

—No.

—Sí.

Se levanta, me da la espalda y se aleja, pero mi mano se aferra a su brazo. Un tirón delicado, la pego a mi pecho.

—No —susurro, agarro su nuca y me como su boca.

El beso es bruto, pasional, lleno de ira y deseo. Somos nosotros en esencia.

—Azul —murmuro y muerdo su labio inferior—. Azul. Azul. Azul.

Como si quisiera alejarse sus manos luchan un instante, pero segundos después están aferrándose a mis hombros, tirando de mi cabello.

Sus labios son tan dulces como los recuerdo.

Isabelle besa como si creara un idioma.

Desesperado por sentir más, aprieto su cintura desnuda.

Nos separamos abruptamente, ansiando respirar.

Oxígeno. Olvidé que lo necesitaba.

—Hice algo para usted —susurro sobre la comisura de su boca—. Venga conmigo a mi habitación.

—¿Para que pueda dejarme insatisfecha otra vez?

Una mano en su cadera, la otra en su cuello. Inclino su cabeza hacia atrás, la obligo a mirarme.

—¿Quién tiene la mente sucia ahora? ¿Es que usted y yo no podemos estar en una habitación con la ropa puesta, doctora Brown?

—¿Lo pregunta el que no puede vivir sin escuchar mi voz?

Cautivadores, sus ojos verdes brillan.

«El que no puede vivir sin escuchar mi voz...»

El vello de mis brazos se eriza.

Trago.

—¿Viene conmigo?

—Solo porque soy curiosa...

Subimos en silencio.

Entramos, su mirada pícaro y divertida me busca.

—¿Por qué hay una carpa dentro de su habitación, Evans?

—Porque vamos a acampar.

Cierro la puerta con llave.

—Creía que la gracia de acampar era disfrutar del exterior.

—La gracia de acampar es disfrutar de la compañía y la vista, doctora, —reviso su cuerpo con una mirada libidinosa— y yo tengo la mejor.

Cruza los brazos sobre su pecho, sus ojos van de la carpa a mí.

—¿Nuestro campamento tiene nombre?

—Podría ser el campamento *azul*.

Una sonrisa genuina ilumina su rostro.

—Ahora tiene mi atención, Evans.

Se me escapa una sonrisa.

—Adelante, doctora, entre.

—A ver qué tiene para mí, agente...

Isabelle se descalza y entra a la carpa gateando. No puedo, ni quiero, evitar mirar su cola.

—Reafirmo que las vistas son las mejores, doctora Brown.

—Ya lo creo, Evans.

Me quito los zapatos y el saco, entro.

La carpa es para cuatro personas, así que tenemos espacio de sobra.

—Una carpa... Este lugar tiene de todo.

—La casa lleva muchos años usándose para esto, fue llenándose de cosas con el tiempo. Cuando nos vayamos, tendrá algo nuevo: una bolsa de box.

Me sonrío con tristeza.

—¿Esa será nuestra huella?

—Esa será nuestra huella.

Inhala profundo, suspira, mira alrededor. Las mantas, los almohadones, la cesta con *snacks* y bebidas, el pequeño farol a pilas.

—¿Cómo se le ocurrió hacer esto?

Me encojo de hombros, aflojo mi corbata.

—No hay mucho para hacer en esta casa, doctora. Aislados, incomunicados... Además, confieso que con usted me siento un niño. Excepto cuando pienso en lamer cada parte de su cuerpo, claro.

Mi comentario enciende la llama en sus ojos.

—Interesante confesión, Evans.

—Se me escapó, doctora. —Señalo la cesta—. ¿Sabe lo que tengo ahí?

—¿Comida?

—Además...

—Ilumíneme, Evans.

Metó la mano, saco el *dvd*.

—“Cómo entrenar a tu dragón”, su película favorita.

Me observa, a mí y a la cajita en mi mano.

—¿Cómo lo sabe? Yo nunca se lo dije. —Levanta la mano, detiene mis palabras—. Ya sé, ya sé. Estaba en su listita...

Sonrío, asiento.

—¿Sabe qué no estaba en mi listita, doctora Brown? —digo, acercándome a su boca—. Que tenía unos labios tan dulces.

El beso es lento, casi tierno. Carece de la violencia y la premura de aquel que compartimos hace minutos en la cocina. Ahora, nuestras lenguas danzan y se reconocen con parsimonia.

Nos separamos sin querer, otra vez en busca de oxígeno.

—Eso, doctora, es algo que me encantó descubrir por mis propios medios.

Miro su boca, sus ojos brillosos, y lo entiendo. Estoy cayendo por Isabelle Brown. Estoy construyendo un castillo de naipes sobre una tierra que no existe, porque lo nuestro no tiene futuro, pero sí pasado y presente.

Me alejo, abro la computadora portátil y pongo el *dvd*. La película comienza a reproducirse. Me acuesto sobre las mantas, apoyo la cabeza sobre la gran pila de almohadones.

—Venga aquí. —Palmeo mi pecho—. Está demasiado lejos.

—Estoy a menos de cincuenta centímetros, Evans.

—Por eso, demasiado lejos.

Mordiéndose el labio inferior niega, pero cede y se acurruca entre mis brazos. No resisto a la tentación, hundo la nariz en su pelo. Memorizo su aroma, sabiendo que no debería. Creo que mi lista de deslices ya es demasiado larga...

Los minutos pasan lentos, la película avanza, pero Isabelle está en otro mundo.

—¿En qué piensa, doc?

Su índice continúa trazando círculos lentos sobre mi abdomen.

—En que necesitamos algún tipo de distracción porque nos aterra pasar tiempo con nosotros mismos.

Sus palabras me invitan a reflexionar un instante.

Alzo su mentón, busco sus ojos.

—A veces me dan ganas de ser su paciente, doctora Brown.

—Tenemos un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Mis pacientes no pueden lamer mi cuerpo.

La risa aligera el aire, afloja mis hombros.

—Buen punto...

Me sonrío, le sonrío. Nos miramos, hablamos sin hablar.

Estiro la mano, apago la computadora. Giro, colocándome frente a su rostro.

—Nada de distracciones. Estemos con nosotros mismos, doc.

Asiente.

Permanecemos en silencio lo que se siente una eternidad agrisulce, solo mirándonos, solo regalándonos sonrisas furtivas, solo perdiendo el miedo a estar. Simplemente estar.

—¿Qué es lo que más ama de usted, doctora?

Algo en su expresión cambia.

—¿Por qué quiere conocerme, Evans? Los dos sabemos que esto no tiene futuro. Usted me ve como un cliente con lindas curvas y yo... no puedo... No puedo.

Está en lo cierto y a la vez tan equivocada. Esto no tiene futuro. Ella no se anima a comprometerse de nuevo y yo no debería enamorarme del pasado.

Cortar el lazo, a eso vine. Por Tyler y por mí, sin embargo...

Coloco el cabello detrás de su oreja, acaricio su perfil.

—Tiene razón, doc, pero también se equivoca. Veo más que un cliente con lindas curvas, mucho más. Veo a una mujer fuerte, genuina, natural, inteligente, poderosa... Nadie puede

negarse a conocer un poco más un espíritu como el suyo. —Mi pulgar roza sus labios y sus ojos se cierran—. Es adictiva, doctora Brown. Todos tenemos una droga, sea la mía hasta que el cuento termine.

Su mirada me eriza la piel.

—Mi resiliencia, eso es lo que más amo de mí.

Sonrío.

—No podría estar más de acuerdo.

—¿Qué es lo que más ama de usted, Evans?

La pregunta puede sonar banal, pero es lo más profundo y complejo que podemos preguntarnos.

¿Qué es lo que más amo de mí?

—¿Me creería si le digo que mi resiliencia?

Una sonrisa dulce, triste.

—Le creería, Evans. Es el trofeo de los que se ponen de pie, aún con los huesos rotos.

Asiento hipnotizado, relajado, maravillado.

—Una verdad por una verdad, Evans. ¿Jugamos?

La tensión abraza mis músculos, poniéndome alerta.

Es mi oportunidad, pero también puedo cavar mi tumba.

—Jugamos.

Sus dedos aterrizan con delicadeza sobre mi mejilla, delinean la forma de mi mandíbula.

—¿Por qué tiene pesadillas? ¿Con *quién* tiene pesadillas?

La pregunta acelera el ritmo de mi pulso.

«Una verdad por una verdad».

—Perdí a mi mejor amigo en un operativo en Medio Oriente. —Es la primera vez que lo digo en voz alta, es liberador—. Dylan y yo crecimos juntos, nuestros padres eran

colegas y amigos. Desde pequeños estuvimos obsesionados con el ejército y, cuando llegamos a la edad necesaria, nos alistamos. Era agotador, pero estábamos viviendo nuestro sueño. —Tomo oxígeno, coraje—. Nos especializamos en rescates. Éramos una dupla imparable, nos elegían para las misiones más peligrosas porque siempre volvíamos en una sola pieza. —Niego, trago el ovillo de angustia y recuerdos—. Hasta que Dylan no volvió, solo yo. Y nunca más volví a estar entero.

Su mano busca la mía, me sostiene mientras su mirada se llena de preguntas.

—¿Qué ocurrió?

Intento concentrarme en sus ojos verdes, en su boca preciosa, pero las imágenes del rostro sin vida de Dylan me torturan.

—Participamos de un operativo para dismantelar una red de pedofilia, implicaba el rescate de niños. —Suspiro, me concentro en su tacto—. Normalmente ocupaba mi posición como francotirador, pero en ocasiones iba al corazón de la misión como refuerzo. En este trabajo hay que tener la sangre fría, doctora, y es difícil cuando se está vivo. Dylan no pudo. No pudo bloquearlo. —Mi garganta se cierra, mi pecho arde—. Cuando entró en la primera habitación... una parte de él se quedó en esa cama, junto a esos niños. Lo vi en sus ojos. Perdió el norte, el objetivo, la imagen tocó su cabeza. Quedó despistado, atontado. Un blanco fácil. Murió entre mis brazos.

Sus ojos son la definición de empatía, no esperaba menos.

Su cuerpo busca mi calor; el mío, el suyo. Nos abrazamos hasta con las piernas, incapaces de soltarnos, incapaces de enfrentar solos al pasado con sabor a presente.

—Lo sueño, doc. Lo sueño casi cada noche. Tengo miles de recuerdos felices con él, pero siempre es lo mismo. Él muriendo entre mis brazos, yo sintiendo cómo mi vida se acaba.

—Lo lamento tanto, Evans, tanto.

Permanecemos abrazados, aceptando el silencio.

—Gracias por su verdad —susurra una eternidad después.

—Creo que tenía razón, doc, me hizo bien contarlo.

Sale de su escondite en mi cuello, me observa, me sonrío con dulzura.

—Mi turno. Una verdad por una verdad. ¿Cuál es su lado oscuro, doctora?

Su rostro palidece, el brillo en sus ojos muere.

Se revuelve entre mis brazos, intenta levantarse, pero la retengo.

—Doc, tranquila. ¿Qué pasa?

Su respiración se vuelve errática; su cuerpo, torpe.

—No puedo. No puedo hablar de eso. Yo... Déjeme salir, Evans.

—Está bien, está bien. Cálmese, doc.

Aferro bien mi brazo alrededor de su cintura, acaricio su mejilla, su cabello.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—No puedo...

—Shhh... Está bien. —Beso su frente—. Hagamos algo, cuénteme cualquier verdad. Lo que quiera.

Mientras intenta calmarse, la contemplo.

¿En qué momento perdí de vista el objetivo? Acepté este trabajo para conocer cualquier detalle que me ayude a comprender, pero me encuentro anhelando conocer cada recoveco de esta mujer. Cuerpo, alma, mente. Lo quiero todo.

—Mi padre me odiaba —susurra—. Crecí escuchándolo decir que maté a mi madre. Cada día, a cada minuto. «Trajiste muerte, eres una maldición».

Mi carne se eriza, mi sangre se enfría.

—Qué... —Cierro la boca, no sé qué decir—. Doc...

—Mi madre murió pocas horas después de tenerme. —Cierra los ojos, muerde su labio inferior con fuerza—. Con Nicholas transitó un embarazo lleno de complicaciones, la cesárea le dejó algunas secuelas en el útero. No querían tener más hijos, pero, años después, de sorpresa, llegué y acabé con su vida. Tuvo una gran hemorragia posparto.

—Doc, sabe que no es su culpa...

—Mi padre no me quería, Evans. Desde el momento en que se enteró de que mi madre estaba embarazada me odió. Me odió al saber que podría arrancarle al amor de su vida, y lo hice. Lo destrocé. Le arrebaté todo. Lo convertí en una sombra. —Borra sus lágrimas, evita mi mirada—. Nick siempre me contaba cuánto se amaban, con locura, con desesperación, eran el oxígeno que respiraban. Papá tenía adoración por mamá, Evans, era su mundo... hasta que llegué yo.

Calla, respira. Solo respira. Y la imito, respiro a su ritmo sin saber qué hacer o decir.

—Nick me crio, mi padre se negó a hacerlo. Ni siquiera podía mirarme a los ojos. Simplemente vivió como un fantasma, ignorándome, culpándome, haciendo que lo odiara, que me odiara... —Niega, sonríe—. Todos me dicen que soy igual a ella. Entonces, ¿por qué no pudo amarme?

Su tristeza vuelve a mis brazos, nos cobijamos en el calor del otro.

—No lo sé, doc. —Entierro mis dedos en su pelo, siento su corazón roto junto al mío—. Ojalá tuviera respuestas. Ojalá pudiera cambiar el pasado.

Nos abrazamos.

Nos sostenemos.

Sin quererlo nos encontramos con la intimidad más azul de todas, la verdad.

Poco a poco la angustia va mermando, las lágrimas se van secando y los recuerdos vuelven a llenarse de polvo.

—Gracias por su verdad, doc.

Busco sus labios, son miel y me muero por lo dulce. Su boca me recibe con soltura, naturalidad, costumbre. Nos besamos. Nos tocamos. Nos lamemos las heridas. Nos descubrimos otra vez. No hay prisa. Sin darnos cuenta caemos en un bucle de necesidad, una espiral de bocas, lenguas y manos ansiosas.

Y sus curvas son mi camino perfecto.

Y su sabor me mantiene despierto.

Y su voz me invita a soñar.

—Basta de pasado —susurra, mirándome como si no hubiera secretos—. Basta de juegos. Basta de torturas y venganzas. Hágame el amor, Evans. Es una orden.



UN NOSOTROS

GAEL

Me endurezco al instante.
No son sus curvas, no es su boca. No, es más. Es el tono de su voz, la elección de sus palabras, el rigor de su mandato.

—¿Me repite la orden, doctora? Creo que no escuché bien.

Tira de mi corbata, acercándose, y susurra sobre mis labios:

—Desnúdeme y hágame el amor, Evans.

Sus dedos comienzan a deshacer el nudo de mi corbata, sus ojos no dejan de mirarme.

Me tiene en la palma de su mano y lo sabe.

—¿Va a pensarlo mucho más? Un revolcón en una carpa es lo que quiero. No puede escapar esta vez, Evans.

—Nunca quise escapar, doctora. Solo estaba pensando todas las maneras en que me gustaría estar dentro de usted.

La corbata vuela, mi camisa se abre poco a poco.

Exquisito *déjà vu*.

—Soy muy exigente, Evans.

—Y yo muy disciplinado.

Sonríe, se deshace de la prenda y acaricia mi torso. Se detiene en la herida casi sana sobre mi abdomen.

—Lamento esto.

—No es nada, doc.

Continúa acariciándome como si fuéramos dueños del tiempo.

—¿Por qué tiene que ser tan endemoniadamente hermoso?

—Endemoniadamente hermoso... Creo que es el piropo más interesante que recibí.

Sus dedos descienden por mis abdominales hasta el bulto en mis pantalones. Lo aprieta con suavidad y firmeza, suspira y me arranca un gemido ronco.

—Usted no es real, Evans...

Cierro los ojos, me emborracho con sus caricias.

—Podría... —Muerdo sus labios, su mandíbula, su mentón, le robo un beso—. Podría decir lo mismo, doc.

Mi cinturón desaparece; mis pantalones, también.

Sin dejar de adorar su boca deshago el recogido, liberando su cabello. Entierro los dedos en sus rulos, expongo su cuello y beso, lamo, muerdo. Quiero más. Quiero mucho más.

—Cuando creí que tenía esposa me llevé una decepción tan grande, agente.

Sonríe, quitándole el corpiño deportivo, dejando sus pechos a la vista para el deleite de mis manos.

—¿Estaba celosa, doctora?

—Y decepcionada. Todo lo que había imaginado...

Me detengo con la boca sobre su pecho, lamo su pezón una vez más antes de mirarla a los ojos.

—¿Todo lo que había imaginado?

Me observa con indiferencia fingida.

—Puede que haya fantaseado con usted alguna vez...

—¿Puede?

—Tal vez...

Comienzo a deslizar la calza por sus piernas, enloqueciendo con la anticipación en su mirada.

—¿Puedo saber qué hacía en sus fantasías?

—Quizás usted me recostaba sobre mi escritorio, levantaba mi pollera, sujetaba mi cadera y...

La sangre corre más rápido por mis venas.

—¿Y?

—Imagine el resto, Evans.

Respiro hondo, su ropa interior sale de la ecuación.

—Me gustaría tener un escritorio ahora mismo para saber cómo termina la historia, doctora Brown.

—Creo que tendrá un final muy parecido a este.

—¿Sí? —susurro y deslizo la lengua entre sus pechos.

Asiente, tirando con suavidad de mi cabello.

Recorro su abdomen, me detengo en la cicatriz rosada sobre su piel de porcelana. La siento con las yemas de mis dedos, la acaricio sabiendo quién la puso ahí. Sabiendo que no debería saberlo. La beso.

—No haga eso.

Alzo la vista.

—¿Qué?

—Besar... mi cicatriz. No me gusta.

—A mí me gusta. Adoro cada milímetro de su cuerpo, doctora, el sabor de su piel... Todo.

Acaricia mis hombros mientras lleno de besos su vientre, su cadera, sus muslos.

—Suficiente.

Con fuerza y destreza nos hace rodar. Se sienta a horcajadas sobre mí, solo la fina tela del bóxer nos separa.

Sujeto su cintura, intento detener e intensificar sus movimientos al mismo tiempo.

—Le gusta tener el control, doctora Brown.

—Se equivoca, agente Evans. No me gusta, me encanta.

Sonríe y sus labios comienzan un recorrido por mi pecho con destino al sur.

—Usted se deleitó a su antojo y yo no pude probarlo todavía. ¿No le parece una injusticia?

Miro cómo su boca se detiene al llegar al elástico de mi ropa interior.

Mi pulso se acelera.

—Me parece una iniquidad absoluta, doctora.

—Vamos a ponerle fin a este atropello... —susurra y baja mi bóxer.

Cada mujer es única, especial, incomparable, pero juro que jamás sentí lo que su boca me hace sentir. Todo se magnifica cuando la calidez de su lengua encuentra mi hombría. Soy un crío. Siento con la intensidad del primer amor, del primer beso, del primer orgasmo.

«¿Qué me pasa?»

Es el deseo. Fue el infinito juego previo, tiene que serlo...

Mis dedos buscan su cabello. Quiero mirarla. Quiero besarla. Quiero tenerla entre mis brazos.

—Doc... —Su boca me arranca gemidos, gruñidos, maldiciones incoherentes—. Doctora...

Me disfruta, me memoriza, me desarma.

Y me mira a los ojos.

Y me rompo.

No en un orgasmo, no, en ganas de abrazarla. En desesperación.

—Venga aquí.

Tiro de su brazo y la rodeo con los míos, apretándola contra mi pecho.

—No había terminado, Evans.

—No me importa.

Hundo la nariz en su pelo, cierro los ojos.

«Los dos sabemos que esto no tiene futuro».

—¿Está bien? Su corazón late demasiado rápido.

«¿Lo pregunta el que no puede vivir sin escuchar mi voz? Vivir sin escuchar mi voz...»

—¿Evans?

«Voy a salir de su vida para siempre».

—Estoy bien. —Busco sus ojos, acaricio sus labios con mi pulgar—. Bésame, doctora Brown.

Me besa. Me besa y es distinto. Es más intenso, más íntimo. Quizá sea porque estamos a punto de hacer el amor, o tal vez porque ambos sabemos que es uno de nuestros últimos besos.

«Romper el lazo con el pasado. A eso viniste, no a enamorarte de él».

Su boca desciende hasta mi cuello, adora cada porción de piel. Lame, besa, muerde con suavidad, y yo cierro los ojos, intento no pensar, intento disfrutar del momento. Pero no puedo. Algo quema dentro de mi pecho. Algo que creí que no podría volver a arder.

«Una noche. Solo una noche».

Giramos, recobro el control. La siento húmeda y tibia

debajo de mi cuerpo.

—No se mueva —ordeno.

—No me muevo —asegura.

Salgo de la carpa, abro mi bolso y busco un preservativo. Por primera vez, no me preocupo por el orden. Dejo todo desparramado sobre la cama.

Vuelvo al campamento azul.

Isabelle es una diosa desnuda y despeinada.

—Usted me va a matar, doctora.

Sonríe.

—No muera antes de darme lo que quiero, agente.

Trabajo con rapidez en mi erección.

«Vas a hacer el amor con el enemigo».

Niego, intento alejar todas las voces que me advierten que esto es un error.

«No. Ella no es igual. Estaba equivocado».

—¿Se siente bien, Evans?

Desciendo sobre su cuerpo, los brazos a cada lado de su cabeza para equilibrar el peso.

—Me sentiré bien cuando esté dentro de usted, doctora Brown.

—Entonces, ¿qué espera?

La suavidad de sus piernas rodea mi cintura.

Encuentro su tierna feminidad y, poco a poco, me hundo en ella. Creo que soy yo quien la penetra, pero es ella la que entra en mi alma.

—Evans... —Un gemido suave escapa de sus labios, sus uñas se entierran en mi espalda—. Por fin...

Muerdo su mentón, su boca.

—¿Por fin? ¿Lleva mucho tiempo esperando esto, doc?

Echa la cabeza hacia atrás exponiendo su elegante garganta, esa que lamo y venero hasta que me pierdo en sus pechos.

—Casi... desde que dijo «A partir de este momento, doctora Brown, soy su sombra».

Sonrío sobre su cuello manteniendo el ritmo con el que mis caderas van a su encuentro.

—Eso es mucho tiempo, doc.

—Va a tener que esforzarse para satisfacerme, Evans.

Coloco sus piernas sobre mis hombros, las embestidas pierden suavidad.

—Sabe que me gusta ser el mejor en todo, doctora.

Disfruto del paisaje, del fuego que enciende mis venas y el calor que acaricia mi pecho.

—Voy a extrañar su seriedad, su obsesión por el orden y cada *doctora* que sale de su boca.

Me detengo, bajo sus piernas y sujeto su rostro.

—¿Ya se está despidiendo de mí?

Sus dedos alejan un mechón de cabello que cae sobre mi frente.

—Se siente así, Evans. Se siente cómo se nos agota el tiempo.

«Romper el lazo. Romper el lazo».

Saboreo sus labios, su lengua, sus senos.

«No pienses, solo siente».

Sus piernas aprietan mi cintura, exigiendo que vuelva a moverme. Y lo hago. La penetro con desenfreno.

—Voy a extrañar su faceta dormilona, sus trajecitos, su carácter, sus respuestas sabiondas, su sonrisa... —Aprieto la

almohada al costado de su cabeza, sus dedos se aferran a mis bíceps—. Incluso voy a extrañar a Freud, doctora. ¿Qué me hizo?

Sus manos me empujan, nos obliga a girar. Me roba el oxígeno cuando desciende sobre mí, permitiéndome llenarla de un modo distinto.

—No quiere la respuesta.

—Tiene razón.

Sensualidad, erotismo, ninguna de esas palabras le hace justicia a la forma en que Isabelle Brown se mueve. Es un sueño. Una fantasía hecha realidad.

Acaricio sus piernas, me enamoro de su cintura mientras hace conmigo lo que quiere.

¿Dónde dejé mi autoridad?

—Una verdad por una verdad —murmuro.

Cambia el ritmo, me tortura con uno mucho más lento y profundo.

—Comience usted.

Mantengo una mano en su cadera, la otra no puede evitar buscar sus pechos.

—Cuando pasó la noche en casa de O'Connor, cuando... pensé en lo que estaban haciendo, solo quería tirar la puerta abajo, sacarla de allí y hacerle el amor en mi auto.

Su cabello hace cosquillas en mi frente cuando se acerca a mi boca para susurrar:

—Eso es muy primitivo de su parte, Evans.

Acuno su mejilla, me embriago con el brillo en sus ojos.

—Lo sé, me vuelve loco.

—¿Qué tan loco?

—Muy, muy loco.

Me besa y volvemos a girar. Es una lucha de poder y ambos somos ambiciosos.

Sujeto sus muñecas por encima de su cabeza, entro y salgo con lentitud dolorosa.

—Su turno.

Alza la cabeza, quiere besarme, pero me alejo.

—Una verdad por una verdad, doc.

Resopla y se retuerce con suavidad debajo de mi cuerpo, desesperada por estar más cerca, por sentir.

—Cuando entró desnudo y mojado a mi habitación... —
Ríe suavemente—. Los días siguientes no pude pensar en nada más, Evans. No pude concentrarme ni siquiera en el trabajo, todo lo que veía era su...

—¿Mi...?

Incremento la velocidad de cada vaivén, enloqueciéndola. Enloqueciéndonos.

—Virilidad. Quería lamerlo, tocarlo.

—Qué traviesa, doctora Brown.

—Es su culpa. Me mostró un caramelo y no me lo dio.

Muerdo su mandíbula.

—Se lo estoy dando ahora, doc. ¿Es suficiente para redimirme?

—Si me lleva a las estrellas será suficiente, Evans.

—Con mucho gusto, doctora.

Es un instante, logro desconectarme. No hay preocupaciones, razón ni temor. Solo siento. Siento sus músculos rodeándome, sus pies enterrándose en mi espalda, sus muñecas tibias entre mis manos, su voz suplicándome dar fin a esta dulce tortura.

Soy un animal. Perdí la delicadeza y la paciencia. Tengo

hambre de su cuerpo y sed de sus gemidos, esos que me alientan a seguir. Más fuerte. Más rápido.

Isabelle Brown se deshace entre mis brazos, mi nombre muere en su boca. Y me rompo. Me rompo en un orgasmo liberador.

Mi cabeza cae sobre su pecho, suelto sus manos.

—Este es el mejor campamento de mi vida, Evans.

Sonrío, beso uno de sus senos.

—Estoy de acuerdo, doc.

Sus brazos temblorosos me rodean, sus dedos juegan con mi pelo húmedo.

Estoy agotado y a la vez lleno de energía. El efecto Isabelle Brown.

El silencio es absoluto.

Su corazón late con tanta fuerza que siento que podría tocarlo.

Los minutos pasan, mi cuerpo se relaja, los hechos se asientan poco a poco sobre mis hombros.

«Hice el amor con la doctora. Hice el amor con Isabelle Brown».

—Está muy callada. —Las puntas de mis dedos acarician su brazo, erizan su piel—. ¿En qué piensa, doc?

—En que me gustaría haberlo conocido en otra vida. Una donde no nos una el peligro, la muerte. Una donde usted y yo pueda ser un *nosotros*.



PUEDO EXPLICARLO

ISABELLE

Sus manos adorando mis senos, mi espalda rozando su pecho, su virilidad haciéndome temblar.

Perdí la noción del tiempo.

—Dijo que sería solo una noche... —le recuerdo y ahogo un gemido.

Embiste con firmeza y suavidad.

—No pude evitar agregar una mañana.

El calor de su boca eriza la piel de mi nuca.

Me empuja con delicadeza hacia delante, me sostengo con los brazos, siento las puntas de sus dedos recorrer mi columna, enterrarse en mis caderas.

Más profundo.

Más rápido.

Más intenso.

Más.

Todo se rompe a nuestro alrededor.

Su cuerpo húmedo cae sobre mi espalda, temblamos, reímos.

—Así da gusto despertar... —susurro.

—Ya lo creo.

Comienzo a extrañarlo antes de que me abandone, dejando un vacío inmenso no solo entre mis piernas.

Evans besa mi hombro y se coloca a mi lado.

La carpa es un desastre, anoche la tiramos abajo.

Mis párpados se cierran, estoy agotada y el día recién comienza.

—¿Podemos dormir un poco más?

—Usted puede dormir un poco más, doc. Yo tendría que haberme levantado hace quince minutos, pero me encontré con una psicóloga muy traviesa.

Sonrío, restriego mi mejilla contra la almohada en busca de la posición correcta.

—Es su culpa, me despertó con besos.

—Exacto, con besos. ¿Me explica por qué terminé dentro de usted?

Me encojo de hombros.

—Algunas cosas son inevitables...

—Como levantarme antes de que mis colegas descubran que me estuve tomando el trabajo demasiado a pecho.

—¿Tanto miedo le da que se enteren?

—No me da miedo que se enteren, doctora Brown, me da miedo admitir que mezclé trabajo con placer. Yo no soy así, jamás crucé esa línea.

—Un desliz, Evans. Tranquilo, no aparecerá en su expediente.

Besa mi perfil, acaricia mi cabello.

—¿Uno, doc? Tengo una lista desde que la conocí.

—Me encantaría verla.

—Quizás algún día.

Dejo que me tape y bese mi rostro a su antojo.

—Duerma un poco más. Estaré abajo trabajando.

Asiento, me acurruco entre las mantas y almohadones, y me entrego a los brazos del sueño.

Evans estuvo todo el día ocupado dando órdenes, llenando papeles, tecleando en su computadora como un poseso, haciendo la lista de víveres que necesitamos, discutiendo con uno de los agentes que se quedó dormido durante su turno de vigilancia.

Yo pasé el día como un ente. Las emociones me desbordan, apenas me entiendo. No creo poder soportar nada más.

Una sonrisa se dibuja en mi boca cada vez que recuerdo a Evans dentro de mí, su piel, su sabor, su tacto, sus gemidos, sus verdades. Pero la sonrisa se pulveriza en cuanto el rostro sucio y lloroso de Madie aparece en mi mente. Todo se llena de conejos, cuchillos, gritos y sangre. Sangre que mana con violencia del cuello de Daniel. Sangre que mancha mis manos. Sangre que ya no está, pero aún veo.

No importa lo que lea, lo que escuche, ni qué tan fuerte golpee la bolsa de box. No se va. La ansiedad no se va. El miedo no se va. La furia no se va. Viven conmigo, se alimentan de cada uno de mis latidos.

¿Cuánto tiempo estaré en esta casa? ¿Acaso alguien lo sabe? ¿Cuándo recuperaré mi vida? ¿Cuándo volveré a ver a Nick? ¿Qué será de mis pacientes? ¿Cómo estará la familia de Daniel? ¿Cómo lograré alejarme para siempre de Madison sin perder el corazón en el camino? ¿Qué haré cuando Evans se marche?

Mi cabeza es una bomba. Mis sesos van a decorar la pared, es cuestión de tiempo.

Esta copa de vino no ayuda, la anterior tampoco.

—¿Bebiendo para ahogar las penas, doctora Brown?

—Mis penas saben nadar, Evans.

Me relajo en el sofá, observo el líquido rojo en mi copa, oigo la lluvia.

Gael se sienta a mi lado dejando una distancia prudente, estúpida después de lo que hicimos anoche y esta mañana.

—¿En qué piensa, doc?

—En que quisiera no pensar. —Bebo, lo observo—. ¿Usted? ¿Por qué estuvo tan gruñón hoy? Se va a arrugar, agente.

Suspira, se afloja el nudo de la corbata y se apoya en el respaldo.

—Ya sabe cómo me pongo cuando la gente no hace bien su trabajo. ¿Usted? ¿Por qué esa carita?

—Ya sabe cómo me pongo cuando la gente quiere arruinar mi vida...

Estira el brazo, sus dedos juegan con un mechón de mi cabello.

—Todo saldrá bien, se lo prometo. Retomará su vida.

Quiero creerle, pero conozco a Aaron más que a mí misma.

«Los finales solo son comienzos».

—Tengo algo que puede alegrar su día, doc.

Mi atención va del vino a su mirada.

—¿Algo *azul*?

Ríe. Hasta su risa es elegante. Estúpido y sensual Evans.

—Nada azul por el momento. ¿No tuvo suficiente?

—Le dije que era una mujer difícil de complacer...

Suspira, se arremanga la camisa, finge que mi comentario

no lo enciende.

—Como decía, tengo algo que alegrará su día.

—Escucho.

—La señorita Ferris está bien, está con Logan. Recibe asistencia psicológica en su domicilio. Solo necesita tiempo, estará bien.

«Mad».

Llevo una mano a mi pecho.

«Madie estará bien».

Gael borra una lágrima de mi mejilla.

—Su hermano también está bien, está cuidando a Freud y atendiendo sus negocios como siempre. La extraña mucho.

Muerdo mi labio inferior, reprimo el llanto, pero la angustia se me escapa por cada poro.

—Esto terminará pronto, doc. Confíe en que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para dar fin a su pesadilla.

Seco la humedad de mi rostro, asiento.

—Gracias, Evans.

—Un placer, doc. —Pellizca suavemente mi mejilla—. ¿Puede regalarme una sonrisa?

Lo hago, sonrío. Es un gesto patético y cansado, pero lo convence.

—¿Y Tyler? ¿Pudo averiguar cómo está Tyler?

—Tyler y mi madre están bien. Tengo un excelente sistema de seguridad en mi departamento y dejé a Davis con ellos las veinticuatro horas.

—¿Davis? El mismo Davis que...

Callo. No puedo terminar la frase, no quiero.

—Sí, el mismo Davis que me reemplazará si tengo que salir de su caso. Le dije que estaría en buenas manos, doc. Para que alguien te toque un solo pelo mientras él te cuida, primero tienen que matarlo. —Estira uno de mis rulos, lo suelta y observa cómo vuelve a formarse—. Es el único hombre al que le confiaría mi vida.

«Su vida. Tyle».

El caer de la lluvia nos envuelve, no se oye nada más.

Lo observo. Lo estudio. Lo memorizo. Contemplo su perfil relajado, pero serio, la camisa blanca arremangada hasta los codos, la corbata floja, el cabello negro algo despeinado, la barba incipiente, los labios perfectos...

—Me gustaría tomarle una foto ahora mismo, Evans.

—No soy nada fotogénico, doctora.

—Permítame discrepar.

—No lo haría si viera la foto de mi placa, hasta parezco un criminal.

Mi risa despierta la habitación, también su sonrisa.

—Muéstreme esa foto, se lo suplico.

—Jamás, doctora Brown, jamás.

Resoplo, sabiendo que conseguiré verla de algún modo.

Me sirvo otra copa de vino.

—Se perdió la cena, Evans.

—No tengo hambre, almorcé muy tarde. —Me señala—. Y usted debería parar antes de tomarse esa media copita de más que la hará confesar todas sus verdades.

—Hace falta mucho más que media copita de más para hacerme confesar, Evans.

—No lo crea, doc. La última vez confesó que mi rostro era incluso más bello cuando estaba relajado.

Mi ceño se frunce, niego.

—Mentira.

—Verdad. Una verdad que no pienso olvidar.

Bebo bajo su mirada y su sonrisa pícaro.

—Hablemos de algo interesante, Evans. Hábleme de su vida amorosa.

Cierra los ojos, niega.

—No me gusta hablar de eso.

—¿Hay algo de lo que le guste hablar?

Mira hacia la escalera antes de acercarse y susurrar a mi oído:

—De usted. De sus gemidos. De su boca.

Acaricio su mandíbula con la punta de mi nariz, lamo el lóbulo de su oreja y susurro:

—Si quiere hablamos de eso sin palabras antes de ir a dormir, pero, ahora, cuénteme algo de su vida amorosa.

Dejo un beso inocente en su mejilla, le sonrío.

Suspira, quita pelusas invisibles de su pantalón.

—No soy su paciente, no voy a contarle mis penas amorosas.

—Es mi... amigo. Los amigos se cuentan las penas amorosas, ¿no?

Sonríe, niega.

—Usted y su concepto de amistad, doctora Brown...

—Vamos, Evans, no sea tan cerrado. Usted sabe mucho de mí, estoy en desventaja.

—Mi trabajo es saber mucho de usted.

—Su trabajo es cuidarme.

Me estudia o piensa qué decir.

—Voy a resumírselo, doctora. Tuve una sola relación seria, duró cuatro años y me engañó con su jefe.

¿Quién podría pensar en serle infiel a un hombre como Evans?

—¿La dejé sin palabras? —acota ante mi notorio silencio.

Niego.

—Me cuesta creer que alguien pueda engañar a un hombre como usted. Lo lamento, Evans.

—¿Un hombre como yo? ¿Endemoniadamente hermoso?

Intento contener la risa, pero fracaso.

—Y endemoniadamente pulcro, atento, caballero y excelente en la cama.

—Usted sí sabe cómo subir la autoestima de la gente, doc.

Me encojo de hombros, bebo.

—¿Ya está superado?

Suspira.

—Ya está superado. Aunque no le voy a negar que aún me cuesta confiar en los demás.

Hay tristeza viviendo en su sonrisa.

—No sabe cuánto lo comprendo, Evans...

Existimos en silencio, allí, en la frontera entre todo lo dicho y lo callado.

—¿Cambiaría algo del pasado, doctora?

Nuestros ojos son imanes.

Lo pienso.

—Sé que debería decir que no, porque de todo se aprende, cada error nos deja una enseñanza. Pero ¿qué sentido tiene ser hipócrita conmigo? —Observo la copa casi vacía en mis manos—. Borraría mi pasado si pudiera, Evans. Desearía

jamás haber conocido a Aaron. Desearía haber sabido que hay sonrisas capaces de matar.

Su mano se desliza sobre el sofá, busca la mía.

—¿Usted? ¿Cambiaría algo, Evans?

Asiente.

—Prestaría más atención a los detalles, las pequeñas cosas dicen mucho.

Su respuesta es tan amplia que me deja con ganas de más, pero aprendí a leer sus expresiones. Esta conversación acabó.

Volvemos a callar, a pesar de que las palabras sobran.

Me sirvo otra copa.

—Doc, debería parar.

—Secuestraron a mi mejor amiga, perdí mi trabajo, mi libertad. Un grupo de conejos locos convirtió mi cumpleaños en una masacre, uno de mis pacientes se degolló frente a mis ojos, me filmaron desnuda en mi habitación quién sabe cuántas veces, mi exesposo homicida quiere recuperarme y estoy encerrada en una casa en el medio de la nada por tiempo indeterminado. —Apoyo la botella con firmeza sobre la mesa de centro—. Creo que tengo permitido beber hasta olvidar cómo me llamo, si se me antoja.

Se pasa las manos por la cara, asiente.

—Tiene razón.

Bebo. El vino ya no tiene sabor.

—¿Cómo es ser padre, Evans?

Lástima cruza su mirada, le sorprende mi pregunta.

Intento ignorar la vergüenza y la ira que me provoca saber que leyó esa carta, que sabe que mi cuerpo es incapaz de darme aquello que siempre anhelé.

—Doc, no creo que... sea bueno hablar de eso en este

momento.

—No tengo a nadie más a quien preguntárselo. Cuénteme cómo es, por favor.

La incomodidad se apodera de su postura.

—Es... surrealista, mágico y agotador. Es una experiencia inenarrable, es ponerle nombre al amor. —Mirando a la nada sonrío, sé que el rostro de Tyler ocupa su mente—. Pone en jaque todas tus creencias, todo lo que crees saber de la vida. Te invita a mirar el mundo con otros ojos, unos inocentes. Te invita a conocerte y descubrir que no sabías nada, pero estás listo para aprender a su lado.

Mi mirada arde; mi pecho, también.

Es todo lo que siempre quise, lo que jamás tendré.

—Suenas tan perfecto como lo imaginaba...

Vuelve a buscar mi piel, mi mano es tan pequeña dentro de la suya.

—Doc, si me permite la curiosidad... ¿Usted...? ¿No hay posibilidades?

Borro una lágrima, sonrío.

—Tuvieron que realizarme una histerectomía para salvarme la vida. No tengo útero, Evans. Jamás seré madre.

Hay tristeza en su mirada.

—No diga eso, doctora. Si el deseo es tan inmenso como se refleja en sus ojos, hay esperanza. Podría... adoptar, tal vez.

—La adopción es una alternativa maravillosa, pero no se trata de eso. Se trata de amigarme con la idea de que nunca estaré embarazada. Jamás podré vivir la experiencia, sentir vida en mi interior, imaginar cómo será ese pedacito de mí... —Respiro profundo, la presión en mi pecho sigue ahí—. Se trata de aceptar que hay sueños que nunca se cumplen.

Quita la copa de mis manos, la deja sobre la mesita y me

abrazo. Me envuelve como si pudiera reconstruirme, sanar mi cuerpo y mi alma. Y me lo permito, me quiebro, me abro. Me dejo ser entre sus brazos, vulnerable, rota.

—Me gustaría poder decir las palabras justas, las que necesita, pero no las tengo, doc. —Acaricia mi espalda, mi pelo—. Solo quiero que sepa que lo siento, siento su dolor y desearía que las cosas fueran diferentes.

Saboreo mis lágrimas, me entrego a sus caricias.

—Gracias —susurro.

Nos abrazamos, el caer de la lluvia se funde con mi pena.

Cosquillas. Cosquillas en mi panza.

—Evans —rio entre lágrimas—, ¿qué hace?

—No puedo verla triste.

Sus dedos me hacen cosquillas en todas partes, no paran hasta arrancarme carcajadas.

—Por favor... Por favor, basta.

—Shhh... Va a despertar a los agentes, doctora Brown.

—¡Es su culpa! —Intento moderar el tono de mi voz, pero la risa me ahoga—. Basta... Basta.

Me da tregua solo para tomar un sorbo de vino. Vuelve al ataque antes de que consiga apoyar mi copa. Un movimiento en falso, el líquido rojizo mancha su ropa.

Se levanta de un salto, evita mojar el sillón. La camisa blanca se tiñó de un rojo extraño y se pegó a su piel.

Sigo el rastro de humedad, deteniéndome en su entrepierna.

—¿Se hizo pis, Evans?

Me derrite con la mirada.

—Muy graciosa, doctora. —Vacía sus bolsillos, deja las llaves, el celular y la billetera sobre la mesita. También su

arma—. Voy a cambiarme. —Me apunta con el índice—. Basta de vino, la media copita de más ya está haciendo efecto.

—Vaya, vaya. Cámbiese, Evans, está impresentable —me burlo—. No puedo reconocerlo con esa pinta...

Sonríe y sube la escalera amenazándome con esa mirada tan intensa.

—Sepa que voy a vengarme por el ataque de cosquillas.

—Ya lo creo, doctora Brown.

Desaparece.

Pienso... Pienso cómo vengarme, cómo molestarlo, sacarlo de quicio.

«No soy nada fotogénico».

Mi mirada distraída se topa con sus pertenencias sobre la mesa. Sonríe, anticipándome a mi maldad.

«—Muéstreme esa foto, se lo suplico.

—Jamás, doctora Brown, jamás».

Con rapidez y picardía infantil agarro su billetera. La abro y vacío los compartimentos en busca de una credencial. Recibos, billetes, tarjetas. Una foto.

Mi pulso se detiene.

El mundo deja de girar.

La sangre no corre.

El infierno me traga.

«No puede ser».

Mis manos temblorosas desdoblán la fotografía.

«No. No. No. No. No. No. No».

La habitación da vueltas.

Es él.

Es... Ethan. Ethan y Gael.

El recuerdo del sótano me eriza la piel, el joven junto a Aaron, su mano derecha... Ethan.

—¿A usted le parece? Tuve que ponerme pantalones depor...

Mis ojos aturridos siguen su voz, su rostro se desfigura en cuanto ve lo que sostengo.

«En quien no sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas».

Una fracción de segundo.

El tiempo se ralentiza.

La fotografía cae.

Mis manos agarran el arma, apuntan a Gael.

—¡Usted! —El grito astilla mi garganta—. ¡Es uno de ellos! ¡Es un seguidor de Aaron!

Evans levanta las manos, tiene el rostro pálido y los ojos muy abiertos.

—Doc, no es lo que cree. Déjeme explicárselo todo.

«Pregúntale por qué aceptó el trabajo».

—¡No se acerque!

Mi índice acaricia el gatillo.

«Solo va al gatillo cuando está segura de que va a disparar».

Mi pecho sube y baja con desesperación. No puedo respirar. No puedo pensar.

—Doctora, está confundida... Puedo explicarlo. Baje el arma.

Lágrimas pesadas y calientes se deslizan por mis pómulos.

«Te engañó. Te engañó todo este tiempo. Le informó cada

paso que dabas. Él puso la cámara en tu habitación. Él fue el culpable del secuestro de Madie. Mi cumpleaños, Daniel...»

—Fue usted... ¡Todo este tiempo fue usted!

—Doc...

—¡El hombre en la foto! —Señalo el piso y vuelvo a apuntarle como él me enseñó—. Es la mano derecha de Aaron, es su favorito. Él... estaba esa noche en el sótano. Por Dios... ¡¿Cómo fui tan estúpida?! ¡Aaron me lo dijo! No podía confiar en usted...

—Isabelle, escúcheme...

Intenta acercarse, pero la Glock lo aleja.

—¡Un paso más y disparo! ¡Arrodílese y no se mueva!

Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo sostener el arma.

—No soy un seguidor, lo juro. —Se arrodilla con las manos en alto—. Ethan... Ethan es mi hermano. Ethan es el padre de Tyler.



UNA CRUEL ILUSIÓN

Gael

En cuanto la verdad deja mi boca su rostro palidece. Muerto. No hay vida en sus ojos, no hay esperanza. Acabo de tirar el último puñado de tierra sobre su tumba.

—¿Qué?

Su cuerpo tambalea, luce como si fuera a desvanecerse. Me levanto para sujetarla, pero sus manos temblorosas me apuntan con decisión. Vuelvo a arrodillarme, mantengo los brazos en alto.

—Doc, debería sentarse.

—¡Cállese!

Mira alrededor aturdida, busca la salida. Escapar de mí, el traidor.

Sacarle el arma sería muy fácil, en especial cuando la sostiene de forma tan errónea, pero no pienso arriesgarme a que salga lastimada por un movimiento en falso.

—Doctora, baje el arma. No quiere que nadie salga herido. Hablemos. Podemos aclarar esto.

—¿Hablar?! —El grito retumba en las paredes—. ¡Quiero irme! ¡Quiero que alguien me saque de aquí! ¡Quiero alejarme

de usted! Mentiroso... ¡Traidor!

La palabra quema.

El latido de mi corazón es errático, todos mis sentidos están alertas.

Necesito tranquilizarla.

Necesito que suelte el arma.

—Doc, le juro que...

Pasos firmes y rápidos suenan en la planta superior. Desvío la mirada hacia la escalera, Méndez y otros dos colegas bajan empuñando sus armas. La escena desfigura sus rostros.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando?

La TT-33 apunta a la doctora, que me apunta a mí, y luego va directo a mi pecho. Isabelle, yo, ambos somos el blanco mientras bajan los escalones.

—Le apuntas una vez más y te parto las piernas, Méndez.

Su Tokarev vuelve a mí.

—¿Qué está pasando, Evans? ¿Por qué te apunta?

—Un asunto nuestro. Vuelvan a dormir.

—¿Es una broma? —Mira a Isabelle, pero no le apunta, su mira está puesta en mi pecho—. Señorita Brown, ¿qué pasa?

El rostro ausente e incoloro de Isabelle está bañado en lágrimas.

—¿Señorita?

La boca de la doctora se abre, pero no hay palabras. Solo una mirada suplicante. Una mirada que me destroza.

—Puedo explicarlo todo, doc. Solo deme la oportunidad, escúcheme.

De pies a cabeza tiembla, su dedo está a un suspiro cerca del gatillo.

—¿Señorita Brown?

—Es un asunto nuestro, Méndez. Confía en mí, te lo contaré después.

—No me muevo hasta que baje el arma.

Mi pecho se infla, la rabia me consume.

—Suban esa escalera y enciérrense en la habitación. ¡Es una puta orden!

Sus ojos van y vienen de la doctora sosteniendo el arma a mi cuerpo arrodillado a su merced.

—Pero si hay peligro... —acota otra voz.

—No hay peligro, es solo un malentendido. Suban.

Lo dudan, lo piensan.

—Les garantizo que perderán sus puestos si no obedecen de inmediato.

Hay súplica y confusión en sus ojos.

—Evans...

—Es mi última palabra.

Otra mirada, un insulto y bajan las armas.

—Volveré si escucho cualquier cosa fuera de lo normal.

Asiento, los veo subir y el peso del presente vuelve a mis hombros.

Isabelle está a punto de desmoronarse.

—¿Podemos hablar?

Niega, se apoya contra la pared, apunta más alto, directo a mi cabeza.

—No confío en usted.

Cuatro palabras jamás dolieron tanto.

—Puede apuntarme durante toda la charla si quiere, doc,

pero necesito explicárselo. No puedo permitir que crea que estoy con ese monstruo.

Lo veo en sus ojos, dolor, miedo, incertidumbre. Desilusión.

—La habitación del pánico —dice, señalándola con la cabeza.

—¿Quiere... encerrarme?

—¿Y quedarme sola con seis agentes que pueden estar de su lado? —Niega—. Quiero encerrarme. Quiero alejarme de usted todo lo que pueda hasta pensar cómo voy a salir de aquí.

—¿Mi lado? Mi lado es el suyo, doc.

Muerde su labio inferior, reprime el llanto.

—Doctora...

—No se me acerque —masculla con odio y comienza a caminar de espaldas.

Asiento. Veo cómo se aleja sin dejar de apuntarme. Abre la puerta de la habitación del pánico a ciegas, entra y su rostro desaparece.

Escucho las trabas.

Bajo los brazos, miro la fotografía en el suelo. Nadie me apunta a la cabeza, pero sigo sin poder respirar. Me pongo de pie, mi estabilidad da pena. Agarro la foto, me acerco a la puerta blindada que nos separa, me deslizo contra la pared hasta tocar las baldosas frías.

—¿Me escucha?

Silencio.

—Sí.

Suspiro.

—No sé por dónde empezar... —Apoyo la cabeza en la puerta, miro el rostro inexpresivo de Ethan—. Supongo que

por el principio. Primero asegure el arma, doc. No quiero que se lastime.

—Ya está asegurada. Aprendo muy rápido.

Una sonrisa agrisada tira de mis labios.

—Lo sé, doc. Lo sé.

Inhalo profundo, me tomo unos segundos que se sienten una eternidad.

—Ethan tuvo a Jones como profesor. Estudiaba Historia en la universidad de Oxford. Tiene la misma edad que usted, doctora.

—¿Oxford? ¿Vivían en Oxford? Fuimos... a la misma universidad.

—Sí. Vivimos en Oxford hasta esa noche. La noche en que apresaron a Jones y su culto y sus crímenes fueron públicos. Luego nos mudamos para...

—... empezar de cero.

—Sí... —Masajeo mi pecho, intento aliviar el ardor—. Ethan hablaba mucho de Jones, casi en cada cena lo mencionaba. Lo admiraba, le parecía un ejemplo a seguir. Sus clases eran las más interesantes, sus debates sobre Historia de la religión los más deslumbrantes. —Niego—. Ojalá hubiera prestado más atención a los detalles, doc. Ojalá hubiera visto que había algo más que simple admiración hacia un profesor.

Los recuerdos afloran, me hacen sangrar.

—Los líderes de sectas reclutan a sus fieles de distintas formas —su voz suena tan baja, amortiguada, lejana—. A veces es su carisma; otras, su mensaje o el sentido de pertenencia, pero siempre se aprovechan de la vulnerabilidad de las personas. Social, económica, emocional, todo sirve. ¿Por qué Ethan? ¿Por qué es su preferido? ¿Qué lo hace especial? ¿Cómo cree que lo capturó?

Hay ceniza en mis pulmones, respirar es difícil.

—Son las preguntas que me persiguen cada día, cada noche. Busqué respuestas durante años, doctora Brown, hasta que entendí que me estaba matando, estaba drenando mis ganas de vivir. —Alzo la foto, me pierdo en sus ojos sin brillo—. Ethan siempre fue especial. Era un niño educado, callado, solitario, tímido. Durante la adolescencia desarrolló una... pasión extraña: la taxidermia. Quería ser historiador y taxidermista. Pasaba horas encerrado en su habitación leyendo, aprendiendo todo sobre aquel *arte*, como él lo llamaba. —Entierro los dedos en mi pelo, cierro los ojos—. Con mi madre creímos que era una faceta oscura, algo propio de la adolescencia, algo pasajero. Creímos que estaba buscando su identidad, que era su forma de llamar la atención. Iba con él, doctora. Le gustaba el cine oscuro, leía a poetas góticos, estaba enamorado de ese costado de la vida.

—Eso fue —la afirmación es casi un susurro—. Ethan encuentra belleza en la muerte. Eso fue lo que Aaron vio en él. Podría ser su estudiante estrella, su sucesor.

Dejo escapar el aire, restriego mi rostro cuando mis ojos se humedecen.

—Y eso fue lo que Ethan vio en Jones. Estoy seguro de que, por primera vez, sintió que encajó, que pertenecía, que era especial.

—Ethan y usted... no tienen el mismo apellido —resalta—, tampoco son muy parecidos.

—Uso el apellido de mi madre desde que descubrimos que Ethan estaba con Jones. —Doblo la fotografía, la acaricio con mi pulgar—. Y no, no somos muy parecidos. Tenemos distinta complejión, diferentes facciones. Él se parece más a mamá, yo soy una copia de mi padre.

—¿Sabe dónde está? Porque no lo detuvieron esa noche. Aaron y él escaparon del sótano, horas después solo encontraron a mi... exesposo. Él se entregó, pero no dijo ni una sola palabra sobre Ethan o el resto de sus seguidores.

«Exesposo. Exesposo».

—No sé dónde está, nunca quise buscarlo. Mi madre me lo pidió, me pidió que hiciera uso de todos mis contactos para localizarlo. Le mentí, le dije que moví cielo y tierra y fue imposible encontrarlo. —Cierro los ojos, la desilusión en su mirada aún me destroza—. Quizá no me entienda, doctora, pero Tyler era todo lo que me importaba. No iba a permitir que se acercara a él. Era hora de entender que amé a un monstruo.

—Si lo que dice es verdad, tenemos más en común de lo que creía.

Apoyo la palma en la puerta metálica, ansiando poder tocarla, sentir su piel bajo mis dedos.

—Todo lo que estoy contándole es verdad, doc. Hasta la última palabra. Lo juro.

Me castiga con su silencio, su temor.

—¿Y... la mamá de Tyler?

Mi garganta se cierra.

—Es una historia larga.

—Parece que tenemos tiempo.

Me rindo, revuelvo el pasado.

—Amber, la madre de Ty, es la hermana de Dylan. —Su recuerdo me asfixia—. Ethan y ella se conocieron cuando comencé mi amistad con Dylan y empezamos a frecuentar la casa del otro. Hacíamos muchas reuniones, incluso nuestras familias tenían relación. Éramos como hermanos. —Clavo la vista en el techo. Sé que hablo, pero mi mente no está aquí.

»Amber siempre estuvo enamorada de Ethan, pero él no quería nada serio. Honestamente, llegué a pensar que tal vez... tenía otra orientación sexual y no quería compartirlo. Intenté hablar con él al respecto, solo quería conocerlo mejor, nadie lo juzgaría. Somos libres de elegir quién nos gusta o de quién nos permitiremos enamorarnos. Pero él me evadía, solo estaba

dispuesto hablar de taxidermia o esas cosas... —Me dejo arrastrar por los recuerdos—. Tuvieron algo. No sé si fue una noche o más, pero Tyler fue el resultado. Ethan se borró del mapa apenas se enteró de que Amber estaba embarazada. En ese momento lo busqué, lo hice por ella. No sabíamos que ya formaba parte del culto de Jones. Lo encontré viviendo en una ratonera junto a otros jóvenes de su edad, me dijo que no quería a Tyler, que no pensaba conocerlo. Desde ese entonces no volví a verlo y le mentí a mi madre cada vez que me pidió que lo buscara.

El silencio es espeso, cala mis huesos.

—¿Qué fue de Amber?

—Cayó en una depresión enorme. Pasó por etapas donde pensó en abortar y otras donde se odió por considerarlo. —Flexiono las piernas, apoyo los codos en las rodillas—. Era su elección, nadie la presionaba. Nosotros estábamos con ella, todos menos Dylan, que ya... nos había dejado. Decidió tenerlo. Se enamoró de él, doc, y yo me enamoré del amor que sentían. Me hice cargo de Tyler y de Amber, incluso vivimos bajo un mismo techo. Jamás les faltaría nada. Era una promesa que le hice a Dylan, que me hice a mí mismo. Pero entonces... —Niego, borro una lágrima de mi mejilla—. Necesito un minuto.

Intento calmarme, pero mis manos tiemblan. Mi alma tiembla. Revivir el pasado es dejarse abrir la piel allí donde ahora hay cicatrices.

Saboreo mi angustia.

—Cuando Ty cumplió un año Amber desapareció. Fue a hacer unas compras y jamás volvió. Se esfumó sin dejar rastros. —Me seco el rostro con el dorso de la mano—. La policía la buscó, yo la busqué. Hice uso de todos mis contactos, mis colegas, gente poderosa que me debía favores. Nada, como si jamás hubiera existido.

—¿Cree que... Ethan o Aaron tienen algo que ver?

—No lo creo, doc, lo sé. Lo intuía. Uno de ellos le hizo algo.

Otra vez la ausencia de las palabras, la abundancia de emociones.

—Cuando Ty cumplió cuatro años comenzó a preguntar por su madre. Le mentamos, doc —mi voz se quiebra, es un hilo agudo y gastado—. Le mentamos con descaro. Él estaba con su tía Kim, la esposa de Dylan, cuando preguntó por Amber por primera vez. Kim le dijo que su madre era médica y estaba en otro país curando a los niños que la necesitaban. Era una mentira basada en la verdad, Amber estudiaba medicina, pero jamás llegó a recibirse. —Cierro los ojos, cada recuerdo quema—. Cuando me contó la mentira, le seguí el juego. Era mejor que enfrentar la verdad. Mejor para nosotros. ¿Cómo le dices a un niño de cuatro años que su padre lo abandonó porque no lo quería y que su madre desapareció misteriosamente? —Niego, sintiendo la ira fundirse con la desolación—. Cuando tenía seis años lo encontré hablando con un amiguito en su habitación. El niño le preguntó por sus padres y Ty le dijo que su madre estaba curando a los niños enfermos de otros países y que su padre la estaba ayudando. —Mi garganta se astilla—. Esa última parte la inventó por completo, doctora, su cabecita llenó el vacío.

—Respire, Evans. Tómese un minuto, solo respire.

Asiento, cierro los ojos, me concentro en su orden.

—Me gustaría abrazarla ahora mismo, doc. Incluso me bastaría con sentir su mano...

Silencio.

—Lo sé, sé que ya no voy a tocarla. Sé que ya no va a tocarme. No confía en mí. Lamento haberle ocultado la verdad.

—¿Por qué no me dijo que Tyler no era su hijo?

—Porque para mí lo es, yo lo críe. Lo vi nacer, fui su padre

desde el primer momento. Además, decirle que no es mi hijo biológico implicaba inventar otra historia. No quería hacerlo, doc. No quería mentirle.

—¿Por qué aceptó el trabajo, Evans? ¿Qué quería de mí?

Apoyo la cabeza contra la puerta. Me muero por mirar sus ojos, porque vea la verdad en los míos.

—Cuando lo de Jones se hizo público, la investigué. Conocí todo lo que pude sobre usted, coloqué cada dato en mi lista de Isabelle Brown.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Porque creí que usted era igual a su esposo. Creí que compartían las mismas creencias, la misma locura, creí que lideraban el culto juntos y que usted nos engañaba a todos con su cara angelical.

Una risa escueta y cansada suena del otro lado.

—¿Entonces se metió en mi casa para fingir protegerme mientras pensaba cómo hacerme daño?

Mi estómago se revuelve.

—No. Hacerle daño jamás estuvo en los planes, yo solo quería conocerla. Solo... quería escucharla, ver sus gestos y expresiones, su forma de vivir, su entorno, que me ayudara a entender, a intentar encontrar la mejor manera de explicarle la verdad a Tyler. —Restriego mi rostro, intento ser claro—. Ya no tiene cuatro años, doctora, hace preguntas que no puedo evadir. Necesito contarle la verdad, necesito romper el lazo con el pasado para seguir adelante.

Sé que es ella quien anhela un minuto ahora mismo, y se lo doy. Ambos callamos en soledad.

—¿Cómo hizo para que mi hermano lo contratara?

—Me crea o no, fue casualidad. La agencia llamó, un cliente había pedido a su mejor hombre. Y ahí estaba yo, yendo a dar mi vida por Isabelle Brown, si era necesario.

—¿Por qué no me dijo la verdad?

—Porque iba a pensar lo que está pensando ahora, que soy un seguidor de Aaron y todo lo que le estoy diciendo es mentira.

Me niega su voz y duele más que un insulto.

—¿Hay algo más que deba contarme?

—No. Acabo de desnudarme por completo, doctora Brown. No queda nada más.

—Ahora entiendo tantas cosas... Jugó conmigo todo este tiempo. Nada fue real. La química entre nosotros, las confesiones, las charlas, los momentos que compartimos... Por Dios, hice el amor con usted.

—Doc...

—Hice el amor con usted y quise más. Deseé que no fuera mi guardaespaldas. Deseé que, en un futuro, pudiera existir un nosotros.

La confesión traspasa mi carne, abraza mis huesos.

—Fue real. Todo eso fue real. La química entre nosotros, la tensión, el deseo, las charlas, las confesiones... Todo. Lo juro. Yo... Usted... —Me trabo. Me desespero por decir tantas cosas, por recuperar su confianza—. Usted no es lo que esperaba, doctora, en ningún sentido. No esperaba conectar con usted como lo hice, no esperaba morirme por sus curvas, por su mente... Me voló la cabeza, destrozó cada prejuicio.

—Ya entiendo por qué solo puede darme una noche. Soy el sabor de una pesadilla al despertar. Eso es lo que soy para usted.

—No... No lo sé. Es lo que creí, doctora, por eso dije lo que dije, pero...

—Escuché suficiente.

Juro que mi pecho se abre al medio, que mi corazón se agrieta. Y jamás creí que Isabelle Brown podría hacerme sufrir

así.

—Doc, por favor...

—Basta. Esto es lo que somos, una mentira. Esto es lo que cada persona que quiero representa en mi vida, una ilusión. Una cruel ilusión.



YO SOY ESE LAZO

ISABELLE

Nací de la muerte.

Traje desgracia y dolor.

Me gané el odio de mi padre antes de aprender a usar la voz.

Mi infancia fue un eterno mendigar amor.

Mi adolescencia, un corazón errante.

Mi adultez, una mentira fétida.

Me levanté. De cada golpe me levanté. Hice de mi piel una coraza inquebrantable, pero hay grietas que se deslizan como serpientes sobre el frío metal.

«—¿Qué es lo que más ama de usted, doctora?

—Mi resiliencia, eso es lo que más amo de mí».

La desilusión es una partícula permanente en mi sangre. Viaja con rapidez, pudre mi carne, oscurece mis huesos.

Ya no estoy hecha de sueños, soy castigo, soy olvido.

Quiero gritar hasta romper mis cuerdas vocales. ¿Dónde está mi voz?

Quiero destrozar mis nudillos contra la pared. ¿Dónde está mi fuerza?

¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no puedo llorar si la angustia apenas me deja respirar? ¿En qué momento me convertí en esto? Una bolsa de box inerte, insípida, lista para recibir el próximo golpe.

«Ethan tuvo a Jones como profesor».

Misma ciudad. Misma edad. Misma universidad. Misma mentira... Caí. Caí en sus garras como Ethan, como todos los demás, la única diferencia es que a mí me llamó esposa.

«Hacerle daño jamás estuvo en los planes, yo solo quería conocerla. Solo... quería escucharla, ver sus gestos y expresiones, su forma de vivir, su entorno, que me ayudara a entender, a intentar encontrar la mejor manera de explicarle la verdad a Tyler».

Su traición duele más que la hoja del cuchillo que perforó mi cuerpo esa noche.

«En quien no sé si puedes confiar es en tu guardaespaldas...»

¿Quién miente? ¿Quién dice la verdad? ¿Quién es real? ¿Quién es una ilusión? Una marioneta más en la obra de Aaron Jones...

Necesito al doctor Francis, a Nicholas, a Madie, a Matt, cualquiera que me ayude a no ahogarme en este mar de palabras mudas.

Soy psicóloga. ¿Por qué no sigo mis propios consejos? ¿Por qué no aplico lo que aprendí? ¿Por qué *no sé* cómo hacerlo?

¿Por qué siento que morí, si mi pecho aún sube y baja?

«Fue real. Todo eso fue real. La química entre nosotros, la tensión, el deseo, las charlas, las confesiones... Todo. Lo juro».

¿Lo fue? ¿Fueron honestas sus caricias? ¿Fueron sentidos sus besos? Cada sonrisa, cada comentario, cada regla que

adoramos romper... ¿A qué estábamos jugando? ¿Cuánto perdí en ese juego?

«Necesito romper el lazo con el pasado para seguir adelante».

Yo. Yo soy ese lazo. Ethan, Aaron, Gael..., yo los uno.

¿Cómo pudo hacerme el amor mirándome a los ojos?

—¿Doctora?

Su voz es casi onírica en el silencio sepulcral. Y eriza mi piel. Y me odio por eso.

—Doc, lleva nueve horas y veintitrés minutos encerrada.

Miro el techo de la habitación del pánico. El suelo ya no está frío bajo mi espalda, sin embargo, mis extremidades permanecen entumecidas.

—Doc, tiene que comer.

Un suspiro derrotado.

—Doctora, estoy preocupado —su voz suena tan distinta, débil, gastada—. Sabe que esta puerta solo se abre desde adentro, no me haga esto... Salga, por favor. Hablemos. Haré lo que usted quiera.

—Entonces váyase.

—Doc, por favor... Tiene solución. Usted y yo...

—No existe. Usted y yo no existe.

Dejo que el silencio y la resolución me abracen, sabiendo que soy la única persona que no va a mentirme.

Perdí la noción del tiempo.

Mi mente se adormece, mi estómago ruge, mi garganta está seca.

Las paredes me encierran.

El oxígeno escasea.

Necesito salir. Necesito dejar mi piel.

Me pongo de pie, el asqueroso mundo da vueltas. Apoyo la mejilla sobre el gélido metal de la puerta, escucho. No hay pasos. No hay voces. Nada. Abro, doy un paso fuera de mi burbuja. Todo cobra nitidez, el dolor se amplifica. Camino sigilosamente, pero algo me detiene. Voces. Voces repentinas y furiosas llegan desde la cocina.

Mis pies descalzos siguen la acalorada discusión. Apoyo la espalda en la pared, espío a través de la arcada. La mesa está llena de papeles, armas y lo que parecen gigantes planos. Evans se agarra la cabeza con ambas manos, maldice. Méndez teclea con furia en su computadora, otros dos agentes están al teléfono.

—No puede ser... ¡No puede ser! —Un manotazo acompaña el grito de Gael y hace volar los papeles de la mesa.

—*Es.* —La voz de Méndez suena fría, oscura, diferente—. Escapó. Aaron Jones escapó de prisión.



SOLO LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES

AARON

El silencio es la deliciosa antesala al caos, la libertad.
«Treinta y tres, treinta y dos, treinta y uno».
Mi respiración es armoniosa, casi el tipo de armonía que entibia mi sangre al entregar el regalo divino: la muerte.

«Veinte, diecinueve, dieciocho».

Observo la pared que miré durante tres años, me despido de todos los rostros que imaginé en ella.

«Doce, once, diez».

La fotografía en mis manos me suplica que la contemple una vez más.

«Por las tardes que te anhelé en silencio.

Por las noches que te anhelé a gritos.

Esto es por ti, Izzy».

Acaricio sus labios, esos que ansío volver a sentir sobre los míos.

«Tres, dos, uno».

Las luces se apagan.

Gritos, risas, barrotes golpeados. Esperanza.

Las alarmas se encienden.

Las rejas se abren.

Un efímero instante de duda y excitación.

Los monstruos salen de sus jaulas.

Permanezco sentado en la oscuridad de mi celda, esperando, nutriéndome con los alaridos de libertad.

Un motín.

Sonrío.

«Ethan, ¿qué haría sin ti?»

Una luz tenue y blanquecina serpentea por el pasillo, se acerca.

Botas oscuras pisan mi jaula.

La linterna me apunta.

—Siete minutos, eso es todo lo que Ethan puede darnos antes de que recuperen las riendas del sistema.

Agarro el uniforme de policía que me da, me lo pongo con rapidez.

—Siempre es bueno verte, Anderson.

Me sonrío en la penumbra.

—Lo mismo digo, profesor.

Acepto el arma que pone en mis manos. Prefiero el filo dulce del cuchillo, pero no hay tiempo para detalles.

—Adopte el papel, sígame el juego. Dispare a todo lo que se ponga delante de usted.

—Será un placer.

Me pongo el gorro y me despido silenciosamente de esta pocilga.

A excepción de algunas luces de emergencia, todo está oscuro. Gritos y cuchillos desgarran gargantas. La sed de sangre y libertad quema en partes iguales.

Avanzamos.

Pasos.

Sombras.

Disparos.

Fuego. Llamas ardientes lamiendo las paredes.

—¡Al ala oeste! ¡Al ala oeste! —los guardias vociferan desesperados, corren sin saber que no hay escapatoria.

—Jack, necesito refuerzos en el patio de comidas. ¡Repito, necesito refuerzos en el patio de comidas!

Sigo a Anderson, doblamos en un pasillo frío y lúgubre. Camina con sigilo, ajeno al caos, mientras yo me fortalezco con cada grito.

«Libertad».

—La escalera —ordena.

Desciendo apuntando al frente, alerta, deseando sentir la brisa de la noche.

Pasos demoledores ascienden.

Anderson dispara. Una vez, dos, tres, seis.

Los cuerpos ruedan escaleras abajo.

—Vamos, vamos, vamos —masculla.

Mi sangre ruge, pide más. Más adrenalina. Más. Más. Más.

Otro pasillo, la cocina se dibuja entre las sombras.

—No se preocupe por las cámaras, Ethan las controla.

Me acerco a una, sonrío y hago una reverencia para mi estudiante ejemplar.

—Profesor, por aquí.

Otro pasillo gélido e infinito, y la veo. La puerta hacia la libertad... Mi libertad.

Su retorno. El retorno de la reina.

—Rápido, rápido.

Anderson pasa su tarjeta por un lector, que al parecer no depende del sistema eléctrico, y la puerta chilla, se abre.

La brisa nocturna besa mis planes, mis deseos, mis anhelos y ambiciones. Mi piel. Esa piel que tantas veces odié vestir, hasta que acepté mi naturaleza. Hasta *ella*.

«Solo la verdad nos hará libres».

Un auto negro derrapa a centímetros de nuestros pies.

—Entre, entre, entre.

Subo al asiento del acompañante, Anderson aprieta mi hombro.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, profesor.

Le devuelvo el apretón.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, Anderson.

La puerta se cierra, el vehículo arranca a toda velocidad.

Miro el reflejo de sus ojos a través del espejo retrovisor.

—Ya comenzaba a extrañarte, García. ¿Cómo están tus adorables nietos?

—Muy bien, profesor, gracias por preguntar. Es una alegría volver a verlo. Las hermanas lo esperan con el helicóptero, llegaremos en menos de veinte minutos.

—Oh, mis queridas Aria y Amy... ¿Se portaron muy mal en mi ausencia?

—Como de costumbre... Están ansiosas por llevarlo a casa.

—Estupendo, García. Gracias.

Sin descuidar el camino, me da un celular.

—Ethan está al teléfono.

Llevo el celular a mi oreja.

—Te luciste esta vez, Ethan...

—Gracias, profesor. Me complace haber estado a la altura de sus expectativas. ¿Está herido?

—Ni un rasguño. —Me recuesto sobre el respaldo, veo a mi vieja y querida Oxford pasar—. ¿El próximo paso, Ethan?

—Está todo listo, espero la orden.

Cierro los ojos, una sonrisa curva mis labios.

—Ahora. Empecemos ahora.



JUNTOS HASTA EL FINAL

GAEL

Un motín. Un motín en una de las putas cárceles con mayor seguridad del país.
Imposible.

Sin luz.

Rejas de todas las áreas abiertas.

Todo tipo de criminales sueltos.

Caos.

Fuego.

Casi dos docenas de oficiales muertos.

Cámaras bloqueadas.

El sistema caído, en manos de alguien peligrosamente inteligente.

¿Cuántos soldados tiene Aaron Jones? ¿*Qué* tipo de soldados tiene Aaron Jones? ¿A qué nos enfrentamos?

Masajeo mis sienes, miro el documento con la información que Clarkson me envió.

—Hay algo que no estamos viendo, algo más que se nos escapa... —Niego, hojeo el perfil psicológico de Jones como si pudiera entenderlo—. Si fue tan fácil para él orquestar esta

locura, si podía escapar cuando quisiera, ¿por qué ahora? ¿Por qué esperar tres años?

Méndez se quita el chaleco antibalas, busca un cigarro.

—No tenemos nada, Evans. Clarkson y su gente no tienen nada. Esto... es imposible. El hijo de puta es impredecible, no podemos adelantarnos ni una maldita vez.

Rasco mi barba incipiente, me trituro los sesos mientras camino de una esquina a la otra.

—La doctora Brown dijo que Jones no hace nada de forma precipitada, cada uno de sus movimientos es planeado hasta el último detalle. No deja nada librado al azar. Entonces... ¿por qué ahora?

—¿Y... si le preguntas a la señorita Brown? Quizá pueda decirnos algo que...

—No. No puede saberlo todavía, será demasiado para ella. Dios, ni siquiera sé cómo podría decírselo... —Apoyo las palmas sobre la mesa, dejo caer la cabeza entre mis brazos—. Por ahora hay que reforzar la vigilancia del perímetro y esperar órdenes de...

Un estruendo eriza mi carne.

—¿Qué fue eso? —Méndez se quita el cigarrillo de la boca, desenfunda su arma—. ¿Algo se rompió?

Otro golpe. Vidrio. Mucho vidrio estrellándose, pulverizándose.

—Viene de adentro.

Una inyección de adrenalina me impulsa.

Desenfundo mi Glock con naturaleza inconsciente, Méndez me cubre la espalda mientras avanzamos.

Vacía. La habitación del pánico está vacía.

Gritos. Gritos capaces de romper cualquier garganta. Gritos desgarrados. Gritos de alguien muerto en vida.

«Isabelle».

Mis piernas queman, se desesperan por seguir su voz.

Los alaridos de rabia y dolor se funden con los estruendos.

—¡Está destrozando la habitación!

Mis pies se detienen, mi mano se aferra al picaporte. Nada. Lo sacudo. Nada.

—¡Doctora! —Aporreo la puerta—. ¡Doctora, abra! ¡¿Qué pasa?! ¡¿Doctora?!

Ruido. Más y más ruido. Golpes. Gritos.

El resto de mis colegas sale de su habitación.

—¿Qué carajo está pasando?

—Nada. Déjenme solo.

—Evans...

—¡Déjame solo, Méndez!

No me detengo a mirar si se van o no, tomo distancia y mi pie impacta directo contra la madera. Una vez, dos, la puerta se abre.

El cuarto está deshecho. Lámparas, cuadros, televisor, muebles, espejos, todo está destrozado. Un huracán causaría menos daño.

Las manos ensangrentadas de Isabelle golpean la bolsa de box que colgué en una esquina de la habitación. La mirada perdida, el rostro bañado en lágrimas, el cabello despeinado, la ropa manchada con su herencia, la respiración irregular. No es mi doc, no, es un animal. Un animal herido.

Guardo el arma, cierro lo que queda de la puerta.

—Isabelle...

Golpes. Gritos. Golpes. Gritos.

—Isabelle...

La sangre gotea de sus manos desquiciando mi pulso.

—¡Escapó! —La palabra es un rugido gutural—. ¡Escapó!
¡Escapó! ¡Escapó! ¡¿Por qué no están haciendo su puto
trabajo?!

«Lo sabe. Carajo, lo sabe».

—Doctora... —Me acerco con cautela, pero sus
movimientos se vuelven más brutos. Bestiales—. Doc,
cálmese, se está lastimando.

—¡¿Calmarme?! —Ríe. Patea el saco con furia antinatural
—. Calmarme... ¡Estoy muerta, Gael! ¡Muerta!

El tono de su voz hiela mi sangre.

Su expresión demuda, su rostro se transforma. No hay
rastros de la doctora Brown, estoy de pie frente a un fantasma.

Con la fuerza de mis hombres golpea el cuero negro hasta
que hilos rojos y espesos chorrean de sus nudillos.

—¡Basta!

Mis brazos envuelven su cintura, intento alejarla de la
bolsa, arrancarla de ese bucle de oscuridad y violencia en el
que cayó, pero su codo impacta contra mi boca partiendo mis
labios. Saboreo la sangre, el dolor. Sus ojos verdes ni se
percatan de la agresión, continúan fijos en el cuero que
comienza a rajarse bajo sus nudillos.

Pego mi pecho a su espalda y la rodeo con los brazos, esta
vez con más fuerza.

—¡Basta! —Se sacude, patalea, es una fiera con sed de
sangre—. ¡Dije basta!

Gritando como posesa estira los brazos hacia el saco,
ansiando tocarlo, golpearlo. Araña mi piel, entierra los codos
en mis costillas.

—¡Doc, por favor!

La arrastro hasta que toco la pared y me deslizo hacia el

suelo. Mi cuerpo forma una jaula que intenta contener su furia, su dolor. La rodeo con mis piernas, con mis brazos, con mi alma.

Es ahora. El momento que temí desde su fiesta de cumpleaños es ahora. La bomba Isabelle Brown está explotando frente a mis ojos y yo juntaré los pedazos.

—Shhh... —Dejo en su cuello un beso rebotante de tristeza y comprensión—. Respire, preciosa. Respire.

Su cuerpo es una roca entre mis brazos, no hay susurros ni caricias capaces de deshacer la tensión.

Mi mirada recae en sus manos, sus bonitas manos ahora destrozadas.

—Llore, doc. —Otro beso, más pequeño, más herido—. Llore todo lo que quiera, descárguese, pero basta de hacerse daño.

Ya no hay gritos, solo llanto. Llanto de ese que te abre un agujero en el pecho, de ese que te roba el oxígeno y los sueños, de ese que te deja sin lágrimas para el resto de tu vida.

—Esto se acabó. —Su voz ya no es su voz—. Se acabó para mí, es mi fin. Estoy muerta.

Una palabra, una imagen.

Mi cuerpo entero tiembla, mis músculos se agarrotan. Si alguien quisiera arrancarme a Isabelle de los brazos ahora mismo tendría que poner una bala en mi cabeza.

—¿Sabe qué es lo que más me gusta de usted? —susurro a su oído, abrazando su angustia—. Que tiene los pantalones bien puestos, que le pateo el culo al mundo cuantas veces sea necesario. No se deja vencer, se levanta una y otra vez y siempre está lista para luchar por lo que merece. —Entrelazo nuestros dedos con delicadeza, esquivando las heridas, y acaricio su cuello con la punta de mi nariz—. Esa es mi doctora, la mujer que me puso en mi lugar como nadie y me dio uno de los mejores ganchos —y ahora codazos- de mi vida.

Esa es usted, doc, y nadie va a arrebatarse su esencia.

Niega, se acurruca contra mi pecho.

—Es mi fin, lo sé. Lo siento.

No hay dudas, solo certeza. Isabelle Brown se está entregando.

El miedo se filtra en mis venas como el más letal de los ácidos.

—¿Recuerda mi promesa? Nadie va a tocarle un pelo. No voy a dejarla, doc. Estamos juntos en esto. Juntos hasta el final.



PUEDES CREAR ARTE

ETHAN

Sus ojos están llenos de luz, a pesar de que su corazón yace frío en la palma de mi mano. Es el arte de este oficio, perpetuar la vida.

¿Por qué decir adiós a un ser querido, si podemos tenerlo para siempre? ¿Por qué sentarnos a mirar cómo se deteriora la belleza de un ejemplar único, si podemos inmortalizarlo en el tiempo?

Mis párpados se cierran cuando *Nocturne Op.9 No.2* de Chopin llega a su clímax. La melodía eriza mi piel, se convierte en mi pulso. Una sonrisa estira mis labios, la pieza termina solo para volver a empezar.

Veo su mirada gris, como el cielo de mi bella Londres, antes de observar su corazón entre mis manos. Tan frágil, tan vulnerable, tan efímero.

«En un suspiro vives, en un suspiro mueres...»

Coloco el corazón en el frasco que lleva su nombre, lo acomodo meticulosamente entre los demás.

Me acerco a la camilla con la tijera, corto el excedente del último nudo de la sutura a lo largo de su espalda. Subo el cierre del vestido, le coloco los zapatos más lindos. Un poco de *rouge*, un ligero toque melocotón en las mejillas y sus aros

de perlas.

Doy un paso atrás, la contemplo. Tan pulcra, tan perfecta...
Eterna.

La satisfacción vive en mi sonrisa, en cada uno de mis movimientos.

Me quito los guantes para disfrutar de mi parte favorita del arduo proceso, la puesta en escena.

Sujeto su cintura, la levanto con delicadeza. Caminamos, giramos en un baile tan fugaz como memorable.

—No sabes lo afortunada que eres, cielo. Estarás preciosa para siempre.

La siento y le coloco el arnés rojo, a juego con su vestido. Mi corazón desafía las leyes de la naturaleza al acariciar su cabello.

«Es ahora».

Tiro y los hilos tensores la ponen de pie.

Perfección. Perfección que llegó con años de dedicación, docenas de herramientas, frustración, prueba y error, hasta encontrar ese maravilloso punto intermedio entre el arte de la taxidermia y lo sempiterno del embalsamamiento.

Aseguro los hilos, retrocedo hasta tocar la camilla.

Observo. *Contemplo*.

Cada uno es especial... Sentados, bebiendo café, jugando al póker, parados, recostados. Rose era la pieza que le faltaba a mi cuadro, el detalle que completa la obra.

«Eres especial, Ethan. Tienes un don, ves la belleza en la muerte. Puedes crear arte allí donde la gente ve cenizas...»

Sonrío. Al profesor le va a encantar, adorará a Rose.

Mi celular suena, arrancándome de la burbuja de eterna belleza e inmortalidad. Me acerco al escritorio, atiendo. Escucho a García decir que estoy al teléfono y después...

—Te luciste esta vez, Ethan...

Mi pulso se acelera, los sentidos se magnifican y una sonrisa curva mi boca.

—Gracias, profesor. Me complace haber estado a la altura de sus expectativas. —Una punzada de pánico me atraviesa junto con una idea fugaz. ¿Y si...?—. ¿Está herido?

—Ni un rasguño —asegura, y vuelvo a respirar—. ¿El próximo paso, Ethan?

—Está todo listo, espero la orden.

—Ahora. Empecemos ahora.

Adrenalina e ilusión calientan mi sangre.

—Excelente, profesor.

—Nos vemos pronto, Ethan.

—No puedo esperar.

Guardo el teléfono en mi maletín, me quito el delantal y estudio mi reflejo en el espejo. Acomodo el moño en mi cuello, aliso mi traje y repaso mi cabello castaño peinada a la perfección. Hay un brillo especial en el marrón de mis ojos, es la esperanza. Sonrío, miro una vez más a la adorable Rose en su nuevo habitat.

—Me voy, chicos. Hay trabajo que hacer. La reina está cerca.

Estaciono, bajo del Dodge Charger 1970. Un capricho que pude darme luego de embalsamar con éxito a mi primer ser humano, la bella hija de un cazador experimentado, negado a perderla.

La gravilla anuncia mi paso, me acerco a la antigua bodega. Arranco una flor silvestre, la coloco en el bolsillo de mi saco, junto al pañuelo de seda escarlata.

La noche está particularmente hermosa hoy.

Saludo con un gesto de cabeza a los caballeros que vigilan el perímetro, corro la enorme y pesada puerta.

—Señor White —Charlie me saluda con formalidad.

—Charlie. —Miro alrededor, la humedad hace picar mi garganta—. ¿Está todo listo?

—Todo listo.

Observo su piel morena, sus ojos de caramelo, los músculos que llenan su camiseta.

—Excelente.

Un paso, otro, agarro su nuca, lo acerco a mi boca. Saboreo licor de chocolate, tabaco y su esencia, esa que me enloquece.

—Extrañaba esto —susurra, aún sin despegarse de mis labios.

—Y yo. —Sonrío, la punta de mi nariz acaricia su barba incipiente—. ¿Cenamos juntos cuando termine?

—Por supuesto.

Seco la comisura de mi boca con el pulgar, me alejo.

Mi oído se agudiza con cada paso que retumba en el silencio.

Abro otra puerta, el juego empieza.

Un gesto y el conejo que vigila nos deja solos.

La puerta se cierra.

Apoyo mi maletín sobre una mesa de madera, lo abro, acaricio mis herramientas. Me coloco guantes de látex, tomo el bisturí más pequeño.

Atado de pies y manos en una silla en medio de la habitación, se sacude sin verme, solo sintiéndome cerca.

Mis zapatos de charol le avisan que la muerte se avecina.

Me detengo frente a él, su pecho sube y baja al ritmo del pánico.

Quito la capucha negra que cubre su cabeza.

—Matthew O'Connor, es un gusto conocerte.

Sus ojos claros y llenos de lágrimas me destripan.

—¿Te lastimaron? —Acaricio el corte en su frente, se mueve reacio—. Mira que les pedí que tuvieran cuidado... ¿Cómo te sientes? ¿Quieres algo de beber? ¿Agua? ¿Algún licor?

Observo la punta del bisturí, aguardo.

—Ah, claro, no puedes hablar... —Quito la cinta plateada de su boca—. Ahora sí. ¿Qué puedo ofrecerte?

Su respiración es animal, hay odio en su mirada.

—Vamos, Matt... Estoy intentando ser amigable.

Su saliva aterriza en mi cara.

El mundo se detiene.

Inhalo profundo, quito el pañuelo del bolsillo de mi saco y me limpio el rostro.

—No debiste hacer eso... Solo estaba siendo educado. ¿Es que nadie tiene modales?

—Hijo de puta —masculla—. ¡Psicópata hijo de puta!

La tela roja se resbala de mis manos como un suspiro de sangre.

—¿Ya me estás etiquetando? Aún no nos conocemos, Matt... —Camino a su alrededor—. Y, honestamente, ya perdí el interés. Vamos directo a lo que nos compete. ¿Dónde está Isabelle Brown?

Silencio.

—No sé... de qué estás hablando.

—Matt, vamos a ahorrarnos el teatro. Lo sé todo sobre ti y

tu pequeña aventura con la doctora Brown. Te encanta revolcarte en lo ajeno. Mejor dicho, *con* lo ajeno.

—¿Lo sabes todo sobre mí? Entonces sabes que mi equipo va a encontrarme y ponerte una bala entre ceja y ceja.

Con el bisturí alejo un mechón de cabello transpirado de su frente.

—Me gusta la fe que tienes, querido. También tus labios... —Ladeo la cabeza, lo analizo con ojo crítico—. Me pregunto cómo te verás disecado. Sin dudas quedarías perfecto en mi cuarto de marionetas.

La vida abandona su simétrico rostro.

—Vamos de nuevo. ¿En qué bonita casa se esconde Isabelle?

—¿Qué te hace pensar que lo sé?

—Que trabajas con el agente Clarkson en el caso.

Ríe. Ríe como si hubiera escuchado el mejor chiste de la historia.

—¿Puedo saber cuál es la gracia?

—¡Qué una docena de hombres trabaja con Clarkson! No sé dónde está Isabelle, pero, si lo supiera, jamás te lo diría.

Hago tronar mi cuello, relajo los músculos.

—Matt, Matt... ¿Sabes lo que va a pasar si no colaboras?

La furia contenida en sus ojos me desafía.

—Déjame ahorrarte tiempo, enfermo. Mátame ahora.

—¿Matar? ¿Tan sencillo como eso? Sería un desperdicio, Matthew. Yo pensaba en algo más estimulante, más... artístico. ¿Sabes a lo que me dedico? —Me arrodillo frente a su mirada aturdida—. Soy taxidermista y embalsamador. ¿Te gustaría vivir para siempre? Puedo concederte el deseo.

—Enfermo... ¡Enfermo hijo de puta!

—Con un bisturí como este —lo sostengo delante de sus ojos— te haría una incisión a lo largo de la espalda y te despellejaría en una sola pieza.

Es un toro embravecido, maniatado.

—No importa lo que digas, ni lo que hagas —masculla—. Si supiera algo, no te lo diría. Puedes hacer lo que te dé la puta gana con mi cadáver.

—¿Cadáver? ¿Quién habló de cadáveres? Puedo disecarte en vida, Matt. Una inyección y tu cuerpo entero se paraliza, pero tu mente sigue activa. ¿Lo imaginas? Sentir cómo te arrancan la piel y no poder gritar...

Veo el movimiento de su garganta al tragar la verdad.

—Por supuesto, nada de eso ocurrirá si me dices dónde está Isabelle...

Su mirada atontada recorre la estancia. Piensa.

—Cómo... ¿Cómo te llamas?

—No lo intentes, bonito, la psicología no funciona conmigo.

Me levanto, quito una pelusa de mi esmoquin negro.

—Soy un hombre muy paciente, Matt, ya lo ves. —Señalo su estado—. Podría golpearte hasta que te ahogues con tu propia sangre, arrancarte algunos dientes o uñas con una de las preciosas pinzas que guardo en mi maletín, pero no es mi estilo. Aunque no lo creas, no me gusta ensuciar las manos. Así que vamos a hacerlo simple. Tengo una carta común y un as bajo la manga. Primero jugaré la común.

Agarro su cabello, inclino su cabeza hacia atrás y, con un movimiento grácil y limpio, hago un corte desde el final de su ojo izquierdo hasta su sien. El globo ocular sale de su órbita, los alaridos de dolor llenan la habitación.

—¿Dónde está Isabelle, Matt?

Me agacho a su lado, contemplo su rostro bañado en sangre, su ojo colgante.

—No... ¡No lo sé! ¡No lo sé!

—Lo sabes, Matt. Lo sabes. Por eso mismo estás aquí. Tu lealtad me sorprende, es admirable, pero estúpida ahora mismo.

Su garganta se rompe, su cuerpo se sacude con desesperación.

—No te desmayes, bonito, no todavía...

—¡Voy a matarte! Hijo... ¡Hijo de puta, voy a matarte!

—Claro, cuando gustes. Ahora dime, querido Matt, ¿qué hacemos? ¿Me dices dónde está Isabelle o saco el as de la manga?

Su llanto se funde con el pánico y la agonía. Está a punto de tener un ataque cardíaco.

—Púdrete... ¡Que te coman los gusanos!

—Perfecto. —Me levanto, aliso mi traje—. ¡Conejo!
¡Conejo!

El conejo entra arrastrando otro cuerpo encapuchado.

Coloco una silla frente a Matt, siento a mi as.

—Quiero decirte que esperaba no tener que jugarme esta carta, Matt, pero no me dejas opción...

Le quito la capucha a mi as, los gritos se multiplican.

—No... ¡No! ¡No! ¡No!

—Sí, sí, sí... Te diré cómo están las cosas, Matthew. O me dices dónde está Isabelle o comienzo a disecar a tu hermana mientras observas.



SACRIFICIO

ISABELLE

Mi piel se eriza incluso antes de escuchar el primer golpe.
Abro los ojos, la habitación está en penumbras.

El sillón vacío, sin rastro de Evans.

Los remanentes del sueño se pulverizan en cuanto oigo el segundo sonido. Más intenso. Más cerca.

Mi aliento se congela, mi pulso se acelera.

Un relámpago ilumina la noche.

Mis pies desnudos tocan la madera, que cruje bajo mi peso.
Me acerco a la puerta, agudizo mis sentidos.

Nada. Silencio.

Estoy a punto de susurrar su nombre cuando veo la puerta de la habitación de los agentes abierta. Asomo la cabeza, vacía.

¿Dónde están? Deberían estar descansando como siempre antes de comenzar su turno.

Un presentimiento extraño adormece mis piernas, vuelve pesado mi paso.

«Si alguna vez escucha o simplemente siente algo extraño,

se encierra en la habitación del pánico. ¿Entendido?» Su voz suena tan clara como el día en que me mostró aquel cuarto.

Necesito llegar a la planta baja. Necesito encerrarme.

Avanzo por el pasillo, vislumbro el interruptor de la luz. Lo pienso y termino decidiendo que, quizá, la oscuridad sea mi aliada ahora mismo.

«Todo se esconde mejor entre las sombras».

Piso el primer escalón, está frío.

«Esto no es un sueño, algo está pasando».

No hay movimiento en el *living*, solo la tormenta y la noche.

Desciendo la escalera, el corazón latiendo en mi garganta. Estoy a punto de empezar a correr, pero una mano se posa en mi boca.

La vida se drena de mi cuerpo. No forcejeo, no me muevo, no respiro.

—Algo está mal —escucho su voz cerca de mi oído, mis piernas se aflojan—. Bajé a tomar agua y escuché un ruido extraño que provino de afuera. Méndez y su equipo no responden, los otros tres agentes acaban de salir —susurra—. Enciérrese en la habitación del pánico y no salga. ¿Entendido? No importa lo que escuche, *no* salga.

Asiento.

—Prométamelo.

Su mano se aleja de mi boca.

—Lo... prometo —susurro.

Evans pone algo gélido en mis manos destrozadas. Bajo la vista, un arma.

—Bien, corra.

Mis pies son de plomo.

—Corra —masculla.

Corro. Presa del pánico corro. Me encierro en la habitación.

«Algo está mal.» «No importa lo que escuche, no salga».

Me apoyo sobre el metal helado, mi cabeza da vueltas.

«Nadie va a tocarle un pelo. No voy a dejarla, doc. Estamos juntos en esto. Juntos hasta el final».

Es ahora. Está pasando.

El silencio es sepulcral, solo se oye mi respiración errática.

Pego la oreja a la puerta, cierro los ojos y, sintiendo el peso del arma en mis manos, escucho.

Nada.

«—... Probablemente ya sepa que estoy aquí.

—No. No es posible. Las únicas personas que conocen su locación pertenecen a la policía u otros servicios de inteligencia».

Camino en círculos, me abrazo. Estoy congelada y este maldito camisón no ayuda. Tengo los ojos hinchados de tanto llorar, de romperme en sus brazos hace tan solo horas.

No distingo el paso del tiempo. Segundos, minutos, todo se siente igual.

«—No puede ser...

—Es. Escapó. Aaron Jones escapó».

El estruendo me petrifica, detiene mi corazón, nubla mi vista.

Un disparo. Dos. Tres.

La balacera ralentiza la vida, afloja mis músculos.

Caigo. Me arrastro hasta la pared, observo aquella puerta que me separa de la muerte. Esa que solo yo puedo abrir.

«No importa lo que escuche, no salga».

Ácido sube por mi garganta, el vómito es interrumpido por una voz.

—Buenas noches, Isabelle. Mi nombre es Charlie, vengo a llevarte a casa.

Lo siento. Mis sueños, mi risa, mi espíritu, todo muere.

—Estamos muy ansiosos por conocerte, nos han hablado tanto de ti. El profesor también muere por verte. Vamos, sal, no los hagamos esperar.

—¡No salga, doc!

«Evans».

Tropiezo con mis propios pasos, me acerco con desesperación a la puerta.

—¡Gael! ¡¿Está herido?!

—No sal...

Un golpe se roba su voz.

Mi pulso se desquicia.

Saboreo las lágrimas, esas que no sé en qué momento comenzaron a caer.

—Si no sales de la habitación alguien muere, Isabelle. Y tu lindo guardaespaldas tiene toda mi atención...

«No importa lo que escuche, no salga».

Observo el arma en mis manos.

«Fue real. La química entre nosotros, la tensión, el deseo, las charlas, las confesiones... Todo. Lo juro».

Una presión indescriptible oprime mi pecho.

«Estamos juntos en esto. Juntos hasta el final».

—Tienen a mi hija, Isabelle. ¡Tienen a mi hija!

Esa voz... Esa voz aprieta mi cuello.

—Fra... ¿Francis? ¿Doctor Francis?

—Lo lamento, lo lamento tanto... —Solloza—. No quería, me obligaron... ¡Tienen a mi niña, Isabelle! Tienen a mi niña...

—No se ponga melodramático, doctor. Fue muy útil hasta ahora.

—¡No salgas, Kalie!

Llevo una mano temblorosa a mi boca, contengo el alarido.

—¿Matt?

Ruidos, forcejeos. Alguien tose, lucha por oxígeno.

—Demasiada charla, muchachos. —Tres golpes en la puerta, el instinto me hace retroceder—. Isabelle, disculpa mis modales, pero si no sales alguien muere en tres, dos...

Abro la puerta.

—Es un placer conocerte finalmente.

La luz de la habitación del pánico ilumina la escena, rompe mis huesos, enmudece mi voz.

Matt y Francis están de rodillas, dos conejos apuntan sus cabezas. Conejos negros, no blancos como en la fiesta.

—Kalie, lo lamento... Mi hermana... Ellos tienen a mi hermana. No iba a decirlo, lo juro. Iba a morir antes de darles tu ubicación, pero... no puedo... Yo...

Su rostro está bañando en sangre seca y nueva, una venda enorme cubre su ojo izquierdo.

«Esto no es real, es un sueño. Una pesadilla».

—¿Te parece si nos vamos, Isabelle? Ya me está dando hambre.

Mis ojos húmedos y aturdidos siguen la voz. Charlie. Observo su piel morena, sus ojos cálidos, jamás lo había visto antes. Jamás había sentido lo que siento ahora mientras

sostiene un arma en la cabeza de Gael.

—Le dije que no saliera...

Llevo a mi sien el arma que Evans puso en mis manos.

—Nunca fui buena con las reglas.

El rostro de Charlie pierde vida.

—Doc... Doc, ¿qué hace?

Mi mano tiembla, pero entierro el cañón en mi piel.

—Terminar con esta locura.

—Isabelle, baja el arma.

Mi vista vuelve a Charlie.

—¿Por qué? ¿Al enfermo de tu profesor le va a molestar que no me lleves en una sola pieza?

Sus ojos marrones brillan.

—Sí, le molestaría. Pero creo que más le molestaría a tu querido guardaespaldas que dejes morir a su sobrino. ¿Cómo se llama? ¿Tyler? Tyler, sí...

Mis huesos se pulverizan, me sostengo del marco de la puerta.

El rostro de Gael palidece.

Charlie suspira teatralmente.

—Voy a ser breve, soy impaciente. Esto es así: el pequeño Ty y un tal... Davis fueron enterrados vivos hace... —mira su reloj de muñeca— ocho minutos. Tienen un pequeño tanque de oxígeno que solo les alcanzará para una hora. Media, si lo comparten. ¿Me siguen? Genial. El único que sabe dónde están es el doctor Francis. —Mi colega solloza, suplica perdón—. Si no vienes conmigo por voluntad propia e ilesa, Isabelle, Francis pierde la tapa de los sesos y, *voilà*, Tyler y Davis mueren.

Niego, me ahogo con la angustia.

Gael está ido, perdido, muerto. Sus ojos son abismos negros.

—¿Evans...?

—No... —susurra, la mirada fija en el suelo—. ¡Es mentira! Ethan. Ethan está con ustedes, él no... Él nunca permitiría algo así.

Los conejos ríen, Charlie sonrío.

—¿De quién crees que fue la idea, cuñadito? —Niega—. Conejo, ¿ya te llegó el video?

Uno de los conejos asiente y, sin dejar de apuntarle a Francis, le da un teléfono a Charlie.

La pantalla ilumina el semblante blanco y desencajado de Gael, el horror comienza. Llanto, súplicas, gritos infantiles y aterrados. La imagen aparece frente a mis ojos. El pequeño Tyler llora mientras la tapa de madera cubre su rostro y la tierra comienza a caer.

—¿Ahora me creen?

—Voy —apenas reconozco mi voz—. Voy contigo.

—¡Genial! ¿Ves? Ya nos vamos entendiendo, Isabelle. Tú y yo vamos a ser buenos amigos.

—¿Puedo deshacerme del llorón? —pregunta el conejo que apunta a la cabeza de Matt—. Nos trajo hasta aquí, ya no sirve.

—No, Ethan lo quiere. —Charlie señala la puerta—. Súbelo a la camioneta. Y tú —le dice al otro— deja al anciano y ve con él.

Los conejos obedecen. Sueltan a Francis y arrastran a Matt, que suplica perdón.

Es un microsegundo, ínfimo, casi inexistente, pero lo pienso. Pienso en intentarlo. Pienso en dispararle a Charlie. Pero su arma está en la nuca de Evans. ¿Si algo sale mal? ¿Si muere? ¿Si miente? ¿Si Francis no sabe dónde están Tyler y Davis y solo Charlie lo sabe?

Suelto el arma.

Me arrodillo frente a un Gael ausente.

—No, no, no. —Charlie me destripa con la mirada—. De pie, vamos.

—Solo voy a despedirme —mascullo.

Sostengo el rostro húmedo de Gael con manos temblorosas.

De repente, lo veo todo tan claro. Sacrificio, de eso se trata la vida. Por nuestros sueños, por los que amamos...

—¿Evans?

Su mirada azul está vacía, sus mejillas pálidas y bañadas en dolor.

—Evans, ¿me escucha?

—Yo... Ty... Usted... Les fallé —susurra, y sus ojos encuentran los míos—. *Le* fallé.

«Nadie le tocará un pelo mientras esté conmigo».

Niego, acaricio su rostro.

—Salve a su hijo, Evans. Llévelo a casa.

Un destello de comprensión se filtra en el shock que domina su mirada.

Acerco mis labios a su boca, nuestras lágrimas comparten el sabor. Es un beso casto, un adiós.

—Suficiente. Vamos, Isabelle.

—Perdón. —Los pulgares de Evans acarician mis mejillas, se niegan a soltarme—. Voy a encontrarla, doc. Lo prometo.

Niego, intento sonreírle. Una última sonrisa.

—Olvídese de mí. Múdese, sea feliz. Cumpla sus sueños, vea a Tyler crecer.

Charlie me pone de pie y la frase que durante tanto tiempo

rondó en mi cabeza cobra sentido, nitidez.

«Los finales solo son comienzos».

Este es el final de Isabelle Brown, el nacimiento de alguien nuevo.

No existe el tiempo mientras esa mano alrededor de mi brazo me aleja, me arranca la vida, todo lo que supe construir y amar.

Charlie detiene sus pasos.

—Ah, casi lo olvido... Cortesía del profesor por acostarte con su esposa.

Sonríe.

Apunta a Gael.

Dispara.



MUERTO

GAEL

Estoy muerto.
Tiemblo.
Apenas veo.

Apenas puedo respirar.

El video se repite una y otra vez en mi cabeza. El horror en los ojos de Tyler, los brazos de Davis alrededor de mi hijo, la tierra comenzando a caer sobre la madera.

Los gritos desgarrados aún erizan mi piel; el vacío en la mirada de Isabelle, también.

Se sacrificó por Ty. Se sacrificó por mí.

Miro al doctor Francis, sentado en el asiento del copiloto, retorciéndose de dolor. Está perdiendo mucha sangre. Demasiada. Dos agujeros en su pierna derecha, cerca de la ingle. Dos balas que eran para mí.

Era presa de un espasmo que me recorrió por completo. No podía pensar. No podía respirar. Mis extremidades eran de piedra.

Entonces sucedió.

—Ah, casi lo olvido... Cortesía del profesor por acostarte con su esposa.

La voz de Charlie intentó arrastrarme, hizo girar mi cabeza.

El cañón de su semiautomática me apuntó entre ceja y ceja.

No pude moverme.

Era el final.

Sonrió.

Desvió la mira hacia Francis.

Disparó.

—Suerte con la búsqueda.

Parpadeo, vuelvo al presente.

—Resista. Conseguiremos ayuda apenas encontremos a Tyler y a Davis.

Asiente, ajusta más el improvisado torniquete hecho con un trozo de mantel.

—Enfóquese, Francis, piense.

El acelerador pide un respiro cuando atravieso el descampado siguiendo las indicaciones del doctor.

Lo miro de reojo. No me da respuestas. Necesito respuestas.

—Yo... estaba esperando en la camioneta con el conejo que me vigilaba, ellos llegaron solo con el hombre y el niño. No... no había ninguna mujer, lo juro. Estaban enojados porque dos de sus compañeros murieron, los dejaron allí.

Golpeo el volante.

Mi madre. Mi madre no está con Davis y Tyler. Tampoco está en el departamento, llamé a Clarkson y envió a alguien a revisar el lugar. Vacío. Destrozado. Sé que Davis peleó, sé que intentó proteger a Tyler.

Francis seca su rostro pálido y transpirado con el puño de su camisa.

—Mi hija, mi niña...

—La encontraremos.

Su tiempo se acaba, lo sé, veo la vida abandonando sus ojos lentamente.

Necesito llegar.

Necesito dominar el pánico y hacer las preguntas correctas.

Hay algo. Algo que da vueltas en mi cabeza, que lucha por no ahogarse en el mar de desesperación.

«¿De quién crees que fue la idea, cuñadito? Cuñadito. Cuñadito. Cuñadito.»

Ethan. Charlie está con Ethan.

—Francis, ¿qué puede decirme sobre Charlie? Cualquier cosa.

—No... —jadea, aprieta su pierna con las manos ensangrentadas— lo conocía hasta hoy.

—Piense, busque en su memoria. Lo que sea que haya escuchado durante el camino, mientras estaba en la camioneta. Cualquier cosa, aunque parezca insignificante.

El subir y bajar de su pecho es un movimiento antinatural, laborioso.

—Ellos... hablaban en código, cosas que no podía entender. Charlie... —Apoya la cabeza en la ventanilla, sus ojos luchan por mantenerse abiertos y continuar viendo la lluvia caer—. Charlie...

—Francis. —Cacheteo su mejilla—. Un poco más, solo un poco más. Ya casi llegamos.

—Duele...

—Lo sé, me dispararon más veces de las que quisiera admitir. Intente relajar los músculos, piense en otra cosa. —Una mirada furtiva, Francis tiene un pie en el otro mundo—. En su hija, piense que encontraremos a su hija y podrá abrazarla otra vez.

La mentira me llena de remordimiento.

Una sonrisa cansada tira de sus labios arrugados.

Inhala profundo, exhala.

La oscuridad de la noche nos engulle con cada kilómetro que dejamos atrás.

Intento no pensar en mis hombres, en cómo les quitaron la vida, los sueños. Esos conejos de mierda mataron a seis agentes especiales. Y me capturaron. A mí. A la máquina de matar.

Puse agujeros en dos conejos negros, que cayeron sin vida. Me arrodillé frente a Méndez, apreté su garganta degollada y lo acompañé hacia la luz. Y ese fue mi talón de Aquiles. Caí. Me serví en bandeja sin pensarlo.

—Charlie... —La voz de Francis acapara mi atención—. Charlie parecía el más energético, el más alegre de todos, casi como si estuviera bajo el efecto de alguna... sustancia. Además, era el único que no usaba máscara. No sé qué significa.

Máscaras. Conejos blancos y negros. Mis putos sesos se prenden fuego con las teorías.

—¿Algo más? Piense, se lo ruego. Cualquier cosa que le haya llamado la atención, cualquier...

—*Dolce Inferno*. —Mira por la ventana, su respiración comienza a volverse sutil—. Charlie dijo esa frase en italiano dos o tres veces cuando... hablaba por teléfono y... sonreía. Parecía algo bueno, algo... que le hacía ilusión. —Sus párpados se cierran—. En... *Dolce Inferno*. Eso... dijo.

«*Dolce Inferno*. Dulce Infierno».

Aprieto el volante, giro adentrándome en el bosque.

—¿Algo más?

Niega.

—¿Qué más tuvo que hacer por Jones?

El doctor se rompe otra vez, comienza a lloriquear y murmurar cosas que no entiendo. La angustia juega con el último vestigio de su vida.

—Cálmese.

Tose, intenta tranquilizarse.

—Él... me obligó a contarle todo lo que Isabelle me contaba en cada sesión durante... ocho meses.

Cierro los ojos un instante.

«Hijo de puta».

—¿Cómo? ¿Cómo lo obligó?

—Amenazó a mi hija. Uno de sus súbditos... la seguía, me enviaba fotos de ella hasta... hasta en la ducha. —Limpia sus lágrimas—. Cuando... fui a verlo para decirle que no iba a continuar, que iba a dejarlo y contarle todo a la policía, hizo... que mi niña tuviera un accidente automovilístico. Terminó en el hospital con heridas menores, pero fue suficiente para que lo entendiera. Mi vida ya no era mía. —Suspira, su cuerpo comenzó a temblar—. No son solo enfermos aficionados, hijo. Son una legión, están en todas partes, son... inteligentes, devotos y tienen armas de guerra. No están jugando. Esto es... algo grande, mucho más grande de lo que creemos.

Pienso en Ty. Pienso en Isabelle y su beso, su despedida antes de entregarse al infierno.

Mi sangre bulle.

—Aaron Jones cree que es el Diablo, pero no sabe que está a punto de conocerlo.

Apago el motor, bajo y agarro la pala. Cortesía de Charlie.

«Cuñadito. Cuñadito. *Dolce Inferno. Dolce Inferno*».

Francis no puede mantenerse de pie. Abraza mi cuello y avanzo cargando su peso. La pala en la mano, la linterna entre

los dientes.

La lluvia es cegadora; el camino, borroso.

—¿Dónde? ¡¿Dónde?! —mascullo.

—Era... —Jadea, grita de dolor con cada paso— al fondo. Al fondo, detrás de... un árbol...

Me quito la linterna de la boca.

—¡¿Un árbol?! ¡Estamos en un puto bosque, Francis!

Tropieza, caemos en la tierra húmeda. Lo levanto y sujeto su cara con firmeza.

—Francis, por el amor de Dios, mi hijo de ocho años está enterrado *vivo*. —Su rostro pierde nitidez, las lágrimas no me dejan ver—. No puede morir, es... es solo un niño. Se lo suplico, enfóquese.

Sus ojos cansados se cierran.

—Francis. ¡Francis!

—Un... árbol con un pañuelo de seda rojo que... ataron en una rama baja. Es visible, ya... se lo dije. Está... por allí —su índice tembloroso señala hacia el este antes de caer sin fuerza sobre el barro—, lo juro. Ve, sigue sin mí. Solo te... retraso.

—Si está mintiendo le juro que no buscaré a su hija.

—No estoy... mintiendo, lo juro por... mi niña. —Se desvive por meter la mano en su bolsillo, saca una billetera—. Hay... una foto. Encuéntrala, sácala de ese lugar.

—Si encuentro a Tyler, encontraré a su hija.

Asiente, sus párpados se cierran en un suspiro mortecino.

—Dile... a Isabelle... que... lo...

Silencio.

Su pecho está quieto.

Abro su billetera, saco la foto de su hija y la guardo en mi bolsillo.

—Lo haré —susurro y me levanto—. Le diré que lo lamenta.

Mis pies descalzos se hunden en el barro.

El peso de la Glock, la pala y la linterna es lo único que siento.

—¡Tyler! —Mi garganta se prende fuego—. ¡Estoy aquí!
¡Aguantá, Ty! ¡Voy a sacarte!

Corro. Con el viento, la lluvia, el barro, el pánico y el tiempo en mi contra, corro.

Los árboles se multiplican.

No hay formas, todo es una masa amorfa.

La desesperación trepa por mis piernas, comienza a saborear mi derrota.

«Mi tío es un héroe, salva a todos de los malos».

El llanto agrieta mi pecho, consume mi energía.

«Para el mejor papá del mundo. Te amo, tío Gael».

Tropiezo con mis propios pasos, sigo sin mirar atrás.

«¿Lo prometes? ¿No será como la última vez?»

—¡Ty! ¡Tyler! ¡Davis! ¡Estoy aquí!

Mis pies heridos se detienen en seco.

El pañuelo rojo baila con el viento.

—Jamás. Jamás será como la última vez.

Corro hacia la tierra levantada, suelto el arma, pongo la linterna en mi boca y clavo la pala con la furia de un titán.

La tierra comienza a volar, a fundirse con la brisa y la voz de los fantasmas que susurran mis miedos. El aroma de la lluvia y la vegetación adormece mis sentidos, es casi una experiencia extracorporal.

«No puede ser real. Mi Tyler, mi vida».

Lava consume mis brazos mientras la tierra que cubre el cajón desaparece.

Es una eternidad, es un minuto. El tiempo ya no existe.

La linterna cae, apunta hacia cualquier lugar.

—¡Ty!

Tiro la pala, mis manos se entierran en la tierra gélida. Excavo como un animal hasta que mis uñas rasgan la madera y mi vida se detiene.

«Si está muerto, moriré con él».

Mi corazón trepa, aguarda en mi garganta el desenlace de este cuento macabro.

Lucho con los clavos, que se entierran debajo de mis uñas, hasta arrancar la tapa.

Tierra cae sobre el rostro pálido de Tyler, la mano de Davis sujeta el pequeño tanque de oxígeno que se conecta a la boca de Ty.

Dos pares de ojos cerrados, dos cuerpos inertes.

—No.... No, no, no, no.

Me agacho, agarro a Tyler y deposito su cuerpecito lánguido sobre la tierra húmeda.

Un relámpago tiñe el cielo de plata.

—¿Ty?

Alejo el cabello de su rostro, llevo los dedos a su cuello. El pulso es débil, apenas perceptible, pero no respira.

Una ráfaga de esperanza me despierta, la adrenalina se apodera de cada movimiento.

Tapo su nariz y comienzo con la respiración boca a boca.

—Vamos, Ty...

Otra vez. La vida sale de mis pulmones, ansiando entrar a los suyos, quedarse allí para siempre.

—Por favor, bebé...

Los recuerdos se arremolinan a mi alrededor. Llantos, risas, abrazos, berrinches, besos, heridas, victorias, miedos, amor.

Amor.

—No me dejes, Ty... No puedo solo, no me dejes.

El oxígeno me abandona una vez más, una tos nos devuelve a la vida.

Su pecho se infla, sus ojos se abren, perdidos e hinchados.

Tose, inhala como si alguien fuera a quitarle el oxígeno. De nuevo.

—¿Tío?

Lo levanto, lo abrazo. Lo abrazo mientras ambos respiramos como si fuera la primera vez. Como si acabáramos de nacer.

—Estoy aquí, mi amor, ya estoy aquí. Estás bien. Estarás bien, lo prometo.

Beso su cuello, acaricio su pelo, disfruto de cada bocanada.

—Davis... —su voz está gastada, áspera, irreconocible—. Algo le pasa a Davis. Estuvo contándome historias, pero se calló y no volvió a hablar.

Miro en dirección a la tumba, aprieto a Tyler contra mi pecho.

Aaron Jones está muerto.

Ethan está muerto.



ES EL ÁNGEL DE ALAS NEGRAS

ISABELLE

Una brisa suave y fresca despierta mi piel.

Mis ojos se abren perezosos, mis extremidades se mueven con pesadez.

—Justo a tiempo.

Alguien me levanta, intenta ponerme de pie. No puedo reconocerlo, mi vista está borrosa.

—Fri... Frío —susurro.

—Perdón, Isabelle. —Algo tibio es depositado sobre mis hombros desnudos—. Yo no soy el de los modales, ese es Ethan o tu esposo.

«Ethan o tu esposo».

Miro hacia abajo, intento que mis ojos hagan foco. Una tela ondea entre mis piernas.

«Mi camisón».

—¿Qué...? ¿Qué me...?

—Es solo un sedante, cielo. No te preocupes, en unos minutos el efecto se habrá ido por completo.

Algo es puesto sobre mi rostro. Mis manos tontas ascienden, tantean aquello que cubre mis rasgos.

Orejas.

Máscara.

Conejo.

La voz sujeta mi brazo, caminamos. Siento pasto gélido bajo mis pies.

Escucho el ruido, miro hacia atrás. Entrecierro los ojos, fuerzo la vista.

«¿Eso es un... helicóptero?»

La luz me enceguece. No sé si es el amanecer o el aeroplano que se cierne sobre nosotros.

—¿Dónde... estoy?

—En casa, Isabelle. Finalmente estás en casa.

«Casa. Casa...»

Como fotografías añejas y borrosas los recuerdos se dibujan uno a uno.

Gael y yo en la casa de protección a testigos.

Yo destrozando la habitación, la bolsa de box y mis manos.

Gael abrazándome mientras ambos yacíamos en el suelo. Mientras me rompía.

Analgésicos para el dolor en mis nudillos.

La cama.

Sueños.

El ruido.

Evans no está.

Recorro el pasillo a oscuras.

La habitación del pánico.

Disparos.

Conejos.

Charlie.

Matt, Francis y Gael de rodillas.

Tyler.

Tyler...

—¿Charlie?

—Sí, cielo. —Mis piernas están lánguidas, mi paso es torpe—. Te dejaré a cargo de las hermanas ahora, ellas se ocuparán de ti. Puedes pedirles todo lo que necesites, son... algo así como tus doncellas. Estarán a tu servicio.

«Hermanas. Doncellas.» «Helicóptero. Es de día. Salí de la casa en auto al anocheecer. ¿Dónde estoy?»

Levanto la cabeza, una inmensa casa de estilo victoriano se alza sobre mí. Mis ojos luchan por enfocarse, absorber cada detalle, recordarlo.

El bullicio acapara mi atención, ladeo la cabeza.

El latir de mi corazón se desvanece.

Conejos.

Una docena de conejos blancos, quizá más, observándome, esperándome en la entrada.

—Es el ángel de alas negras...

Los susurros van y vienen.

—Ya está aquí...

Aplauden en silencio, se abrazan.

—¡Bienvenida, Isabelle!

—Shhh... No le hables así, es la reina.

«Es la reina. Es la reina».

Las enormes puertas se abren, entramos. No tengo tiempo de mirar, de capturar cualquier detalle que me ayude a descubrir dónde estoy, Charlie me guía hacia una escalera de

mármol. La baranda es dorada, ostentosa.

«¿Es una mansión? Aaron no tiene una mansión, al menos ninguna que yo conozca».

Mis pies pesados hacen el esfuerzo, pero la escalera se siente infinita. Luego del último peldaño, mis dedos acarician una alfombra mullida.

Avanzamos. Hay muchas puertas. Una, dos, tres, cuatro... Pierdo la cuenta. No puedo concentrarme.

Una habitación lujosa aparece frente a mis ojos.

—Este es tu cuarto, Isabelle. —Charlie me sostiene con más firmeza, intenta evitar el balanceo involuntario de mi cuerpo—. Y ellas son las hermanas Aria y Amy, las encargadas de tu cuidado. ¿Recuerdas lo que te dije?

Observo a las dos mujeres paradas al lado de un tocador dorado. Ambas tienen máscaras de conejo negro, el pelo oscuro y trenzado, la piel pálida, los ojos claros, una estatura similar, vestidos grises iguales.

—Chicas, háganla sentir como en casa. —Charlie acapara mi campo de visión—. Cielo, te dejo en las mejores manos.

La puerta se cierra.

Me tambaleo, soy sostenida inmediatamente por las hermanas que me acercan a la cama.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo —canturrea una de las dos—. Finalmente está aquí.

—Amy, compórtate.

«No. No lo intentes. Ni siquiera pienses en luchar, en escapar. Estás drogada. No sabes dónde estás, ni cuántas personas viven en esta casa. No sabes quiénes son, de lo que son capaces».

El abrigo abandona mis hombros, la máscara libera mi rostro.

—Ángel, recuéstate aquí.

—No soy... —*Sígueles el juego. Sígueles el juego*—. Gracias.

Mi espalda toca el colchón, se siente como una nube. Contra mi voluntad, mis músculos se relajan.

Unos dedos finos y fríos alejan el cabello de mi rostro, lo acomodan sobre la almohada.

—No sabes todo lo que preparamos para ti. Te hicimos la ropa más linda que jamás te hayas puesto y...

—Amy, deja de hablar, estás aturdiéndola. Tiene que descansar.

—Perdón por demostrar mi entusiasmo, Aria.

Cuchichean, pelean, pero mis párpados comienzan a cerrarse.

—¿Dónde...? ¿Dónde está... Aaron?

—El profesor te verá pronto, antes de tu gran noche.

—¿Mi... qué?

—Amy, cállate.

Escucho sus voces, pero no entiendo lo que dicen. Veo el elegante dosel de la cama antes de que todo se vuelva negro.

Alguien me observa. Lo sé, lo siento. Esa extraña y repulsiva sensación atraviesa el sueño, me despierta.

Está oscuro.

No me toma mucho tiempo entender dónde estoy, ya no hay residuos de la droga.

Mis dedos buscan un velador, lo encuentran, y la luz tenue y cálida ilumina la estancia.

Mi sangre se congela.

Un hombre vestido de esmoquin negro y máscara de conejo a juego está sentado en una silla de terciopelo rosa, las piernas cruzadas, estudiándome con sus ojos penetrantes.

No es Aaron, no es su físico, no es su postura.

Salto de la cama, me estampo contra la pared. Permanezco cerca del velador por si es necesario partírselo en la cabeza.

—¿Quién eres? ¿Qué... haces en la habitación? —*En tu habitación. Sigue el juego*—. En *mi* habitación. ¿Qué haces en mi habitación?

El conejo se levanta, se acerca con elegancia y, con un movimiento delicado, se quita la máscara.

—Buenas tardes, Isabelle. Soy Ethan. Es un placer conocerte, escuché maravillas sobre ti.

Mis huesos se derriten, no sé cómo me mantengo de pie.

Apenas reconozco al joven de jeans y camiseta que vislumbré aquella noche a través de las lágrimas.

—Ya nos conocimos, ¿no lo recuerdas? —No hay un solo atisbo de pánico en mi voz, pero por dentro estoy abrazándome en un rincón—. Aquella noche en el sótano.

Sonríe. Es una sonrisa perfecta, seductora.

La furia me consume.

Es él. Él arruinó la vida de Tyler, de Gael... Él ordenó que enterraran vivo a su hijo. *Su* hijo...

—En ese momento no sabía quién...

Mi puño se estrella contra su mandíbula, su sangre mancha mis nudillos. Sus dedos se entierran en mi muñeca, deteniendo el segundo golpe.

Lo que veo en sus ojos mientras me observa afloja mis rodillas: muerte.

—Tengo prohibido hacerte daño físico, Isabelle, pero nadie dijo nada sobre el daño emocional. —Suelta mi mano con

asco, agarra el pañuelo de seda bordó que lleva en el bolsillo de su traje y se limpia el labio partido—. Intentemos ser amigos por el bien de esta familia.

Mi pecho va a explotar, soy un animal salvaje y ver su sangre en mi mano solo me hace querer más.

—Mi moral no me permite ser amiga de alguien que abandonó a su hijo e intentó asesinarlo ocho años después.

—¿Hijo? —Dobla meticulosamente el pañuelo, lo guarda y pasa su lengua por el corte en el labio inferior—. No tengo hijos, Isabelle, y jamás los tendré. Ahora, pasando a lo importante —señala una caja negra con un lazo rojo colocada a los pies de la cama—, mi regalo de bienvenida.

Observo la caja, es grande y elegante como cada pieza de esta locura.

—No quiero regalos, *gracias*.

Su mirada marrón me rompe el cuello.

—Es de mala educación despreciar un presente, Isabelle.

—Es de mala educación enterrar vivo a un niño y secuestrar personas, Ethan.

Desafío. Todo lo que hay en sus ojos es desafío.

«Tienes que jugar. Tienes que jugar hasta que sepas cómo salir de aquí».

—Por favor —insiste—, me ilusiona mucho ver tu expresión cuando lo veas, saber si te gusta.

«¿Te ilusiona? Como si pudieras sentir, hijo de puta...»

Da un paso atrás, otro, me deja espacio.

Sin dejar de mirarlo me acerco a la caja, deshago el moño con desdén y quito la tapa. Las cuatro paredes de cartón caen revelando mi obsequio.

Fuego consume mi cuerpo.

Mi garganta se cierra.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

Mi estabilidad desaparece, caigo de rodillas.

—No...

—¿Te gusta? —Se arrodilla a mi lado, alza mi mentón, busca mi mirada—. Isabelle, tus ojos... Te emocionaste. Me hace tan feliz que te guste. Sé cuánto lo amas, y ahora lo tendrás para siempre.

Observo a Freud tieso sobres sus patas clavadas a una madera tallada con su nombre. Inerte. Sin vida. Sus ojos me miran, pero están vacíos.

—Debo decir que es uno de los especímenes más bellos con los que he trabajado...

Miro a Ethan a través de las lágrimas, me sonrío.

—¿Mataste a mi gato?

—*Inmortalicé* a tu gato. —Acaricia a Freud—. Míralo, joven, pelaje brillante, hermoso para el resto de la eternidad...

Me abalanzo sobre su cuerpo, las manos alrededor de su cuello.

—¡Hijo de puta! ¡Enfermo hijo de puta!

Hundo mis pulgares en su tráquea como Evans me enseñó una tarde después del *azul*, su rostro comienza a ponerse rojo.

—¡Enfermo! ¡Estás loco! Estás...

Un pinchazo en mi muslo derecho.

—¿Qué...?

Aprieto con más fuerza, sus ojos están vidriosos.

La habitación comienza a dar vueltas, mis manos se adormecen, pierden fuerza.

—¿Qué... me hiciste?

Mi espalda toca el suelo, Ethan domina mi cuerpo. Tose, recupera el oxígeno.

—No puedo lastimarte, Isabelle, pero tengo mis trucos. —
Alza una jeringa—. Recuerda mi ofrenda de paz, seamos amigos.

Una lágrima caliente se desliza por mi mejilla.

—Freud...

—Lo tendrás para siempre, Isabelle.

El cabello cae sobre su frente, su rostro comienza a desaparecer.

—¡Aria! ¡Amy!

Pasos.

—Freud...

La puerta se abre.

Saboreo el llanto, mis párpados se cierran.

—Prepárenla para su presentación, será esta noche.

La oscuridad me engulle.



NACÍ PARA MATAR

AARON

Infancia, aquel periodo dulce y lleno de inocencia, rebotante de risas, amor y aprendizaje, en el más idílico de los casos.

«Hábleme de su infancia, señor Jones», escuché esa petición una docena de veces. Todos creen que hay una gran historia detrás. Abuso, dolor, traumas. Pero la sorpresa se dibuja en sus rostros al oírme relatar mis primeros pasos en la vida. Fui un niño mimado que fantaseaba con la muerte. Ni más, ni menos.

Padres y abuelos excepcionales, amorosos. Hijo único, sobreprotegido. Hogar y economía estable. Educación privada. Caprichos, vacaciones. No fui vulnerado. No fui maltratado. No fui golpeado. No fui olvidado. No fui la regla, fui la excepción.

¿Asesino se hace o se nace? Un eterno debate, una pregunta que orbitó en mi mente desde que entendí qué era aquello que se apoderaba de mi cuerpo y mis pensamientos. Y encontré la respuesta a los diecinueve años cuando me sometí voluntariamente a un examen, cuando sostuve aquel informe mientras mi pulso se aceleraba hasta desaparecer. Tengo los genes CDH13 y MAOA, los genes del asesino. Soy por naturaleza propenso a la violencia, está en mi sangre. Nací para matar.

Siempre lo supe, algo oscuro vivía dentro de mí. No era como los demás niños. No pensaba como los demás niños. No sentía como los demás niños. No *sentía*. Las emociones eran un juego. Uno simple, uno que aprendí a dominar. Leí a la gente, observé sus expresiones y me volví un experto. Sabía cuándo estar feliz, cuándo llorar, cuándo reír, cuándo empatizar, cuándo... amar.

Una mañana gris un profesor dijo: “Puedes decir una mentira y sonar convincente, pero cuando *crees* tu mentira eres peligroso”.

Yo creí que sentía. Creí que cada emoción era verdadera y erizaba mi piel. Y mi piel se erizó. Y los demás lo creyeron. Y secaron mis lágrimas o rieron conmigo. Y allí, en ese instante, descubrí el poder que tenía.

Durante años y años la gente besó mis pies. Los inspiré, me inspiraron.

Fui ese niño que intentó reprimir cada impulso violento, aquella necesidad primitiva de herir. Acuciante, devoradora.

Fui ese preadolescente que acercó un vaso de agua a los agrietados labios de su abuelo y lo vio morir. Sostuvo su mano hasta que su piel perdió calor, miró fascinado cómo sus ojos perdían aquel brillo llamado vida. Fui ese que lo observó durante horas hasta que sus padres lo encontraron sin una sola lágrima en la mejilla. Fui ese que no pudo dormir y esa misma noche, mientras todos planificaban el entierro, robó al conejo del vecino, lo llevó al bosque y golpeó su cráneo con una piedra. Y se sentó sobre la tierra húmeda a mirar cómo agonizaba, cómo la vida abandonaba sus ojos, cómo perdían el brillo, igual que los de su abuelo.

Fui ese adolescente que asistió a misa con su familia cada domingo con la esperanza de que Dios escuchara sus plegarias y silenciara las voces en su cabeza, apagara las llamas, iluminara la oscuridad que bullía en sus venas. Y permaneció allí, a pesar de que su Dios no lo escuchó, observando,

aprendiendo, entendiendo que la religión era una farsa. Solo sed de poder, una manera de controlar a las masas, de controlarlo a él. La manera de asegurarse de que cada uno no fuera su propio Dios. Pero él no era vulgar, era especial. Él sabía cómo usar la vida a su favor. Y usaría la religión, sería el Dios de todas las almas como la suya.

Fui ese joven prodigio, brillante, elogiado y respetado por su comunidad. Voluntario en todas las actividades de caridad, educado, centrado, devoto, perfecto. Demasiado perfecto.

Pero también fui ese hombre adicto, impulsivo, descuidado, un monstruo. Sangré, grité, partí mis propios huesos. Noche tras noche, vida tras vida. Fue una tortura aprender a escuchar mis instintos, a silenciar mi cabeza, a saciar mis necesidades primarias sin dejar un río de sangre a mi paso.

La práctica hace el maestro, y *Dios* sabe cuánto practiqué... Hasta ella. Isabelle. Mi ángel de alas negras... Su voz me liberó, fue la bandera de la paz en medio de mi guerra. Y hoy recojo los frutos.

Miro alrededor, mi pecho se comprime. Mujeres, hombres, niños, adolescentes... Mi familia. Almas como las mías, únicas, incomprendidas.

—Profesor.

Desvió la atención de los preparativos, me centro en el elegante caballero.

—Querido Ethan... —Ladeo la cabeza, inspecciono sus facciones—. ¿Qué le pasó a tu boca?

Se pasa el pulgar por el labio partido, niega.

—Isabelle no estaba de ánimos para visitas.

Sonrío.

—Es un fierecilla, no subestimes su tamaño.

Ethan acomoda su moño, se alisa el traje, evade mi mirada.

—¿Cree que lo logrará, profesor?

Aprieto su hombro, lo miro con seguridad.

—Isabelle no es lo que parece, Ethan.

Suspira, peina su perfecto cabello.

—No quiero... contradecirlo, profesor, pero da la impresión de que no podrá adaptarse. Quizás este no es su... lugar, quizás ella no sea como nosotros.

Niego, palmeo su pecho.

—Esto —señalo alrededor, a nuestra familia— es exactamente lo que necesita.

Ethan inhala profundo y asiente, pero hay duda en sus ojos. Necesita tiempo. Todos necesitamos tiempo.

—Lo tengo todo organizado. Charlie está encargándose de los últimos preparativos, estará todo listo a tiempo. La gente está eufórica, incluso llegaron familiares de París y España solo para verla.

La noticia pone una sonrisa en mi boca.

—Gracias, Ethan. Sabes que no sé qué haría sin ti... —Quito una pelusa invisible de su esmoquin—. ¿Alguna novedad sobre tu hermano y el doctor Francis?

Adopta una postura aún más impecable, niega.

—Nada por ahora. Francis probablemente esté muerto. Charlie lo dejó herido de gravedad, no creo que haya sobrevivido a la búsqueda. Con respecto a Gael, lo único que le importa es Tyler. Si el niño lo logró, no se despegará de él.

—Eso no quiere decir que no volvamos a saber de él...

Una mirada de mi estudiante de oro, no hay rastros de aquel joven vulnerable y solitario que conocí.

—Isabelle no significa nada para él, sabemos que se acercó a ella por información.

Arremango mi camisa, saludo a unos conejos blancos.

—Yo no estaría tan seguro, Ethan... De todas formas, no olvidemos que la venganza es una emoción dominante.

—Lo sé, lo tendré vigilado.

Le regalo todo lo que quiere: una palmadita y mi aprobación.

—Excelente. Voy a hacerle una visita a mi esposa antes de su gran noche.



EL BAUTISMO DE LA REINA

ISABELLE

No soy la que me devuelve la mirada en el espejo. El último vestigio de mi esencia se pulverizó cuando crucé el umbral del infierno.

—Un poquito más de rubor... —canturrea una de las hermanas, mientras la otra se ocupa de mi cabello, ese que ya no es rubio, ni corto.

Me observo, me estudio, me busco. ¿Dónde estoy? Atrapada en esa piel que tres años atrás me vio morir en aquel sótano.

—Lamento haberte teñido el cabello mientras dormías, pero Ethan dijo que no me dejarías hacerlo y el profesor me lo pidió. A mí, ¿entiendes? Especialmente a mí.

Entierro las uñas en mis palmas, intento dominar la ira, dormir al pánico.

Ethan... Ese hijo de puta me drogó. ¿Cuántas veces más van a sedarme? ¿Qué me harán mientras duermo?

—Estoy segura de que Isabelle entiende... —agrega la más seria—. Además, su color natural le queda tan bonito como el rubio.

«Respira. Ni un solo movimiento en falso hasta saber cómo salir de aquí».

Coloca las ondas suaves sobre mi pecho, quita algunos mechones del semirrecogido y los deja enmarcar mi rostro.

«No muestres emociones».

Observo el tono castaño, las extensiones hasta la cintura. Soy la Isabelle que conoció, la que se sintió segura entre los brazos del Diablo, pero sin una pizca de inocencia.

—¿Dónde está el perfume, Aria?

Mientras el par de psicópatas termina de jugar con la muñeca, me evado. Mi mente se adentra en terrenos más oscuros que el alma de esta casa. Y allí, entre las sombras, está Evans. De rodillas, el rostro bañado en lágrimas, la mirada perdida, una promesa en sus labios.

«Voy a encontrarla, doc. Lo prometo».

Sé que aferrarme a aquel gesto de abrumadora gratitud es cavar mi propia tumba. Si alguien va a sacarme de aquí, seré yo. El papel de víctima nunca me quedó bien. Soy el héroe de mi propia historia o no soy nada.

Mi pulso se acelera con cada pregunta que explota en mi pecho.

¿Tyler está vivo? ¿Y Francis? ¿Su hija está aquí? ¿Qué fue de Matt? ¿Y Nick? ¿Quién va a consolarlo cuando descubra lo que sucedió? ¿Ya lo sabe? Freud... ¿Cuánto sufrió en manos de Ethan? ¿Cómo acabó en su poder?

—¡Ya estás lista!

Parpadeo, dejo que las voces y las sonrisas de las hermanas me arrastren.

La más entusiasta me tiende la mano, la observo y me pregunto cuántas vidas habrá quitado con ella. Reprimo el asco, acepto la ayuda que no necesito para ponerme de pie.

—Por Dios, estás deslumbrante...

¿Dios? ¿Esta gente habla en nombre de Dios?

Contemplo el delicado y majestuoso vestido negro que se funde con cada curva de mi cuerpo y cae como un susurro de muerte a mis pies. Pedrería en el pecho, tul y seda en la falda. Es imponente. Es una noche estrellada en el fin del mundo.

—¿Te gusta, ángel? Nos costó dos meses de trabajo, tardamos en conseguir las telas perfectas y tus medidas.

Cierro los ojos, no quiero saber cómo consiguieron mis medidas.

—Te sienta como un guante, Isabelle. Vas a brillar esta noche.

Rechazo mi reflejo, enfrento a esos dos pares de ojos ansiosos. Ya no hay máscaras, puedo ver cada uno de sus rasgos, memorizarlos. Piel tersa y pálida, facciones inocentes...

—¿Qué pasa esta noche?

—¿Charlie no te lo dijo? Es tu bautismo. Estamos todos tan...

—¡Amy! —Su mano se cierra alrededor del brazo de su hermana—. ¿Qué te dije sobre hablar de más?

—¿Bautismo? ¿Qué bautismo?

Tres golpes en la puerta.

Se abre.

El bártro me traga.

Las hermanas salen como si la habitación estuviera en llamas.

Los pasos del monstruo retumban en el silencio.

El corazón se acurruca en mi garganta.

—Buenas noches, Isabelle. —Su mirada satisfecha se deleita con mi aspecto—. Estás particularmente hermosa esta velada.

No puedo moverme. No quiero respirar.

—Espero que todos estén tratándote con el respeto y la adoración que mereces.

Mis piernas tiemblan, pero me digo que soy de hierro. Me prometo que este hijo de puta no me verá derramar ni una sola lágrima.

—¿Dónde estoy?

Una sonrisa lobuna y seductora enaltece sus rasgos.

—Donde siempre debiste estar, Isabelle, en casa.

Me esfuerzo por controlar el ritmo de mi respiración, disminuir las notables y bestiales elevaciones de mi pecho.

—¿Qué hago aquí, Araron? ¿Cuál es mi papel en tu retorcida historia?

Se mira al espejo, acomoda su traje negro.

—Lo descubrirás esta noche, Izzy. —Gira, vuelvo a ser objeto de su atención—. Lo único que quise siempre fue hacerte feliz, Isabelle, y aquí tendrás todo lo que anhelas.

Furia. Furia pura y destructora rasga mi carne, se mete en mis huesos.

—¿Crees que vivir con un grupo de asesinos es lo que siempre anhelé? Te sobreestimas cuando piensas que me conoces...

Niega, da un paso al frente.

—Suplicaste amor toda tu vida, Izzy. Aquí todos te aman.

Mi piel se eriza, mis entrañas me gritan que le desfigure la cara. Aprieto la mandíbula hasta que duele.

—Voy a decírtelo civilizadamente antes de perder la compostura, no soy como ustedes. No quiero su amor. Este no es mi hogar. Si me dejas ir, puede que no te arranque los ojos.

Una risa grave, segura, tirana.

—Te pareces más a nosotros de lo que crees, Isabelle, solo que aún no quieres verlo, pero, tarde o temprano, aceptarás tu naturaleza. Y presiento que será más temprano que tarde. — Estira su mano con delicadeza, pero me alejo—. No voy a hacerte daño, Izzy. Jamás te tocaría sin tu consentimiento. Solo quería ver tu cabello. Luces como el día en que te conocí...

Mi labio inferior tiembla, no sé qué hacer para disimularlo.

—¿Qué... esperan de mí? ¿Qué pasa esta noche?

Una sonrisa de costado, un gesto tierno si no viniera del amo de mis pesadillas.

—No me corresponde a mí decirlo, Isabelle, no cuando una multitud te espera ansiosa. —Mira alrededor—. En cinco minutos vendrán a buscarte.

Me da la espalda, se aleja.

—No intentes nada estúpido, Izzy —advierte y cierra la puerta.

Rodeo mi garganta, ahogo el llanto. Paseo por el cuarto con piernas de plumas, intentando pensar, dominar la ansiedad, ser racional. Esa es mi única arma ahora mismo, mi cabeza. No soy Isabelle, soy la doctora Brown. Conocimiento, esa es mi ventaja. Estoy rodeada de gente que padece todo tipo de trastornos. Trastornos que conozco muy bien.

Todo está claro y eso me aterra. Tengo dos opciones: resistirme o dejarme domar. Si me resisto, la voy a pasar mal.

«Tengo prohibido hacerte daño físico, Isabelle, pero nadie dijo nada sobre el emocional».

Si me dejo domar... Si les sigo el juego, si les hago creer que, a pesar de mi reticencia, podría encajar aquí...

«Te pareces más a nosotros de lo que crees».

Tiempo. Solo necesito tiempo. Conocer cada recoveco de esta mansión, estudiar la organización y el funcionamiento de

este culto, la distribución de poder, ganarme la confianza de todos. Esa es mi única vía de escape en una sola pieza.

Fundirme. Encajar. Convertirme en lo que esperan.

¿Qué estoy dispuesta a perder por libertad?

La puerta se abre, las hermanas entran. Llevan túnicas rojas y máscaras de conejo negro. Las reconozco solo por las trenzas.

—Por... ¿Por qué se cambiaron de ropa?

—Así nos vestimos para las ceremonias, las túnicas nos igualan. Aquí somos todos iguales.

—¿Y las máscaras? ¿Por qué hay conejos negros y blancos?

—Porque...

—El profesor te explicará todo lo que quieras saber cuando sea el momento, Isabelle —masculla Aria, interrumpiendo a su hermana, dejándome muy claro a quién tengo que convertir en mi aliada—. ¿Estás lista?

—No puedo estar lista si no sé para qué debo prepararme.

Aria suspira, Amy se acerca.

—Vamos, ángel. Todos te esperan.

El mundo pierde color mientras atravieso el pasillo, solo queda el sonido. Voces. Muchas voces.

No sé qué estoy haciendo, pero sé que cada paso es una sentencia. Estoy sellando mi destino.

—Espera aquí —susurra Amy.

Una campana suena, el eco se esconde en cada esquina.

El murmullo cesa.

—Familia —la voz de Aaron eriza mi piel, cierra mis ojos —, el momento que llevamos años esperando ha llegado. Esta noche somos más fuertes. Esta noche estamos más unidos.

Vitoreo, risas, aplausos.

—Hoy revive un pedazo de nuestro corazón... ¡Familia, la reina está en casa!

Llamas. Llamas lamen mis piernas, me consumen.

—Ahora, ángel.

Alzo la vista, dos conejos asienten.

—Ahora, ahora.

Un empujoncito suave en la espalda y piso el primer escalón.

El tiempo deja de existir, se va de la mano con todo lo que fui.

Desciendo. Con la cabeza en alto, la mente dormida y el cuerpo prendido fuego, desciendo a las profundidades del averno.

Silencio. Solo se escuchan mis pasos sentenciando a muerte al fantasma de Isabelle Brown.

Llego al último peldaño, mi mirada fría escanea el salón. Docenas de conejos blancos y negros se arrodillan a mis pies.

Y lo entiendo todo.

Y estoy muerta.

—¡El ángel de alas negras está en casa! —La voz de Aaron quiebra mis huesos.

—¡El ángel de alas negras está en casa! —Docenas de gargantas, una voz.

Aaron comienza a pasear entre los fieles de rodillas, acariciando cabezas, palmeando espaldas.

—En esta familia somos todos iguales. Ninguno es más, ninguno es menos. Todos somos importantes, únicos, especiales. —Mi exesposo sonrío, me señala—. Isabelle no es la excepción, es como cada uno de nosotros. Por eso, será

bautizada.

Mi mano se aferra a la baranda, mis piernas pierden aquel dejo de estabilidad mientras el silencio me asfixia.

—El bautismo es sacrificio. Es entregarse a una causa, es respeto y devoción. —Mi vista se nubla, los zapatos de Aaron se acercan a mí—. Dios sacrificó a su propio hijo para liberar de los pecados al hombre. ¡Y nosotros seguimos su ejemplo!

Los gritos de aprobación inundan la estancia, pero nadie mueve un solo músculo. Todos continúan en completa sumisión, arrodillados a mis pies.

—Sacrificio en nombre de la absolución, de la redención, de la paz eterna... ¡Somos guerreros de la salvación! ¡Somos los elegidos y los que elegimos a quién salvar! ¡No hay libertad sin sacrificio!

—¡No hay libertad sin sacrificio! ¡No hay libertad sin sacrificio! ¡No hay libertad sin sacrificio!

El monstruo se detiene a mi lado, sonrío.

—Familia, hijos, hermanos, amigos... ¿Quién quiere ser la ofrenda de Isabelle?

Cada uno de los conejos se pone de pie, tiñendo la noche de túnicas rojas.

—¡Yo!

—¡Yo! ¡Isabelle, por favor, escógeme!

Mis ojos aturcidos van de una máscara a otra.

—¡Quiero ser su ofrenda, mi reina!

—¡A mí! ¡A mí!

Niego, retrocedo instintivamente.

—¡Aquí, Isabelle! ¡Por favor!

—¡Isabelle, será mi honor!

Aquellos ojos claros que una vez amé aparecen en mi

campo de visión.

—¿Lo ves, Isabelle? Todos te aman tanto que dar su vida por ti sería un honor... Elige, Izzy. Escoge tu ofrenda.

Niego. Las lágrimas nublan mis ojos, pero no se derraman.

—No... No voy a... No voy a matar a nadie. ¡Estás loco!
—Lo empujo, perdiendo por completo el control, olvidando el rol con el que pretendía salir de aquí—. Déjame ir, Aaron. Por favor, si alguna vez realmente me amaste, déjame ir.

Sus manos peligrosas acunan mis mejillas, me sostienen con mortífera adoración.

—Porque te amo estás aquí, Izzy. Tenemos la familia que siempre quisimos, reinaremos juntos esta tierra libre de falsedad y prohibiciones.

Arranco sus manos de mi piel e intento subir la escalera, pero sus dedos se entierran en mi brazo.

La vida se ralentiza mientras Ethan camina entre los conejos como un dios de la muerte.

—¿Qué...? ¿Qué está haciendo?

El hermano de Gael elige, dos conejos blancos y uno negro se ponen de pie.

—Sé que es difícil para ti, Isabelle, así que escogí por ti. Ahora, tú decides. —Señala a los conejos que esperan ser elegidos—. O eliges tu ofrenda o pruebas que eres especial en el primer círculo.

Mi garganta se cierra.

—¿El... primer círculo?

—Ethan. —El tono de voz de Aaron es filoso.

Un juego de miradas, un desafío implícito.

—¿No somos todos iguales, profesor? —Guarda las manos en los bolsillos de su esmoquin, me sonrío—. Son las reglas...

—¿Qué reglas?

Los murmullos se apoderan de la sala como un cáncer silencioso.

—¿Crees que la reina irá al primer círculo?

—Yo creo que lo logrará.

—No lo sé, parece débil...

Ethan le quita la máscara al primer voluntario, un hombre moreno y mayor se esconde debajo del conejo blanco.

—Te lo explicaré, Isabelle —dice, moviéndose al conejo negro—. Tenemos un rito sagrado de iniciación: el bautismo. Es tradición. Cada persona que forma parte de esta familia pasó por él. —La segunda máscara desaparece, un joven pálido me hace una reverencia—. O tomas ese cuchillo y das tu ofrenda —casi susurra, señalando un atril al fondo de la habitación— o te sometes al primer círculo: el limbo. Allí, la verdad no puede ocultarse. —Se detiene frente al tercer conejo, me sonrío—. Allí, o matas o mueres.

La última máscara cae.

Mi pulso se pierde en el tiempo.

El mundo se desdibuja.

—¿Madie?



¿QUIEREN UNA REINA?

ISABELLE

Aquel par de ojos que amé lacera mi alma.
Aquellos brazos en los que me refugié son una trampa.

—¿Mad? —el susurro es agonía—. ¿Tú...?

Una sonrisa genuina curva sus bellos labios, esos que besaron mis mejillas y pronunciaron palabras de aliento en cada recaída.

—Estoy tan feliz de que estés en casa, Belle.

La mansión da vueltas.

—Izzy, escoge quién de los tres tendrá el honor de ser tu ofrenda.

Voces.

Náusea.

Miradas.

«Madison me traicionó».

—Si no eliges, Isabelle, Ethan lo hará por ti.

Mis piernas se aflojan, el vestido me aprieta, la verdad me asfixia.

—Escoge en tres, dos, uno...

Silencio.

«No está pasando. No está pasando».

Una mano se posa en mi hombro, encuentro la sonrisa condescendiente de Ethan.

—Es abrumador la primera vez, lo sé. No te preocupes, querida Isabelle, elegiré por ti. —Su asqueroso toque desaparece, mi mirada aturdida sigue su andar elegante—. Madison será tu ofrenda.

La historia se detiene en su voz, mi existencia colapsa.

—¡Madison Ferris nos honrará con su vida!

Madie sonríe ampliamente cuando la multitud aplaude y la felicita.

—¡Nuestra reina la liberará de su sufrimiento, de toda sombra de pasado y tortura! Madison será liviana como el viento, paz abrazará su corazón... ¡Le otorgará la libertad divina!

El vitoreo sediento de sacrificio cierra sus manos alrededor de mi garganta.

Busco los ojos del Diablo.

—¡No hay libertad sin sacrificio! ¡No hay libertad sin sacrificio!

—¡No voy a matar a nadie! —Mi voz es el fantasma después de la guerra, solo que esta aún no ha comenzado.

La euforia calla.

Ethan camina hacia mí, es un lobo que juega con su presa.

—Entonces, querida Isabelle, si esa es tu última palabra, tendrás que enfrentarte al primer círculo... ¿Verdad, profesor?

El rostro de Aaron es una hoja en blanco, no hay expresión, no hay palabras. Sigo el movimiento de su nuez de Adán al tragar, la tensión visible en sus hombros.

—Es... —mira alrededor, a la gente esperando su aprobación— verdad. Son... las reglas, Isabelle. Es tradición.

Lava. Mi sangre es lava burbujeante.

Me abalanzo sobre el monstruo que me juró amor eterno.

—¡Enfermo! ¡Enfermo hijo de puta!

Mis uñas se entierran en su cara, pero el placer de lastimarlo dura poco. Unos brazos se apoderan de mi fuerza, se adueñan de mi equilibrio, me separan del objetivo.

—¡No voy a matar! ¡No soy como ustedes! ¡Enfermos!
¡Están todos enfermos!

Pataleo, hundo mis codos en un abdomen duro, grito, balbuceo. Soy la viva imagen de una posesión demoníaca.

—¡Suéltame!

—Charlie, enciende el círculo. —La orden de Ethan es letal—. García, acompaña a la señorita Madison.

El apellido me hace temblar.

Ácido trepa por mi garganta.

¿García? ¿Mi... García?

Dos conejos rompen la perfecta línea de soldados.

—¡García!

El conejo negro detiene sus pasos, se quita la máscara.

El mundo se vuelve más macabro.

—Es un placer tenerla en casa, señorita Brown.

Se coloca la máscara y se aleja con Madison.

—No...

Madison. García. Las notas, las flores, la cámara, la fiesta...

Los ojos del monstruo bloquean mi visión.

—Izzy, mi amor, lo harás bien. —Borra una lágrima de mi mejilla, intento alejarme, pero los brazos me sostienen con más fuerza—. Solo recuerda que es tu vida por la que estás peleando.

Niego una y otra vez mirando alrededor, alerta, aturdida.

—No voy a matar. No voy a matar a Madison. ¡No soy una asesina!

Aleja el cabello de mi rostro, me sonrío con dulzura enfermiza.

—Todos somos asesinos, Isabelle, si nos hacen caminar por la cornisa.

Un beso en la frente, una orden silenciosa y me arrastran. Me arrastran entre la multitud de conejos. Soy una lágrima negra en un mar de sangre.

Atravesamos el salón, los gritos me desgarran la garganta. No tengo fuerza. No soy nada. Dejé de existir cuando esa máscara cayó y los ojos de Madison me encontraron.

Una ráfaga de viento eriza mi piel cuando la puerta se abre.

Árboles. Cientos, miles de árboles. La casa está rodeada, el predio es enorme.

Grito. Suplico auxilio, aunque sé que nadie va a escucharme. Aaron no es estúpido, este lugar no existe.

La luz anaranjada del fuego me encandila.

Mis zapatos de taco se entierran en el pasto. Dejo de forcejear con los brazos que me sujetan, solo observo.

Un círculo. Docenas de antorchas forman un círculo en medio del bosque.

Los conejos se acercan, son un ejército de túnicas rojas. Rodean la circunferencia de fuego, las llamas dibujan sombras en sus máscaras.

A través de la humedad de mis ojos veo el desenlace de

esta noche.

«No es real. No es real. No es real».

Allí, a lo lejos, Aaron susurra al oído de Madison. Ella asiente, Ethan estudia la interacción con mirada de halcón.

La tensión envenena el aire.

Un bombo suena. Una vez, dos, tres, el ritmo es lento y doloroso.

El silencio camina entre nosotros.

Madison entra al círculo, se quita la túnica, se descalza.

Me arrastran. A pesar de que me resisto con fuerza desconocida, me arrastran hasta que el círculo me engulle. Bailo sobre mis piernas tontas mientras recupero el equilibrio, es entonces cuando la vida se detiene.

Cadenas, cuchillos, palos, navajas, espadas. La tierra está cubierta de armas.

Miro alrededor, no hay una sola parte de mí que no esté temblando.

—Esta noche, familia, la reina nos honrará con su ofrenda o... morirá en el primer círculo —Aaron recita cada palabra como si fuera poesía—. Que la verdad hable. Que abrace su naturaleza.

—¡Qué abrace su naturaleza!

Corro, intento escabullirme entre las antorchas y romper el círculo, pero los conejos son un muro.

Estoy atrapada.

Estoy condenada.

«Matar o morir».

—Belle.

Un paso al frente, otro atrás. El corazón bombea en mi garganta.

—¿Belle?

Sigo la voz de Madison, el fuego se refleja en su mirada húmeda.

—Será más fácil para las dos si eliges un arma y acabas con mi sufrimiento.

Se acerca, me alejo.

—¿Sufrimiento? ¿De qué sufrimiento estás hablando? ¡Tu vida es perfecta! Eres exitosa, independiente, tienes padres que te aman, un prometido que...

«Logan».

Estudio cada máscara como si pudiera ver a través de ellas.

—Hay cosas que no sabes, Belle... Hay algo en mí, algo que duele cuando lo rechazo, algo que necesita salir, algo que solo entendí cuando Aaron me dio la mano.

Niego. No quiero llorar, pero no puedo evitarlo.

—¿Por qué? ¿Por qué no me contaste cómo te sentías? ¿Podía ayudarte! ¿Por qué fingiste? ¿Por qué no fui suficiente para que me eligieras a mí en lugar de a él?

Soy vulnerabilidad tibia y herida mientras espero una respuesta que junte mis pedazos.

Madison se agacha, recoge una gruesa y larga cadena, la enrosca en su mano y costea el círculo.

—¿Fingir? No entiendes nada, Belle... Jamás fingí. Eres mi mejor amiga, te amo con todo mi ser. —Señala alrededor, hay orgullo en su sonrisa—. Como todos ellos. ¿No lo entiendes? Esto es por ti. Todo esto es por ti. Para ti.

Retrocedo, soy la presa asustada.

—Estás loca.

—Una afirmación poco apropiada viniendo de ti...

El bombo vuelve a sonar, retumba en mi cabeza.

—¡Qué la verdad hable!

—¡Qué abrace su naturaleza!

—¡No hay libertad sin sacrificio! ¡No hay libertad sin sacrificio!

—Déjame ser tu ofrenda, Belle.

Niego.

El fuego, los gritos, las máscaras. Todo me asfixia. El círculo me traga.

—No voy a matarte.

—Para mí sería un honor morir en tus manos.

—Por Dios... —Sujeto mi garganta, la tierra está al revés —. ¿Qué estás diciendo? ¿Te oyes?

Madison se acerca, la cadena arrastrándose a sus pies.

—¿No morirías por Nick, Belle? ¿No darías tu vida por él sin dudar?

—Es... diferente. Esto, esto es una locura.

—La muerte es muerte, Isabelle. Las diferencias son excusas.

—Madison...

Un solo movimiento, la cadena es un látigo que golpea mi estómago y se roba las palabras. El dolor me pone de rodillas, no me deja respirar.

—Vamos, Belle, hazlo más fácil.

Entierro las uñas en la tierra. Quema. Todo quema.

—No... voy a...

Sus pies descalzos se detienen a centímetros de mi cuerpo lánguido.

—Solo una saldrá con vida de este círculo. Tienes que ser tú. Quiero que seas tú. —Su pie impacta contra mi cara, todo

se vuelve borroso—. ¡Pelea! ¡Que la verdad hable!

—¡Qué la verdad hable!

La sangre invade mi boca. Escupo, toso, me pongo de pie. Observo a la multitud expectante, sedienta.

«Tiempo. Necesitas tiempo».

—¡Quiero a... Charlie! ¡Elijo a Charlie!

Silencio.

La furia en los ojos de Ethan crepita más que el fuego en las antorchas.

—Perdiste tu oportunidad de elegir, querida Isabelle.

Cierro los puños, siento la tensión, mis venas a punto de estallar.

—¡Elijo a Charlie!

—Charlie no participa de las ofrendas.

Un juego de miradas y sonrisas, un desafío.

—¿No éramos todos iguales?

Su expresión relajada y caballerosa se transforma en furia contenida.

—Charlie es la mano derecha de Ethan, será su sucesor —interviene Aaron con el rostro pálido y la mirada perdida en mi labio partido—. Él, Ethan y yo no podemos participar de las ofrendas, somos quienes mantienen a esta familia unida.

Risa. Una carcajada histérica e incontrolable se apodera de mí, del momento.

—¿Esto es lo que defienden? —hablo con los conejos que permanecen como estatuas—. ¡¿Esta falsa moral?! ¿Están ciegos? ¡¿No ven cómo los usan a su antojo?! ¡¿Cómo manipulan la religión, sus creencias, a su beneficio?! ¡Si todos somos iguales quiero a Charlie en este maldito círculo!

Antes de que pueda volver a gritar, algo aprieta mi

garganta. Caigo hacia atrás, llevo las manos a mi cuello, toco la cadena.

No respiro.

Lucho, intento evitar que me arrastre. Que *Madison* me arrastre. Mad, mi mejor amiga. Mi hermana. Mi familia...

Me ahogo.

—¡Pelea, Belle! ¡Pelea! ¡Qué la verdad hable!

Me suelta.

Me aferro a la vida con cada bocanada desesperada.

Todo da vueltas.

Conejos. Fuego. Gritos.

«O matas o mueres».

No puedo. No puedo hacerlo.

Lucho contra mi propio cuerpo, intento asirme al presente y mantenerme despierta.

Me levanto, me quito los zapatos, siento la tierra fría.

«Es real. Madison va a matarte».

La busco, hay una súplica en mi mirada. Una súplica que ignora.

Suelta la cadena, se lanza sobre mí. Sus uñas arañan mi rostro, sus dedos tiran de mi cabello. Muerde. Muerde mis hombros, mi cuello. Es un animal.

—¡Madison!

—¡Pelea!

Otro golpe en mi boca. Saboreo la sangre, las lágrimas desdibujan su rostro.

—¡Te mentí! ¡Durante años te engañé! ¡Le conté a Aaron todo lo que hacías! ¡Le di fotos tuyas! ¡Llevé a Daniel a prisión para que lo conociera! ¡Amenacé a Francis! ¡Puse una

cámara en tu habitación! ¡Fingí mi secuestro!

Negro. Todo es negro.

Soy furia. Soy dolor. Soy la peor combinación.

Mi cabeza impacta contra la suya, el golpe la aturde. Giro, me coloco sobre su cuerpo y rodeo su garganta con mis manos.

—¿Por qué?! —Aprieto, su rostro se vuelve rojo—. ¿Por qué tú?! ¿Por qué lo hiciste?! ¿Por qué me hiciste esto?!

Soy lágrimas. Soy gritos. Soy recuerdos y traición.

—¡Confíé en ti! —Mis dedos se hunden en su garganta—. ¡Te amé! ¡Te amo como a una hermana!

El fuego consume mis brazos mientras aprieto hasta que sus ojos se llenan de lágrimas y su piel es un lienzo morado.

«Vas a matarla».

—¿Por qué?!

«Jugó contigo, con tu vida, con tu sufrimiento».

No se mueve, no pelea, no lucha por oxígeno, solo sonrío.

«Vas a matarla».

La suelto.

Aturdida me alejo, trastabillo con mis propios pasos.

—¡No voy a matar! —el grito corta mis cuerdas vocales—. ¿Escucharon?! ¡No voy a matar! ¡No soy como ustedes!

Madison respira como un animal herido, intenta ponerse de pie.

Busca a alguien entre la multitud, Aaron asiente con la cabeza.

Algo pasa. Algo está pasando.

El círculo se rompe, un altísimo conejo blanco entra. Agarra un palo de *baseball*, se acerca a Madie.

—No...

El primer golpe tritura su espalda, el segundo desarma sus rodillas.

—¡Va matarla, Isabelle! —la advertencia llega desde la multitud—. ¡Si no haces algo, va a matarla!

No tengo pulso.

No sé lo que hago, ni lo que siento.

Corro. Corro y salto sobre la espalda del conejo, que se deshace de mí como si fuera una mosca posada en su ropa. Caigo, el golpe seco me quita el aire. Toso, ruedo sobre mi cuerpo, me arrastro para alcanzar un chuchillo.

El sonido de los huesos de Madison rompiéndose quiebra los míos.

Mi mano tiembla, empuña el filo.

—¡Déjala!

Ignora mi orden, continúa golpeando el cuerpo inmóvil de Madison.

Me abalanzo sobre el conejo, pero su codo encuentra mi nariz antes de que pueda tocarlo. La sangre comienza a manar tibia como un presagio. Pierdo el equilibrio, mi campo de visión se oscurece. No veo el siguiente golpe, lo siento. Mi sien. Mi cabeza rebota contra el suelo.

«O matas o mueres».

Alguien se sienta a horcajadas sobre mí, rodea mi cuello con sus manos. Aprieta. La vida comienza a doler menos.

Si todo deja de doler, quizá podré encontrarme con Thomas, conocerlo...

«O matas o mueres».

—¡Qué la verdad hable! ¡Qué la verdad hable!

Sus dedos se entierran en mi tráquea. No sé de dónde

proviene el dolor. ¿Es mi nariz? ¿Es mi boca? ¿Es mi cabeza?
¿Estoy muriendo? Es agudo, punzante. Quema. Arde. Sofoca.

«Todos somos asesinos, si nos hacen caminar por la cornisa».

El conejo me asfixia. Mis manos no tienen fuerza, no pueden luchar contra las suyas.

«Nicholas. Jamás volverás a ver a Nick. Va a perderte como perdió a mamá y a papá».

Mi boca se abre, pero el oxígeno no existe.

Lágrimas calientes nublan mi vista, la máscara comienza borrarse.

«Tus sueños. Tu vida».

Siento el rostro a punto de explotar.

¿Es ahora? ¿Este es mi final?

«O matas o mueres».

Suelto su mano, dejo caer la mía sobre la tierra. Intento alcanzar el cuchillo.

«Voy a encontrarla, doc, lo prometo».

Siento el filo en la punta de mis dedos.

Abrazo la empuñadura.

Lo levanto.

Corto su garganta.

La sangre caliente baña mi rostro, tiñe mis párpados, mis labios.

Sus manos pierden fuerza mientras se ahoga con su esencia.

Lo empujo, rueda sobre su espalda. La vida que se escapa de sus ojos es la que inhalo con cada bocanada.

Su sangre se desliza por mi mentón, se pierde en el escote

del vestido.

Tiemblo. Grito. Me arrastro hasta su cuerpo inerte, entierro el cuchillo en su pecho. Una vez. Dos. Tres. No paro. La sangre me salpica el rostro, empapa mis manos. Siento cómo el filo atraviesa la ropa, la carne, los huesos. El alma. Mi alma.

El sonido del cuchillo entrando y saliendo del conejo es lo único que se escucha. Me detengo cuando mis brazos arden por el esfuerzo y caen flácidos.

Me levanto, la sangre es seda que cubre mi piel.

Suelto el cuchillo.

Alzo la vista, todos los conejos se arrodillan a mis pies.

¿Quieren una reina? Les daré una maldita reina.



HABÍA UNA VEZ...

ETHAN

El ángel de las alas negras luce como un demonio. Parada sobre sus piernas inestables, el vestido roto, el rostro cubierto de sangre, la mirada perdida, es la viva imagen de una pesadilla.

La reina dio su ofrenda, se ganó el respeto incondicional de sus súbditos. Isabelle Brown mató. Lo hizo para sobrevivir, sí, pero mató. Quitó una vida, abrazó su naturaleza. La verdad habló en el momento en que enterró el cuchillo en el pecho inerte de aquel hermano. Una y otra vez, sintió la sangre salpicar su piel. Eso no fue sobrevivir, eso fue oscuridad. Oscuridad que la reina abrazó por fin. Eso fue el ángel de alas negras del que el profesor tanto nos ha hablado...

El silencio impera, el orgullo prevalece sobre la sorpresa.

Los ojos de la reina están vacíos, Isabelle se fue muy lejos.

El murmullo comienza suave, se esparce como veneno mientras la reina roja mira sus manos.

—Te dije que iba a lograrlo.

—No, va a romperse, mírala.

Isabelle se deja caer sobre sus rodillas, le quita la máscara al conejo, observa el rostro sin vida de García. No hay gritos. No hay llanto. Solo sus ojos vacíos contemplando su ofrenda.

Alza el mentón, mira alrededor. Todos los conejos siguen a sus pies, incluido yo. Encuentra el cuerpo vapuleado de Madison, se arrastra hacia ella. La toca, la sacude, pero Madie ya no está con nosotros. Ya no sufre, es luz y paz.

Perdimos dos hermanos, ganamos una reina.

La soberana es una estatua de sangre, yace junto a su mejor amiga. El profesor se acerca con cuidado y coloca sobre su cabeza una delicada corona de lavanda.

—La verdad habló. ¡Larga vida a la reina! ¡Qué nos inspire!

—¡Larga vida a la reina! ¡Qué nos inspire!

—¡A festejar, familia!

Todos nos ponemos de pie, el festín comienza. Pero yo permanezco en mi lugar, observando hasta el último movimiento involuntario de Isabelle Brown.

¿Está rota? ¿Finge? ¿Es aquella oscuridad tan poderosa como el profesor cree? ¿Podemos confiar en ella? ¿Está lista para ser nuestra reina? ¿Para inspirarnos?

—Inesperado...

Desvió la mirada, Charlie observa el círculo de sangre. Mi piel se eriza solo con pensar que, si no fuera por la jerarquía, esa podría ser *su* sangre.

«Quiero a Charlie en este maldito círculo».

Las hermanas Aria y Amy levantan a la reina, se la llevan.

—Estás muy tenso. —Masajea mis hombros—. Vamos a divertirnos un poco, no todos los días tenemos celebraciones como esta.

Cierro los ojos.

Odio las fiestas, pero amo sus manos.

Dejo que me arrastre, rodeamos el primer círculo y regresamos a la casa. La música retumba en las paredes, la

vida se regocija en cada esquina. Aquí somos libertad, desenfreno. Aquí el pretender no existe.

La gente baila, salta, bebe, charla, besa, acaricia, ama.

No veo al profesor por ninguna parte.

Charlie masajea mi nuca, me acerca a su boca. Devoro sus labios con ansiedad, agotamiento y expectativa, ignorando el corte que me regaló Isabelle.

—¿Muy temprano para escondernos en tu habitación? — susurra.

—Tengo un asunto pendiente, Char.

Su lengua traza figuras en mi cuello, me endurece. Me enloquece.

—¿Es impostergable?

—Sí.

Acaricia el bulto en mis pantalones.

—¿Demorará mucho?

—Sabes que no me gusta que me controlen.

Se separa, me sonrío.

—Disculpe la imprudencia, señor White. Estaré esperándolo en su habitación para ser castigado.

Sonrío.

—Presiento que tendré que ser muy severo.

—No esperaba menos, *señor*.

Un último beso cargado de deseo, y atravieso la celebración camino a la habitación de las marionetas.

Amo el aroma que encierran estas paredes. Piel, carne, químicos, vida, muerte. Balance. Arte. Belleza.

Enciendo la luz, agarró mi delantal del perchero y un par de guantes nuevos. Me pongo el uniforme, prendo el

tocadiscos y Chopin endulza el aire.

El ritual comienza.

Saludo a la querida Rose, le pregunto a los demás cómo se está adaptando. Me dicen que todo marcha de maravilla.

—Señoras y señores, pronto tendrán dos nuevos amigos. Poseen una belleza admirable, ya verán. —Sonrío y me acerco a las camillas—. Lo sé, lo sé, también creo que son una elección estupenda.

Acarició el sedoso cabello de Kiara, contemplo su rostro. Es simétrico, perfecto. Una muñeca. Pero hay lágrimas en sus ojos, también en los de su hermano.

Verificó el suero de ambos; paralizados, pero conscientes.

—¿Por qué lloras, querido Matt? Están a punto de convertirse en arte, belleza inmortal, historia. ¿Entiendes lo afortunados que son? ¿Sabes la cantidad de gente que sueña con esto? Que paga por esto. Te sorprendería...

Dejo una caricia en su mejilla húmeda y colocó su cabeza de perfil, enfrentando los ojos despiertos de su hermana.

Rodeo la camilla de Kiara, quito la sábana blanca y expongo su precioso cuerpo desnudo.

—No vale cerrar los ojos, agente... Ah, cierto, no puedes. —Sonrío, niego—. No te preocupes, estoy seguro de que a tu hermana no le importa que la veas desnuda. ¿No es así, dulzura?

Maniobro su cuerpo hasta que descansa sobre su costado izquierdo.

—Sabes, querido Matthew, normalmente mientras trabajo me gusta estar en silencio, disfrutar de cada sonido, ese sonido tan único y especial que hace la piel al desprenderse de la carne. —Me tomo mi tiempo para escoger el bisturí, tiene que ser el indicado para su piel, perfecto... —. A veces solo permito que Chopin invada mis sentidos y forme parte del momento, pero en esta ocasión tan particular voy a hacer una

excepción, voy a contarte una historia. —Acaricio el filo de mi pincel, me acerco a mi lienzo—. Había una vez un joven incomprometido, poseedor de un talento que pocos apreciaban. El muchacho estaba lleno de sueños oscuros, pero de una increíble belleza. Sueños que solo una persona supo escuchar, comprender y compartir: un profesor de universidad. Aquel hombre de ideas magníficas notó que el joven era especial, único. —Hago una incisión a lo largo de su esbelta espalda, adorando cada curvatura—. Se acercó a él con la intención de debatir un fragmento de un ensayo en el que el joven expuso su alma sin coraza, entonces, el singular muchacho creyó que estaba en problemas. ¿En qué pensaba cuando habló de la muerte como una obra de arte en un escrito de Teología? Pero lo que creyó un problema no era más que la solución, la salvación. El profesor estaba maravillado con las ideas del joven, con su forma de ver el mundo, de comprender la vida y la muerte. —Los ojos del agente Matthew O'Connor son un espejo que captura la inmortalidad de su hermana—. Entonces, decidió que quizá podría compartir con él su secreto. No fue tan sencillo. El joven tuvo que ganarse la confianza del admirable profesor, demostrar que era digno. Pero cuando lo hizo, lo cobijó con sus brazos, le enseñó, tomó su mano y le mostró un nuevo mundo. Ese mundo, querido Matthew, es el paraíso en la tierra. —Una lágrima de desliza por la mejilla del inmóvil oficial cuando apoyo el bisturí y comienzo a despellejar a la dulce Kiara—. Desde ese día, el joven extraordinario y su profesor jamás se separaron. Empezaron juntos un camino de placeres y conocimiento, de libertad y naturaleza. Unidos formaron la familia con la que ambos soñaron, aquella donde podían *ser* sin ser juzgados. —Cierro los ojos, me embriago con el sonido que hace la piel al separarse de la carne—. Aquella donde todas las almas especiales, elegidas, podían saborear la libertad, dar rienda suelta a su creatividad, exponer su arte. Aquella familia con la que podían abrazar su verdadera naturaleza. —Suspiro, admiro el fino tono escarlata de la sangre—. Como verás, Matt, es una historia con un final feliz.

La piel se desprende con suavidad, es un manto de seda.

Desvió la atención de mis hermanos favoritos solo un instante para no ser un mal anfitrión.

—Odio verte así, atada y amordazada, pero no me dejaste opción... Te juro que conservo mis modales, fui bien educado. —Le sonríó a mi invitada—. Este momento es surrealista. —La piel de la espalda cae como una capa sobre los pechos de Kiara—. Siempre quise compartir esto contigo, enseñarte cómo se hace, siempre anhelé que pudieras entender mi arte, apreciarlo.... Presta atención, mamá, porque utilizaré una técnica nueva con el querido Matthew O'Connor.



NO VOY A JUGAR LIMPIO

GAEL

La máquina de matar está suelta, tiene sed de sangre, sed de venganza.

Hace tres días me enterraron vivo junto a Ty y Davis.

Hace tres días me arrancaron de los brazos a mi doc.

Hace tres días sueño despierto con el instante en que mis manos aprieten el cuello de Ethan y mi Glock ponga un agujero letal en la frente de Aaron Jones. Fantaseo con saborear cada segundo, mirarlos a los ojos hasta que el brillo se apague, hasta que ya no sean nada. Ni siquiera un recuerdo.

Contemplo su rostro inocente, dormido, agotado. Después de setenta y dos horas caóticas, rebosantes de emociones, estamos de vuelta en casa. Esa casa que fue vulnerada, esa cuyos recuerdos ya no serán solo dulces.

Tyler cambió la cama de hospital por la mía. No quiso quitarse mi buzo, tampoco dejó la seguridad de mis brazos. Volvió a ser un bebé, volvió a pedirme que deje la luz encendida. Ahora sabe que los monstruos son reales.

«Davis me dijo que tenía que ser valiente como tú».

Cierro los ojos, el suspiro no se lleva la presión en mi pecho.

Davis. Davis murió para proteger a mi hijo. Le dio su

oxígeno, le regaló su vida.

Jamás podré recompensarlo.

Mis dedos se pierden en el cabello fino y lacio de Ty. Está vivo, está conmigo. No tiene heridas graves, solo algunos raspones en los brazos. Sus pulmones están sanos, disfrutan del aire que jamás debió serle negado. Recibió asistencia médica y psiquiátrica. Los psicólogos del hospital dicen que será un camino largo y lleno de piedras, pero la mente de Ty también sanará. Eso espero, eso anhelo con desesperación.

Tres golpes suaves en la puerta, se abre lentamente. Kim aparece con una taza que pone en mi mano. Le agradezco en voz baja y sorbo café amargo.

—Está todo listo —susurra—. ¿Cómo vamos a conseguir que se despegue de ti?

Mi pulgar acaricia la tersa mejilla de Tyler mientras pienso.

—No lo sé...

Kim se sienta en la punta de la cama, nos observa. Hay lástima y profunda tristeza en sus ojos.

—¿Estás seguro de que esto es lo mejor? Te necesita más que nunca, Gael.

En la negrura del café, espeso como la sangre en la garganta degollada de Méndez, me pierdo.

—No puedo fingir que nada pasó y continuar con mi vida, Kim. Mi madre desapareció, Isabelle se sacrificó por Tyler. — Mi tráquea se cierra, respirar se volvió una odisea—. Tengo que encontrarlas. Tengo que encontrar a Ethan, y no puedo hacerlo si estoy preocupado por ustedes. El Programa De Protección a Testigos es la mejor opción ahora mismo. Fuera de este país, lejos de mí, ese es el lugar más seguro, Kim. Estar a mi lado solo los convierte en objetivos.

Mi boca calla, pero las palabras siguen amontonándose, asfixiándome.

La doctora se sacrificó por mí cuando se suponía que yo debía protegerla. ¿Dónde está? ¿Cómo está? ¿Qué le hicieron? ¿Qué le están haciendo ahora mismo? ¿Aún confía en mí? ¿Sabe que moveré cielo y tierra para tenerla de vuelta entre mis brazos? Las mismas preguntas que no dejan de repetirse desde aquella noche.

Y mamá. No puedo ignorar el presentimiento que hiela mi sangre. Ellos la tienen. Ethan la tiene. Lo sé. Sé que la quiere a su retorcida forma, siempre quiso ser el favorito...

—¿Crees que lo lograrás? —Alzo la vista, la lástima en la mirada de Kim me hace sentir más vulnerable—. Encontrarlas.

—Lo haré. Voy a hacer lo que tenga que hacer para traerlas a casa.

Kim juega con un hilo de la manta que envuelve a Ty.

—¿Y con Ethan? ¿Qué harás con él cuando lo encuentres?

Mi pecho se comprime al escuchar su nombre. Hay hielo donde debería reinar el calor del aprecio, del amor.

—Matarlo.

—Es... tu hermano, Gael. No podrás...

—Dejó de serlo cuando metió a Tyler en ese cajón.

El silencio es tenso, determinante, pero dice mucho hasta que el timbre lo interrumpe.

—Debe ser Estella. ¿Puedes quedarte con él? Necesito arreglar algunas cosas.

Asiente, y me pongo de pie. Separarme de Tyler me cuesta la vida, no sé cómo voy a soportar no saber dónde está.

«Es por su bien, por su seguridad», me repito hasta el cansancio.

Cuando la puerta de mi habitación se cierra, el peso del presente y el oscuro futuro se acomoda sobre mis hombros.

Voy a matar. Voy a matar a todo lo que se interponga en mi

camino hacia mi madre, hacia Isabelle. Voy a matar a Ethan. Voy a matar a mi hermano. Derramaré mi sangre.

El timbre suena otra vez.

De camino a la puerta no puedo evitar que mi reflejo en el espejo me detenga. Sin embargo, no me perturban las oscuras manchas debajo de mis ojos, mi barba descuidada, el cabello revuelto y la ropa informal. Este es el verdadero Evans. Esta es la máquina de matar.

Miro las cámaras de seguridad, no es Estella, es Nicholas Brown.

—Carajo...

Pude evitarlo en el hospital, los guardias de seguridad se encargaron de él cuando llegó e hizo un escándalo amenazando con matarme. Iba a hablar con él esta misma noche, pero no así. Quería hacerlo luego de que Estella me asegurara que puede darme lo que necesito sin condiciones éticas o morales.

Lo veo, luce tan o más desalineado que yo. Camina de un lado a otro y va solo, no hay rastros de sus guardaespaldas. Creo que así logra escapar de la prensa.

Aprieto el botón, la reja comienza a abrirse. Nicholas se adentra en mi jardín a paso decidido.

Me preparo para lo que viene, abro la puerta.

Su puño impacta contra mi mandíbula antes de que consiga ver su cara. Abrazo el dolor, lo merezco. Brown se abalanza sobre mí y ambos rodamos por la alfombra del *living*. Lo dejó golpearme, desquitarse.

—¡Debías cuidarla! ¡Tu trabajo era cuidarla! —Sus nudillos encuentran mi ojo izquierdo, todo pierde nitidez—. ¡Se suponía que eras el mejor! ¡Hijo de puta! ¡Confíé en ti! ¡Te confíé su vida!

Cuando sus dedos rodean mi garganta decido que es

suficiente. Un movimiento experto y recupero el control.

—¿Qué está pasando?!

Ladeo la cabeza, los ojos horrorizados de Kim observan la escena.

—Vuelve a la habitación, todo está en orden aquí.

Nicholas respira como un animal capturado, herido.

Kim duda, pero confía en mí y desaparece.

Escucho la puerta del cuarto cerrarse, aflojo el agarre.

—Si cree que podrá comportarse, tenemos mucho de qué hablar.

Una lágrima se desliza por su rostro colorado.

—Dejaste que se la llevaran... Ella confió en ti.

«Ella confió en ti».

Cada momento que compartí con la doctora desfila por mi mente. Es un segundo que se atora en mi garganta y no me deja respirar.

—Lo sé, por eso voy a encontrarla. Voy a matar a todo lo que se interponga entre su hermana y yo.

Suelto su camisa arrugada, me levanto y le ofrezco la mano. La mira con desconfianza, pero termina aceptándola.

—Tome asiento, Brown. ¿Algo de beber?

Nicholas se sienta en el sofá, la mirada húmeda clavada en la nada.

Me sirvo un vaso de *whisky*, le doy otro. Lo acepta sin decir nada, bebe el líquido ámbar de un solo trago.

El timbre suena.

Los ojos de Brown siguen cada uno de mis movimientos.

Es Estella, finalmente.

La reja se abre, la mujer cincuentona camina llevando su

característico maletín rojo.

—Luces peor de lo que imaginaba.

Pasa, cierro la puerta.

—Gracias, yo también me alegro de estar vivo.

La fachada fría e inquebrantable de aquella mujer, que me conoce tan bien, dura solo un segundo más. Apoya el maletín en el suelo, me abraza. Es un gesto fugaz, un instante de debilidad.

—Me alegra verte en una sola pieza.

Acaricia mi mejilla, se acomoda el traje y vuelve a ser la profesional distante de siempre.

—Señor... Brown. —Estella se sorprende ante lo que queda de Nicholas—. No sabía que usted también estaría presente en la reunión.

—No sé de qué reunión están hablando, pero espero que sea para encontrar a mi hermana.

—Siento lo de su hermana, Brown. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

—El señor Brown llegó recién —intervengo, sentándome en una punta del sillón—. Pensaba hablar con usted después de arreglar unos asuntos con Estella, pero creo que no es mala idea que esté presente teniendo en cuenta que necesito que forme parte de esto.

La mirada cansada de Nicholas se endurece al igual que su postura.

—Lo que sea. Dígame qué está planeando, Evans. Dígame cómo va devolverme a Isa.

Alejar el recuerdo de mis labios sobre el cuerpo desnudo de su hermana me cuesta más de lo que esperaba. No pude dejar de pensar en lo que sentí cuando hicimos el amor, en lo que siento ahora al imaginar que, quizá, jamás volveremos a hacerlo. Que, tal vez, Isabelle no podrá volver a amar.

Aprieto los puños, no puedo permitirme ser aquella fragilidad ahora mismo.

Estella toma asiento frente a nosotros, me observa, me analiza. Sabe lo que voy a pedir.

—Quiero mi propio equipo. A partir de hoy comenzamos una investigación paralela a la de Clarkson.

—¿Paralela? —Nicholas luce confundido—. ¿Por qué?

—Porque ya no podemos confiar en nadie. Porque no me fío ni de mi propia sombra, Brown.

—Gael, sabes que podrías perder...

—¿Mi trabajo? —la interrumpo—. ¿Mi puesto? ¿Mi reputación? Me da igual, Estella. Casi pierdo a Tyler, casi pierdo la vida. Si no fuera por Isabelle, ahora mismo estaría muerto.

—¿Si no fuera por Isabelle? ¿Qué está diciendo, Evans?

Suspiro, miro a Nicholas a los ojos.

—Su hermana se entregó para salvar la vida de mi hijo.

Su rostro palidece.

—Isa...

—¿Ahora lo entiende? ¿Entiende por qué estoy dispuesto a todo para encontrarla? Se lo prometí. Se lo debo.

Estella abre su maletín, saca una *notebook*.

—Dime qué necesitas.

Me desinflo.

—Un equipo completo: logística, *hackers*, asalto y táctica, todo. Y quiero a Vincent.

Sus ojos claros dejan la pantalla, tengo toda su atención.

—¿A... Vincent? ¿Estás seguro?

—Sí, lo necesito.

—Gael...

—Sin preguntas, sin peros. ¿Recuerdas? No voy a jugar limpio, Estella. Y mientras Tyler esté a salvo, no tengo nada que perder.

La mujer cierra los ojos, inhala profundo.

—Voy a contactarlo ahora mismo.

—¿Qué quieres de mí? —La voz de Nicholas suena más aguda—. ¿Cómo puedo ayudar?

—Sus contactos, eso quiero de usted. Juntos vamos a financiar esta operación. Voy a devolverle el dinero que pagó por mis servicios.

—Gael...

—Está decidido. —Estella niega en claro desacuerdo—. Mientras preparamos el equipo tengo un trabajo para usted, Nicholas. Necesito que me haga entrar a *Dolce Inferno*.

—¿*Dolce Inferno*?

—Por lo que pude averiguar, es una de las discotecas *gay* más exclusivas de Londres, conocida por su privacidad y fiestas exóticas. Pertenece a los hermanos Di Stefano, ellos manejan casi toda la prostitución masculina de Europa. Son dueños de un imperio, intocables. —Mi labio comienza a sangrar otra vez, lo limpio con el dorso de la mano—. Entrar en sus clubes no es fácil, tienes que ser miembro o tener una invitación directa. Necesito que use su posición y sus contactos para conseguirme esa invitación, Nicholas.

Continúa perplejo, desorientado.

—No entiendo qué tiene que ver un club homosexual y los hermanos Di Stefano con encontrar a Isabelle.

«*Dolce inferno*. Charlie dijo esa frase en italiano dos o tres veces...»

—Los hermanos no tienen nada que ver. *Dolce Inferno* es una pista, es nuestro camino. Confíe en mí, Brown. Sé lo que

hago. Consígueme esa invitación.

—Dalo por hecho. ¿Y ahora qué?

Miro a Estella, hablamos sin palabras.

—Ahora esperamos a que el baño de sangre comience.



EL MONSTRUO ESTÁ SUELTO

AARON

Seis años atrás

El alcohol pasa como seda por su garganta, la droga no tarda en acariciar su sistema. Su cuerpo cae lánguido entre mis brazos, que cosquillean estimulados por la anticipación. El antifaz de terciopelo negro sigue en su rostro, una máscara de cuero cubre el mío.

—¿Qué... quieres ahora?

El sexo fue brutal, como cada noche con cada una de ellas, pero necesito más. Necesito la adrenalina que endulza mi sangre cuando rodeo sus delicados cuellos con mis dedos y aprieto hasta que el ritmo de sus vidas se vuelve espeso, torpe, lento.

—¿Puedo ser honesto?

Una sonrisa falsa y adormecida curva sus carnosos labios.

—Conmigo... puedes ser lo que... quieras.

Cierro los ojos, inhalo aquella peculiar mezcla de libido, instintos y perfume barato.

—Quiero matarte, dulzura. —Su mirada confundida me busca, intenta moverse y fracasa—. Quiero acariciar tu preciosa garganta hasta que no recuerdes qué es el oxígeno. —Trazo la línea de su mandíbula con dedos ansiosos—. Y quiero

mirarte a los ojos mientras los sueños te abandonan y el mundo se apaga.

Se desespera por levantarse de la cama, pero el elixir que bebió con placer duerme sus músculos, la convierte en una presa preciosa, fácil.

—¿Puedo tener el privilegio, Pink?

Entierro los dedos en el cabello que le hace honor a su nombre, tiro suavemente, observo la lágrima que besa su piel.

Se retuerce entre las sábanas, pero sus piernas y sus brazos no funcionan. Tampoco su voz, ni la súplica silenciosa en su mirada.

—Prometo ser dulce, un artista...

Soy la sombra de la muerte sobre su cuerpo desnudo, me deleito con su alma a merced de mi oscuridad.

Acaricio sus pechos, asciendo hasta su cuello esbelto.

—Preciosa, pero dañada... ¿No estás agotada? ¿No quieres liberarte de la vida miserable y sucia que tienes? Podría ayudarte, sería tan fácil. —Mi pulgar dibuja la línea de sus labios, mi hombría y mi instinto se endurecen—. Todo dejaría de doler, encontrarías paz... ¿No quieres paz, Pink?

Su mirada húmeda está perdida en el bosque de mis deseos. Deseos oscuros, deseos que reprimo cada noche.

«Hazlo. Mira cómo te lo suplican sus ojos».

Rodeo su garganta, la adoro con mis manos, y el frenesí comienza. Lo siento, se adueña de cada una de mis células, me transforma, me consume.

Aprieto.

Su boca se abre, pero las palabras no tienen lugar en este oasis.

Entierro mis pulgares en su tráquea.

Sus mejillas florecen, se llenan de esa vida tan efímera.

—¿Qué sientes, Pink? —Mi voz es un susurro animal—.
¿Sientes cómo el dolor se desvanece? Cómo los problemas se
esfuman, cómo la vida se convierte en este instante de paz...

La felicidad de la liberación nubla sus ojos.

«Lo quiere. Lo desea».

Sé que tengo que parar. Es mi rutina, son mis reglas.
Siempre me detengo, siempre consigo dominarlo a tiempo,
reprimirlo, encarcelarlo. Pero no puedo. Esta vez no puedo
arrancar mis manos de su cuello.

«Hazlo. Libérala. Libérate».

Mi cuerpo entero comienza a temblar.

—Creo que voy a matarte, Pink...

La emoción que me posee desdibuja su imagen, aquella
que me acompañará el resto de mi vida.

—Finalmente voy a hacerlo...

La fuerza con la que aprieto su carne debilita mis brazos.

—Serás mi primera, especial para mí. Jamás podré
olvidarte...

Aprieto hasta que mi piel se funde con la suya y la vida
que le dice adiós a sus ojos me saluda.

Éxtasis. Poder. Liberación.

La sensación me devora, me nutre, me transforma.

Tiemblo, respiro como una bestia satisfecha sobre el
cuerpo inerte de la dulce Pink.

Maté. Lo hice. ¿Soy un monstruo?

«El monstruo está suelto».

El teléfono de mi habitación suena y suena hasta que una
voz contamina el ritual.

—¿Por qué mierda no respondes los mensajes? Hay fiesta,
ahora en la casa de Tommy. Va a estar lleno de estudiantes de

primer año, novatas lindas. Carne fresca para pasar la noche. No me dejes solo en esta, hace una semana no me revuelco con nadie. Necesito tu carisma, no me falles.

La voz desaparece.

Una fiesta. Justo lo que necesito. Una coartada. Gente. Mucha gente.

La música me ensordece, pero mis otros sentidos están atados a la dulce Pink. Mientras me abro paso entre los estudiantes, el alcohol, las risas y los besos apasionados, aún puedo sentir su cuello entre mis manos, su energía llenándome, consumiéndome, liberándome.

Tomo un vaso, bebo licor barato y observo la fiesta desde una esquina. Me mezclo con los demás. Soy todos, no soy nadie. Miro, pero no contemplo. Solo puedo pensar en Pink esperándome entre mis sábanas. Y ella es todo lo que ocupa mi mente, hasta que la música desaparece y una voz endulza mis oídos. Es la mezcla perfecta entre dulzura, pasión y convicción. La sigo, mis ojos se topan con el cabello castaño más sedoso que he visto y los labios rojizos más seductores e inocentes.

—¡Isabelle, mira esto!

La morena se da vuelta, la vida brilla en sus ojos verdes.

La adrenalina, que aún abraza mis venas, no se compara con verla sonreír.

«Mira ese rostro, ese cuello... Tu nueva obsesión».

Isabelle, Isabelle... Tengo que conocerte.



LO QUE SIEMPRE SOÑASTE

ISABELLE

El agua tibia se convierte en un mar rojo cuando la toco. Me sumerjo hasta que no siento las extremidades. Hasta que no siento. Tiemblo. Mi cabeza está llena de imágenes; mi pecho, de ese algo que me asfixia.

Maté. La sangre que se desliza por mi piel y tiñe la bañera es de García.

Madison iba a matarme, a morir por mí. Madison está muerta.

Saco las manos del agua, aún pintadas de vida. La sangre no se va, continúa besando mi piel. Jamás va a borrarse.

Todos somos asesinos...

Mi alma tiritita, y no hay calor capaz de entibiar este frío.

—Isabelle...

—Necesita descansar.

—Necesita comer. Hace un día entero que no come. Está ida.

—Amy, tenemos que darle tiempo. Está adaptándose. Recuerda lo que dijo el profesor en la fiesta: tiempo. Sigue en estado de *shock*, aún está abrazándolo.

—No creo que esto funcione, Aria...

—Que el profesor no te escuche. Debería darte vergüenza tener tan poca fe, dudar así de su palabra.

—Tienes razón. Por Dios, tienes razón...

Las voces se alejan, la puerta se cierra, todo se vuelve negro.

Me muero por probar su sonrisa, memorizar el sabor de sus labios.

—Azul...

Mi cabello fue hecho para deslizarse entre sus dedos; mi piel, para erizarse con su voz.

—Azul, doc, azul.

Es su boca la que prueba mi sonrisa, son sus brazos los que me hacen sentir en casa.

El beso se detiene antes de que consiga reconstruirme.

Sus ojos se llenan de lágrimas, me buscan confundidos.

—¿Evans?

—¿Por qué? —El susurro está lleno de dolor—. ¿Por qué, doc?

Doy un paso atrás, y con él me llevo el cuchillo que perforó su abdomen. Cuchillo que mi mano empuña.

Mis párpados se abren, estoy bañada en sudor gélido. Corro las sábanas.

Sangre. No hay sangre, mis manos están limpias.

«¿Por qué, doc?»

Me dejó caer sobre la almohada. El llanto no me deja respirar, pero no hay ni una sola lágrima en mi rostro.

La puerta se abre, una máscara de conejo blanco me observa.

El pánico ata mis piernas, mis brazos, me paraliza.

Cierra la puerta, se acerca a la cama. No quiero mirar sus ojos, pero no puedo cerrar los míos.

No encuentro mi voz.

No encuentro mi fuerza.

No encuentro motivos para seguir existiendo.

Se agacha entre las sombras, a mi lado, y se despoja de la máscara.

—No tenemos mucho tiempo, Isabelle. Escúchame, vamos a escapar.

Lo veo, lo oigo; sin embargo, no puedo reaccionar, asimilar.

«¿Es real?»

—Logan.

El colchón se hunde cuando apoya sus codos, acercándose con los ojos rojos bien abiertos.

—Sé que no confías en nadie ahora mismo, sé que estás aturdida, pero necesito que me escuches. Tienes que confiar en mí, necesitamos salir de aquí. —Una lágrima aterriza en su pómulo, se pierde en su barba incipiente—. Mataron a Madie. —Su voz se quiebra—. Le dije que estaban todos locos, pero ella insistió en que exageraba, en que solo debía conocerlos mejor.

No entiendo nada, solo puedo registrar mi corazón a punto de estallar en mi garganta.

«Necesitamos salir de aquí».

—¿Qué haces aquí?

Aprieta la máscara, ahoga un sollozo.

—Madison... Me dejé arrastrar. Todo comenzó como una aventura, una experiencia sexual. —La vergüenza abraza la

pena en su mirada—. Ella quería más, quería experimentar y... me habló de un instinto, algo oscuro, un deseo carnal. Me convenció, participamos de una orgía. Cedí por miedo a perderla y ya no tuve salida. Madison les había entregado su alma mucho antes que su vida, Isabelle. —La angustia lo ahoga—. Pero ahora... ella... Van a matarnos, tarde o temprano acabaremos como Madie. Tenemos que...

Unos pasos silencian su voz, consigue esconderse debajo de la cama antes de que las hermanas entren a la habitación.

—Qué bueno que estás despierta. —La sonrisa de Aria es inmensa, no puede augurar nada bueno—. El profesor tiene una sorpresa para ti. ¡Te va a encantar!

Amy abre el armario, saca una bata larga de satén negro.

—Vamos, vamos.

Me obligo a levantarme, sabiendo que no tengo opción y que Logan está escondido.

«No confíes en él. No confíes en nadie».

Me siento pesada sobre mis piernas débiles. Mi cuerpo vapuleado rechaza cada movimiento, las heridas de anoche aún sangran.

La delicada prenda cubre mi cuerpo, y salimos. No hago preguntas, sé que no van a responder.

Atravesamos los pasillos del lujoso caserón, pero algo comienza a oírse, algo que eriza mi carne: gritos. Gritos desgarrados de una mujer.

—¿Qué está pasando?

Las hermanas se cosieron los labios.

Mi paso es lento, no quiero acercarme. Los alaridos se vuelven más intensos, crudos.

Aria gira el picaporte dorado, entramos al corazón de la agonía.

Una habitación blanca y pulcra, una mujer dando a luz.

—Una vez más, cariño. Puja una vez más.

Un grito animal da paso al llanto de la vida.

No puedo moverme, no puedo pensar, actuar. Estoy en un limbo oscuro y frío.

Aaron. Aaron se levanta de un sillón, se acerca a la joven exhausta y besa su cabeza.

—Bien hecho, Carol. Estoy tan orgulloso de ti.

Lo único que siento es la lágrima que recorre mi mejilla y se pierde en mi cuello, lo único que veo es el rostro rojo del niño que le llora a la vida.

Una mujer envuelve al pequeño, se lo da a Aaron. El monstruo lo observa, le sonrío, me sonrío.

Se acerca.

El tiempo se ralentiza cuando pone al bebé en mis brazos.

—Para ti, Isabelle. Ahora tienes todo lo que siempre soñaste.



LOCO

GAEL

Me estoy volviendo loco. Los días pasan y no me enfrío, no puedo pensar racionalmente por más de cinco minutos.

Hace siete días que Isabelle está en manos de Jones y mi hermano.

Hace siete noches que la sueño. Su voz, sus labios, la súplica en su mirada.

«Sáqueme de aquí, Evans».

Restriego mi rostro, estoy agotado. No duermo más de dos horas desde que Tyler y Kim me dejaron. No sé dónde están, solo sé que seré la pesadilla de los agentes encargados de su seguridad si les llega a pasar algo.

Nicholas suspira por tercera vez, irrumpiendo el silencio, jugando con mis nervios. Tiene la ropa sucia y apesta a cigarro, necesita un baño tanto como yo necesito una noche entera de sueño.

Sigo pensando en la misteriosa desaparición de Freud. Revisé todas las cámaras apenas Brown me lo dijo, pero no encontré nada. Ni un solo rastro de alguien llevándose al gato; sin embargo, no soy tan ingenuo como para creer que simplemente se escapó. No ahora, no así.

—¿Por qué está tardando tanto? —es un susurro fastidioso—. Me dijo que llamaba en una hora, ya pasó una hora y media.

Me levanto del sofá, paseo por la sala de Nicholas Brown. Hay una foto de la doctora en cada rincón, me asfixio.

—Mantenga la calma, señor Brown. —Estella intenta poner paños fríos—. A veces las cosas... —El timbre la interrumpe, mi jefa mira su reloj de muñeca—. Debe ser Vincent.

El ama de llaves de Nicholas abre la puerta.

Un sonido que conozco muy bien llena la estancia, las pisadas de sus botas.

Pantalones negros, rotos en las rodillas, campera de cuero y su característico gorro de lana gris. Lleva el cabello castaño más largo, pasando los hombros, y la barba descuidada. Podría ser la imagen de Jesús, si no fuera por la sangre en sus manos.

Tira la mochila al suelo, se acuesta en el sofá.

—¿Cuándo es la fiesta?

Su actitud me demuestra que nada cambió, no tiene nada que perder. Sigue siendo el mismo demente que conocí hace dos años, ese que me sonrió en medio de un operativo que me hizo cagar en los pantalones y se metió a la boca del lobo sin chaleco ni nadie que cubriera su espalda.

Vincent lo perdió todo, está destruido. Vincent solo quiere morir, pero no tiene las pelotas para meterse el cañón de su Glock en la boca y volarse la tapa de los sesos.

Nicholas me busca con la mirada incrédula.

—¿Él es el famoso Vincent? ¿El hombre que Estella no quería llamar si no era estrictamente necesario?

—No se deje engañar por las pecas y los ojitos lindos, Brown. Es un demente, un kamikaze.

Vincent sonrío, hace una reverencia.

—Vincent —interviene Estella, mirando con desaprobación su forma de *sentarse*—, estamos esperando un llamado de confirmación y...

El teléfono de Nicholas suena, el mundo se detiene.

No oigo, no siento, no respiro, solo observo cómo se lleva el aparato a la oreja y su rostro demuda. Furia. Tristeza. Desesperanza.

Segundos, minutos, pierdo la noción del tiempo. Todo está paralizado, hasta que estrella el celular contra el suelo y entierra el rostro entre sus manos.

—Un mes —el susurro es agonía.

Observo la foto de Isabelle entre mis manos, la dejo en la pequeña mesa, busco mi voz.

—¿Qué?

—Conseguimos la invitación, pero solo podemos entrar dentro de un mes.

Me derrumbo.

—Qué... ¡¿Por qué?! ¿Por qué no podemos ir ahora mismo?

Nicholas se ahoga con su propia angustia, solloza, intenta hablar.

—Hay... Hay una fiesta especial cada mes, la famosa fiesta *Dolce Inferno*. La de este mes pasó hace tres días.

Me dejo caer en el sofá, apoyo los codos en las rodillas, intento pensar. Respirar.

Un mes. Un mes sin saber de Isabelle. Un mes en manos de esos monstruos.

—No, tiene que haber otra manera.

—Gael. —Alzo la vista, la mirada de Estella lo dice todo—. Si ese club es nuestra única pista sólida, tendremos que aceptarlo y jugar bajo sus condiciones. No hay opción.

Niego, estoy apretando tan fuerte los puños que podría fracturarme todos los dedos.

—No podemos dejarla un mes sola con esas bestias, Estella. No podemos.

Suspira.

—Quizá podamos usar el tiempo para organizar un buen operativo, para...

—¿Organizar? —Vincent niega con los ojos cerrados, las manos detrás de la cabeza—. No hace falta organizar nada. Descubrimos dónde están, entramos, los matamos a todos. Fin del cuento.

Lo observo. Es impulsivo, ya no conoce el miedo, es el hombre que necesito ahora mismo. Sin embargo, está equivocado.

—Puede haber niños. Sé que hay familias enteras que lo siguen.

Sus párpados se abren, ahora tengo su atención. Aquellos ojos de color ámbar me estudian, no dicen nada y dicen todo.

—No puedo. No puedo dejarla... ¿Cómo va a sobrevivir, Evans? Es demasiado tiempo. Isa, mi pequeña, por Dios...

Se me revuelven las tripas solo con imaginar los escenarios a los que podrían someterla.

—Si me permiten, acotaré algo. —Vincent se incorpora, sentándose bien—. Isabelle es psiquiatra. ¿Qué les hace pensar que no podrá manejar a un par de locos? ¿Qué les hace pensar que no podrá utilizar su formación, su conocimiento, a su favor? Además, por lo que me dijo Estella, hasta practica *kick boxing*. No es una damisela en apuros, soportará. Estará de pie cuando lleguemos, lo sé.

—¡Es mi hermana pequeña de quién estamos hablando!

Vincent se levanta, suspira teatralmente y saca un paquete de cigarrillos de su campera. Señala a Nicholas.

—Voy a tomar aire, avísenme cuando la llorona se calme.

Se lleva el cigarro a la boca y, siendo Vincent, sale.

Me desinflo, pero siento que sigo conteniendo el aire. Me paso las manos por el pelo enmarañado, miro alrededor.

—Necesitamos encontrar otra vía. Algo más, un plan B.

Pienso, trituro mi cerebro.

—Isabelle... —Nicholas parpadea de más, intenta salir de aquel lugar donde yo también estuve—. Isabelle mencionó que había foros dedicados a Aaron, sitios ocultos donde la gente habla de él, fanáticos o simpatizantes. ¿No podemos hacer nada con eso? —Mira a Estella—. ¿Dónde está el *hacker* que prometiste?

El timbre suena.

—Ahí está.

La señora Ruth abre la puerta.

Alto, la cabeza llena de rulos negros, anteojos, una camiseta de Nintendo. Se acerca arrastrando la valija.

Estella se sienta a mi lado.

—¿Él es la eminencia de la que me hablaste? —murmuro—. ¿Estás segura?

—Segurísima. Pediste lo mejor, te traje lo mejor. Desmanteló redes de prostitución y pedofilia, trabaja para todo tipo de entidades en los casos más complejos. Es un genio, Gael. Una mente única. Y sabe trabajar bajo presión.

El hombre, que ronda los treinta y algo, se detiene a medio metro de distancia, me ofrece la mano. Su complexión es imponente, pero desprende cierto aire de inocencia.

—Perdón por la demora. Vengo de Argentina, son algo así como un millón de horas de vuelo. —Sonríe—. Soy Equis. Mi inglés no es el mejor, pero estoy seguro de que nos entenderemos. —Acepto su apretón de manos, aprecio el

esfuerzo de su acento—. ¿Ya podemos empezar? —Asiento—.
Genial, vamos a traer a Isabelle a casa.



TÚ Y YO HAREMOS HISTORIA

ETHAN

Seis años atrás

Es hoy. Hoy soy el protagonista de un capítulo de esta maravillosa historia. Hoy el foco me ilumina solo a mí, a mi arte. Hoy haré que el profesor se sienta orgulloso de haberme elegido.

Acaricio su cabello castaño, siempre me gustó lo sedoso que se siente entre mis dedos.

—Me enteré de que es un niño... ¿Cómo se llama? ¿Tyler?
—Paseo por la pequeña habitación dando los toques finales, alineando mis instrumentos—. No sé cómo pude olvidar el preservativo... Esa noche bebimos demasiado. —Me detengo frente a la cruz de madera que separa sus extremidades—. ¿A quién se parece?

Sus ojos rojos y aturdidos podrían estallar si grita una vez más.

—¿A mí? —Acerco mi rostro a la humedad de su piel, inhalo. No hay nada más estimulante que el miedo—. Dímelo, Amber. —Quito la mordaza de su boca—. ¿A quién se parece?

Tose, intenta revivir sus pulmones, pero el llanto la ahoga.

—Te hice una pregunta...

—A ti —susurra su voz rota—. Se parece a ti.

Busco, pero no hay nada. La confesión no me provoca nada, no despierta ningún instinto. Lo único primitivo en mí son las ganas imperantes de enterrar el cuchillo en su esternón y despojarla lentamente de su piel.

—Por favor, no tienes que hacer esto, Ethan... No voy a molestarte, jamás te buscaré ni te pediré nada. Solo... déjame ir. Déjame ir con Tyler.

—Te equivocas, Amber, sí tengo que hacer esto. Lo necesito tanto como tú necesitas ir con Tyler, quizá más. —Me coloco los guantes de látex, acaricio su mejilla sucia por el maquillaje corrido—. Es mi iniciación, mi ofrenda. Hoy demuestro de qué estoy hecho, hoy dejo de fingir.

Enmudezco sus gritos con un trapo blanco, esquivando cada mordida.

—No te preocupes, a través de mi arte te devolveré a la vida. Serás eterna, Amber. Hermosa y eterna...

La brisa nocturna revuelve su cabello cuando el profesor y otros conejos blancos entran a la pocilga donde vivo desde que me fui de casa. Me llena el brillo que veo en sus ojos. ¿Es satisfacción? ¿Es orgullo?

Se reúnen alrededor de la cruz y mi mesa de trabajo formando un semicírculo de respeto y adoración.

—¿Quién es tu ofrenda, querido Ethan?

Me acerco a Amber, huelo su vida por última vez.

—Amber —mi voz suena extasiada—, la madre de mi hijo.

El silencio es abrumador.

—¿Estás seguro, Ethan? Es una ofrenda... majestuosa. Quizá demasiado.

Sonrío, doy un paso atrás para admirar su belleza.

—Estoy seguro, profesor.

—De acuerdo. ¿De qué liberarás a Amber?

Acaricio cada uno de mis cuchillos, escucho el susurro de aquel adecuado para su piel. Lo levanto, es el elegido.

—Liberaré a Amber de su depresión, su ansiedad y sus trastornos alimenticios. Jamás volverá a sentir dolor, su alma encontrará paz.

—Que la verdad hable —las voces son una sola.

Miro a mis hermanos, observo una vez más aquella piel que hoy nos iguala y mañana nos hará diferentes.

Me acerco a la cruz, la punta de la verdad besa la piel desnuda de Amber. Contemplo sus ojos, no siento nada más que excitación y necesidad.

—Que la verdad hable —susurro y entierro mi cuchillo entre sus pechos.

Cierro los ojos, el sonido del filo perforando la carne es exquisito, inenarrable.

La sangre se desliza como seda por su vientre, ese que albergó una parte de mí.

Su cabeza cae hacia delante.

La liberación adormece mis piernas, acelera mi pulso, magnifica mis sentidos.

—Encuentra la luz, Amber. Ya nada duele.

Me doy vuelta, enfrento a mi familia.

—¡La verdad habló!

—La verdad habló —murmuro.

El profesor camina hacia mí, hay una sonrisa hasta ahora nunca vista en su rostro. Soy yo. Yo soy el causante de su felicidad.

—Maravilloso, Ethan... La verdad habló.

Quita mi máscara de conejo blanco, me coloca una negra. La toco, abrazo mi nueva piel.

—Tú y yo haremos historia...



TAN REAL COMO EL MONSTRUO QUE HABITA EN MÍ

AARON

La vida tiene otro color, otro sabor, desde que Thomas está con nosotros.

El brillo en los ojos de Isabelle es la recompensa por cada sacrificio, es la luz al final de este largo camino.

Todas las piezas están unidas. Envueltos en los brazos del destino, somos una familia otra vez. Reconstruimos aquello que jamás debió romperse.

Paseo por la habitación, impaciente. Desde que llegué apenas tuve tiempo de calidad con Isabelle, es agotador repartirse entre docenas de personas que necesitan tu atención. Pero esta noche soy suyo, esta noche solo existo para mi dulce Isabelle Jones.

Inspecciono la mesa, elegantemente preparada por Ethan y su buen gusto. Su voz se inmiscuye en mis pensamientos, intento que el danzar de las llamas de las velas se la lleve.

«¿Está seguro de que podrá hacerlo, profesor? ¿Podrá liderarnos, ser lo que necesitamos?»

Mató. Isabelle mató. ¿No fue suficiente para demostrar de qué está hecha?

Un llamado suave a la puerta, las hermanas entran al oír la invitación.

Cuando Isabelle y su vestido rojo aparecen, recuerdo por qué respiro. Mis latidos están atados a su paso, siempre tuvo mi vida en sus manos.

Observo su rostro, los golpes son casi invisibles debajo del maquillaje. Tiene pétalos de rosa por labios, y susurran mi nombre. La belleza cobra otro sentido si se habla de su boca...

«Esa boca, Isabelle... Cómo extraño esa boca».

—Luces sublime, Isabelle.

Me priva de la exquisita melodía de su voz.

«Paciencia. Se merece toda tu paciencia. Ya volverá a tus brazos, este fuego no puede apagarse».

—Amy, Aria, muchas gracias.

Dos sonrisas tan encantadoras como perturbadoras.

—Que disfruten de la cena —dicen al unísono.

La puerta se cierra, el peso del silencio ahoga.

—Por favor, permíteme —ruego, corriendo la silla.

Se acerca, su paso es lento, toma asiento sin mirarme.

Sirvo dos copas de vino tinto, destapo su plato. El aroma nos envuelve en un sueño. Rodeo la mesa, ocupo mi lugar frente a la mujer de mi vida.

—Espero que tengas apetito, porque Ethan cocina exquisito.

Observa la comida con la mirada ausente.

«Sé paciente».

Coloco una servilleta de tela sobre mi pantalón de vestir.

—¿Cómo está Thomas?

Ah... La palabra mágica, tengo toda su atención.

Isabelle aprieta sus puños a los costados del plato, su escote se infla antes de que susurre:

—Bien.

—¿Necesitan algo?

Niega.

Decidiendo darle espacio, comienzo a comer. Pruebo la sabrosa carne sin abandonar aquellos ojos verdes. Mastico con suavidad, las comidas de Ethan son para disfrutar sin apuros. Como el sexo con Isabelle.

—Pregúntalo, Izzy. Lo tienes escrito en el rostro...

Traga, veo la tensión pasar por su delicioso cuello.

—El niño... —su voz tiembla—. ¿Él es...?

—¿Mi hijo? Por supuesto.

Su rostro palidece. Toma la copa de vino, bebe hasta dejarla vacía.

—No piensas que sería capaz de robar un niño, ¿verdad? —Sonrío, niego con la cabeza—. Isabelle, Isabelle... ¿Cuántos libros de ficción has leído en estos años? No soy el villano de esta historia, soy el héroe. ¿No lo ves? Reconstruí nuestra familia, Izzy. Tenemos todo lo que siempre quisimos.

—¿Tuviste... un hijo con esa mujer? ¿Cuántos...? ¿Cuántos años tiene?

—¿Qué importa la edad? Lo que importa es que tiene un corazón inmenso, Isabelle, te prestó su vientre. Se sacrificó por ti, aún sin conocerte. ¿Ahora lo ves? ¿Ves cuánto te ama esta familia?

Una lágrima osa deslizarse por su piel, mis músculos se endurecen.

—Sé que aún te duele, Izzy. Sé que, quizá, nunca dejará de hacerlo. Solo espero que Thomas ayude a sanar esa herida. —Suspiro, le regalo mi sonrisa tranquilizadora, esa que solía

deshacer sus nervios—. Es tuyo, es nuestro. Es la razón por la que esperé años para salir de ese asqueroso agujero donde me pusiste. No fue fácil, Isabelle, conseguir todo lo que mereces llevó tiempo. Pero, me conoces, no me gusta actuar de forma atropellada. La improvisación no es mi terreno.

La confusión frunce su ceño, ensombrece su perfecto rostro.

—Desafortunadamente, Thomas se hizo desear. Las primeras dos veces fueron niñas. —Sus hombros están caídos, luce más delgada. ¿Está perdiendo peso?—. ¿Estás comiendo bien, Izzy?

—¿Niñas?

—No te detengas en los detalles, amor. Enfócate solo en el presente. Tienes todo lo que siempre soñaste, puedes relajarte y ser feliz. Yo me ocupo del resto.

El silencio vuelve a regalarnos su caricia.

Isabelle no tocó la cena, Ethan pensará que no le gustó. Sé cuán inseguro puede ser a veces.

—¿Qué esperas de mí? —Su voz por fin se hace oír—. ¿Qué *esperan* de mí?

—Que lideres a mi lado, Izzy. Esperan que lideres esta familia, que los inspires, que hagas de este mundo un lugar mejor, un sitio donde podamos pertenecer sin pretender. Sin fingir, solo... siendo.—Acaricio el borde de mi copa, adoro sus labios a la distancia—. Si me preguntaras qué deseo, Isabelle, te diría a ti. Deseo que vuelvas a mí, que te rindas y dejes revivir la llama. ¿Recuerdas lo que éramos juntos? Ardíamos como el mismísimo infierno, Izzy. Éramos combustible, éramos pasión.

—Éramos una mentira.

La rabia en su mirada me enciende. Golpeo la mesa, su cuerpo se sobresalta.

—¡Éramos verdad en estado puro! —Intento controlar mi temperamento, el tono de mi voz—. *Eres* mi verdad, Isabelle. Lo que siento por ti jamás fue una mentira. El amor que te tengo es tan real como el monstruo que habita en mí.

Desvía la mirada, sé que hay una parte de nosotros que aún le duele.

—El amor que me tienes es tan real como el monstruo que eres, enfermizo, tóxico, repugnante, letal.

Aprieto la servilleta, mi mandíbula va a estallar.

—No ensucies lo que siento por ti, Isabelle, no te atrevas...

—¡Lo ensuciaste arrebatando todas esas vidas inocentes! —La cólera colorea su rostro—. ¡Lo ensuciaste *arrebatándome* la vida!

—¡Estoy cuidando de tu vida! ¡Estoy dándote todo lo que siempre deseaste! ¡¿Puedes dejar de ser una malagraciada?!

Cierro los ojos, inhalo profundo.

«Cálmate. Es Isabelle. Es la mujer que te enseñó a amar lo que eres».

—Lo lamento, Izzy, no quise gritarte. Me disculpo. —Carraspeo. La ira aún se aferra a mis huesos, pero batallo—. Tengo una pregunta que llevo años queriendo formular, pero no me habías dado la oportunidad. Ahora sí, ahora todo cambió. ¿Cómo fue matar, Isabelle? ¿Qué sentiste?

Su expresión está en blanco, ida.

—¿Sentiste lo mismo que aquella vez, ángel? ¿La misma oscuridad? ¿La abrazaste, Isabelle? ¿Mientras enterrabas el cuchillo en el cuerpo del querido García, una y otra vez, la abrazaste?

Nada. No hay emociones, o se volvió demasiado buena ocultándolas.

—Entiendo si no estás lista para hablar de esto, amor. Ya habrá tiempo. De hecho, ahora, el tiempo nos sobra. —Sonrío,

señalo su plato—. Deberías probar la cena, Ethan...

—Ethan es otra basura que solo está esperando el momento indicado para robarte a tu preciada *familia*.

La acusación calienta mi sangre, acelera mi pulso.

—Cuidado con lo que dices, Isabelle. Ethan es mi mano derecha, mi hombre de confianza, es como si fuera mi propio hijo.

Saborea sus lágrimas, una sonrisa rebosante de cinismo curva sus preciosos labios.

—No descuide la corona, profesor. Los cuervos acechan.

Mi pecho se infla. No me gusta el tono de su voz, ni la seguridad de su sonrisa.

«Ethan no lo haría, no va a desafiarte. Tú lo convertiste en lo que es. Tú le diste un lugar en este mundo. Te lo debe todo».

—Vamos a redirigir la conversación, Isabelle. Quiero que esta noche sea...

—¿Dónde está la hija de Francis? Llevo días preguntándolo, nadie me responde.

Observo mi copa vacía, pienso.

—¿Su hija? No lo sé. Ethan y Charlie se ocupan de esos asuntos. ¿Es tu amiga? ¿La quieres para reemplazar a Madie?

Toda emoción abandona su rostro, solo queda un lienzo inexpresivo.

—Sí —el susurro es apenas audible, pero me basta.

—Dalo por hecho. —Me levanto, me acerco a su cuerpo de ensueño—. No quiero que te sientas sola, aunque ahora tienes a Thomas.

Vuelvo a llenar su copa, también la mía.

—Nunca volverás a estar sola, Izzy. —Mis dedos

encuentran su cabello castaño, las finas hebras me hacen temblar—. Jamás volverás...

Un movimiento inesperado, el cuchillo que empuña está en mi garganta.

—No vuelvas a ponerme un puto dedo encima.

Empuja, el filo besa mi piel y un hilo de sangre tibia se desliza por mi cuello.

—Ni lo pienses, Izzy. Sería muy estúpido de tu parte. Casi tanto como fingir que estás adaptándote, o que matar no despertó aquello que llevas años intentando mantener dormido. Te conozco, soy tu esposo. No puedes engañarme.

Lo veo en su mirada, aún es débil. No está lista, pero lo estará pronto.

Tiro de su cabello hasta despegarlo de su cabeza, arrancándole un grito a su garganta. Con la mano libre, aprieto su muñeca y sus huesos crujen debajo de mis dedos.

El cuchillo cae.

—Sabes que no me gusta lastimarte, Isabelle —susurro sobre su sien—. Voy a castigarme por esto después, pero no puedo permitirlo. Déjame ser claro, Izzy. Si intentas matarme o te haces un solo rasguño, Nick muere. Y me encargaré de que agonice hasta suplicar que ese mismo cuchillo raje su garganta.



LA LÓGICA NECESITA DEL CORAZÓN

GAEL

Vincent y Equis están como carne y uña, hasta jugaron a los videojuegos de Tyler durante la media hora que nos tomamos para comer. Son la noche y el día, uno rebotante de vida; el otro, de muerte. Sin embargo, se complementan.

Hace cuatro días que estamos instalados en mi departamento, intentando mantener a Nicholas al margen, ideando un plan por cada letra del abecedario para conseguir adelantar la fiesta. Vamos por el F, este promete. Equis entró al sistema de *Dolce Inferno*, revisó la base de datos hasta dar con algunos de los miembros más importantes e influyentes. Todo encriptado, por supuesto, nada con nombre y apellido. Según él, le basta para conseguir lo que necesita, hacerse pasar por uno de ellos, o sus asistentes, y pedir que se adelante la fiesta con un argumento arrogante y caprichoso. Un viaje de negocios o alguna que otra frivolidad. Solo queda esperar a ver cuánto complacen los hermanos Di Stefano a sus mejores clientes...

Estella no mentía, el *hacker* es bueno. No entiendo lo que hace, pero después de pasar dos días enteros frente a la computadora para robar la identidad de un posible magnate o político, se ganó mi respeto. Me da soluciones, eso es

suficiente por ahora.

Me quito los lentes, restriego mis ojos irritados. Lo miro desde mi esquina, hace más de media hora que está en video llamada con dos tipos: uno gigante y tatuado, el otro castaño y de pelo largo como Vincent. No sé de qué hablan, solo entendí las palabras ángel, romero y sistema. Sé que son amigos suyos y que pueden ayudar, es todo lo que me dijo.

La imagen de los hombres desaparece de las tres pantallas que tiene conectadas a su ordenador. Gira con lentitud en la silla de oficina, me observa.

—Con todo respeto, jefecito, ¿siempre tiene esa cara de culo?

Su inglés me da gracia, en especial cómo pronuncia *culo*.

—Con todo respeto, cerebritito, ¿siempre es tan atrevido?

Sonríe, sorbe ruidosamente de su sorbete. No, bombilla. Eso dijo...

—Siempre, jefecito. Es parte de mi encanto.

Niego, entierro la cabeza en mis manos. No recuerdo cuándo fue la última vez que pasé más de un minuto sin pensar en Tyler, en mamá, en mi doc.

Mi verdugo es la incertidumbre, y se está encargando de que sufra.

—Tengo experiencia trabajando con este tipo de gente, van a picar. Cambie la cara, jefe.

Suspiro, observo a Vincent dormido en el sofá. El gorro de lana le tapa hasta la nariz, tiene los brazos cruzados y dijo aquel nombre en sueños dos veces.

—Estoy poniendo todas mis fichas en una corazonada — admito en voz baja—. ¿Y si lo de *Dolce Inferno* fue casualidad? ¿Y si Francis mintió? ¿Y si Charlie no va, si se saltea esta fiesta?

—¿Sabe cuáles fueron mis mejores trabajos? —Alzo la

cabeza, sus ojos marrones están fijos en los míos—. Aquellos en los que seguí mi instinto. A veces, la lógica necesita del corazón.

Una parte de mí sabe que tiene razón, la otra está aterrada analizando las probabilidades.

—Hay demasiado en juego...

—Lo sé, por eso estoy aquí. —De repente, es todo seriedad—. No viajo a otro continente por cualquier caso. Tenemos todo lo necesario, solo nos falta el toque de suerte.

Suerte. La vida de mi madre y la de Isabelle en manos de la suerte...

—Como ya entramos en confianza, voy a preguntar. La quiere, ¿verdad? Esto es personal.

Sus palabras se atorán en mi garganta.

—Es... personal y complicado. Se lo debo. Salvó la vida de mi hijo cuando mi trabajo era salvar la suya.

—Estoy seguro de que no se arrepiente.

—Lo sé.

Ambos nos quedamos en silencio. Silencio que es interrumpido cuando sorbe ruidosamente, poniéndome de los nervios.

—¿Tienes que hacer tanto ruido para tomar eso?

Sonríe.

—No, pero se disfruta más. Tome, pruebe un mate, jefecito.

—No, gracias.

—Pruebe, no sea amargo. Le va a gustar, me va a pedir que se lo deje antes de que me vaya.

Lo miro con desconfianza, a él y a su *mate*.

—¿Tengo que tomar del mismo sorbete?

—Tiene que chupar la misma *bombilla*, esa es la gracia.
¿No sabe compartir?

Deja su silla, pone el mate de madera en mi mano.

—Chupe.

No me gusta la palabra *chupar*, no en este contexto.

Miro la diversión en sus ojos, luego la bombilla.

Cierro los ojos, chupo.

—Qué flojito, ni que estuviera probando cianuro...

Es distinto. No puedo decir que el sabor me encanta, pero tampoco me disgusta.

—¿Y? ¿Le gustó o no le gustó?

—Es... diferente.

—¿Diferente? Es la gloria. Puede tomar esto mientras come una porción de pizza fría. ¿Entiende de lo que estamos hablando? Las posibilidades de combinación son infinitas.

Se lo devuelvo, la extraña sensación invadiendo mi boca.

—¿Quiere otro?

—No, gracias. Quizá... después.

Un grito aterrador nos eriza la carne, Vincent salta del sofá. Me acerco, cacheteo suavemente su mejilla para despertarlo.

—Ey, ey, estás bien. Solo era un sueño.

Sus manos me toman por sorpresa, rodean mi garganta.

—¡Vincent, suéltalo! —Equis deja caer el mate, forcejea para separarlo de mí—. ¡Vincent, despierta!

Los dedos son rocas alrededor de mi cuello, me asfixian. Sus ojos me observan, pero no me miran. No está ahí, está muy lejos.

—Vincent —susurro con la voz ahogada—, no soy... él. Soy Gael, colega, soy... Gael.

Parpadea, me suelta. Mira sus manos.

—Carajo... —susurra y sale de la habitación.

Masajeo mi cuello, inhalo como si fuera mi último día sobre la Tierra.

—¿Qué mierda fue eso? —Equis luce aturdido—. ¿Tengo que dormir con un ojo abierto?

Niego.

—Está jodido. Vincent está jodido.

—¿Puedes darme otro de esos pastelitos que me diste ayer?

Los observo interactuar, Vincent volvió a la normalidad después de un baño de agua fría.

—Se llaman alfajores. Repite conmigo: alfajores.

Me sorprende la facilidad con la que el pirado de mi colega aprende español. Yo apenas pude pronunciar una palabra de manera aceptable.

—Alfajor Jorgito —repite Vincent.

—¿Ves? Perfecto. Ya puedes venir de visita a Argentina. Te hospedo, si me aseguras que no vas a matarme mientras duermes.

El rostro de Vincent demuda, ya no está para chistes.

—*Okay*, repasemos el plan. —Equis vuelve a lo suyo, las pantallas y los numeritos—. No sé si lo mencioné antes, pero yo no piso el terreno. Ya no. Todo mi trabajo lo haré desde aquí. Lo especificué en los informes que firmé antes de venir.

—¿El *hacker* tiene miedo? —Vincent se burla.

—El *hacker* está esperando un hijo.

Un nudo se teje en mi garganta.

«Tyler».

Estoy arriesgando mi vida, estoy arriesgando la infancia de Tyler. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Dejar que mi madre muera? ¿Abandonar a Isabelle a su suerte? ¿Dejar que Ethan sea una amenaza constante en nuestras vidas? ¿Qué clase de ejemplo sería para Ty si diera marcha atrás ahora?

—Te necesitamos detrás de esa máquina, no en el terreno. Él y yo nos ocuparemos del resto. —Rasco mi barba, no recuerdo cuándo fue la última vez que me afeité—. Este es el plan: entro a la fiesta mientras Vincent me espera afuera en la camioneta. Socializo, hago lo que tenga que hacer para conseguir acceso a la parte de arriba —agarro el plano que Equis consiguió, señalo las habitaciones especiales—, aquí. En esta planta es donde todo vale, los fetiches sexuales se respiran. Allí estará Charlie. —Sueno convincente, pero soy un mar de incertidumbre e inseguridad—. Consigo llegar a él, consigo llegar a Ethan, consigo llegar a Isabelle.

—¿Estás seguro de que le importa tanto como para traicionar la confianza de su querido profesor?

Miro a Vincent, la misma duda se refleja en mis ojos.

—Es una corazonada. —Una mirada rápida a Equis—. A veces, la lógica necesita del corazón.

—¡Gael! ¡Gael, despierta! ¡Picó, picó!

Me levanto del sofá de un salto, el brillo de las pantallas me enceguece.

—Hay buenas y malas noticias —dice Vincent, comiéndose otro alfajor—. ¿Cuál quieres primero?

—¡Hablen de una puta vez!

—La buena noticia es que aceptaron la petición. —Equis señala la respuesta—. La mala noticia es que la preparación de la fiesta demora dos semanas, es imposible que puedan hacerla antes.

—Dos semanas —repito en un susurro, sintiendo cada segundo lejos de ellas.

—Si nos ponemos demasiado insistentes, podríamos levantar sospechas...

—Dos semanas es mejor que un mes, Evans...

Miro las pantallas, tiemblo sin saber por qué.

Dos semanas. Dos semanas para tener el cuello de Charlie entre mis manos.



LA SEÑAL

ISABELLE

Esta casa es un corazón muerto, una jaula de cristal donde todos ven cómo me marchito.

Las agujas del reloj ya no miden el tiempo, es mi agonía la que marca las horas.

Soy la muerte acunando la vida entre mis brazos. Me observa con sus ojos claros y grandes, llenos de inocencia vendida. Acaricio su mejilla, es tan suave como imaginé que sería la de Thomas. Sus dedos abrazan mi índice, lo aprietan. Todos mis sentidos están a su merced; lo que fui y lo que nunca seré, en sus pequeñas manos.

«Para ti, Isabelle. Ahora tienes todo lo que siempre soñaste».

Lo que siempre soñé... Lo que siempre soñé es aquello que mi cuerpo no puede darme, eso que sostengo con manos temblorosas, eso que aprieto contra mi pecho mientras imagino por un segundo que es él. Que es mío. Que no va dejarme.

«Están jugando con tu cabeza».

Bajo la vista, el pequeño se parece a Aaron. ¿Así luciría Thomas? ¿Así me miraría? ¿Así me haría sentir? Observo nuestro reflejo en el espejo. Me devuelve la imagen con la que sueño, pero la oscuridad nos envuelve. Me acecha, está en las

sombras debajo de mis ojos, en los huesos saltones de mi clavícula, en las pesadillas que me desgarran la carne cada noche desde que... maté.

«Mataste. Mataste a García. Madison está muerta. Te unirás a ellos pronto. Lo mereces, en el fondo lo sabes. Eres una maldición, trajiste muerte».

El niño comienza a llorar otra vez, mi piel se eriza. Anoche no pude calmarlo sin importar cuánto lo intentara. Su rostro se vuelve rojo como la sangre en mis manos.

«¿Cómo fue matar, Isabelle? ¿Sentiste lo mismo que aquella vez? ¿La misma oscuridad?»

Las lágrimas caen, pero no siento nada. Mi pecho está entumecido; mi voz, ahogada.

«Sobrevivir. Solo intentabas sobrevivir... García iba a matarte».

Escucho el sonido de las llaves, las hermanas entran.

—Aquí está, pero solo puede quedarse unos minutos. La hermana está ausentándose de sus tareas en la cocina.

Asiento.

—¿Pueden darnos un poco de privacidad?

Amy y Aria se miran, son dos cuerpos y un mismo cerebro. Ceden.

Cuando la puerta se cierra, mis músculos se relajan. Jamás imaginé que estar encerrada podría hacerme sentir segura.

—Toma asiento, por favor.

Duda, pero ocupa un lugar en la cama. Observo su complexión menuda, sus rasgos jóvenes. Demasiado jóvenes.

—¿Cómo... te sientes? ¿Estás recuperándote?

Mira alrededor deslumbrada por el lujo macabro.

—Estoy... mejor, pero aún duele. —Agacha la cabeza,

juega con un hilo de sus pantalones rotos en las rodillas—. Cecilia dice que tardaré meses en volver a sentirme... normal.

—¿Quién es Cecilia?

—La partera.

—¿Es médica de verdad?

—No lo sé... Ella me ayudo a...

Es un instante, algo fugaz, pero lo veo en sus ojos cuando ve a su hijo entre mis brazos: anhelo. Necesidad.

—¿Quieres sostenerlo?

Niega, aparta la mirada.

—¿Cuál es tu nombre?

Sé que lo escuché, pero no puedo recordarlo.

—No sé si debería decírselo, señora.

—No me trates de usted, no me digas señora.

—Pero es la reina...

Cierro los ojos, el temblor domina mi voz.

—¿Vas a negarle tu nombre a... la reina?

Un destello de confusión cruza sus ojos verdes, iguales... iguales a los míos. El tiempo se espesa mientras la observo a detalle, esa boca, esa nariz, ese cabello...

«Son tus rasgos».

El beso de la muerte me recorre la columna.

—Carol.

Sostengo al pequeño con más firmeza para evitar que note el pánico que sacude mis manos.

—Quiero que lo sostengas, Carol. ¿Lo harías por mí?

—Haría lo que fuera por usted.

No hay un atisbo de duda en su voz, eso es lo que más me

aterra.

Intento sonreírle, pongo al pequeño en sus brazos. Se calma al instante, es casi mágico. Con el corazón en la garganta espero su reacción.

—¿Es lo que imaginó? —susurra—. ¿Le gusta?

Aprieto la sábana, entierro la angustia en el fondo de mi alma.

—¿Es lo que imaginaste? —pregunto con voz serena—. ¿Es como imaginaste que sería tu bebé?

Su mirada me encuentra, la calidez abandona su expresión.

—No es mi bebé, es su hijo.

Intento mantener la calma, concentrarme en respirar. Solo respirar.

—Carol, este bebé... Aaron... —Trago, las sábanas ya no existen. Siento las uñas en las palmas—. ¿El profesor te... forzó?

Se pone de pie abruptamente, me observa sin parpadear.

—¿Carol? —susurro.

—El profesor me eligió para llevar a su hijo, a mí, de entre todas las mujeres. Soy especial, única. Es un honor.

El pulso corre detrás de mis oídos.

«No puedes frenar esta locura».

—Carol, el niño necesita leche. Tu leche, de su mamá. Tiene hambre, llora a todas horas. Tienes que alimentarlo.

Lo mira, me mira.

—Es su hijo, yo no puedo amamantarlo. Usted debe hacerlo.

—Yo no puedo amamantar, no...

—Agárrelo, por favor —me interrumpe, acercando el niño a mis brazos—. Agárrelo.

—Carol, escúchame...

—¡Agárralo o lo dejo caer!

Agarro al niño, que comenzó a llorar al oír la voz alterada de su madre. Intento calmarlo bajo la mirada aturdida de la joven.

—Carol...

Tres golpes en la puerta, se abre. Ethan entra vestido de etiqueta, se detiene en el centro de la habitación, nos observa.

—Carol, te necesitamos en la cocina. Hay que ultimar los detalles para la cena, y tú eres la que tiene mejor gusto para elegir el postre.

La mujer asiente, me regala una última mirada antes de salir. A mí y a su hijo.

Los ojos de Ethan no me sueltan.

—¿Cómo estás, Isabelle?

—Ahora que te veo, con náusea.

Una sonrisa arrogante.

—¿No vamos a llevarnos bien? Porque realmente me gustaría.

Le pongo un chupete al pequeño, consigo calmarlo.

—Lo que realmente te gustaría es ocupar el lugar de Aaron y ponerme una bala entre ceja y ceja. ¿No es así?

Alza el mentón, elige sus palabras.

—Es una insinuación muy fea, Isabelle. A diferencia de ti, yo sí cumplo mis promesas. Le juré lealtad al profesor, jamás lo traicionaría.

Ladeo la cabeza, lo estudio.

—¿Estás seguro, Ethan? ¿Puedes manejar esa sed de poder? O quizá son celos... —Doy un paso al frente, la diferencia de altura no me intimida—. Son celos, ¿verdad? Por

eso me mandaste al círculo, por eso elegiste a Madison por mí. Una pequeña victoria, una venganza sutil. ¿Tanto te molesta saber que Aaron me prefiere?

Su mandíbula está tensa, sus hombros rígidos y hay una vena a punto de explotar en su frente.

—¿Cómo llevas la maternidad, Isabelle? El profesor me dijo que era tu más profundo deseo. Estoy feliz de que se haya vuelto realidad...

—¿Piensas que voy a hablar de maternidad con un hombre que mandó a matar a su propio hijo?

—Yo no tengo hijos, Isabelle. Tyler es un error.

«—¿Con qué sueña, Evans?

—Con ver crecer a Tyler y poder crear un mundo mejor para él».

El recuerdo me consume, enciende mis venas.

—Si no quieres que te ahorque con la estúpida corbata que llevas puesta, será mejor que salgas de la habitación. Ahora.

No se mueve, solo me observa con aires de superioridad.

—Te recuerdo que no puedes tocarme un solo pelo, Ethan. —Me acerco otro paso, enrosco su corbata en mi mano con lentitud—. Quizá los rumores son ciertos —susurro—. Quizá soy el ángel de alas negras. Quizá deberías tenerle miedo a mi oscuridad.

Una mirada desafiante.

—Si no fueras todo lo que el profesor ama ya estarías muerta.

Sonrío.

—Si no estuviera sosteniendo a este bebé tu sangre decoraría la alfombra.

Suelto la corbata, pero no me alejo. No me muevo ni un solo centímetro hasta que da media vuelta y la puerta se cierra.

Los días y las noches son iguales, en esta vida no existe el tiempo. Parece que fue hace años que Evans me seguía a todas partes, que enumeraba sus reglas, que estornudaba en presencia de Freud, que me hacía sonreír en privado con sus indirectas, que me hacía caer poco a poco con cada detalle dulce, que me hacía el amor en el campamento Azul...

Dejé de contar cuando llegué al día doce, cuando entendí que estar consciente del tiempo que llevo en este infierno solo me hunde más.

No salgo de la habitación desde que pusieron al niño en mis brazos. Aaron aún no confía lo suficiente en mí como para dejarme participar de las cenas multitudinarias o las actividades de nuestra *familia*. Dice que no estoy lista. Nos visita, a *Thomas* y a mí, pasa horas leyéndonos, observándonos, hablándonos como si esto fuera normal, como si el amor y las promesas no estuvieran bañadas en sangre.

El pequeño está acostumbrándose a mí, a mi voz, a mi piel, a la mamadera que preparo para engañar su necesidad más primaria. Carol no volvió a aparecer, ni siquiera después de pedirles a las hermanas que la trajeran.

Mentiría si dijera que volví a pensar en Madison, en García... Hasta admití que, quizá, Nick está mejor sin mí. Incluso Evans, tal vez él y Tyler están empezando de nuevo lejos de toda esta locura.

Sé lo que me está pasando, y me aterra. Me estoy apagando, mis emociones se van durmiendo, estoy dejando de... sentir. Este mundo *perfecto* que Aaron creó para mí, este cuento, me está consumiéndome. Poco a poco dejo de ser de carne y hueso, poco a poco me convierto en el personaje de su historia.

Tres series de dos goles suaves, mi cuerpo se paraliza.

«Es la señal».

Me levanto de la cama, dejo al pequeño en la cuna y corro hacia la puerta.

El papel doblado a la mitad está en el suelo.

Mi pulso se acelera cuando lo agarro y vuelvo a acurrucarme entre las sábanas. Lo abro con desesperación, tengo que leerlo y comérmelo antes de que lleguen las hermanas a traerme el desayuno.

Es esta noche, se celebra la iniciación de un nuevo miembro. Todos estarán ocupados, distraídos. Van a querer que estés presente, inventa una excusa para no dejar la habitación. Conseguiré la llave y vendré a buscarte. Saldremos de aquí o moriremos en el intento.



UN TRAIADOR ENTRE NOSOTROS

ISABELLE

No fue difícil convencer a Aaron de que estoy enferma, vomité a sus pies sin el menor esfuerzo.

Las hermanas se llevaron a *Thomas* para que yo pueda descansar y reponer energías. No quise dejarlo en aquellos brazos, pero no puedo escapar con él. Si logro salir, lo ayudaré desde afuera. También a la hija de Francis, si es que realmente está aquí.

Conté los minutos, creo que vienen a controlarme cada media hora.

Sentada en medio de la oscuridad, dejo que la realidad me sacuda. Estoy a punto de intentar escapar con Logan. No confío en él, pero tengo que intentarlo. Ya estoy muerta, no tengo nada que perder.

«¿Y si es una trampa? ¿Si quieren saber si pueden confiar en ti?» Aquel pensamiento crudo me torturó desde que recibí la nota, pero no puedo ignorar esa parte de mí que grita que me lance al vacío. «¿Y si es tu única oportunidad para escapar?» No confío en Logan, pero tampoco en mí misma. No sé en qué me convertiré si sigo en este lugar, si esta se transforma en mi nueva vida.

«Si intentas matarme o te haces un solo rasguño, Nick muere».

La muerte ya no es una opción.

El coro de voces monótonas retumba en el silencio. El ritual comenzó.

Escucho mi respiración, cuento cada uno de mis latidos.

«Estás viva».

El pánico crece, se apodera de mis extremidades, las vuelve ligeras mientras las voces erizan mi piel.

El sonido de las llaves en la cerradura ralentiza el tiempo, magnifica mis sentidos.

«Es ahora».

La puerta se abre, se cierra, y un conejo blanco avanza hacia mí. No digo una sola palabra hasta escuchar su voz.

—Rápido, ponte esto.

Me pongo la túnica roja y la máscara que me da. Soy una más, otra asesina.

—Tienes que seguirme y no decir una sola palabra —susurra—. Cruzaremos el pasillo hasta la habitación de Ethan, es la única forma de tener acceso al sótano sin pasar por el salón. El sótano tiene salida al bosque, esperaremos el cambio de guardia y saldremos.

—Y si alguien...

—Llevo semanas planeando esto, Isabelle. Arriesgué mi vida para conseguir estas llaves, no voy a echarme atrás ahora. No puedo convertirme en ellos... O salgo o muero.

La adrenalina viaja por mi sangre, envuelve mis huesos.

Asiento.

Logan mira alrededor antes de acercarse a la puerta y escuchar. No se oye nada más que el bullicio de la iniciación.

—Es ahora —susurra—, es la ofrenda. Vamos.

Todo se transforma en una experiencia extracorporal

cuando sale. Sé que lo sigo, pero no siento mis pasos, mi cuerpo no pesa, solo escucho el latir enloquecido de mi corazón.

El pasillo es eterno, lo veo multiplicarse a través de la máscara.

—Vigila mientras abro —masculla deteniéndose en la última habitación.

Giro, el pulso desquiciado y las voces arrastrándose por las paredes.

—¡Qué abrace su naturaleza! ¡Qué abrace su naturaleza!

Tira de mi mano, los gritos se apagan poco a poco.

El tintineo de las llaves me hace reaccionar, percibo la oscuridad que nos rodea, el perfume fresco y masculino.

—Voy a abrir el sótano.

«Esto es muy fácil».

—Logan —susurro—, esto es demasiado fácil.

—¿Fácil? ¿Tienes idea de lo que tuve que hacer para conseguir estas llaves? Me acosté con Charlie, fui su esclavo sexual durante semanas para lograr que confiara en mí, para entrar a su habitación —su voz se quiebra—. No soy homosexual, Isabelle, lo sabes.

La puerta llora cuando Logan la abre.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

«No lo hagas. No lo hagas».

Preso de la esperanza irracional, descendo. El frío me eriza la carne, la penumbra me engulle. Huele extraño, es un olor ácido, fétido, químico.

—Toma, apunta a donde yo te diga.

Pone una linterna en mis manos, la enciendo y la vida me abandona.

—Carajo... ¿Qué mierda es esto?

Mi pecho se endurece, contengo la respiración mientras alumbro aquellos rostros tiesos, aquellos ojos sin vida. Docenas de cuerpos con arneses colgando en diferentes posiciones.

—Ethan... hace taxidermia.

—¿Con personas?! —masculla, ahogando su propia voz —. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Tiene la mirada desencajada —. La salida... La salida está... detrás de los cuerpos.

El asco me revuelve el estómago, el miedo paraliza mi razón.

—Está bien —susurro. *Me susurro*—. Está bien. Está bien.

A paso lento y tembloroso lidero el camino, apuntando con la linterna. Pasamos entre los cuerpos colgantes, acercándonos a la puerta. La salida. La libertad.

—Ya casi...

Trastabillo. Caigo sobre algo rígido, duro. Alumbro con desesperación, los ojos de Matt me miran fijamente.

Logan ahoga mi grito con sus manos, la máscara me asfixia.

—Shhh... Cálmate, van a descubrirnos.

Miro el cuerpo inerte de Matthew, sentado de esa forma tan antinatural, vacía. Cientos de recuerdos invaden mi mente, mis rodillas fallan.

—Vamos a salir, vamos a salir. —Logan me sostiene—. No mires nada más, cierra los ojos.

Lo intento, pero mis párpados no se cierran. No puedo dejar de mirarlo, algo llama mi atención. Manos, manos sobre sus hombros. Alzo la linterna, su hermana está detrás, junto a la hija de Francis.

Entierro el rostro en el pecho de Logan, dejo que me guíe mientras ahogo el vómito y lucho para mantenerme de pie.

«Tienes que salir, no puedes terminar así».

Subimos algunos escalones, nos detenemos. El aire gélido que se cuele bajo la puerta enfría mis pies descalzos.

Pisadas. Pisadas muy cerca. Voces.

—Agáchate.

Le hago caso y lo observo mirar su reloj de muñeca.

—Tres minutos, solo tres minutos... Cambiarán la guardia —susurra—. Cuando abra esta puerta, Isabelle, corres. Atravesando el predio está el límite de la propiedad, podremos trepar la reja. Cruzaremos el bosque, nos mezclaremos entre los árboles. No podrán vernos.

No quiero detenerme a pensar en todas las fallas que tiene su plan. No puedo hacerlo.

«Escapar o morir en el intento».

Oímos cómo las pisadas se alejan junto con las voces.

El silencio de la noche lo consume todo.

—Unos segundos más... —susurra—. Ahora.

Mete la llave en la cerradura, la puerta se abre.

Corro.

Corro hasta que siento cómo las plantas de mis pies se desintegran y mis pulmones se prenden fuego.

La máscara se pega a mi piel, la túnica se mete entre mis piernas. Zigzagueo entre los árboles, me levanto cada vez que tropiezo. Ignoro el ardor, el dolor, el cansancio, el miedo.

Logan lleva la delantera, es más rápido. Corre sin mirar atrás.

Enciendo la linterna cuando nos alejamos suficiente de la casa, distingo la reja entre las sombras de la noche.

«Vas a lograrlo. Vas a salir».

Aumento la velocidad, látigos de fuego abrasan mis

piernas.

Él casi llega, casi lo consigue.

«Es demasiado fácil...»

Mis pies se clavan en la tierra cuando Logan trepa la reja y cae electrocutado.

—Logan —el susurro muere en mi boca.

Corro, me arrodillo a su lado. Está inconsciente, pero tiene pulso.

—Logan...

El crujir de una rama tensa mis músculos.

—Bueno, bueno, bueno... —La voz de Ethan es una garra gélida que recorre mi columna—. ¿Iban de paseo y no nos invitan? ¿No es de mala educación?

Me pongo de pie, el pánico nubla mi visión.

Otra sombra aparece entre los árboles.

—Se lo dije, profesor, tenemos un traidor entre nosotros. Ahora, solo falta descubrir quién es el acompañante.



SOMOS UNO

ISABELLE

Un conejo tira de mi brazo, me lleva mientras otros dos arrastran el cuerpo aturdido de Logan. Ethan y Aaron lideran el camino, abren el mar de túnicas rojas para dejar pasar a los traidores.

Velas, oscuridad, susurros, silencio, asombro.

Un empujón, caigo sobre mis rodillas.

Hay un hombre mayor atado a una silla, su rostro está bañado en sudor, sus ojos son ventanas al horror.

«La ofrenda».

—Lo siento —murmura Logan cuando aterriza a mi lado, su voz presa del pánico—. La reja... No lo sabía, no estaba así.

No respondo. No me muevo. Solo intento pensar cómo voy a salir de esta.

—Familia, lamento interrumpir la iniciación de nuestro queridísimo hermano —Aaron habla, la multitud calla—, pero algo terrible nos golpea esta noche: la traición.

Murmullos.

—Estas dos almas, a las que llamamos hermanos, querían dejarnos. Estas dos almas que acobijamos y protegimos jamás

quisieron ser parte de esta familia. —Agacho la cabeza cuando me mira a los ojos—. ¡Se metieron en nuestra familia para ser la manzana podrida del cajón! ¡Para traicionarnos! ¡Para revelar la locación de nuestro hogar y arrebatarnos el paraíso que tanto nos costó conseguir!

Gritos. Sed de verdad y castigo.

Aaron comienza a caminar en círculos, rodeándonos como si fuéramos carroña.

—“Aún mi íntimo amigo, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, contra mí ha levantado su calcañar”.

Se detiene junto a Logan, quita su máscara.

—He aquí, el pequeño Judas entre nosotros... ¡Logan Williams!

—¡Traidor! ¡Traidor! ¡Traidor! —La multitud tiene una sola voz, un mismo deseo.

—Te dimos un hogar, Logan, una familia a la que pertenecer... Cuidamos de ti. ¿Así nos pagas?

Miro alrededor, estudio los movimientos de cada conejo que me rodea. Ethan y Charlie se miran con odio, algo pasa. Las frases que resonaron en el pasillo aquella noche en que discutieron aún están en mi mente.

«Es demasiado arriesgado. Las cosas ya no son como antes».

No sé qué significan, pero algo cambió entre los dos. La tensión se apersona, los envuelve con su aura destructiva.

—La traición tiene un precio alto, Logan... —Se agacha a su lado, lo mira a los ojos—. La muerte.

—No... —Es una súplica ahogada en lágrimas—. No, no, no, no, no. —Es levantado—. ¡Por favor! ¡Me arrepiento! ¡Piedad!

—¡No hay piedad para los traidores! ¡No hay piedad para los traidores!

Aaron abre los brazos, señala a su familia.

—Ya escuchaste a tus hermanos, Logan. No hay piedad para los traidores. ¡Traigan la cruz! ¡Quiero que cada uno de ustedes talle su nombre en la piel de Judas! ¡Qué nos lleve para siempre en su alma!

La sentencia me roba el oxígeno, los gritos de Logan me paralizan.

La túnica es arrancada de su cuerpo, también el resto de su ropa. Desnudo y en completo estado de *shock* es atado a una enorme cruz de madera.

Charlie despliega un lienzo negro sobre una mesa de cerezo, la plata de los cuchillos reluce.

—¿Quién quiere ser el primero?!

El mar rojo cambia su forma, ahora es un hilo de sangre a la espera de firmar la piel del traidor.

Cuando el filo besa la piel de Logan, los gritos desgarran su garganta y mi corazón.

—Ahora, veremos quién se dejó seducir por Judas...

Los gritos desaparecen y el flamear de las velas se detiene cuando Aaron levanta mi cabeza y me quita la máscara.

El silencio lleva la corona, pero la muerte reina en la sala.

—¿Izzy?

Mi voz no encuentra la salida, mi cuerpo no deja de temblar.

«La traición tiene un precio alto: la muerte».

Los murmullos se deslizan como una serpiente, su lengua bífida llega a cada rincón.

—¿Es la reina?

—¿La reina nos traicionó?

—Lo hicimos todo por ella...

—No quiere nuestro amor.

—¿Quería irse sin nosotros?

—Tiene que morir.

—Quiso abandonarnos...

Ethan se acerca a paso lento y victorioso, se detiene junto Aaron y casi susurra a su oído:

—Profesor, los hermanos esperan una explicación.

Aquellos ojos del color del mar que amé con locura me observan incrédulos, furiosos.

—No sabes lo que acabas de hacer, Isabelle...

La sentencia implícita pulveriza cada uno de mis huesos. Esto es todo, es mi final.

Aaron alza la mirada, contempla su creación.

—Isabelle Jones —su voz carece de emoción— cayó en las redes de la tentación, se dejó seducir por Judas. ¡Judas intentó robarse a nuestra reina! ¡Luchamos para traerla a casa y él intentó alejarla de nosotros por puro egoísmo!

El bullicio aumenta, se descontrola. Preguntas, afirmaciones, odio, *amor*...

—Si Judas admite la verdadera esencia de su traición, Isabelle será liberada de su culpa.

Silencio.

La cabeza de Logan cae sobre su pecho, la sangre comenzó a formar un charco a sus pies.

Mi pulso va a explotar, necesito escuchar su voz.

«Por favor. Por favor. Por favor».

—Quise... robarme a la... reina —su voz está rota, vacía —. La quise... solo para mí.

Alza la mirada, es un instante, sus ojos me lo dicen todo.

Una lágrima se desliza por mi mejilla, susurra un «gracias» prohibido.

—Hermanos, la verdad habló.

Quisiera decir que el alivio me abraza, pero es imposible sentirlo mientras Logan es torturado frente a mis ojos.

—Pero la reina se dejó convencer.

Mi mundo se detiene en esa voz.

Giro, enfrento a la multitud de conejos blancos y negros.

—¡Es cierto! ¿Cómo podremos confiar en ella?

—¿Y si intenta dejarnos otra vez?

Voces. Voces anónimas esparcidas por todo el salón.

—Profesor —Ethan vuelve a acercarse a su oído—, con todo el debido respeto, creo que Isabelle merece un castigo. Es el tratamiento que recibiría cualquier miembro, incluso nosotros.

Ciega. Su asquerosa voz me enceguece. Me abalanzo sobre Ethan.

—¡Enfermo! ¡Lo planeaste todo! —Enrosco la corbata alrededor de su cuello, tiro—. ¡Lo sabías! ¡Hijo de puta! ¡Quítate la puta máscara! ¡Diles que quieres matarme! ¡Diles que quieres quedarte con todo! ¡Tomar el lugar de tu querido *profesor!*

Unos brazos rodean mis costillas, me arrastran. Mi garganta se enciende, mis gritos se funden con los de Logan. Soy un demonio, ardo en mi propio fuego.

—¡Noveno círculo! —Una voz a lo lejos—. ¡Dónde van los traidores! ¡Nueve latigazos en la espalda! ¡Qué se arrepienta! ¡Qué pida nuestro perdón!

—¡Qué se arrepienta! ¡Qué pida nuestro perdón!

Forcejeo, me libero de los brazos.

—¡No tiene sentido! —mi voz suena extraña, ajena—.
¡Logan también es un traidor, debería recibir el mismo castigo!

—¡Judas quiso robarse a la reina! ¡No merece nuestro perdón!

—¡No merece nuestro perdón! ¡No merece nuestro perdón!

Las voces se meten en mi cabeza, todo da vueltas.

«No puedes contra ellos».

Mi mente está ida, pero mi cuerpo siente cómo lo apresan.

«Reacciona».

Mi túnica es arrancada.

«¡Isa, reacciona!»

Escucho la tela de mi camisón rasgarse, la brisa sensibilizar la piel de mi espalda.

«¡Doc, dé pelea!»

Despierto. Reacciono.

—¡No! —Me retuerzo entre los brazos de los conejos que me sostienen—. ¡Suéltense! ¡Aaron! —Lo busco con la mirada húmeda, aturdida, desesperada—. ¡Aaron! ¡No dejes que lo hagan! ¡Aaron! ¡Por favor!

Lo veo en sus ojos, el momento en que todo cambia.

—¡Suficiente! —Su voz es hielo que detiene los cuchillos, el correr de la sangre y los murmullos de rebelión—. Levántenla y cúbranla de inmediato.

Nadie mueve un solo músculo, nadie respira.

Aaron se detiene en el medio del salón, su mirada es el manto de la muerte.

—¡¿No me escucharon?! ¡Levántenla ahora mismo!

El grito reanuda el curso de la vida. Me levantan, cubren mi desnudez con los restos de la túnica.

Solo se oyen sus pasos. Los pasos del Diablo.

«Este es el hombre que amaste. Este es el verdadero monstruo».

—Lo justo es justo, un castigo será impuesto. —
Desabotona su camisa, la deja caer al suelo—. Su corazón es
mi corazón. Su piel es mi piel. Somos uno. Yo recibiré su
castigo.

Silencio.

Su piel blanca y desnuda cruza el mar rojo, se detiene
frente al conejo a mi lado. Le quita el látigo de las manos, lo
acaricia.

—Si alguien tiene alguna objeción, será mejor que hable
ahora.

Todas las voces son mudas, las gargantas están selladas.

Aaron inhala profundo, su pecho se infla. Se acerca a
Ethan, pone el látigo en sus manos.

—Hazlo rápido.

La mirada atónita de Ethan intenta comprender el pedido
de su mentor.

—No... No puedo —susurra—. No puedo hacerlo,
profesor. No puedo.

El pecador de Oxford se acerca hasta que su nariz roza la
de su alumno.

—No te creía tan *débil*, Ethan.

Con un movimiento brusco quita el látigo de sus manos,
solo para depositarlo con suavidad en las mías.

—Nueve, Izzy.

El cuero enciende una llama en la punta de mis dedos.

Aaron se arrodilla dándome la espalda.

—Lleven la cuenta —ordena.

Miro el látigo en mis manos, el fuego extendiéndose a todo mi cuerpo.

Retrocedo, hay lágrimas de furia en los ojos de Ethan cuando encuentran los míos.

Solo escucho el sonido de mi respiración, la adrenalina apoderándose de mis sentidos.

Siento el cuero caliente, el látigo toca su piel.

—Uno... —Las voces están confundidas.

Los músculos de su espalda se contorsionan.

—¡Dos!

Sus puños son rocas que se entierran en el suelo.

—¡Tres!

Su cuerpo se retuerce.

—¡Cuatro!

Su piel se abre, su esencia corre.

—¡Cinco!

Un grito se gesta en mi interior.

—¡Seis!

Su respiración lucha por hacerle frente al dolor.

—¡Siete!

La fuerza hace temblar mis brazos.

—¡Ocho!

El grito se libera, astilla mis cuerdas vocales.

—¡Nueve!

Su sangre mancha mi rostro.

Suelto el látigo. Mi pecho sube y baja. Soy un animal cubierto con la sangre de su presa. Miro alrededor, hago una reverencia.

—La verdad habló.



BOOM

GAEL

El antifaz de plumas negras cubre la mitad de mi rostro, el traje de terciopelo a juego me sienta como un guante. Es extravagante, ostentoso y deja entrever mi buen estado físico. Estoy completamente vestido, pero me siento desnudo sin mi Glock.

«Los miembros VIP son los únicos que no pasan por el detector de metales, ingresan por una entrada especial y rara vez les hacen un cacheo básico». La voz de Equis suena en mi cabeza mientras trato de no olvidar ni un solo dato.

La hoja afilada de una navaja en la suela del zapato, eso es todo lo que tengo.

La vida de mi madre y la de Isabelle dependen del resultado de esta noche.

—Mueve la cabeza hacia la izquierda si me escuchas bien.

Giro la cabeza hacia la ventanilla, observo las estrellas a través del polarizado.

—Perfecto. Recuerda: no te quitas el antifaz por nada del mundo, son mis oídos y mis ojos —la orden de Equis es clara—. No hables si sabes que es riesgoso, solo es necesario que me dejes ver y oír. Nos ajustamos al plan. Te daré acceso a todo lo que necesites y, tengas o no a Charlie, dices la palabra

cuando necesitas salir.

La palabra... Digo la palabra y todas las luces se apagarán, las cámaras morirán por siete minutos. Ni uno más.

—Tu tarjeta de invitación tiene un chip, en el están cargados todos tus datos. No hace falta que digas nada, me encargaré de que aparezcan en el sistema de seguridad. Actúa normal, ignora que me tienes en tu oído. Eres un miembro más.

Las palmas de mis manos sudan, juego con los exóticos anillos que adornan mis dedos.

«Puedo hacerlo. Hice cosas peores».

—Gael, entiendes lo que harás esta noche, ¿verdad?

Cada escenario que imaginé durante las últimas dos semanas vuelve a mi mente, me revuelve el estómago.

Asiento con sutileza.

—La cabeza fría, jefe. La cabeza fría.

La limusina se detiene, mi garganta se cierra.

Es ahora. Noches enteras de trabajo, lágrimas, rabia y frustración. Todo se reduce a esto: *Dolce Inferno*.

—Vincent está en su puesto, Nicholas tiene el galpón preparado. Saldrá bien. Este es nuestro golpe de suerte.

Una corazonada. Sus vidas dependen de una corazonada.

El chofer baja, abre la puerta. Salgo de mi burbuja, voy directo al infierno.

Dejo de ser Gael, soy otro millonario en busca de sexo y nuevas experiencias. Acomodo mi traje impecable, avanzo como si el mundo fuera mío. Saco la elegante invitación de mi bolsillo, se la doy al hombre calvo y excesivamente alto que verifica la lista de invitados. Con la excusa de mirar mis zapatos caros, escaneo con rapidez el perímetro.

—La vista al frente, relajado. Está a punto de entrar a la

fiesta de su vida, jefe.

Los hombres hablan en italiano, señalan la pantalla del dispositivo en sus manos.

—Tranquilo, ya estás adentro.

El calvo de etiqueta corre la soga dorada.

—Adelante, señor. Que pase una formidable velada.

—*Grazie*.

Un paso al frente, cruzo la línea, la adrenalina es lava ardiente.

—No hable en italiano que me enamoro, jefe.

Carraspeo, intento ignorar el comentario del cerebritito que me cayó mejor de lo que esperaba.

—Ni siquiera me cacheó —mascullo, atravesando un pasillo oscuro.

—Suerte de principiante. Llevar la Glock era demasiado arriesgado.

Corro un telón sedoso, la imagen me deja sin aire.

Rojo. Todo es como la sangre. Paredes, pisos, sillones, luces... Enormes jaulas doradas cuelgan del techo, hombres y mujeres desnudas se exhiben en ellas. Bailan al ritmo de una música sensual, se retuercen.

Con facilidad identifico a los hombres de seguridad, son los únicos que no llevan exóticos antifaces. Hay dos en cada esquina, otros dispersos entre la gente. Alzo la vista, el segundo piso tiene un palco enorme.

—Ahí tenemos que llegar. Paciencia, jefe. Vaya a la barra.

Atravieso el salón pasando entre la gente que baila o se toca en los sillones, esquivando a los mozos vestidos con ropa interior de cuero que caminan sobre zancos dorados repartiendo sustancias.

Me siento en la barra, pido la bebida especial de la casa.

—Dame un paneo general.

Escaneo todo el lugar sin disimulo, no soy el único que luce aturdido y fascinado.

—Va a sentarse en el otro extremo de la barra. Es su rutina, llega, se sienta, caza.

—Estamos dejando demasiado al azar —murmuro, llevando el licor a mis labios.

—El azar es nuestro mejor amigo ahora mismo. Concéntrese en parecer relajado y a gusto, sáquese el palo del culo.

Lo intento, trato de aflojar mis hombros, de relajar la postura, pero solo puedo pensar en llegar al baño y sacar la navaja de mi zapato, sentirla entre mis dedos, empuñarla.

Hombres se besan, mujeres se tocan. El libertinaje es absoluto; la vergüenza, un término vacío.

No puedo evitar pensar en la última vez que besé, los labios de la doc sobre los míos, tan suaves, tiernos, pasionales, perfectos...

Un pensamiento gélido arrastra su garra por mi nuca.

«¿Y si la besó? ¿Y si la tocó a la fuerza? ¿Y si...?»

—A tu derecha.

«Ella dijo que él no le haría daño físico, sonaba segura. Pero si...»

—Gael, a tu derecha.

Alzo la vista. Ahí está, oculto detrás de su sonrisa compradora y su antifaz atigrado, Frederick Reece, mejor conocido como Prince. El príncipe de la lujuria, un miembro estrella de este oasis de perversión, mi boleto dorado al segundo piso. A Charlie. Equis lleva semanas estudiándolo, siguiendo sus movimientos.

—Es ahora, jefe. No le saques los ojos de encima hasta que te mire, sedúcelo. Va a caer, tiene debilidad por la carne nueva.

Seducir a un hombre... Estoy terreno desconocido.

—Suena fácil cuando lo dices —mascullo con el vaso en los labios.

—Estás en otro mundo, allí no hacen falta las palabras, una mirada es una promesa sexual.

Ignoro la música, las risas, el sexo que se huele en el aire, me concentro en mirarlo. Lo miro con la intensidad propia del odio, del anhelo, del dolor, del amor. Lo miro hasta que me mira.

—Picó. Picó, picó, picó. No dejes de mirarlo, ni siquiera parpadees. Que tus intenciones queden claras.

«Mis intenciones... No creo que le gusten». Sonrío en mi fuero interno.

Apoya su copa alta, me observa con interés. Es un duelo de miradas malintencionadas.

—Sácate la corbata, desabróchate los primeros botones de la camisa. Es un depredador, dale algo de carne.

Inhalo profundo, mis dedos se cierran alrededor del vaso.

Sin dejar de mirarlo me quito la corbata, desabotono un poco mi camisa.

—Eso, eso, eso. Mírelo, jefe, está a punto de implosionar.

Prince ladea la cabeza, acaba de ponerme una correa al cuello.

—Ahora. Ahora. Ahora.

Me levanto sin romper el contacto visual, dejo la corbata sobre la barra, giro y emprendo camino al baño. Apresuro el paso cuando me pierdo en el pasillo. Entro al lujoso cuarto, me meto en un cubículo. Me lleva tres segundos quitarme la navaja del zapato, dos más guardarla en el bolsillo de mi

pantalón.

El sonido de mi respiración, eso es todo lo que llena el ambiente... hasta que la puerta se abre.

Pasos.

Cierro los ojos, inhalo profundo.

Tres golpes perezosos en la puerta de mi cubículo.

Dejo escapar el aire.

Abro.

Frederick Reece me observa con una sonrisa lobuna y mi corbata en su mano.

—Creo que esto es suyo.

Mi corazón palpita desquiciado.

Agarro la solapa de su traje, tiro y estampo mi boca en sus labios. Toma el control al instante, el beso se vuelve carnal, bruto. Intento no pensar, no sentir su mano viajando a mi hombría.

Silencio. En mi cabeza solo hay silencio y... ellas. La sonrisa de mi doc, los abrazos de mi madre. Esto es por ellas.

Mi mano tiembla cuando la llevo a sus pantalones, acaricio su erección.

El beso cesa abruptamente. Se separa un poco, me observa con las pupilas dilatadas. Comienza a quitarse el cinturón.

—Estoy buscando nuevas experiencias —digo, controlando el ritmo de mi respiración—. Eso me trajo aquí. Un revolcón rápido en un baño no cuenta como nuevo.

Muerde su labio inferior, acabo de servirme en bandeja. Me pregunto cuántas veces habrá hecho esto en sus treinta y tres años de vida.

—¿Tienes idea de quién soy?

Su pulgar delinea mi boca, niego.

—Si lo que buscas es un poco de emoción, encontraste a la persona correcta, amor...

Me tiende su mano, la agarro sin pensar.

Salimos del baño.

Mi pulso se acelera cuando cruzamos el salón y nos detenemos junto a la escalera que lleva al segundo piso.

—Recuerde la palabra, jefe. La dice y apago todo —el susurro de Equis incrementa la tensión que agarrota mis músculos.

Subimos las escaleras, cada peldaño es una certeza.

«Lo que sea. Lo que sea por mi madre y por Isabelle».

Prince le muestra el tatuaje en su muñeca al hombre de seguridad, pasamos tomados de la mano. Y así, tal como Equis lo planeó, estoy adentro.

El pasillo es inmenso, rojo escarlata. Docenas de sonidos de agonía y placer se funden, erizan mi piel, trazan el camino.

—Te voy a dar un recorrido completo, cariño, empezando por un pequeño regalo de bienvenida a este mundo.

Abre la última puerta, la única dorada. Entramos. Las luces rojizas son tan tenues que apenas me dejan divisar las siluetas de los muebles.

Empuja mi pecho, caigo de espaldas sobre un enorme sofá circular. Miro alrededor, no logro entender la habitación. No veo la profundidad, no tiene fin, no encuentro las paredes. Solo este escenario, este centro rojo.

Sombras masculinas emergen de la oscuridad, se acercan a paso seductor. Están sobre mí, besando mi cuello, acariciando mi cuerpo, desabotonando mi camisa...

Prince se aleja, se sirve una copa y se sienta en un sillón individual. Observa cómo me *satisfacen*.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos fuerza.

«La mente en blanco. La mente en blanco».

Una boca desciende por mi pecho, otra se entretiene con el lóbulo de mi oreja mientras un par de manos intenta estimular mi entrepierna.

Los minutos son siglos.

—Enciendan las luces.

La orden es simple, pero aprieta mis pulmones.

Las bocas y las manos me abandonan, junto mis piezas.

Uno, dos, tres, cuatro.

Las luces se encienden, son demasiado brillantes, me enceguecen.

Cajas. Tres cajas de cristal, un hombre en cada una.

Mi corazón se detiene.

—Primera parada del recorrido, la más sensorial —Prince susurra a mi oído—. Elige uno, será tuyo antes de que seas mío.

Su piel, su cabello, su complexión... No necesito que se quite el antifaz para saber que es él. Es Charlie.

—Mantén la calma —escucho la voz de Equis, pero no decodifico lo que dice—. Juega tu papel. Recuerda la palabra.

Finjo indecisión, excitación.

—Las tres son criaturas maravillosas... —Frederick suena extasiado—. Elijas a quien elijas, descubrirás una nueva definición de *placer*.

De repente, todo calla. El mundo enmudece a mi alrededor, solo existe Charlie en esa caja y yo en este sillón.

—El segundo. Elijo al segundo.

—Ah... Magnífica elección, belleza... De mis preferidos. Querrás repetir, te lo aseguro. Quizá, permita que también se una a nuestra fiesta más tarde.

Las luces se apagan, excepto una. La caja del medio permanece bien iluminada. Charlie sale, rodea su jaula de cristal y camina hacia mí. Solo viste unos pantalones brillantes y el antifaz.

—*Buon appetito...* —susurra Prince y sale de la habitación.

El tiempo se ralentiza cuando Charlie rodea el sofá, estudiándome entre las sombras rojas. Se detiene entre mis piernas, las puntas de sus dedos dibujan los músculos de mi abdomen. Se arrodilla, su lengua inicia un camino desde mi ombligo hasta la base de mi cuello. Me besa. Muerde mis labios con pasión mientras se sienta a horcajadas sobre mí. Lo abrazo, entierro los dedos en su espalda, profundizo el beso hasta invertir los roles. Ahora es mi cuerpo el que está sobre el suyo. Llevo una mano a su garganta, aprieto, suelto suavemente sus labios.

—Es un placer volver a verte, Charlie. —El filo de mi navaja encuentra su yugular, pánico atraviesa su mirada—. *Boom.*

Todo se apaga.



UNA VOZ

GAEL

La persiana metálica del galpón sube, el olor a humedad se mezcla con la sangre.

Mis botas suenan sobre el cemento, ya no hay trajes extravagantes. Estoy vestido para matar.

Una toalla se vuelve roja en cuanto toca las manos de Vincent.

—Bienvenido a la verdadera fiesta... —Sonríe. Tiene el torso desnudo salpicado con sangre, pero el gorro gris perfectamente en su lugar—. Nuestro amigo Charlie se echó una siestita.

Tira la toalla al suelo, bebe del pico de una botella de *Jack Daniel's*.

Contemplo la obra de arte, el rostro desfigurado de Charlie. Vincent dejó volar su imaginación...

—¿Se rompió?

Saca un pequeño estuche negro del bolsillo de su pantalón, agarra un cigarro y lo lleva a sus labios.

—Si hablamos de sus huesos, sí. Si hablamos de su lealtad, sigue intacta... El hijo de puta no dijo una palabra. —El humo abandona su boca en círculos densos—. Es más, se ofreció a chupármela con todo gusto.

Lo observo mientras paso la lengua por el corte en mi labio superior, producto del cabezazo que me dio en un patético intento por escapar del filo de mi navaja. Pero todo quedó muy claro cuando dejé mi autógrafo sobre la piel de su abdomen. La fiera se volvió dócil, salir fue casi tan fácil como entrar. Sin cámaras, sin puertas bloqueadas. Siete minutos de paraíso, más que suficiente.

—¿Equis?

Se apoya contra la ruinoso pared, la mirada perdida en la nada.

—Sigue en la camioneta haciendo su magia. Encontré un teléfono en el bolsillo de su pantalón. —Lo señala con la cabeza—. Se lo di al cerebritito hace media hora.

Mi corazón pierde la cordura, bombea sin rastros de humanidad.

«Un teléfono».

Las posibilidades desfilan en mi mente, son infinitas, son una dosis de adrenalina.

Agarro la botella de *whisky*, avanzo. Echo la cabeza de Charlie hacia atrás, el alcohol baña su rostro. Su garganta se enciende, los gritos retumban en cada esquina.

—Buen día. —Cacheteo su mejilla amorfa—. O buenas noches. ¿Qué te parece si charlamos un poco?

Arrastro una silla, la coloco frente a la suya. Me siento, cruzo los brazos sobre el pecho, lo estudio.

—¿Qué... pasa? —Intenta sonreír, pero los músculos de su cara ya no funcionan—. ¿Se cansó... tu amiguito?

—¿Vincent? —Rio sin ganas—. Vincent nunca se cansa, Charlie. Te diré un pequeño secreto —susurro—: está loco. Esto es como *Disneyland* para él. —Sus ojos son dos hendidias negras, no puede mirarme—. Quizá, si tenemos tiempo, hasta te cuente su historia...

—Dejen de... perder el tiempo. —Tose, un hilo de sangre aterriza en su pecho—. No voy a... decir nada. Terminen con... esto.

—¿Terminar? ¡¿Escuchaste, Vincent?! —El demente ríe, lo acompaño—. Terminar... Eres gracioso, Charlie. Esto recién empieza, compañero. Ponte cómodo. Dime, ¿dónde se esconde tu dueño?

—¿Dueño? Yo no tengo... dueño.

—¿Cómo le dicen? ¿Amo y señor? ¿Profesor? ¿Profeta Jones? ¿Papi? Llámalo como quieras, Charlie, pero es tu dueño. Que estés acá es la prueba. Eres un títere; él, el titiritero.

Alza la cabeza, intenta mirarme.

—Te equivocas, bombón... Yo... no soy como ellos, por eso estoy... aquí. Él no me domina. Yo... solo tomo lo que... necesito.

Silbo, lo miro con orgullo fingido.

—Un rebelde... Qué exótico. —Apoyo los codos sobre las rodillas, observo mis nudillos sanos antes de destrozarlos—. Si te tomaste un día libre de la secta de psicópatas a la que llamas familia para ir a una fiesta, no debes estar muy lejos, Charlie... ¿Estoy en lo cierto?

Escupe, lucha por respirar a través de su nariz rota.

—Si estuviéramos... cerca, bombón, ¿no nos... habrían encontrado ya?

—Las cosas que mejor se ocultan son las que están a la vista de todos. Deberías saberlo, Charlie.

—Buena deducción... ¿Eso les... enseñan en el... ejército?

—Eso y unas mil maneras de hacerte suplicar que termine rápido contigo.

Deja caer la cabeza sobre el pecho, su respiración es cada vez más artificial.

—¿Cómo está... Tyler? ¿Se quedó con los gusanos?

La silla cae cuando me levanto y estrello mi puño contra lo que alguna vez fue su cara. Gime, pero dura poco, sé que el dolor adormece su cuerpo.

—Tenemos algo en común, Charlie, ya no tengo nada que perder —miento—. Voy a disfrutar cada segundo hasta tu último latido, me voy a divertir como hace años que no me divierto.

Desearía poder ver sus ojos, memorizar cómo luce en ellos el miedo.

—¡Hijo de puta!

Giro en busca del grito gutural, Nicholas avanza poseído. Intento detenerlo, pero me empuja y se abalanza sobre Charlie. La silla cae junto con los cuerpos.

—¿Dónde está mi hermana?! ¿Dónde está?!

—¿Qué mierda hace aquí?! —le pregunto a Vincent mientras intento separarlo de Charlie, pero tiene la fuerza del dolor—. ¡Quedamos en que se quedaba al margen!

Vincent me ayuda entre risas, los dos conseguimos que lo suelte.

—¡Sácalo de aquí! ¡Haz que se calme!

Me limpio el sudor de la frente con la camiseta, intento recuperar el control. Levanto a Charlie, apenas se queja.

—Jefe. —Equis entra, tiene el celular en la mano. Está despeinado y las ojeras debajo de sus ojos son mares negros—. Pude acceder, pero es un teléfono desechable. Está vacío, limpio. No hay fotos, mensajes, llamadas, ni historial de navegación. Lo único que guardó el GPS es la locación de *Dolce inferno*, no hay nada más que eso y un número de teléfono sin nombre.

La Tierra deja de girar.

Mis sentidos se magnifican cuando pone el teléfono en mis

manos.

—Llame cuando yo le diga, protegeré nuestra locación y haré todo lo posible por rastrear la llamada. —Levanta la silla, se sienta, abre su bolso y saca la computadora portátil, además de otros aparatos que desconozco—. ¿Está listo? —Parpadeo, asiento—. Bien, deme unos segundos... —Enciende, teclea, conecta cosas—. Tres, dos, uno. Ahora.

Mi pulso se detiene cuando escucho el primer tono, inhalo al ritmo del segundo, pero antes del tercero... una voz.

—¿Estás llamando para decirme lo bien que la estás pasando o que yo tenía razón y vas a volver?

Mis músculos se aflojan, mis piernas fallan.

Ethan.

—No te preocupes, el castigo no será tan severo como la última vez, Char...

—Charlie no va a volver, a menos que vengas a buscarlo... —Silencio. Mi pecho va a explotar—. ¿Lo quieres en una sola pieza? ¿Alguna petición? ¿Que conserve alguna parte en especial? —Levanto la botella de *Jack Daniel's*, me acerco y la vacío sobre su rostro. Los gritos inundan el galpón—. ¿Qué dices? ¿Reunión familiar, hermanito?



DÉBIL

ETHAN

«**N**o te creía tan débil».

Inhalo profundo, abro la caja torácica con destreza y precisión.

«Débil. Débil. Débil. Débil».

Me detengo, cierro los ojos, siento la calidez de la sangre que traspasa los guantes y acaricia mis manos.

«¿Tanto te molesta saber que Aaron me prefiere? Me prefiere. Me prefiere. La prefiere».

Hago sonar mi cuello, intento concentrarme. Continúo trabajando.

«Débil. Débil. Débil».

El grito se construye, vibra en mi pecho, pero lo ahogo. Saco las manos de su cuerpo, me acerco al tocadiscos, Chopin deja de sonar.

Suspiro.

Uno de mis teléfonos suena, es el celular desechable de Charlie.

Una punzada me atraviesa el estómago, domino la emoción. Atiendo con voz neutra.

—¿Estás llamando para decirme lo bien que la estás pasando o que yo tenía razón y vas a volver?

Silencio.

Camino por el sótano, escojo mi próxima herramienta.

—No te preocupes, el castigo no será tan severo como la última vez, Char...

—Charlie no va a volver, a menos que vengas a buscarlo...
—Su voz me paraliza, entumece cada uno de mis músculos—. ¿Lo quieres en una sola pieza? ¿Alguna petición? ¿Que conserve alguna parte en especial? —El llanto desgarrado de Char afloja mis piernas—. ¿Qué dices? ¿Reunión familiar, hermanito?

El bisturí resbala de mi mano, me dejo caer sobre la silla.

Mi garganta está dormida; mi pulso, acelerado.

—Tomaré ese silencio como un *me encanta la idea*. — Observo el corazón en la bandeja, el frasco listo a un costado—. Te llegarán las coordenadas. De más está decir que, si vienes con algún conejo, desmembraré a tu amante y te lo haré comer hasta que no quede ni un solo pedacito. Recuerda, hermano: más tardas, más me entretengo con tu juguete.

Los gritos desaparecen, el vacío al otro lado de la línea eriza mi piel.

Blanco. Todos mis sentidos están en blanco.

Charlie. Gael tiene a Charlie.

Me levanto, la Tierra tiembla. Es una sensación a la que no estoy acostumbrado, no me gusta. La detesto. Necesito recuperar el control.

«No te creía tan débil. Me prefiere a mí. Débil. Débil. Charlie no va a volver...»

Miro su cuerpo desnudo, abierto a la mitad, una obra a medio terminar.

«Charlie no va a volver».

Lo cubro con la sábana blanca, que se torna escarlata al rozar su piel.

—Te lo dije —susurro—. Te lo dije, Char... —Alzo la vista, el agente O'Connor y su preciosa hermana me miran, Amber me culpa—. ¡Se lo dije! ¡Les juro que se lo dije! ¡Le dije que las cosas ya no eran como antes! ¡Que el profesor estaba en casa y por fin éramos una familia unida! —Niego, un temblor incontrolable posee mi cuerpo—. Lo teníamos todo..., pero Charlie necesitaba más. Siempre necesita más. ¡¿Por qué necesita más?! ¡Te lo dije, Char! ¡Te dije que era peligroso!

«Débil. Es tu culpa, lo dejaste ir. Charlie no va a volver. Me prefiere. Débil. Lo tenías todo, hasta que llegó Isabelle... Eras su preferido. Débil. La prefiere. La libró de su castigo, ¿haría eso por ti? La prefiere. Débil. Débil. Débil».

—¡Cállense!

Arranco el mantel de la mesa, todos mis instrumentos caen. Los metales brillan en el suelo lleno de bacterias.

—No. No, no, no, no, no.

«Arréglalo».

Me quito los guantes ensangrentados, pongo un delantal en el piso, me arrodillo sobre él y comienzo a juntar mis herramientas. Las coloco perfectamente en la bandeja, midiendo las distancias necesarias.

«Tienes que ir a buscarlo».

Ladeo la cabeza, miro a Amber.

—No puedo. No puedo salir, es demasiado arriesgado.

«¿Vas a abandonarlo? Charlie es el amor de tu vida, ¿no es así? No puedes dejarlo morir».

—¿Morir? —Observo las tijeras en mis manos—. ¿Morir?

«Va a matarlo. Tu hermano va a matarlo».

Niego.

—Él no es así, se cree un superhéroe.

«Los superhéroes también matan. Va a matar a Charlie para vengarse por lo que le hiciste a Tyler. Tienes que ir a buscarlo».

—¡No puedo, Amber! El profesor...

«El profesor la prefiere a ella. ¿No lo ves? Todo esto es por ella».

Mis puños son rocas, me levanto.

—Todo esto es por nosotros, Amber. Somos su familia. Es por todos.

«Es por ella. Todo lo que hicieron fue para traer a Isabelle a casa. Ella es todo lo que el profesor quiere. ¿No lo ves? La defendió. Aceptó su castigo. Dejó que abrieran su piel para que la suya continuara siendo inmaculada... No hizo eso por ti, ni por tus hermanos. Solo por ella. Todo es por ella».

Me abalanzo sobre su cuerpo, mis manos se cierran alrededor de su tierno cuello.

—Mientes. Me ama. Soy su mano derecha, su alumno prodigio. Su preferido.

«Lo eras antes de ella. Charlie te ama. Charlie merece volver a casa. ¿Vas a dejarlo morir?»

Miro sus ojos, en ellos está escrita la verdad.

—No puedo... dejarlo morir.

«No puedes. Ve a buscarlo. Ve».

Suelto su piel, peino su cabello mientras pienso.

—Creo que tengo una idea, Amber. La solución a todos nuestros problemas... Puedo salvar a Charlie y arreglar las cosas con el profesor. Puedo demostrarle que no soy débil...

—Sonríó—. Mataré dos pájaros de un tiro. Recuperaré a Char y traeré a Gael a casa, será mi regalo para el profesor, mi súplica de perdón.

«Le encantará. Te perdonará por haberlo decepcionado».

—Lo sé... —Dejo un beso suave en su boca—. Amber, querida, te dije que con el tiempo nos entenderíamos mejor.

Me sonrío, le devuelvo el gesto.

El teléfono suena, lo agarro con desesperación. La pantalla está en negro, una dirección titila. El táctil no funciona, no puedo desbloquearlo ni acceder a las opciones. Solo está esa dirección...

¿Qué es esto?

«Gael no está solo. Ve, no pierdas el tiempo».

Me quito el delantal, lo tiro a la basura. Me acerco a la camilla, observo mi trabajo. Es de mediocre dejar una obra de arte inconclusa...

—No te preocupes, volveré y terminaremos lo que empezamos. Lo prometo.

Me detengo frente al espejo, me acomodo el moño, el traje y el cabello.

—¿Crees que debería decírselo al profesor?

«No. Está recuperándose, ya sabes que no quiere ver a nadie. Te rechazó ayer. Además, no te dejará ir. Pensará que es demasiado peligroso, que eres débil y no podrás conseguirlo. No se lo digas, demuéstraselo».

—Una vez más, tienes razón... —Observo mi mesa de instrumentos a través del espejo—. Tendré que dormir a los hermanos que vigilan la entrada, si hacen demasiadas preguntas.

«Haz lo que tengas que hacer. Recupera a Charlie y al profesor».

Asiento. Aliso mi traje, acaricio las jeringas, guardo dos en mi bolsillo.

Apago las luces y mis pensamientos. Voy a limpiar mi nombre, a recuperar todo lo que amo y es mío.

Las sombras de la noche acompañan mis pasos, me guían en la dirección correcta.

—Señor White. —El hermano se pone rígido cuando me ve, siempre pasa con los nuevos hasta que descubren lo amable que puedo llegar a ser—. ¿Cómo está?

—Muy bien, Sam, gracias. ¿Dónde están tus compañeros? ¿Ya es el cambio de guardia?

Relaja la postura, baja la escopeta, se aleja de la reja y me observa abrir uno de los coches.

—No. Fueron al baño, señor. La noche está tranquila, no se preocupe. El resto de los hombres vigila el perímetro desde afuera.

—Sam, Sam... ¿Cuántas veces te dije que me digas Ethan? Somos hermanos.

—Lo sé, señor... Ethan. Es la costumbre. ¿Va... a salir?

—Sí, tengo una misión importante esta noche.

—¿Una misión? El profesor no habló de ninguna misión.

—Es una sorpresa para el profesor, Sam. ¿Confías en mí?

Acaricio la jeringa en mi bolsillo.

—¿Está seguro de que... va a salir solo? ¿No es arriesgado?

—No voy a alejarme demasiado, no necesito compañía esta vez.

Mira alrededor, no luce convencido. Pero soy Ethan White, la mano derecha de Aaron Jones.

—Podríamos decirle al profesor, si lo prefieres, pero le

arruinaríamos la sorpresa. Me gustaría poder darle una alegría, después de lo ocurrido con el castigo...

Me observa, lástima entristece su semblante.

—¿Sigue malherido? No lo merecía, tampoco la reina...
Todo fue culpa de Judas.

Mi mandíbula se tensa con la simple referencia a Isabelle.

—No puede dormir sobre su espalda, ni siquiera sentarse.

Niega, mira hacia el cielo nocturno.

—Merece algo de alegría.

—Más que nadie —reafirmo.

—Le abro la reja, señor... Ethan. Ten cuidado.

Suelto la jeringa, sonrío.

—Lo tendré, Sam. Te deseo una agradable noche.

Subo al auto, las rejas se abren para mí.

«Débil».

Sonrío.

—Voy a demostrárselo, profesor. No soy débil.

Estaciono. Miro la pantalla muerta del teléfono una vez más para asegurarme de que estoy en la dirección correcta. No hay nada más que árboles, tierra, la noche y el silencio.

Conduje durante cinco horas, tengo dos policías muertos en el baúl. Es sorprendente lo flexible que puede ser el cuerpo humano.

Un instante de distracción, un estallido inesperado. El parabrisas se pulveriza, los vidrios me cubren por completo.

La puerta se abre, me arrastran, todo se vuelve negro.

Mis párpados bailan, se abren perezosos. No veo. Todo está oscuro. Un dolor intenso se adueña de mi nuca, me toma unos cuantos segundos comprender qué está pasando. Tengo una bolsa en la cabeza, siento la tela pegada a mis labios. Intento mover las manos, están atadas, también los pies. Respiro profundo, intento relajarme.

«Débil. Recupera el control. Recupera al profesor, hazlo sentir orgullo».

Pasos.

Exhalo, me rodeo del calor de mi aliento.

La bolsa desaparece, una luz brillante me enceguece.

—Hermanito, me gustaría decir que es bueno verte.

Lo observo con mis ojos aturdidos. Tan igual, tan distinto...

—Yo puedo decirlo, Gael, es bueno verte. Me trae más alegrías de las que imaginas.

Miro alrededor, un galpón roñoso y húmedo. Vacío. Solo él, esta silla y yo.

—¿Dónde está Charlie?

Se agacha frente a mí, me mira directo a los ojos. Busco, busco lo que siempre vi en su mirada y jamás encontré en la mía: amor, ternura, debilidad, bondad. No están. No hay nada.

—Solo para que quede claro, yo soy el que hace las preguntas.

Ladeo la cabeza, lo estudio un poco más. Los años no pasaron para Gael *Evans*.

—¿Y si no respondo?

Saca una navaja del bolsillo, la contempla como yo contemplaría un bisturí perfecto.

—Esto no es tu estilo, Gael. No te sienta bien... Eres de los buenos.

Me sonrío, se levanta.

—¿No lo escuchaste? Soy la máquina de matar.

Entierra la navaja en el centro de mi mano, el grito destruye mi garganta. Dolor puro incinera mis dedos, paraliza mi brazo, hace temblar mi voz.

Se acerca a mi oído y susurra:

—La diversión recién empieza. —Retuerce el filo hasta que me ahogo en gritos—. Tal vez, hermanito, tú y yo no seamos tan distintos...



EN MANOS DEL AZAR

Gael

Una parte de mí murió cuando derramé su sangre, *mi* sangre. Una pieza que jamás podré recuperar, que, quizá, siempre estuvo destinada a perderse...

Sus gritos me envuelven en una vorágine de placer y dolor.

Quiero más. Quiero olvidar que compartimos tardes de juegos, que luché contra los monstruos que invadían sus sueños. Quiero olvidar que alguna vez juré que daría mi vida por él sin pensarlo. Quiero mirarlo a los ojos y aceptar que esta es mi última pelea y el monstruo es él.

Intenta mover la mano, pero la navaja sigue enterrada en su dorso. El ritmo de su respiración es errático, soy dueño de su pulso y su futuro.

—Arruinaste... mi mano, mi instrumento para crear arte. Esto te saldrá caro, hermano.

Empuño el arma blanca, le doy otra vuelta de trescientos sesenta grados. Escucho cómo los pequeños huesos se trituran.

Grita. Tose. Balbucea. Pero no suplica.

—¿Qué diría... mamá si te viera ahora mismo?

Su voz nubla mi razón, me enceguece.

Entierro los dedos en su cabello perfectamente peinado,

tiro hacia atrás, busco sus ojos.

—Me alegra que rompas el hielo, es justo de lo que quería hablar. ¿Dónde mierda está mi madre?

Sonríe, pero la agonía no pasó, su cuerpo aún tiembla.

—¿Tu madre? Hasta donde sé, también es mía.

—¿Qué le hiciste?

—¿Qué te hace pensar que la tengo yo?

Lo suelto, me alejo. Intento dominarme, gestionar la emoción violenta que me hace vibrar. Poco a poco. Lento y doloroso, así debe ser.

—¿Qué le hiciste a Charlie?

Mis pasos se detienen, lo observo de reojo.

—Lo corté en pedacitos.

La oscuridad transforma su mirada.

—Espero que estés haciendo uso de tu fantástico sentido del humor, porque, de lo contrario, pienso hacerle a Tyler lo mismo que le hayas hecho a Charlie. No creo que te divierta ver sufrir a mi hijo...

Tres pasos. Desentierro la navaja de su mano, la hundo en su pierna. Contiene los gritos como una bestia, hasta que su garganta explota.

—Cuando termine de jugar contigo, ni siquiera te atreverás a pensar en Tyler. Y, solo para que quede claro, *yo* soy su padre.

Cierra los ojos, intenta calmarse, pero la sangre fluye como un río.

—Manchaste... mi traje. Límpiame. ¡Límpiame! ¡No soporto estar sucio!

Está enfermo. Está mucho más enfermo de lo que creí.

—No voy a limpiarte, hermanito. Ni siquiera terminé de

ensuciarte.

Silbo fuerte y claro, espero.

Vincent entra empujando a un muy desfigurado Charlie.

El pecho de Ethan se infla, su rostro se contorsiona.

—Vas a arrepentirte de haberlo tocado —es una promesa.

El militar demente lo arrastra hasta el final del galpón, lo ata a una silla. Charlie apenas se queja, el dolor lo adormece.

—¿Empieza la fiesta, colega?

Asiento.

La música hace temblar el galpón. Vincent mueve la cabeza al ritmo del *heavy metal*, se enciende un cigarro.

Ethan intenta mirar hacia atrás, hablar con Charlie.

—¿Algún límite? —el kamikaze pregunta cuando me acerco.

«Es tu hermano. Mató a Amber, lo sabes. Es tu sangre. Enterró vivo a Tyler ¿Qué pensarías tu madre? Tiene a la doctora. Davis está muerto por su culpa. Tiene a tu madre».

—Lo necesitamos vivo un poco más, el resto se lo dejo a tu imaginación.

Vincent da una pitada, deja caer la ceniza al suelo, estudia a su nuevo juguete.

—Equis y los tipos de Nicholas están vigilando los alrededores. Estamos seguros.

Saco el revolver de mi cintura, camino hacia Ethan. Doy vuelta su silla, enfrentándolo a su querido amante.

—Charlie... Charlie, ¿me escuchas? Vamos a volver a casa, no te preocupes.

—Eso suena a promesa, Ethan. ¿Estás seguro de que podrás cumplirla?

—Arruinaste su cara... Vas a pagar tan caro, Gael, que la

muerte será un alivio.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta su nuevo *look*? ¿No te calienta? No te preocupes, seguro encontrará con quién reemplazarte. En *Dolce Inferno* tenía opciones de sobra.

—No lo intentes. Nuestra relación no funciona así, no hay celos.

Ethan me sonrío, pero el gesto se borra en cuanto Charlie suplica por agua.

—Dásela.

Niego, le devuelvo la sonrisa.

—El agua se gana. Respondes, bebe. No respondes, muere de sed. ¿Dónde está mi madre?

Su pecho sube y baja, es una bestia atada que intenta dominarse.

—Conmigo. Sana. Mejor de lo que estaría en tus manos. Ahora, dale agua.

Confirmar la sospecha no me proporciona ningún alivio, al contrario, incrementa la ansiedad.

—¿Por qué te la llevaste?

Cierra los ojos, suspira.

—Quería pasar tiempo con ella, mostrarle mi arte. Mamá no estaba capacitada para entenderme, creí que con el tiempo...

Dejo de escuchar.

El puño me pica, me suplica que destroce su mandíbula. Lo hago.

—Vincent, agua para el querido Charlie, por favor.

Sacudo la mano. Miro mi sangre, su sangre.

Vincent levanta una botella de agua del suelo, la abre, inclina la cabeza de Charlie hacia atrás y la vacía sobre su

rostro. El títere se ahoga.

Ethan ruge, se sacude en la silla como un animal.

La última gota cae, Vincent tira la botella a un costado.

—¿Dónde se esconde tu querido profesor y su séquito de enfermos?

La vista fija en Charlie, la respiración gutural.

—Estamos en todas partes. Somos los simpáticos vecinos, los médicos, los abogados, los policías que te hacen sentir seguro...

Me detengo en el centro de la habitación, observo a uno, luego al otro.

—Lo pregunto una vez más. ¿Dónde se esconden?

—En el corazón de cada persona que abraza su naturaleza...

Su boca ensangrentada me sonríe. Ojalá no tuviera la sonrisa de mi padre, todo sería más fácil.

—¿Qué te parece si jugamos un poco?

Abro el tambor del revólver y saco todas las balas, menos una. Hago girar el cilindro, apunto a la cabeza de Charlie.

—O respondes, o la vida de tu amante queda en manos del azar.

El color abandona su rostro, su alma oscura palidece.

—Si lo matas, no te llevaré con tu querida Isabelle. ¿Enamorándote del trabajo, hermano? Qué poco profesional de tu parte... Casi tanto como fallar a tu promesa. ¿No debías protegerla con tu vida?

El sonido de su nombre afloja mis piernas.

«Me gustaría haberlo conocido en otra vida. Una donde no nos una el peligro, la muerte. Una donde usted y yo pueda ser un nosotros».

—Me llevarás, porque hay algo que te importa más que Charlie: tu profesor. Sé que te mueres por entregarme con moño.

Apunto a la cabeza de su amante, disparo.

El sonido vacío del gatillo profana el silencio.

—Una chance menos... La suerte se agota.

La boca de Ethan está abierta, su mirada aturdida, se olvidó por completo de la mano destrozada y la navaja aún clavada en su muslo.

—Voy a disfrutar tanto matándote, Gael... Será lento, voy a saborear cada segundo. Quizá te mantenga agonizando durante días...

—¿Dónde se esconden? —Apunto a Charlie otra vez—. Tienes tres segundos. Uno, dos...

—¡A las afueras de la ciudad! —Es la voz de un traidor, del arrepentimiento—. La casa está rodeada por bosques y un río. Nada más. No hay vecinos, tampoco comercios. Está absolutamente aislada, es perfecta para vivir en paz. Son unas siete u ocho horas en auto desde el centro.

Miro a Vincent, asiente. Agarra su teléfono, comienza a enviarle toda la información a Equis.

—¿Cuántos son?

—Muchos.

Apunto a Charlie, que suplica con balbuceos incoherentes, disparo.

La suerte se hace presente otra vez.

—¿Cuántos?

—Cuarenta y ocho —sus palabras son balas desesperadas—. Somos cuarenta y ocho en la mansión.

—¿Cuántas mujeres y cuántos niños?

Parece pensarlo, buscar en su memoria.

—Quince... Quince mujeres y seis niños.

—¿Qué tipo de armas tienen? ¿Cuántos las manejan?

—Armas de guerra. Todos... Todos las usan, excepto los niños.

Francis tenía razón, no son aficionados.

Mi pulso se acelera, siento la pregunta en la punta de la lengua.

—Isabelle... ¿Dónde la tienen?

Ríe, me observa con la cabeza ladeada.

—Isabelle está muerta.

Fuego me consume, a pesar de que huelo la mentira.

—No te subestimes, Ethan, puedes hacerlo mejor... ¿En qué parte de la casa la tienen?

Reprimo los recuerdos de la infancia que me asfixian cuando me mira fijamente.

«No es tu hermano, es un monstruo».

—Isabelle está *muerta*. ¿Sabes cuándo murió? Cuando mató para no morir... Irónico, ¿no?

«Mató para no morir. Mató. Mató».

Guardo el arma en la cintura, quiero ensuciarme.

—¿¿Qué le hiciste?! —Agarro las solapas de su traje, lo sacudo—. ¿¿Qué mierda le hiciste?!

—¿Yo? Nada de lo que me gustaría...

Mis nudillos se deshacen sobre su nariz, la sangre empapa su rostro.

—¿Qué te hace pensar que Isabelle quiere ser rescatada? —Tose, escupe, sonrío—. Abrazó su naturaleza, mató. Mató y le encantó, hermano. Deberías haberlo visto...

Me tambaleo, las imágenes que pone en mi cabeza adormecen mis sentidos. Sin saber muy bien lo que hago, saco el revólver, lo apoyo en su frente.

—Mientes. Dime dónde la tienen. ¡¿En qué parte de la casa?!

—Entre las sábanas de su esposo...

Entierro con tanta fuerza el cañón en su frente que podría agujerearla sin mover un solo dedo.

—¡¿Dónde mierda la tienen?!

—Cuidando y disfrutando de su hijo. ¿No lo sabías? Por fin es madre, su sueño hecho realidad...

—¿Qué?

Una sonrisa petulante y enfermiza muestra sus dientes rojos.

—Isabelle no quiere ser salvada. La Isabelle que conociste ya no existe, murió cuando fue brutalmente golpeada. Murió cuando peleo a muerte...

—¡Responde la puta pregunta!

—Murió cuando descubrió que su mejor amiga le mintió la mitad de su vida. Murió cuando la vio morir. Murió cuando agarró ese cuchillo y lo enterró en el pecho de García...

Tiemblo. No. Mi doc, no.

—¡Cállate!

—Una y otra vez. ¡Una y otra vez! ¡Su rostro se llenó de sangre, el placer se apoderó de su expresión!

La tierra tiembla bajo mis pies, restriego mis ojos. ¿Qué me pasa?

—No fue la única vez que mató, claro... Una vez que la bestia se desencadenó, fue imparable...

—¡Cállate!

«La Isabelle que conociste ya no existe. No existe».

—¿Vale la pena? ¿Vale la pena dejar a Tyler huérfano por otro monstruo?

Rojo. Todo se vuelve rojo.

El tiempo se ralentiza.

Apoyo el cañón entre sus cejas, aprieto el gatillo.

La risa de Ethan se apodera del galpón. Es el sonido propio de la euforia del alivio.

Una mano sujeta mi muñeca, me quita el arma con cuidado. Alzo la vista, Vincent está serio.

—Yo me ocupo a partir de ahora.

Miro el rostro ensangrentado de mi hermano. Un segundo. Podría haberlo matado y arruinado todo en un segundo...

Aturdido, me alejo.

«¿Cuál es su lado oscuro, doctora?»

No. No puede ser. Ella no...

«Su rostro se llenó de sangre, el placer se apoderó de su expresión».

—Creo que no nos presentaron. Soy Ethan White, es un placer conocerte. ¿Con quién tengo el gusto de pasar esta encantadora velada?

—Con tu peor pesadilla. El placer es todo mío.

Me apoyo en la pared, ya no me siento parte de la escena, no soy dueño de mi propio cuerpo. Soy un mero espectador.

«Isabelle no quiere ser salvada. La Isabelle que conociste ya no existe».

—Escuché por ahí que te gusta arrancarles la piel a los animales...

—No solo a los animales. Un espécimen como tú se vería perfecto en la habitación de las marionetas.

Vincent se agacha frente a Ethan, ladea la cabeza, lo observa, le sonríe. Esa sonrisa... Conozco esa sonrisa.

—¿Sí? ¿Y nunca te preguntaste cómo te verías tú? O tal vez... cómo se vería Charlie.

No hay risas, ni voces. Solo la música de fondo, la promesa latente.

Desentierra la navaja, Ethan se queja.

—Qué... ¿Qué estás haciendo?

—¿Te dije que soy autodidacta, Ethan? —Se acerca a Charlie, acaricia su rostro con la punta de la hoja brillante—. Me encanta aprender cosas nuevas.

—Aléjate... Aléjate de él ahora.

Con la poca fuerza que le queda Charlie se sacude en su silla, intenta liberarse, pararse.

—¿Cómo lo haces? ¿Tienes alguna técnica especial o simplemente haces un corte como este?

Vincent desliza el cuchillo sobre el pectoral de Charlie, la sangre comienza a correr.

—Si no lo sueltas, te juro que vas a sentirlo en carne propia. Te obligaré a arrancarte tu propia piel con los dientes.

—¿Con los dientes? Creí que tenías alguna herramienta especial, algo más sofisticado a juego con tu trajecito. ¿No? ¿Solo la arrancas así?

El filo de la navaja traza formas sobre el pecho de Charlie, sus gritos se funden con los de Ethan. Vincent se detiene cuando consigue despegar un trozo de piel. Camina hacia mi hermano, sostiene la tira de piel morena frente a sus ojos.

—¿Qué dices? ¿Lo hice bien o intento de nuevo?

Mete el pedazo de piel en el bolsillo del traje de Ethan, que ruge poseído. Se retuerce en la silla, promete destrucción.

—Ahora que somos amigos, cuéntame dónde tienen a

Isabelle.

—Voy a crear una obra de arte maravillosa con tu cuerpo, pero antes perpetuaré tu agonía. Lo prometo.

—Mi cuerpo ya es una obra de arte, pero gracias por la propuesta. Ahora, ¿me respondes o me sigo perfeccionando como taxidermista?

Sonidos animales salen de la garganta de Ethan, es un demonio a punto de ser expulsado.

—Creo que voy a probar con un pedacito de labio, o quizás un párpado sea fácil...

—¡En una habitación de la segunda planta! —su voz detiene los pasos de Vincent, acelera mi pulso—. Es... la segunda puerta a la izquierda. Está ahí. Siempre está ahí.

—¿Cómo está delimitada la propiedad? ¿Cómo la vigilan?

—Hay... unas rejas que dan ingreso al predio, la casa está atravesando el bosque. Hay cámaras y se turnan para hacer vigilancias.

—¿Cuántos hombres?

—Ocho. Cuatro hombres al frente y cuatro atrás.

Vincent sonríe, limpia la navaja con el traje de Ethan.

—¿Lo ves? Hablando se entiende la gente...

Charlie agoniza hasta que se desmaya. Ethan grita su nombre, le hace promesas vacías.

Su desesperación me deja atónito. ¿Lo ama? No, es obsesión. La doc dijo que el amor que sienten es una ilusión producto de la obsesión. Una ilusión que será mi as bajo la manga.

Vincent se lleva el teléfono al oído.

—Ahora.

Permanezco en una esquina, inmóvil, incapaz de recuperar el control de mis extremidades, de volver a dominar la realidad.

Uno de los hombres de Nicholas entra, lleva un maletín. Se arrodilla frente a Charlie.

—¿Qué hace? —Ethan se desespera—. ¡¿Qué están haciendo?!

Abre el maletín, saca un cinturón repleto de cables y luces.

—Qué... ¡Suéltalo! ¡Te voy a arrancar el corazón con mis propias manos!

El cinturón rodea el pecho de Charlie. El hombre mira a Vincent, asiente.

—¿Ves el cinturón que tiene Charlie? Es el último grito de la moda... Un fuego, una *explosión*. —Vincent se agacha, se nutre con el pánico en los de Ethan—. ¿Creíste que eran los únicos que tenían juguetitos? —Niega, le sonrío—. El plan es simple: nos llevas hasta Isabelle. Si haces un solo movimiento en falso o nos traicionas, mi amigo aprieta un botón y ¡boom!, Charlie vuela por los aires. ¡Charlie para todos! Pero si llegamos ilesos, le sacarán el cinturón. Te doy mi palabra. ¿Qué dices? ¿Vamos a hacerle una visita a tu querido profesor?



EL MONSTRUO ESTÁ PERDIENDO LA CABEZA

ISABELLE

Mi mente es un bucle de muerte y destrucción.
La sangre no tiene nombre, lo tiñe todo con su color.

Los gritos carecen de voz, pero su eco vive en mi cabeza.

Beso la frente del pequeño inocente dormido entre mis brazos, le pido perdón en un susurro amargo. Perdón por haber alimentado al monstruo que sedujo a su madre. Perdón por sentenciarlo a esta vida de oscuridad infinita.

La puerta se abre, las hermanas entran. Ya no hay sonrisas ni buenos modales, no desde aquella noche.

—El profesor quiere que cures sus heridas.

—Estoy cuidando a... *Thomas*, tiene cólicos. No se siente bien.

—Aria se hará cargo de él.

Amy me quita al bebé, lo deja en manos de su hermana.

—Rápido.

Me levanto, avanzo con pies descalzos. La seda de la bata negra se arrastra por el suelo, es la sombra de mi pasado.

El pasillo está frío, el silencio es sepulcral.

Todo cambió aquella noche, la *libertad* tiene otro sabor en esta casa. No más desafíos, no más dudas, solo fe ciega y enfermiza.

Las trenzas de Amy se mueven al ritmo de su paso ligero. Se detiene frente a la habitación de Aaron, me deja pasar.

Las luces tenues de las velas juegan con la penumbra, el danzar de las llamas crea figuras inquietantes.

La puerta se cierra.

El silencio me acaricia.

La estancia posee un aroma masculino e intenso, como si una parte de Aaron descansara en cada rincón.

—Acércate, por favor.

Mis párpados se cierran, también mis manos. Avanzo, sigo su voz.

Una enorme cama con dosel contiene a la bestia recostada sobre su pecho. Su espalda está en carne viva, nueve líneas que se cruzan como nuestras vidas.

Lo siento en las puntas de mis dedos, el calor del cuero, el poder del látigo. Lo disfruté. Fue carnal, brutal, revitalizante. Fue todo lo que necesitaba sin saberlo.

—No te sientas mal, Izzy. Hiciste lo que tenías que hacer.

Observo mi obra de arte en silencio. Intento no analizar por qué me maravilla su piel destruida, por qué ansío tocar la sangre que mana de las heridas.

—Ponme unos paños fríos, por favor. Esto quema como el infierno.

Camino sobre la alfombra tibia hasta el escritorio bajo la ventana. Meto las manos en el cuenco, el agua está helada. Retuerzo la toalla sin despegar los ojos de la noche.

¿Qué habrá detrás de esos árboles? ¿Quién estará al otro

lado de esa reja? ¿Qué tan lejos estoy de Nick? ¿Qué tan a menudo Evans piensa en mí?

Me acerco al monstruo, coloco la toalla húmeda sobre su espalda. La tela se tiñe de rojo, un suspiro de alivio escapa de su boca.

—Sabes que si fuera por mí te dejaría arder, ¿verdad?

Sus puños aprietan las sábanas negras.

—Lo sé. Pero confío en que el hecho de que es mi espalda la que sangra y no la tuya me dará una tregua.

—No hay tregua en esta guerra.

Su mirada me busca.

—El amor es una guerra, Izzy.

—Un monstruo como tú no debería hablar del amor.

Sus párpados se cierran, me nutro con la expresión de dolor que se adueña de su rostro.

—Piedad, Isabelle. No tengo fuerzas para esto...

—No pidas piedad si no puedes sentirla.

—Isabelle...

Quito la toalla de su espalda, me aseguro de que la piel herida sienta el movimiento brusco.

—Será mejor que permanezcas en silencio hasta que termine —digo, regocijándome con sus quejidos—. No sé de lo que soy capaz.

—De nada, si quieres que Nicholas viva...

Me alejo de su campo de visión, cierro los ojos. Es difícil mantener la calma cuando no puedo abrazar a la única persona por la que sigo en este infierno.

—No preguntaré qué hacías con Logan, Isabelle. Solo déjame ser más claro... Si me haces daño, *te* haces daño o

vuelves a salir de la casa sin mi permiso, Nicholas se reúne con tus padres.

Retuerzo los dedos de los pies, aprieto el cuenco, domino el impulso que me grita que me aproveche de su vulnerabilidad.

Respiro.

Vuelvo a colocar la compresa fría sobre su piel.

—¿Recuerdas nuestra noche de bodas, Izzy?

Su voz tensa mis músculos.

—¿Recuerdas la felicidad? ¿La desesperación con la que nos arrancábamos la ropa?

Muerdo mi labio inferior, no emito sonido, miro al vacío.

—Jamás volví a experimentar esa clase de euforia, de pasión, esa adrenalina que te consume en un parpadeo...

Quito la toalla de su espalda, la enjuago solo para alejarme.

—Me amaste una vez, Isabelle. Podrás amarme de nuevo, solo es cuestión de tiempo.

—No te amé, amé la ilusión de un hombre dulce y seductor. Amé la mentira de un alma noble. Amé la sombra que creaste para tapar al monstruo.

—No fui una ilusión, Isabelle. Todo lo que fui a tu lado fue genuino. Cada risa, cada abrazo, cada beso, cada instante de pasión... Ese también fue el monstruo, y te gustaba...

Me concentro en el agua gélida, intento ignorar el sonido profundo de su voz, ahogar los recuerdos que luchan por salir a la superficie. Vuelvo a su lado, contemplo esa espalda.

—Mi amor por ti es tan real como estas heridas, Isabelle.

—Tu amor por mí es una enfermedad —susurro—. Delirio erotomaniaco, eso es lo que te hace *amarme*. Nuestro amor no existe, esa unión espiritual que crees que...

Gira, tira de mi brazo, no me da a tiempo a reaccionar. Mi

espalda toca el colchón, su cuerpo me apresa.

—No vuelvas a decir que nuestro amor no existe —susurra sobre la comisura de mis labios, sus manos rodeando mi garganta—. No vuelvas a decir que lo que siento por ti es producto de un delirio... No psicoanalices nuestra unión, Isabelle. No te atrevas a ensuciar algo tan sagrado.

El pánico se transforma en furia, viaja por mis venas a una velocidad más rápida de la que puedo procesar.

—Si me amaras, no me habrías alejado de todo lo que me hace feliz. Si me amaras, no habrías matado a todo lo que me rodea... Si me amaras, no me tendrías encerrada en tu castillo de cristal. ¡Si me amaras, no me habrías obligado a matar! — Me retuerzo con todas mis fuerzas debajo de su cuerpo—. ¡Estás enfermo! —Nadie escucha mis gritos, nadie cruzará esa puerta—. ¡Psicopatía! ¡Trastorno narcisista de la personalidad! ¡Delirio erotomaniaco! ¡Trastorno límite de la personalidad! ¡¿Sigo?! ¡Estás enfermo! ¡Nunca voy a amarte! ¡Todo lo que siento por ti es odio, asco!

Sus manos se cierran alrededor de mi garganta, aprietan, y sus ojos se vuelven vidriosos.

—Fuimos felices, Isabelle. Sonreías al verme despertar a tu lado... —No puedo respirar, mi rostro va a explotar—. ¡Gemías con mi tacto! ¡Sonreías con mis besos! ¡Amabas mi voz!

Busco su espalda, entierro las uñas en las heridas. Grita, pero no me suelta. El dolor solo enfurece a la bestia.

Mi cuello se deshace entre sus manos.

Siento su erección sobre mi estómago.

La alarma se detona en mi interior.

«Va a violarme».

Une sus labios a los míos en un beso bruto. Me ahogo con su lengua, el oxígeno no existe. Muerde mi boca, saboreo mi

sangre.

Lágrimas abrasan mis ojos.

—Te extraño tanto, Izzy...

Su tacto busca mi pecho, desciende hacia mis caderas, me prende fuego.

«Piensa. Piensa. ¡Piensa!»

—Aaron... —Dejo que la angustia y el pánico se apoderen de mi voz—. Por favor... —una súplica ahogada en un mar de besos no deseados—. No me lastimes. —Sus dedos sueltan poco a poco mi garganta, pero su boca sigue sobre mí—. No puedo soportar que tú me lastimes, por favor... Dijiste que nunca me harías daño, que ibas a cuidarme. Eres un hombre de palabra, no faltes a tu promesa... —Mostrarme frágil no cuesta nada cuando tiemblo como si estuviera viendo a la muerte—. No me lastimes, no tú... Por favor.

Sus ojos están muy abiertos, me miran fijo. Una solitaria lágrima desciende por su mejilla, aterriza en mi frente.

—Vete, Izzy. Vete antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

El peso de su cuerpo me abandona, bajo de la cama, corro hacia la puerta. Atravieso el pasillo a paso errático, sosteniéndome de las paredes, acariciando mi garganta, saboreando la mezcla de sangre y lágrimas.

El tiempo se acaba. El monstruo está perdiendo la cabeza.



EL OBJETIVO

GAEL

El objetivo. Solo puedo pensar en el objetivo. No hay emociones, no hay pasado ni futuro, no hay dudas, solo instinto.

Aterrizamos, el viento y el rugido del motor apenas me dejan escuchar a Equis.

—El auto está listo y Estella contactó a Clarkson, lo tenemos todo bajo control.

Aprieto el auricular en mi oído, camino hacia el *Dodge Charger* 1970. No sé cómo Estella pudo conseguir una réplica del auto de Ethan a tiempo, esa mujer es un diamante.

—Necesito que contengas al escuadrón, no quiero un solo helicóptero hasta que te dé la orden. Avancen por tierra, solo un comando. Será una balacera, tengo que sacar a mi madre y a la doctora primero.

—Voy a retenerlos todo lo que pueda.

Acepto las llaves que ponen en mi mano, abro el baúl y saco un chaleco antibalas.

—¿Nicholas?

—Estoy pensando seriamente en doparlo.

Paso el chaleco por mi cabeza, guardo un cuchillo en mi

pantorrilla, el revólver y la Glock en mi cintura.

—Dile que verá a su hermana esta misma noche.

—Acaba de escucharte...

—Tráigala, Evans. Por lo que más quiera en la vida, tráigala a casa.

Miro al frente, Ethan sigue vomitando. Parece que aún le teme a las alturas.

—Lo haré.

—Espero la orden, jefe. Cuídese.

Asiento, aunque no puede verme, rodeo el auto.

—¡Vamos!

Vincent empuja a Ethan, su rostro está pálido como la luna.

—Espósallo al auto, también ata sus pies.

Mi compañero hace lo suyo, lo escucho divertirse.

—Solo por si no quedó claro: un movimiento dudoso, Charlie es confeti. ¿Se entendió?

—Cuando Charlie esté seguro, me voy a divertir tanto contigo...

Vincent ríe.

—Cuando quieras, muñeco. Hasta podemos hacer una pijamada.

Las réplicas de Ethan enmudecen.

—Tienes un chaleco en el baúl, también munición y otras armas.

—No necesito nada.

Sube al asiento del copiloto, lo bajo agarrándolo de la camiseta.

—¡¿Qué mierda te pasa?!

Abro el baúl otra vez, agarro el chaleco antibalas y lo estampo contra su pecho.

—Es mi operativo, son mis reglas. Por esta noche, te metes en el culo tu deseo de muerte.

Subo al vehículo, lo oigo maldecir. Entra segundos después con el chaleco puesto.

Extiendo el mapa, reviso la zona.

—Si tomamos el sendero oeste tardaremos cuarenta minutos en llegar. Es el camino más rápido y desolado.

—También el menos iluminado, podríamos terminar en el lago o pinchar una rueda...

Suspiro.

—¿Por qué no está amordazado?

Vincent sonríe, se prende un cigarro.

—Porque necesitamos sus indicaciones.

—Ciérrale la puta boca hasta que necesitemos que hable.

—¿Estás seguro, hermano? Podríamos recordar hermosas historias de la infancia... Podríamos...

Me doy vuelta, mi puño se hunde en su rostro. Su cabeza dormida cae sobre la ventanilla.

—Más efectivo que la cinta... —El *kamikaze* me quita el mapa.

—¿Hace falta repasar el plan?

—No.

—Bien. No lo olvides, solo nos separamos cuando logramos llegar a la primera planta. Yo voy por mi madre e Isabelle; tú, por la hija de Francis. Jones es secundario.

—Primero las víctimas, *jefe*. ¿Olvida que llevo años en esto?

—No, pero tampoco olvido que vas a buscar cualquier

oportunidad de terminar con una bala entre ceja y ceja.

Una profunda pitada, un silencio que lo dice todo.

Observo el rostro inconsciente y magullado de Ethan a través del espejo retrovisor, pongo primera, piso el acelerador, voy camino a las puertas del infierno.

—Me das lástima, Gael... ¿En qué momento te volviste tan ingenuo? No tienen oportunidad contra nosotros, ni siquiera comprenden la magnitud de lo que enfrentan. Estamos en todos lados, somos todo y todos. Puedes entrar y acabar con esas vidas, pero no con nuestro legado.

Vincent aplaude.

—Conmover. ¿Vamos?

Estudio el perímetro desde el anonimato que los árboles nos regalan.

—No soy imbécil, Ethan, sé que me quieres entregar con moño a tu querido profesor. ¿Y sabes qué? Es justo lo que quiero. Ayúdanos a entrar sin llamar la atención y todos ganamos.

—Si no cumples tu palabra, destriparé a todo lo que amas —la amenaza va directo al *kamikaze*.

Vincent le guiña un ojo.

—Suerte encontrando algo...

Desenfundo el cuchillo, me concentro en el ritmo de mi respiración. Limpio la mente.

«No hay pasado ni futuro, solo instinto».

—Tengo un equipo armado hasta los dientes a la espera de una sola orden —espeto, encontrando sus ojos a través del espejo—. Espero que seas inteligente.

Bajamos del auto, Vincent libera a Ethan de sus esposas.

Caminamos. La noche nos engulle sin saborearnos, somos la envidia de las sombras.

Una señal con la cabeza, Ethan avanza mientras nosotros permanecemos entre los árboles. Escucho sus pasos alejarse.

La reja se abre, mi hermano mantiene su rostro en la penumbra.

Inhalo, exhalo. La mente en blanco. Todo lo que importa es el objetivo.

—Buenas noches, hermanos. ¿Tienen un minuto para mí? Apreciaría que me ayudaran a descargar del auto un regalo para el profesor.

—Claro, señor. —El sonido de un *walkie talkie* rompe el silencio—. Volvió Ethan White, todo despejado. Cambio de guardia en diez minutos.

Dos conejos atraviesan la línea, salen del predio. Escanean los alrededores, apoyan sus armas en la tierra y se acercan al Dodge, alejándose del ojo de las cámaras.

—Llegó justo a tiempo para la ofrenda, señor.

—¿Está noche? ¿Estaba planeado?

—No, el profesor decidió a último minuto retomar la ofrenda del nuevo hermano, la que Judas interrumpió.

Una mirada a Vincent, asentimiento.

No tiemblo.

No siento.

No pienso.

Solo actúo.

Me abalanzo sobre uno, mi cuchillo raja su garganta, mi mano presiona la máscara contra su rostro, ahogando el grito que no fue. La sangre tibia empapa mis dedos, anclándome al presente. Sostengo su peso, lo arrastro hacia los árboles. Vincent me imita. Apoyo el cuerpo sobre la tierra, guardo el

cuchillo, le quito la túnica roja y la máscara. Intento no ver sus ojos, me visto con la piel del enemigo. Tomo la escopeta del suelo, compruebo que esté cargada, me acerco a la reja. Asomo la cabeza, observo. No hay movimiento. Ethan mencionó cuatro hombres en la entrada, faltan dos.

Vincent se pone la máscara, esposa a Ethan, lo agarra del cuello y lo lleva hasta el auto. Dos vueltas de cinta plateada sellan la boca de mi hermano, el cinturón de seguridad lo inmoviliza por completo.

El militar demente levanta la ametralladora, me mira, busca mi aprobación, sabe que tengo la última palabra. Asiento. Se acerca, me da su teléfono. Observo la pantalla, inhalo profundo. Camino hacia Ethan, pongo el celular frente a sus ojos.

—Esto es por Tyler, por Amber, por mamá, por papá, por Isabelle, por mí. —Suspiro—. Ahora.

El galpón donde está Charlie vuela por los aires, las llamas de la explosión iluminan el rostro aturdido de Ethan. Sus ojos se llenan de lágrimas, pero ninguna se derrama.

—No sé si puedes sentir, pero ojalá puedas, hermano. Ojalá puedas *sentir* lo que se siente al perder todo lo que amas. Ojalá estés muriendo por dentro. —Acercó su rostro al mío, lo observo a través de la máscara—. Sé paciente, espérame, volveré por ti. Lo nuestro recién empieza.

Coloco el teléfono en el soporte del auto, dándole una perfecta visión del fuego abrasador.

—Disfruta del espectáculo.

Cierro la puerta, dejo a Ethan en su infierno personal.

Dos conejos salieron, dos conejos entran.

La reja se cierra.

Empieza el juego.

—Estamos adentro.

—Copiado. —La voz de Equis perdió aquel tono jovial y humorístico, es todo profesionalismo ahora.

Avanzamos por el predio a paso lento, con las armas en posición de descanso. Miro a Vincent de reojo, su máscara es negra; la mía, blanca.

—No hables, a menos que sea estrictamente necesario. Vamos a mezclarnos entre ellos.

A través de los árboles, distingo la inmensa silueta de la casa. Una mansión en el medio de la nada, el hogar dulce hogar de una familia de psicópatas.

El crujir de las ramas eriza mi piel, alerta mis sentidos.

Dos conejos se acercan, mis dedos acarician el gatillo.

—¡Ey, Sam! La ofrenda va a comenzar, apúrate. Yo tomo la guardia, dame el arma.

«¿Me está mirando? ¿Cómo me identifica? Es el arma. Tiene que ser por el arma. ¿Yo soy Sam? Yo soy Sam...»

Asiento, le doy la escopeta, continúo caminando a paso relajado mientras palpo mi Glock por el costado de la túnica.

—Espera, Sam, ¿ya entró Ethan?

Mis pasos se detienen, miro hacia atrás, asiento.

—¿Qué te pasa hoy, charlatán? ¿Te comió la lengua tu amante? Esa mujer es fogosa...

Silencio.

—¿Sam?

Una mirada a Vincent, saca sigilosamente su cuchillo, se encarga de los dos antes de que puedan parpadear. Arrastramos los cuerpos, los ocultamos entre el follaje.

—No podemos ir dejando conejos muertos, si los encuentran quedaremos expuestos.

Vincent limpia sus manos con la túnica, agradezco que sea

roja.

—Putos psicópatas... ¿Tenían que ser tan sociables?

Dejamos atrás la arboleda, la casa se alza como un titán sobre nosotros. Con discreción apuramos el paso, nos acercamos a un grupo de conejos blancos y negros que se amontonan en la entrada. Somos una gota más en el mar rojo.

Las voces llegan desde todas direcciones, hombres y mujeres hablan con ilusión.

—El profesor dijo que esta ofrenda será especial.

—¿Crees que nos dará una sorpresa?

—Tal vez la reina esté presente...

Mi pulso se detiene.

«La reina. Isabelle».

Reanudo el paso, entro junto al rebaño.

Cientos de velas iluminan el gigantesco salón victoriano.

Controlo la ansiedad que me asalta, domino la curiosidad, lo miro todo como si lo hubiera visto miles de veces, sin detenerme demasiado en los detalles. Visualizo mi objetivo: la escalera que me lleva al segundo piso.

—No te alejes —susurro—, será imposible encontrarte si todos lucimos iguales.

—No mientas, la túnica me queda mejor.

Inhalo profundo, aguardo. No sé qué ocurrirá, pero la tensión y la expectativa impregnan el aire.

—Comandos terrestres rodeando el perímetro —Equis habla a mi oído—. Aéreos, esperando la orden.

Mi cuerpo se vuelve pesado, soy consciente del ritmo de mi respiración y el movimiento de cada uno de mis músculos.

De repente, el silencio se hace presente en la habitación. Todos los conejos se arrodillan, los imito con rapidez. Observo

a Vincent de reojo, está a merced, pero alerta.

Mi corazón enloquece cuando escucho los pasos.

«Tacos. Pasos de mujer».

Alzo la vista, una mirada fugaz. Cabello negro y largo recogido en una cola de cabello, máscara.

Descarto la idea rápidamente, pero un sentimiento extraño enciende mi pecho.

«¿Y si...? No. No puede ser. No puede ser mi doc».

Los pasos se detienen, nadie mueve un solo músculo.

Esa voz que endulzó mis días durante meses y me sacó de quicio cada mañana rompe el silencio:

—El profesor me encomendó una tarea preciada, esta noche acompañaré a nuestro hermano en su ofrenda. Esta noche, *familia*, estaré a cargo de la iniciación.

La sangre en mis venas se espesa, el mundo gira más lento.

Levanto la cabeza.

Un vestido negro de cuero ajustadísimo a su figura, una máscara de conejo a juego. Distinta, esta no es grotesca, es delicada, solo cubre la mitad de su rostro, deja ver su preciosa boca roja, esa que sentí en cada parte de mi cuerpo.

La imagen me petrifica, me incinera por dentro.

No puedo moverme, no puedo desviar la mirada.

«¿Qué te hace pensar que Isabelle quiere ser rescatada?»

—De pie.

El mar rojo se levanta.

Mis piernas tiemblan.

—¿Es?

No puedo hablar, no puedo responderle a Vincent, solo consigo asentir.

—Todos aprendimos una lección esta semana. —Su voz suena firme, pero tan distinta—. El precio de la traición.

Sube a la tarima, se acerca a una pequeña mesa a un costado del atril.

«La Isabelle que conociste ya no existe».

—En este cuenco —su voz flaquea cuando observa el recipiente de metal— está... la sangre de Judas. Esta noche... cada uno de nosotros se glorificará con la sangre del traidor.

Mira al frente, detiene el tiempo cuando se quita la máscara. Mete las manos en el cuenco, la sangre chorrea cuando las saca. Con la mirada ausente, lleva los dedos a su rostro, se baña en la esencia del *traidor*.

No es mi doc, es un ángel de alas negras.



VISITA INESPERADA

ISABELLE

La sangre fresca acaricia mi piel, me roba el último vestigio de humanidad.

No pude negarme. No tuve tiempo a idear una manera de posponer este rito de iniciación. Las hermanas llegaron poco después de que Aaron me atacara en su habitación, me vistieron, me peinaron, me maquillaron y me llevaron con el profesor. Escuché cada una de sus órdenes e indicaciones. Ignoró todas mis súplicas. Me recordó lo frágil que puede ser el corazón de Nick...

Aquí estoy, de pie frente a una congregación roja, siendo la reina que necesitan, el monstruo que quieren.

—Formarán una fila —la inestabilidad de mi voz me deja en evidencia. Endezco los hombros, alzo el mentón—. Cada uno será glorificado con la sangre del... traidor —repito el discurso de Aaron—. Cuando hayamos terminado, habremos renacido de las cenizas. Nuestra familia habrá sanado y estaremos... más unidos que nunca.

La última palabra sale de mis labios, mi pecho se desinfla poco a poco. Me esfuerzo por ignorar la gota que se desliza por el puente de mi nariz y aterriza en mi escote. Reprimo el impulso de limpiarme, de gritar, de tomar uno de los cuchillos sobre la mesa y terminar con esta locura.

El mar rojo se convierte en un arroyo infinito que anhela mi bendición.

—Mi reina, estamos muy felices de que esté con nosotros esta noche.

Fuerzo una sonrisa sutil. Observo el líquido espeso, escarlata. Intento no pensar en que son los sueños de Logan los que llenan este cuenco. Hundo mi índice en la sangre, dejo mi huella en la frente del conejo blanco.

—Es incluso más hermosa de cerca. —El conejo negro hace una reverencia—. Nos complace verla esta noche.

Dejo mi marca sobre su máscara, sujeta mi mano, la besa.

Repito el proceso docenas de veces, el olor de la sangre me marea.

«Esta es tu vida ahora, acostúmbrate».

Niego, cierro los ojos, inhalo profundo.

«Puedes seguir. Puedes seguir un poco más».

Otro conejo blanco se detiene frente a mí. Hundo el dedo en la sangre, dejo mi huella en su máscara. Comento el error de mirar sus ojos. Esa mirada penetrante...

«Es imposible. Sigue».

Imita el gesto del anterior, hace una reverencia. Cuando se inclina hacia mí, su voz me roba los latidos.

—Azul.

Mi garganta se cierra, me tambaleo sobre mis pies.

«No puede ser. Estás alucinando».

—¿Qué...? —susurro—. ¿Qué dijiste?

Me mira una vez más, la adrenalina explota en mis venas. Da media vuelta, se pierde en la multitud.

Debo continuar, pero el aturdimiento me bloquea.

«Es Evans».

—La amo, mi reina. Nos honra con su presencia.

«No, es imposible. Están jugando con tu cabeza. Ya enloqueciste».

Mi mano tiembla cuando la acerco al cuenco, hundo mis dedos, acaricio la máscara. Continúo bendiciendo a cada uno sin dejar de buscar aquellos ojos entre la multitud.

—Sigue tu papel, te sacaremos de aquí.

Sigo la voz, el conejo negro espera mi marca. Tiene unos preciosos ojos ámbar. Acerco el índice a su frente, asiente, se pierde entre los demás.

«Está aquí. Evans está aquí. No está solo. Vinieron por mí».

El último conejo recibe la sangre de *Judas* y el silencio vuelve a ser implacable.

Mis piernas tiemblan cuando me acerco al atril.

«Sigue tu papel, te sacaremos de aquí».

—Hermano Tom —me aferro a la madera—, preséntanos a tu ofrenda, por favor.

Un conejo blanco camina entre las aguas rojas empujando al mismo hombre que aquella noche yacía maniatado en esta tarima. Lo sienta en una austera silla, otros dos *hermanos* lo ayudan a sujetar a la víctima.

«¿Vas a dejar que maten a un inocente? Eres igual que ellos, un monstruo».

No puedo mirarlo a los ojos. No puedo hacer mío su sufrimiento. Su sangre no puede estar en mis manos.

«Sigue tu papel».

Ignoro los cientos de ojos que me observan, intento no pensar en lo que Evans debe estar pensando de mí...

«¿Cuál es su lado oscuro, doctora?»

Suspiro, me concentro en el ritmo de mi respiración.

—Cuéntanos, Tom, ¿quién es tu ofrenda? ¿De qué lo liberarás?

—Mason Chester, mi reina. Es un pedófilo. Intentó tratarse, aprender a dominar sus instintos, pero no lo consigue. Recae una y otra vez... No entiende por qué siente lo que siente, esa *necesidad*... Está cansado de esta vida. ¿No es así, Mason?

El hombre niega, la mordaza ahoga sus súplicas vacías.

«Es un pedófilo, no es una víctima... Su sangre no estará en tus manos».

—Libéralo de... su carga, Tom. ¡Qué la verdad hable!

—¡Qué la verdad hable!

Tom elige su cuchillo, le susurra algo al oído. Esto es personal...

—Que la verdad hable —murmura y entierra el arma blanca en su entrepierna.

La mordaza no puede contener los gritos, la sangre comienza a formar un charco sobre la madera.

—¡Qué la verdad hable!

Una, dos, tres puñaladas, y el filo acaricia su garganta. Se ahoga en su propia sangre hasta que la cabeza cae inerte sobre su pecho.

No puedo moverme. No puedo respirar. Tiemblo.

—¿Mi reina?

Mi vista se nubla, me sostengo del atril.

—¿Mi reina?

—La verdad... habló —susurro—. Bienvenido a la familia, Tom.

—¡La verdad habló! ¡Abrazó su naturaleza!

Giro, enfrento a la multitud.

—Que disfruten del festín.

Las voces y la alegría son veneno en el aire.

Busco ese par de ojos imposible de hallar en el mar de túnicas rojas.

Me sujetan con firmeza y poca suavidad.

—¿Qué pasa?

Las hermanas me arrastran con discreción.

—Vuelve a la habitación, son órdenes del profesor.

—Pero... la celebración —busco cualquier excusa para quedarme en la planta baja—. Yo estoy a cargo.

—Está a cargo de la ofrenda, no de la fiesta.

Intento no mirar hacia atrás cuando subimos las escaleras, pero no puedo evitarlo. Parado en medio de la vorágine, un conejo me observa.

«Evans».

El pasillo, que tantas veces sentí eterno, es diminuto. Antes de protestar otra vez, estoy encerrada en mi habitación.

Sujeto mi cabeza, intento organizar mis emociones y pensamientos.

«Evans está aquí, tiene un equipo. Van a sacarme. ¿Lo conseguiremos? ¿Saldremos vivos?»

Me acerco a la cuna, el pequeño duerme. Acaricio su mejilla. ¿Qué ocurrirá con él? Jamás podré convencer a su madre para que lo acepte, hay años de adoctrinamiento en su mirada...

Pierdo la noción del tiempo. ¿Llevo minutos encerrada? ¿Horas?

Música y bullicio, eso es todo lo que se escucha. No hay disparos. ¿Qué está pasando? ¿Cuál es el plan?

Observo mi reflejo en el espejo, la sangre de Logan cubre mi rostro.

«Eres otro monstruo».

Lágrimas humedecen mis ojos. La adrenalina, la angustia y la desesperación crean un cóctel explosivo.

Agarro una toalla, comienzo a limpiar mi piel con brutalidad.

El sonido de las llaves detiene mi pulso.

La puerta se abre, un conejo blanco entra.

Mis pies echaron raíces, no puedo moverme.

¿Es...?

Cierra la puerta, me observa sin decir nada.

El sonido de mi respiración es todo lo que se oye.

Se quita la máscara, la deja caer al suelo.

No habla, solo me mira.

No hablo, solo lo miro.

Mi corazón reanuda su marcha, bombea como si fuera la última vez que podrá hacerlo.

—Perdón por tardar tanto, doc.

Saboreo aquella lágrima que lleva una eternidad deslizándose por mi mejilla y me lanzo a sus brazos. Su cuerpo me atrapa, me rodea, me apretuja, mientras su boca me busca. Siento sus labios, su lengua, la seguridad de su calidez y su sabor. Es un beso bruto, urgente, anhelado. Un beso que creí que jamás volvería a tener, una caricia que rescata una parte de mi alma ahogada en sangre.

—¿Está bien? —murmura sobre mi boca antes de alejarse—. ¿Tiene alguna herida grave?

Niego, no encuentro palabras. Ni siquiera distingo si esto es real o producto de mi imaginación.

«¿Qué tanto jugaron con mi mente?»

—Estoy aquí —susurra, uniendo nuestras frentes, acariciando mis pómulos con los pulgares—. Es real, doc. No dejé de buscar la manera de llegar a usted ni un solo segundo desde que la arrancaron de mis brazos... Voy a sacarla de este infierno, lo prometo.

—¿Cómo...? ¿Qué...? Tyler. Dígame que Tyler está bien.

—Está bien, está lejos de todo esto.

—¿Y Nick? —El alivio y la desesperación me consumen—. ¿Está bien? ¿Tiene protección? ¿Y Francis?

—Está bien. —Besa mi frente, apoya mi cabeza en su pecho. Escucho el latir eufórico de su corazón. *Es real*—. Nick está bien. Francis... no lo logró. —Como si entendiera exactamente lo que estoy sintiendo, me abraza con más fuerza—. Todo está bien. Ahora solo tenemos que encontrar a mi madre y salir antes de que este lugar explote. Tengo comandos enteros esperando la orden.

—¿Su madre? ¿Su madre está aquí?

Asiente.

—Ethan la tiene y yo lo tengo a él.

—¿Y Charlie? Charlie es peligroso, él...

—Está muerto —me interrumpe—. Hay mucho por explicar y poco tiempo, doc. Esto es lo que haremos. Usted y yo vamos a camuflarnos y buscar una salida. Vincent, mi colega, buscará a la hija de Francis y...

—Está muerta —susurro—. Ethan... Evans, Ethan hace con las personas lo mismo que hacía con los animales.

Su rostro palidece.

—¿Está segura?

Asiento.

Su pecho se infla, digiere las imágenes que puse en su

cabeza.

—¿Conoce alguna manera de salir o un lugar donde ocultarse hasta que todo termine?

—El sótano... La habitación de Ethan está al final de este pasillo, tiene un sótano que da a la parte trasera de la casa. La reja tiene electricidad, no podemos salir por ahí, pero... ¡hay un lago! Podríamos nadar u ocultarnos en el agua hasta que...

La ansiedad se come el resto de mis palabras, me quedo en blanco.

—Tranquila. —Vuelve a mirarme como si recién me conociera, sosteniendo mi rostro, devorando cada detalle—. Por Dios, doc, la extrañé... La extrañé en azul.

—Lo extrañé en todos los colores, Evans.

Mi espalda toca la pared, su cuerpo me hace sentir viva de nuevo. Otro beso tan efímero como eterno...

—La sacaré y volveré por mi madre. Haga todo lo que digo, por favor. Prométame que no será rebelde esta vez.

—Haré todo lo que me diga... Hay algo más que tiene que saber —hablo bajo, acaricio su nariz con la mía—, Aaron está herido. Tiene nueve latigazos en la espalda, apenas puede mantenerse de pie. El dolor lo debilita. No podrá dar pelea, no él solo.

—Es un dato importante, doc, pero no debemos subestimarlo.

Levanta su túnica, saca otra igual y una máscara negra que guardaba debajo del chaleco antibalas.

—Sostenga esto.

Me lo da, se quita el manto rojo, también el chaleco. Lo pasa por encima de mi cabeza, lo ata a los costados de mi cuerpo.

—Póngase la túnica y la máscara —ordena, volviendo a vestirse como un *hermano*.

—¿De quién es esto? —pregunto poniéndome la prenda pequeña.

—De la mujer con trenzas largas que cuidaba su puerta. No pregunte, doc. No soy un héroe. Hago lo que tengo que hacer.

Sujeto su rostro, es extraño volver a sentir la aspereza de su barba bajo mis dedos.

—Es mi héroe esta noche, Evans, pase lo que pase.

Otro beso rabioso, un segundo más robado a la muerte.

—Vamos, hay que aprovechar la distracción. Todos siguen fascinados con su actuación y todavía nadie sabe que estamos aquí, es ahora.

—Espere. —Miro hacia atrás, el bebé—. No puedo dejarlo aquí...

—¿De qué habla? Vamos, doc, ya perdimos demasiado tiempo.

Me acerco a la cuna, levanto al pequeño. Lo llevo dormido entre mis brazos, Evans palidece una vez más.

—Era verdad... Ethan dijo la verdad.

—Es una historia larga... No podemos dejarlo aquí si este lugar va a explotar. Su madre no lo acepta, Evans, necesitamos ayudarlo. Hay que sacarlo de esta casa.

Acaricia fugazmente su mejilla sonrosada.

—Si llora estamos muertos, doc.

Lo observo, tan inocente, tan vulnerable...

—Entonces roguemos que no se despierte.

Suspira, asiente. Me pone la máscara, se coloca la suya.

Me da un revólver, sujeto al pequeño con un solo brazo y acepto el arma.

—¿Recuerda cómo usarlo?

Asiento.

—Bien.

Desenfunda su Glock, abre la puerta. El alegre bullicio se desliza por las paredes, lo impregna todo.

—Despejado. Avance, yo la cubro.

Me saco los zapatos, corro a paso mudo. El pasillo, que hace minutos u horas me pareció ínfimo, ahora se vuelve eterno.

Giro el picaporte de la habitación de Ethan, no abre.

—Las llaves, las llaves.

—¿Llaves?

—Está cerrado. ¿Tiene las llaves?

—Carajo, no tengo más llaves. Córrase, no hay tiempo.

Me alejo, Evans destroza la puerta de una patada. La música ahoga el quejido de la madera, regalándonos algo de tiempo.

Entramos, ignoro el aroma y el escalofrío esta vez, voy directo al sótano.

—¡Al final! ¡Al final del sótano está la puerta!

Una patada, dos, la puerta cede. Bajamos, Evans lidera el camino, apunta con su linterna.

—Evans, intente no mirar demasiado, aquí es donde Ethan conserva sus...

La linterna y su Glock caen al suelo, el sonido seco me eriza la piel.

Levanto la linterna, alumbro hacia todos lados apretando al bebé contra mi pecho.

—¿Evans?

—No... —Su voz es un quejido animal, agónico—. No, no, no, no. ¿Mamá?

El niño comienza a llorar.

—¿Mamá? Mamá, despierta...

La luz sigue su voz, la escena me paraliza.

—¿Mamá?! —Evans yace al lado de la camilla, sin máscara, observando a una mujer con el pecho abierto—. No... ¿Mami?

—Gael...

—¡No! —El grito astilla su voz, el llanto rompe su garganta—. ¡No! ¡No! ¡No!

Cae de rodillas, la angustia lo ahoga.

—Evans... —Me arrodillo a su lado, lo abrazo mientras intento calmar al niño—. Evans, cariño, tenemos que salir. Tenemos que salir ahora.

No escucha, no está aquí... No puede respirar. Se ahoga en dolor. Se muere ante mis ojos.

—Gael, por favor, escúchame, tenemos que salir. Respira, escucha mi voz. Escucha mi voz, cariño, solo mi voz...

Todas las luces se encienden.

El sonido de los pasos y de las armas listas para acribillarnos es uno solo.

Aaron aparece detrás de sus conejos, tiene el rostro desencajado.

—Qué visita inesperada, agente Evans... Veo que mi esposa ya le mostró la casa.



ALGUIEN VA A MORIR

GAEL

Saludé a la muerte cientos de veces, caminé por ese limbo entre lo correcto y lo incorrecto toda mi vida, me creí invencible, me sentí vacío, pero jamás experimenté esto: soy un hombre muerto con un corazón que aún late.

La siento, me abraza, borra mis lágrimas, me suplica que reaccione, que salgamos de aquí. Sé que es mi doc, sé que tengo que sacarla antes de que todo explote, pero no puedo moverme. La angustia enterró sus garras en mi garganta, se robó mi voz, la fuerza para levantarme...

Mamá está muerta, Ethan la mató. Todo este tiempo puse la mira en el enemigo equivocado... El verdadero monstruo tiene mi sangre.

—Gael, por favor, escúchame, tenemos que salir. Respira, escucha mi voz. Escucha mi voz, cariño, solo mi voz...

Quiero escuchar su voz, solo su voz, pero se mezcla con mis gritos.

«Eres mi mayor orgullo, mi amor. Traje al mundo a un hombre que lucha para hacer de este un lugar mejor. Eres todo lo que una madre podría querer, Gael».

Las luces se encienden, me aturden.

—Qué visita inesperada, agente Evans... Veo que mi

esposa ya le mostró la casa.

Observo a Aaron Jones abrirse camino entre sus conejos armados.

«Reacciona».

—Encontraste el cuarto de juguetes de Ethan... Una maravilla, el chico tiene talento. ¿Será herencia familiar?

Isabelle alza el revólver, apunta directo a su cabeza.

Todo se ralentiza.

El niño no deja de llorar.

—¿Tengo que recordarte nuestro trato, mi amor? Baja el arma, Izzy. Dejarán el cuerpo de tu guardaespaldas como un colador antes de que consigas dejar de temblar y apretar el gatillo.

Bajo la mirada, observo las pequeñas luces rojas danzando en mi pecho.

«Reacciona. Tienes que sacarla de aquí. Tienes que salir vivo, Tyler no puede quedar solo».

—Déjalo ir. —Jamás escuché ese tono tan vulnerable en la voz de la doctora—. Me quieres a mí, me tienes. Estoy contigo, en tu casa, con... nuestra familia, con... Thomas. Déjalo ir, por favor.

«Despierta. Sácala de aquí. Se lo debes. Reacciona. Reacciona».

Aaron suspira, niega con la cabeza. El gesto parece dolerle en todo el cuerpo.

«Está herido, no lo olvides. Despierta».

—Tu guardaespaldas es insignificante para mí, Izzy. Es una mosca en un día de campo... ¿Por qué crees que siguió respirando hasta hoy? No me interesa, solo me interesas tú.

—Y aquí me tienes, aquí estoy. Déjalo ir y seguiremos con nuestras vidas.

Escucho las voces, distingo las siluetas, pero el cuerpo mutilado de mi madre sobre esa camilla no me deja pensar.

—¿Tanto me subestimas, Isabelle? ¿Dejarlo ir? ¿Crees que soy tan ingenuo como para pensar que vino solo? ¿Que no tiene secuaces ahí afuera?

—Está solo. Lo sabes, sabes que la policía no tenía pistas sobre nuestro paradero. Está solo, Aaron. Se irá y se olvidará de mí, de todos nosotros. Lo juro. No tiene por qué volver si yo quiero quedarme.

«Reacciona».

—Ojalá pusieras ese esfuerzo para encajar aquí, Izzy, para pertenecer... Pero sigues decepcionando a tu familia... Baja el arma, Isabelle, y deja al pequeño Thomas en el suelo.

«No pudiste salvar a tu madre, pero aún puedes salvar a la doctora. Despierta. Despierta».

Parpadeo, una última lágrima se desliza por mi mejilla. Ladeo la cabeza, el brazo de Isabelle tiembla mientras apunta al corazón de Aaron y sostiene al bebé contra su pecho.

—Baje el arma, doc.

Sus ojos siguen mi voz, el pánico que veo en ellos me devuelve la fuerza. Asiento, baja el arma.

—¿Le haces caso a un completo desconocido, pero no a tu esposo? —La furia desfigura el rostro de Jones—. Después de todo lo que hice por ti, Isabelle... Me decepcionas.

—Aaron, por favor...

—Deja al niño en el suelo y ven a mi lado —su voz es un témpano—. Ahora.

La doctora me mira a través de las lágrimas, deja al bebé en el suelo, se pone de pie, camina hacia Jones.

Aaron aprieta la mandíbula, endereza la espalda, besa la frente de Isabelle, abraza su cintura.

Domino cada impulso, comienzo a limpiar mi mente.

«Te necesita, sácala de aquí».

Un gesto, dos conejos avanzan. Me levantan, entierran sus rodillas en mi estómago a pesar de que no me resisto.

Inhalo, me desespero por algo de oxígeno.

Me revisan, me desarman, me quitan el auricular y una bota lo tritura.

—Encierren a los niños. Hombres y mujeres, los quiero a todos defendiendo la casa. Preparen el círculo, vamos a ver de qué está hecho.

—¡No! —el grito de Isabelle eriza mi carne—. ¡Déjalo ir! ¡Haré lo que quieras! ¡Te daré lo que sea!

La mano que estaba en su cintura asciende hasta su nuca, inclina su cabeza hacia atrás.

—¿Tanto te importa? ¿Crees que es mejor que yo? ¿Crees que es un héroe, Izzy? ¿Tu héroe? Vas a ver que somos todos iguales...

La empuja, suben la escalera a tropezones.

—¡Evans! Evans...

Los conejos me arrastran.

—¡Tranquila, doc!

Atravesamos el pasillo, intento ignorar las súplicas de Isabelle y pensar. El comando terrestre no es suficiente, lo superan en números, serán reducidos rápidamente. El aéreo... Toda nuestra esperanza está puesta en Equis y esos helicópteros.

«Voy a retrasarlos todo lo que pueda, espero la orden».

La orden... La orden que nunca llegará.

Descendemos a empujones.

Silencio mortífero, no hay rastros de la celebración que

tenía lugar en este salón hace minutos. Todas las puertas y ventanas están cerradas. Solo somos la doctora, Jones, sus cuatro conejos y yo.

El silencio se rompe cuando dos conejos comienzan a formar un círculo enorme con los altísimos candelabros.

No muevo un solo músculo, no intento nada que pueda poner en peligro a Isabelle. Solo espero, suplico en silencio que Equis intuya que algo va mal y dé esa orden que espera de mi boca.

—Gael, entra al círculo, por favor.

Me sueltan. Hago lo que Jones quiere, entro al círculo.

Otra indicación silenciosa, un conejo trae una silla, la coloca frente a la circunferencia de fuego. Aaron toma asiento, pone a Isabelle sobre sus piernas. Los cuatro conejos me apuntan, sus miras siguen cada uno de mis movimientos.

Aprieto los puños, respiro, rezo a los dioses de todos los tiempos.

—Izzy, mi amor, explícale a nuestro invitado cómo funciona el círculo.

El monstruo le acaricia el cabello largo y oscuro, la doctora tiembla en sus brazos.

La impotencia me come por dentro.

—Dos personas entran... —su voz es frágil, está rota—, solo una sale viva. Es... matar o morir.

—Exacto. Cuéntale cómo fue tu experiencia, Izzy.

«Isabelle está muerta. ¿Sabes cuándo murió? Cuando mató para no morir...».

La doc cierra los ojos, muerde su labio inferior. La vulnerabilidad en su expresión me desarma, hace flaquear mis rodillas.

—Maté —susurra—. Yo... maté a García.

Controlo el ritmo de mi respiración, reprimo las ganas de arrancarla de sus brazos y abrazarla hasta que su dolor sea mío.

—Cuéntale cómo lo disfrutaste, Izzy, cómo enterraste el cuchillo en su pecho una y otra vez...

Isabelle ahoga un sollozo.

—Basta —no es una súplica, es una orden que escapa de mis labios antes de que pueda detenerla—. No quieras envolverla con tu oscuridad, con tu enfermedad. Ella no es como tú, ni como todos los desquiciados que te rodean. Déjala fuera de esto y ven a probar tus propios juegos. —Hago oficial la invitación señalando el círculo que me contiene.

Su rostro se transforma, la diversión lo abandona.

—¿Envolverla con *mi* oscuridad? Isabelle viste su propia oscuridad desde mucho antes de conocerme, querido Gael... —Busca a la doctora con la mirada, mis músculos se tensan cuando acaricia su mejilla—. ¿No se lo contaste, Izzy? Sigo siendo el único que lo sabe, ¿verdad? Por eso cree que eres un alma pura e inocente...

Isabelle perdió su voz, solo yace cabizbaja. El mundo se detiene cuando Jones alza su mentón, la mira a los ojos y habla.

—Izzy, mi amor, ve al círculo.

Fuego abrasa mi piel, me consume en un instante.

—No...

Jones ignora mi voz, hace que Isabelle se ponga de pie.

—¿Tengo que darte un empujoncito, Izzy? Porque con todo gusto le pongo una bala en cada pierna...

Isabelle niega, con paso inestable entra al círculo. La realidad es más nítida en su presencia; el pánico, más despiadado.

Otro gesto silencioso, Jones observa cómo los conejos tiran

palos y cuchillos de distintos tamaños dentro del círculo.

—Tranquila —susurro—, tiene los minutos contados. Cuando escuche el primer disparo, tírese al piso.

Isabelle me mira, pero no asiente, no parpadea, está ida.

—Cuéntale tu secreto, Izzy, muéstrale que la oscuridad te rodeaba mucho antes de conocerme...

Mi pulso es dinamita.

Lágrimas silenciosas humedecen el rostro pálido de la doctora.

—El tiempo es su sangre, Isabelle... ¿Quieres perderlo? — Saca un arma de la cintura, me apunta como si los conejos no tuvieran sus miras en mi cabeza. Cada uno de sus movimientos refleja el dolor que su espalda le provoca—. A la cuenta de tres. Uno, dos...

—Maté a mi padre.

La tierra se abre a mis pies, me traga.

—Un celular. Vamos a filmarlo para que también lo escuche Nick, así todos dejar de pensar que soy un lunático mentiroso... —El conejo más bajo pone un teléfono en su mano, Jones comienza a filmar—. Ahora sí, continúa, Izzy, cuéntanos cómo lo hiciste.

El pequeño cuerpo de la doctora comienza a temblar sin control, su mirada está anclada al suelo.

—Él... me odiaba. Me repetía cuánto me aborrecía cada noche antes de ir a dormir, me... golpeaba cuando bebía y Nick no estaba, me gritaba que era una maldición, que había traído muerte a su vida, que ni siquiera mi madre pudo soportar la idea de tenerme.

—Entonces, Izzy, ¿qué hiciste?

—Tenía ocho años. Una noche lo escuché llorar, entré a su habitación, estaba borracho... Oía tan mal... Había un arma sobre la cama. Yo... me acerqué. —Su rostro se contrae en una

mueca de dolor—. Faltaban dos días para el cumpleaños de Nick, le pedí ayuda para envolver el regalo que le hice en la escuela. Me escupió la cara, me dijo que no volviera a dirigirle la palabra —su voz se quiebra. Ya no es una mujer, es aquella niña de ocho años—. Estaba llorando, yo también. Limpié mi rostro, agarré el arma, lo miré a los ojos y la puse en sus manos. Sabía lo que hacía, no era la primera vez que lo veía con el revólver entre las sábanas. Salí de la habitación, dejé la puerta entreabierta, cerré los ojos y esperé hasta que el disparo me aturdió. No sentí nada, solo odio. Solo mi suplicio llegando a su fin.

Intento procesar lo que acabo de oír. Mi vista se nubla, arde. Estoy mareado, confundido.

—¿Qué más, mi amor? Cuéntale cómo te enamoraste de la muerte a partir de ese día...

—Yo... fantaseé con morir. —Alza la vista, observa a Jones—. Quise... suicidarme tantas veces antes de conocerte.

—¿Lo ves? Encontraba belleza en la muerte antes de mí, Gael... No estoy envolviendo a nadie con mi oscuridad, Izzy siempre fue mi ángel de alas negras. —Guarda el teléfono en su bolsillo, sonrío—. La verdad habló... Ahora podemos continuar. Isabelle, mi amor, sácale la túnica y la camiseta.

La doctora me mira aturdida, fuera de sí.

Dejo de lado la extraña emoción que su confesión me produjo, busco mi voz.

—Hágalo, doc. Haga lo que dice.

Isabelle se acerca, su paso es errático, no tiene dominio sobre su cuerpo. Me saca la túnica con manos temblorosas.

—Vamos a salir —susurro—. Haga lo que dice, doc. Necesitamos ganar tiempo.

Su mirada verde perdió el brillo que la caracteriza, está vacía, muerta.

—¿Doc?

Me quita la camiseta, la deja caer.

—Agarra el cuchillo que más te guste, Izzy.

Niega una y otra vez. Intenta salir del círculo, pero todas las armas apuntan a su cabeza.

—Por favor, basta... —la súplica es apenas audible.

—¿Te escudas detrás de tu *esposa*, Jones? ¡¿No tienes pelotas?! ¡¿Por qué no entras a tu maldito círculo?!

—Agarra un cuchillo, Isabelle.

La doctora niega, suplica, se ahoga en angustia.

Me acerco, sujeto su rostro, borro cada lágrima.

—Agarre un cuchillo, doc.

Un disparo ensordecedor eriza el vello de mi nuca, percibo la sangre antes de sentir el ardor.

—La vuelves a tocar y terminaré con la diversión demasiado pronto, Gael.

Lucho por mantenerme de pie, pero el fuego consume mi tobillo, el dolor me pone de rodillas. Caigo. Isabelle se desespera, el eco de sus gritos me tortura.

—Estoy bien. —Levanto mi pantalón, inspecciono con rapidez la herida —. Es superficial, no es... nada. Tranquila. Aléjese, haga lo que dice.

—El cuchillo, Izzy... Mi paciencia no es infinita y nuestro tiempo tampoco.

—Por favor, me tienes... Me tienes, Aaron, terminemos con esta locura... Te lo suplico.

—Solo nos estamos divirtiendo mientras esperamos a que vengan a buscarnos, Izzy. Tú y yo nos iremos muy lejos, amor... Ahora, ¡agarra un maldito cuchillo!

El grito contrae el cuerpo de Isabelle, agarra una navaja

con manos torpes, observa el brillo del filo, tiembla.

—Nueve cortes verticales en su espalda. ¡Ahora!

El llanto de Isabelle destruye su garganta, cierra mis ojos.

—Vamos, Izzy, sé cuánto disfrutaste esa noche... Te encantó lo que el látigo y la piel partida te hicieron sentir. Te regalo el éxtasis de la experiencia otra vez, mi amor.

Las súplicas se escapan de sus labios en balbuceos agónicos.

—Hágalo, doc.

—No... No puedo.

—Hazlo, Isabelle... ¡Hazlo ahora! ¡Corta su maldita espalda como cortaste la mía!

—Doc... —Busco su mirada, necesitando que hablemos sin palabras—. Hágalo, doc —susurro—. Saldremos de aquí, cielo, lo prometo.

—Si no lo haces, lo haré yo, Isabelle... Y sabes que no me conformaré con nueve. ¡Sabes que no podré parar!

—Hágalo, doc. Por favor, hágalo.

Mira la navaja, intenta reprimir el llanto, controlar los temblores de su cuerpo. Se acerca a mí, oigo su voz al oído.

—Perdóneme, Evans... Por favor, perdóneme.

—No hay nada que perdonar, doc... Tranquila, todo estará bien. Lo prometo, confíe en mí.

—¡Uno!

El filo roza mi piel, inhalo hasta que mi pecho se endurece.

—¡Hasta abajo, Izzy!

—Hágalo, doc, hágalo —mascullo.

—¡Dos!

El primer temblor me acecha. Aprieto los puños, intento concentrarme en los sonidos del exterior. Nada. No se oye

nada. ¿Tienen armas con silenciador? ¿Ya redujeron al primer comando?

—¡Tres!

El llanto de Isabelle duele más que la hoja que lacera mi carne.

—¡Cuatro!

Ahogo el grito, pero no consigo disimular el espasmo que me domina, que contorsiona mi cuerpo y mi alma.

—Cuando salgamos de aquí, doctora, cuando... dejemos toda esta locura atrás, ¿le gustaría ir... a cenar conmigo?

—¡Cinco!

Muerdo mi lengua, el sabor de las lágrimas se funde con la sangre.

—¿Me está... pidiendo una cita, Evans?

—¡Seis!

Me prendo fuego. Me aferro al dolor que me mantiene en el presente, no puedo desmayarme. No puedo dejarla sola.

—Tal vez... No llore, doc.

—¡Siete!

—Entonces... tenemos una cita.

Sonrío, aunque no puede verme. Asiento.

«Equis, da la orden. No necesito más tiempo. Da la puta orden».

—¡Ocho!

Mi piel colapsa, no puedo contener el grito que rompe el silencio con furia animal. Caigo, los espasmos me abrazan. Isabelle se arrodilla a mi lado, seca mis lágrimas.

—Lo lamento... Perdóneme, por favor. Perdóneme.

—Uno más, Izzy... Uno más...

Cierro los ojos, intento sonreírle.

—Está bien, doc... Estaremos bien...

—¡Uno más, Isabelle! —No hay nada humano en la voz de Jones.

No siento el cuchillo en mi espalda, ya no siento nada.

—¡Nueve!

—Perdóneme, perdóneme, perdóneme. —Sus manos acarician mi cabello húmedo, su voz es lo más bonito que me pasó en semanas—. ¿Evans? ¿Está bien? ¿Evans?

—Sal del círculo, Isabelle.

Mi boca está seca; mi espalda, adormecida por el fuego.

—Salga, doc. Salga...

Su tacto me abandona, el frío de la soledad huele a muerte.

—Tráiganlo.

Mi mejilla reposa sobre el suelo gélido, la sangre comienza a empaparme. El mundo está al revés, los conejos se mueven. Ya no son cuatro, son cinco.

—Póngalo de pie.

Pasos.

Isabelle llora, suplica.

—No... llore, doc.

Me levantan, mi espalda es un infierno. Inhalar es imposible. Intento mantenerme erguido, hacer foco, pero el dolor me enceguece.

—Ahora verás, Izzy, que tu guardaespaldas no es un héroe. Es igual que nosotros... Todos somos asesinos, ¿recuerdas?

Es borroso, pero lo distingo, un conejo es empujado al círculo.

—Ya conoce las reglas, agente Evans... Solo uno saldrá

con vida.

Todo da vueltas, no puedo mantenerme de pie.

Le quitan la máscara a mi contrincante, encuentro la mirada vacía de Vincent.

—¡Alguien va a morir en tres, dos, uno!



JUSTICIA DIVINA

GAEL

Alguien va a morir esta noche, se huele en el aire.
«No puedes ser tú, no puedes dejar solo a Tyler».
Vincent no tiene una sola herida, yo apenas puedo mantenerme de pie.

«Lo planeó todo. Jones pretende hacer de tu muerte un espectáculo».

—Escojan sus armas, también pueden usar los puños. Lo que prefieran, caballeros...

Vincent se quita la túnica, ya no tiene el chaleco antibalas. Es una invitación muy clara. Se agacha, agarra un palo de béisbol.

—Última oportunidad, Gael... —Aaron sonrío con Isabelle sentada sobre sus piernas—. Sé un chico inteligente, elige.

El sonido de mi respiración encabeza la lista de preocupaciones.

«No te desmayes. Tienes que salir. Por Tyler. Por Isabelle. Aguanta. Aguanta».

—Tic toc..., se acabó el tiempo. Que la verdad hable.

El silencio nos observa, ralentiza el tiempo, juega con el presente y el futuro.

El arma de Vincent encuentra mi tobillo herido, el golpe se roba mi poco equilibrio, caigo. El impacto me deja sin aire, las heridas de la espalda punzan, gritan, arden. Intento levantarme, pero fracaso. El militar desquiciado suelta el palo, se sienta a horcajadas sobre mí.

—Tienes que matarme —susurra, fingiendo asfixiarme—. Si solo uno puede salir vivo, tienes que ser tú. —Sus ojos ámbar están cristalinos, el cabello cae sobre su frente—. Tú tienes por qué vivir, por *quién* vivir. Pelea, Gael. Mátame. Termina con mi sufrimiento, te lo suplico.

Niego, agarro sus manos, finjo que intento sacármelo de encima.

—Hagamos tiempo... —mi voz es agonía—. Equis...

—Mátame. —Una lágrima se desliza por el puente de su nariz, aterriza en mi frente—. No puedo más... No quiero despertar otro día, no quiero *sentir*. Si no fuera tan cobarde, ya no estaría aquí... Por favor, te lo ruego, ayúdame. Haz que termine.

—¿Qué les lleva tanto tiempo, muchachos?

—Golpéame.

Mi puño tiembla, pero encuentra su nariz y la destroza.

—Más... —balbucea mientras su boca se llena de sangre.

Cada golpe me arranca un grito gutural.

«Sigue. Necesitas tiempo».

Tiemblo.

—Mátame. —Sus ojos llenos de lágrimas se tatúan en mi mente—. No puedo soportarlo más. Te lo suplico, acaba con mi dolor.

Me abraza, nos hace girar hasta que domino su cuerpo.

—¡Mira esa espalda, Isabelle! ¡Qué maravilla! Si sobrevive, siempre te recordará...

—Hazlo con el cuchillo —implora—, que sea rápido.

—No...

Su labio inferior tiembla, toda la locura desapareció dejando su versión más vulnerable.

—Por favor...

«Solo uno saldrá vivo. Tyler. Tyler te necesita».

—Se acaba el tiempo, caballeros... ¡Alguien tiene que morir!

—Hazlo... Hazlo por Tyler, hazlo por mí.

Mi cabeza da vueltas, la tensión y el dolor no me dejan pensar.

«Tyler. No puedes dejarlo solo. No puede perderte».

Con una mano me apodero de su garganta, con la otra tanteo el suelo en busca del cuchillo más cercano.

«La mente en blanco».

—¿Lo ves, Izzy? ¿Ves cómo todos somos monstruos?

Ignoro su voz, las súplicas de la doctora y todo lo que me rodea.

—Hazlo, por favor, hazlo...

Enfrento el dolor desgarrador en su mirada, busco el lugar correcto, le pido perdón y entierro el cuchillo en su abdomen.

La sangre dibuja flores en su camiseta, su cuerpo comienza a temblar.

—Finge, quédate quieto. Aguanta unos minutos más... Este no es tu final, habrá algo más que dolor para ti. *Vive*. Hazlo por...

Las puertas se abren, Ethan desciende al infierno. El único rastro de su pulcro traje es el pantalón, tiene el torso desnudo cubierto de sangre, el cabello enmarañado, las esposas rotas colgando de sus manos, la mirada desencajada, y corre. Corre

hacia mí al ritmo de un grito gutural.

Apenas me da tiempo a levantarme, su pie impacta contra mi pecho. Caigo, el golpe seco en la espalda me entumece. Agarra mis piernas, me arrastra fuera del círculo.

Los gritos que se gestan en mi pecho van formando palabras que explotan mientras la carne de mi espalda se desgarran.

—¡Mataste a mamá! ¡Voy a despellejarte vivo!

—¡Inmortalicé a mamá! ¡Le di algo que tú jamás podrías darle! Pero lo que hiciste con Charlie... ¡Cuando termine contigo destirparé lo que queda de tu compañero!

—Esto se puso interesante, Izzy...

«Inmortalicé a mamá. Inmortalicé a mamá».

Su voz es una dosis de fuerza bruta inyectada directo en mis venas. Muevo mi pie sano entre sus piernas, Ethan tropieza, cae. Repto sobre su cuerpo, me apodero de su cuello. No tengo palabras, no las necesito. No hay nada que quiera decirle, solo ansío ver cómo la vida abandona sus ojos. Aprieto, su rostro se vuelve del color de la sangre. Sonríe. Me sonrío mientras su mirada se humedece.

—¡Arrepiéntete! —Soy gritos incoherentes, violencia animal, necesidad, odio abrasador—. ¡Basura! ¡Suplica por tu vida como mamá suplicó por la suya!

Tiemblo, mis dedos se deshacen sobre su tráquea.

—¿Lo sientes, Ethan? ¿Sientes cómo la vida te abandona? Se llama justicia divina.

Sus manos encuentran los cortes en mi espalda, entierra las uñas hasta que mis dientes rechinan y mi cuerpo entero cede al dolor. Aprovecha la ventaja, se coloca sobre mí, golpea mi cabeza contra el suelo una y otra vez, se detiene cuando apenas recuerdo mi nombre.

Escucho movimiento, gritos, llanto, pero no distingo lo que

sucede, mi visión está borrosa; mi mente, atontada.

—Quizá Tyler sea como yo... ¿Qué crees? ¿Lo llevará en la sangre? Tal vez le enseñe mi arte...

«Para el mejor papá del mundo. Te amo, tío Gael».

Quiero moverme, pero respirar duele.

Ethan empuña un arma, me apunta a la cabeza.

Este es el final. El monstruo gana.

«Tú nunca vas a dejarme, ¿verdad, tío Gael?»

—No te preocupes, hermano, disequé tu cadáver para que Tyler pueda jugar contigo.

Saboreo una lágrima, los recuerdos duelen más que el presente.

«Lo lamento, Ty. Perdóname... Te amo, hijo».

El tiempo se espesa, la escena es surrealista.

¿Es Isabelle? ¿Isabelle corre hacia mí? Se abalanza sobre Ethan, pero no llega a tocarlo, una bala perfora su pecho. El cuerpo de la doctora se desvanece.

Un grito bestial sale de la garganta de Jones, quiebra el silencio.

—Profesor... Profesor, yo...

Aaron corre hacia Ethan, abre su cuello con un corte limpio. La sangre mana sin control, cae como cascada sobre su pecho.

—Te lo dije una vez, Ethan, ni siquiera te atrevas a mirarla con desprecio... Jugaste a ser Dios, pero te encontraste con tu creador.

Me arrastro hacia Isabelle, los metros que nos separan se multiplican.

—Doc... ¿Doc?

El estruendo me ensordece, todas las ventanas estallan.

«Equis».

El rugido de los helicópteros se funde con los gritos y la balacera. Protejo mi cabeza, pienso cómo llegar hasta Isabelle.

El fuego no cesa, el fragor de la redada me paraliza.

Alzo la vista, la doctora no está.



EL ÚLTIMO RITUAL

AARON

El ángel de alas negras yace inconsciente en mis brazos. Las lesiones de mi espalda ya no duelen, tampoco la herida de bala que me hace renguear. Ya nada duele, porque este es el final. Nuestro final.

Miro hacia atrás, Thomas llora en el frío suelo del sótano. No puedo llevarlo, no puedo salvarlo, nuestro hijo morirá por segunda vez.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡No hay tiempo, profesor!

Sigo al conejo, la oscuridad de la noche nos envuelve. Gritos devastadores se funden con los disparos y las súplicas agonizantes.

Esto no es una advertencia, es la guerra. Una guerra en la que ya no me quedan soldados.

—¡Robert no responde! ¡No da señales! ¡No podemos confiar en que la camioneta esté lista!

«Piensa... No puede terminar así, Isabelle merece algo mejor».

—¡El lago! ¡El viejo yate!

—¡Está demasiado lejos!

—¡Es nuestra única opción!

—¡No sabemos si funciona! ¡Profesor, está perdiendo mucha sangre, no llegaremos! ¡Démela, yo la cargo! Correrá más rápido sin su peso.

Me muevo reacio cuando intenta quitármela.

—¡Ni se te ocurra tocarla! Cúbrenos, llegaremos.

Mis piernas se deshacen.

Me mezclo entre los súbditos que corren, heridos y armados, defendiendo nuestra familia hasta el último latido.

Los impactos suenan cada vez más cerca, no sé si las balas son nuestras o del enemigo.

Abrazo a Isabelle, la protejo con mi cuerpo. Los árboles me marean, me confunden, pero intento seguir el olor del agua.

El conejo mata a todo lo que se nos acerca.

—Son demasiados... Están matándonos. ¡Tenemos que rendirnos, profesor!

—¡Aguanta! ¡Tiene que estar cerca!

—No quiero ir a la cárcel, no puedo...

—¡Cálmate! No irás a la cárcel, vamos a...

La luna ilumina el cañón sobre su sien, el estampido es un trueno en el cielo nocturno.

Su cuerpo toca la tierra, el curso de la vida se reanuda.

Corro. Aprieto los dientes, me desvivo por ignorar el fuego que muerde los músculos de mi pierna y desgarrar los tendones.

La cabeza de Isabelle se mueve sobre mi pecho, su preciosa voz me llena de energía.

—¿Qué...? Evans... Evans...

Furia destructora abrasa mis huesos, consume mi fe.

«Solo está confundida. Te ama. Siempre serás tú. Jamás podrá olvidarte».

El reinado de los árboles termina, el lago brilla ante mis ojos.

—Falta poco, Izzy. Todo terminará pronto.

Camino por la orilla, apenas consciente, el viejo yate cobra nitidez con cada paso sangriento. El agua helada besa mis pies, es un bálsamo sobre mi piel ardiente. Tropiezo, jadeo en busca de oxígeno y fuerza para levantarme.

—Ya casi, Izzy...

Me deslizo como una serpiente hasta que toco el barco, arrastro a Isabelle al interior. Le quito la túnica con desesperación, también el chaleco antibalas. Observo la marca roja en su pecho, con cada caricia dejo la sangre de Ethan en su piel de porcelana.

—Gracias al cielo...

Escucho, la balacera se oye lejana, pero no tenemos mucho tiempo.

—¿Aaron? —Aquellos ojos verdes que me despertaron de un letargo mortífero se abren, me miran—. ¿Dónde...? ¿Qué pasó? La casa...

—Es el final, mi amor... Es nuestro final. No te preocupes, será perfecto.

—No...

Me sujeto del borde del yate, logro ponerme de pie. Reprimiendo el grito, ahogo el dolor y arrastro a Isabelle hasta la cabina.

Cierro la delgada puerta del cristal, el silencio me aturde.

—Por favor... —Isabelle intenta levantarse, pero el shock aún la domina—. Déjame ir. No puedo más, no tengo fuerza.

—No puedo dejarte, Izzy, me hiciste lo que soy...

—Yo no hice nada... —Lágrimas tiñen su voz, me torturan—. No quiero seguir... No quiero ir a ningún lugar. Estoy...

cansada, terminemos con esto. Te lo suplico, terminemos con esto...

«Lo quiere, ansía nuestro final. Tiene que ser perfecto, ella lo merece».

—Lo haré, mi amor, terminaremos con esto. —Caigo de rodillas a su lado, saco el arma y el cuchillo de mi cintura—. No tengo las llaves de este yate y es tan viejo que, tal vez, ni siquiera funcionaría... No vamos a ningún lugar, Izzy. Este es nuestro fin, llegó el momento de elevarnos juntos.

Un brillo especial se apodera de su mirada, la idea le entusiasma tanto como a mí.

—Se acabó, Izzy. También estoy cansado. Basta de huir, de luchar para estar juntos... Esto es lo que nuestra familia querría, que nos reunamos con ellos, con Thomas, que nos elevemos juntos. No más dolor, Isabelle... Solo paz.

Niega, balbucea cosas sin sentido.

—¿Elevarnos? ¿Qué...?

Pongo el cuchillo a su lado, mi revolver apunta a su cabeza.

—Tú sangras, yo sangro. Cuando cuente hasta tres, mi amor, nos iremos juntos.

El llanto la ahoga mientras observa el arma.

—Aaron, por favor, te lo suplico... Déjame ir.

—Lleva el cuchillo a tu garganta, Izzy. No dolerá, mi amor, lo prometo.

—Por favor, escúchame... No quiero morir, no quiero...

—No temas, Izzy, la muerte no nos separa, nos une.

Los gritos astillan su voz, contorsionan su rostro, sacuden su pequeño cuerpo. No puedo soportarlo.

—No llores, mi amor. Será rápido, ya nada dolerá. Estaremos juntos para toda la eternidad... Hazlo, Izzy...

¡Hazlo!

Levanta el cuchillo.

—Ponlo en tu garganta.

—No puedo...

—¡Ponlo en tu garganta!

—Te lo ruego, Aaron, baja el arma... Por el amor que nos tuvimos, déjame ir.

—Uno...

Sus gritos se funden con la euforia en mi sangre. Es ahora, el tributo más grande a nuestro amor... El último ritual.

—Déjame ir, por favor... ¡Si me amas, me dejarás ir!

—Dos...

La puerta estalla, una lluvia de cristal nos baña. El estruendo me deja sordo, aturde mis reflejos.

Consigo agarrar a Isabelle del pelo, le quito el cuchillo, pego su espalda a mi pecho, el cañón de la pistola encuentra su sien.

—Tiene muy mala puntería para ser francotirador, agente.

Gael Evans es un cadáver que camina. Cubierto en sangre, se apoya en el marco de la puerta, la mano que empuña el arma tiembla sin control.

—Suéltala.

La risa me duele en todo el cuerpo.

—Apenas puede mantenerse de pie, agente. Hágase el favor, resígnese, no quede en ridículo...

Da un inestable paso al frente, entierro más el cañón en la piel de Isabelle.

—¿Así es como se supone que la amas? Mira a tu *esposa*, Jones... ¡Está muriendo en tus brazos y es tu culpa! ¡¿Eso es amor?! ¡No sabes lo que es amar!

—¡No te atrevas a hablar de nuestra relación! ¡No sabes todo lo que hice por esta mujer! Haberte metido entre sus piernas no te da a derecho a hablarme de amor... —Camino con Izzy hacia atrás, sus uñas se entierran en mi brazo—. Te perdoné la vida, Gael. ¡Te acostaste con mi esposa y te perdoné la vida porque eres insignificante! Pero volviste... Fuiste tan estúpido que viniste en busca de la muerte...

—No solo me acosté con tu *esposa*, Jones, le hice el amor de todas las maneras que imagines...

Una furia sin precedentes me posee.

—¡Cállate!

—Disfruté de su cuerpo durante horas y horas, gimió mi nombre más fuerte de lo que jamás gritó el tuyo...

Intento controlarme, pero acaba de quitarle el seguro a la granada.

—Pequeño cambio de planes, Izzy. Voy a destripar a tu guardaespaldas antes de continuar con lo nuestro.

—Déjala ir, Jones... ¡Déjala ir y arreglemos esto de hombre a hombre!

—Confíe en ti —la voz ahogada de mi ángel detiene el tiempo—. Te di mi cuerpo, mi alma... Te amé como jamás había amado, Aaron.

El fuego de las heridas anida en mi pecho, entibia el frío despiadado de la guerra.

—Lo sé, Izzy, yo también te amo como jamás había amado.

—Fuiste mi mundo, Aaron, la razón de mis sonrisas, el camino hacia mis sueños, mi futuro... —Tiembla entre mis brazos, la sostengo con firmeza—. Me hiciste sentir la mujer más hermosa, inteligente y afortunada de la Tierra. Me enorgullecía decir que eras mi esposo...

—También me enorgulleces, Isabelle, eres todo lo que

siempre quise...

—Estuviste para mí cuando no existía nadie más con quien compartir mi carga, mi... secreto. Me cobijaste, me... amaste y hoy... me destruyes. Hoy haces que desee estar muerta para no permanecer un segundo más entre tus brazos.

«Hoy me destruyes. Me destruyes. Me destruyes».

—¿Qué hiciste con nuestro amor? ¿Cómo pudiste atreverte a ensuciarlo así?

—Izzy... —Percibo un movimiento, la tensión enciende mis vendas—. ¡No des un maldito paso más, Gael!

Se detiene, se desvive por apuntarme con precisión. Es cuestión de minutos, va a desmayarse. O morir.

—¿Cómo podría volver a amarte si sostienes un arma en mi cabeza? ¿Cómo?! ¡Si juraste que jamás me harías daño y me destruiste! Me convertiste en una sombra de la mujer que fui, la mujer que... te hizo lo que eres.

Sus palabras abren mi pecho, son garras que escarban hasta el hueso.

«La destruiste. Destruiste a la mujer que te hizo lo que eres».

—Te lo di todo, te enseñé a abrazar tu naturaleza... ¡Te di libertad! ¡Hice que te sintieras cómodo en tu piel! ¿Así me pagas? ¿Arrebatándome la vida como un cobarde, robándome los sueños? —No hay rastros de mi Isabelle en su voz, está... vacía—. ¿Dónde está tu amor, Aaron? ¿Por qué no lo siento? ¿Por qué no me hace feliz? ¿Por qué no me calienta el pecho como antes?

«¿Dónde está tu amor? Nada sirvió. No lo siente. Merece sentirlo. Merece sentir cuánto la amas. Esmérate. Demuéstraselo. ¡Demuéstraselo!»

No son las heridas lo que me hacen temblar, es el dolor en su voz, la desilusión en cada vocablo...

El arma resbala de mi mano, golpea el suelo del yate.

Giro a Isabelle, sujeto su rostro, busco sus ojos. No encuentro el brillo que me enamoró en aquella fiesta universitaria, solo hay... lágrimas. Miedo.

—¿Yo destruí a la mujer que me hizo lo que soy?

Asiente. No lucha por alejarse, solo yace rota en mis manos.

«La destruiste. Demuéstrale que lo lamentas. Demuéstrale que la amas».

—¡Doc, aléjese!

Observo la lágrima que se desliza por su esbelto pómulo, la beso. El contacto con su piel cierra mis párpados.

—¡Doctora, córrase! ¡Necesito un tiro limpio!

Cada momento a su lado revive en mi mente. Me lleno de risas, gemidos, caricias, lágrimas de felicidad, promesas, sueños... Sangre.

Abro los ojos, contemplo su rostro una vez más.

—Mi ángel... Mi precioso ángel de alas negras... Perdóname, Izzy. Solo quería darte lo mejor, solo... quería darte la familia que merecíamos.

—¡Doc, aléjese, déjeme avanzar! ¡¿Doc?!

Acomodo el cabello detrás de su oreja, le regalo una última sonrisa.

—Lo que siento por ti es real, Izzy. No es producto de ningún delirio. Quizá tienes razón, tal vez estoy enfermo, pero tú eres la única parte sana en mí. Te amo, y porque te amo prefiero morir en tus manos. Tú me creaste, Isabelle, tú me pones fin...

—No tiene que hacerlo, doc... Aléjese, déjeme terminar con esto.

—Mátame, Isabelle. Mátame. Si no lo haces, volveré a

hacerte daño. No puedo controlarlo. —Sacudo su rostro suavemente, ansiando que reaccione—. Termina con esta tortura, Izzy, porque jamás dejaré de anhelarte. Mátame, por favor. Mátame.

Pongo el cuchillo en sus manos.

—Doc, venga a mí. No tiene que hacerlo... ¡¿Doc?! ¡Doc!

—Hazlo, Izzy. Hazlo.

Observa el cuchillo, busca mis ojos.

—No estoy liberándote de tu dolor, estoy liberándome del mío. No te mato porque me lo pides, te mato porque soñé con este momento.

Su amor perfora mi piel, mi carne, mi espíritu. La sangre me abandona en susurros agridulces, mi cuerpo cae lánguido.

Tiemblo. La muerte me sorprende fría y solitaria.

Ella, la mujer que me creó, abraza finalmente su naturaleza... gracias a mí.

«Te espero allá, donde sea que van las almas, mi amor...»

El filo del cuchillo me besa una vez más, los ojos de mi ángel me observan.

—Ojalá exista el infierno y ardas en él.

Un atisbo de placer envenena la sangre de la doctora Brown, la obliga a sucumbir al deseo irrefrenable de enterrar una vez más el cuchillo en el pecho de su *esposo*.

No es suficiente, quiere más. No puede parar...

El agente Evans lucha por mantenerse de pie, pero las heridas y la atrocidad que ven sus ojos lo derrumban.

Isabelle Brown ya no existe, es el auténtico ángel de alas negras quien descuartiza el cuerpo de El pecador de Oxford.

El francotirador se arrastra hacia la mujer que le hizo descubrir que el azul es su color favorito... Abraza su cintura, la separa del cadáver de Aaron Jones.

Ambos yacen abrazados sobre el suelo sangriento del yate.

Las sirenas se oyen cada vez más cerca.

Sus lágrimas tienen el mismo sabor.

Es el final de una pesadilla o el comienzo de un nuevo infierno.

Evans,

Con el paso de los años me volví reticente a las cartas, entenderá por qué, pero hoy esta se convierte en mi voz. Esa voz que no me atrevo a oír, esa que desprecio, que ya no siento mía...

No soltó mi mano, Evans, ni siquiera ahora, tumbando sobre su pecho en esta cama de hospital, sedado, agotado, herido de formas inenarrables. No soltó mi mano, y yo tengo que soltar la suya... ¿Cómo? ¿Cómo lo haré? ¿De dónde sacaré la fuerza para ver cómo nuestros dedos entrelazados se separan, para sentir mis labios sobre su piel una última vez y salir por esa puerta? Porque tengo que salir de su vida, Evans. Si me quedara, si escuchara a lo que queda de mi corazón y me quedara, lo destruiría. Lo asesinaría lentamente con mi veneno, apagaría la sonrisa de Tyler... Si me quedara, Evans, convertiría el azul en negro. No puedo permitirme oscurecer la única luz que me iluminó en años.

El amor no puede nacer de la muerte. Hoy, ahora mismo, saboreando mis lágrimas, intentando mantenerme de pie con los huesos rotos, escuchándolo respirar, vivir, soy muerte. Nada puede nacer de mí. Nada sano y próspero puede nacer de nosotros cuando ni siquiera podemos mirarnos a los ojos sin revivir el infierno.

¿Cómo podría despertar a su lado y acariciar su espalda sin que cada cicatriz erice mi piel, me ahogue en culpa, me arrastre a esa noche?

¿Cómo podría mirar a Tyler sin pensar que su corta vida fue amenazada por mi culpa? Porque es mi culpa, Evans, porque yo creé al monstruo que sedujo a su hermano. Fueron mis palabras las que liberaron a la bestia.

¿Cómo puedo amarlo si me odio? ¿Cómo puedo sonreírle si ya no sé cómo hacerlo? ¿Cómo puedo imaginar un futuro a su lado si no sé cómo sobrevivir al presente?

Necesita romper el lazo con el pasado, Evans, lo dijo una

vez... Yo soy ese lazo, yo soy lo que le impide avanzar. Seré sinónimo de sufrimiento para siempre, y no quiere ver el rostro del dolor en cada amanecer.

Ambos tenemos heridas que no sanarán, otras que podrán curarse con el tiempo, y algunas de esas que duelen más; las invisibles. Las que no se ven, pero se sienten. Las que te roban el oxígeno, los sueños, las ganas, las que te van quitando el color hasta que solo eres una fotografía en blanco y negro de un momento dulce. Esas, Evans, serán las que nos llevarán más tiempo.

Hice cosas indescriptibles, inimaginables, para permanecer con vida, ahora tengo que descubrir qué hacer con esos latidos.

¿Quién soy después de Aaron Jones? ¿Quién seré con las piezas que me quedan de Isabelle Brown? ¿A dónde iré con los vestigios de mis sueños? ¿Cuándo dejaré de mirar sobre mi hombro? ¿Alguna vez me sentiré segura? ¿Qué murió con El pecador de Oxford y qué sigue vivo? ¿Este es realmente el fin o solo un nuevo comienzo?

Una vez me preguntó si creía que era un héroe, no respondí. Ahora, mirándolo dormir en los brazos del dolor, lo tengo claro. Es un héroe, porque me dio fuerzas para atravesar el infierno. Es un héroe, Evans, porque me hizo descubrir que soy mi propia heroína.

Ahora es momento de resurgir de las cenizas.

Sane, busque a su hijo, abrácelo, ayúdense a olvidar, a superar las pérdidas, dibujen una vida donde cada día haya sonrisas y el único peligro sea quedarse dormidos en un día de escuela.

Agradézcale a Vincent y a todo su equipo, jamás olvidaré lo que hicieron por mí.

Quizás es un adiós, tal vez un hasta luego. Que el destino decida, Evans.

Vaya donde vaya, siempre será mi sombra.

Con todo ese amor que siento, pero no puedo dar

Isabelle.

EPÍLOGO



Seis meses después

El infierno arde menos a un continente de distancia, eso aprendí cuando dejé el lugar que me vio nacer, crecer y morir.

Diría que dejar mi vida atrás, otra vez, fue difícil, pero mentiría. Lo único difícil fue decirle adiós, soltar *su* mano.

Evadir a la prensa, ignorar mi imagen en cada medio de comunicación, declarar, contar la misma historia cientos de veces, recibir propuestas exorbitantes de escritores que quieren contar mi historia, cineastas que ven cifras infinitas donde yo solo veo muerte y dolor, enfrentarme a mi reflejo en el espejo, escapar de Evans, escapar de mí, ser la víctima, pero sentirme una asesina... Eso consumió los primeros meses después de que el Diablo me escupiera en la tierra.

Cierro los ojos, inhalo profundo, no hay aire más puro que el que se respira entre estas montañas. Iruya, Salta, Argentina, mi refugio en medio de la tormenta. Un pueblo pequeño lleno de gente que no me conoce, una oportunidad para *respirar*, para resurgir... Llegue aquí de la mano de Nick, luego de que me contara que uno de los agentes que participó en mi rescate es argentino y le hizo desear conocer los maravillosos paisajes de su país. Vinimos de vacaciones, una excusa de mi hermano para sacarme del calvario al que me sometían los periodistas. Desde el primer día que pisé este lugar supe que no me iría. Hoy pertenezco aquí, mañana no lo sé...

Ya no soy la doctora Brown que apuntaba hasta el almuerzo en su agenda, ya no planifico, solo... existo. Solo *respiro* y me digo que es suficiente, porque, cuando bailaste con la muerte, respirar es todo un logro.

Una mariposa azulada se posa en mi mochila, su color me roba una sonrisa, me llena de recuerdos a los que me aferro al despertar de cada pesadilla. La observo, tan delicada, tan efímera.

Busco en el bolsillo de mi pantalón de jean, saco ese papelito que llevo a todas partes desde que apareció en el buzón de Nicholas hace meses.

«Si tiempo es lo que necesita, tiempo es lo que le daré. Solo hace falta una llamada y estaré a sus pies como el primer día».

Acaricio su bonita caligrafía, intento no analizar los sentimientos que veo en ella.

Tiempo... ¿Realmente lo cura todo? Quizá sea cierto, tal vez el tiempo nos cure, pero sé que necesitaré otra vida, lo que me resta de esta no me alcanza.

¿El tiempo me ayudará a encontrar la fuerza que necesito para contarle a Nick que fui una niña de ocho años que puso un arma en las manos de su padre, incitándolo a terminar con su agonía y la mía?

¿El tiempo me ayudará a convertir el amor que aún siento por Madison en odio, en lástima, en... nada?

¿El tiempo me quitará la culpa por la muerte de Francis, de Matt y su hermana?

¿El tiempo me hará olvidar lo que sentí al cortar su piel?

¿El tiempo se llevará la sensación de la sangre de Logan acariciando mi piel?

¿El tiempo me devolverá el peso que perdí, le pondrá fin a los trastornos alimenticios que hoy me acechan?

¿El tiempo me ayudará a transformar los terrores nocturnos en sueños cálidos y prometedores?

¿El tiempo me despojará de este pánico que aún me abraza, el miedo a que toda vuelva a comenzar?

¿El tiempo me hará olvidar que, por un instante, me convertí en el ángel de alas negras?

Las nubes se apoderan del cielo, la mariposa vuela, la tormenta de verano se acerca.

Agarro la mochila, la cargo sobre mis hombros y desciendo. No tengo apuro, disfruto del camino, de la tierra que ensucia mis zapatillas blancas. Ya no hay trajes caros, zapatos altos, portafolios, ni días interminables. Solo somos las montañas y yo.

Abro la tranquera, entro a la finca. Los perros de los propietarios saltan a mi alrededor, lamen mis tobillos, se desesperan por un saludo cariñoso. Me agacho, acepto los lengüetazos mientras acaricio sus lomos.

—Señorita Isabelle, ¿puede darnos una mano con los caballos? Nos falta Penélope.

—Claro, Pedro. —Mi español es casi insultante, pero hago lo posible por comunicarme en su idioma. Esforzarme por aprender es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle a esta gente el haberme recibido con los brazos abiertos.

Dejo la mochila en la mecedora de mimbre donde paso mis noches contemplando el cielo, absorbiendo el silencio, y voy en busca de Penélope.

—¿Cómo está mi chica? —Su pelaje brillante es seda bajo mis dedos—. ¿Te cepillaron hoy? ¿No?

Llevo a la yegua al establo, la observo beber con desesperación.

Un trueno rompe el silencio, el aroma a lluvia ya se siente.

—El almuerzo estará listo en media hora. ¿Comerá hoy?

Hay incertidumbre y desaprobación en su mirada, sé que piensa que estoy obsesionada con mi peso.

—Sí, Pedro. Muchas gracias.

Un atisbo de alegría enciende sus ojos pardos, se saca la boina, sale de la caballeriza.

Vuelvo a Penélope, comienzo a cepillar su pelaje marrón. Todos los sentidos puestos en cada movimiento, la mente en el presente.

La tormenta explota, el día se convierte en noche.

Mis párpados se cierran, disfruto del aroma a tierra mojada y la suavidad de Penélope.

—El pelirrojo le queda muy bien, doctora.

La vida se detiene, permite que su voz magnifique cada uno de mis sentidos.

Temo girarme, temo no poder mantenerme de pie cuando enfrente sus ojos.

Observo el cepillo en mi mano, no me muevo. No respiro.

Escucho sus pasos, la lluvia dejó de existir.

Siento su perfume, su voz endulza mi oído mucho antes de que susurre:

—Hola, doc.

Tiemblo. Tiemblo como lo hice la primera vez que probé sus labios, que sentí su piel junto a la mía, que descubrí lo éramos juntos.

Invento el coraje, me doy vuelta, alzo la mirada, recupero un pedazo de alma. Gael Evans me mira como si tuviéramos la eternidad entera para contemplarnos. No hay un solo golpe en su rostro mojado, es el mismo hombre hermoso que apareció en mi vida con sus reglas y sus comentarios elocuentes.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Cómo me encontró? ¿Qué hace aquí?

Con suma delicadeza, casi como si temiera mi reacción, toma un mechón de mi cabello colorado entre sus dedos, lo estudia con fascinación.

—Usted y yo tenemos una cita pendiente. ¿Creyó que iba a olvidarlo?

Mi pulso se dispara, mis piernas se aflojan.

—Evans...

—No pude, doc. No pude olvidarme de usted. No quise, no quiero.

—No soy la mujer que conoció, ya no soy la misma.

Coloca el mechón de cabello detrás de mi oreja, sujeta mi rostro. Sus manos, su piel, ese tacto que tanto añoré...

—No soy el hombre que conoció, ya no soy el mismo. Pero ¿sabe qué es lo único que se mantuvo igual? Las ganas de saborear su boca, de que cada vez que la sueño esté conmigo al despertar, de susurrarle *azul* al oído a cada minuto del día, de dejar de pensar en qué pasaría y simplemente intentarlo...

—Su nariz roza la mía, la cercanía me desarma—. No pude sacármela de la cabeza, doc. No pude. Así que, si a usted le pasa lo mismo, creo que me debe una cita.

Quiero reír, quiero llorar, quiero abrazarlo, pero las emociones son tantas que me paralizan.

—Siempre seré esto, alguien que vive ocultándose, cambiando de identidad cuando sea necesario, mirando hacia atrás, ahogando el pasado al despertar...

—Siempre seré esto, un hombre que conoció a la mujer con más entereza del mundo y perdió el corazón y la cabeza. Siempre seré esto, doc. ¿Lo entiende? Siempre pensaré en usted.

Cede. Cada muralla, fantasma y demonio cede al brillo en su mirada azul.

—Evans...

—Doc...

Me quita el cepillo, lo tira sobre el heno. Me empuja con suavidad hasta que mi espalda toca la viga de madera y todo lo que respiro es él.

—Sin contratos, sin reglas, sin peligro, sin pasado, solo usted y yo. Isabelle y Gael...

Cierro los ojos, me limito a sentir la punta de su nariz acariciando mi mejilla, despertando mi piel de aquel letargo sangriento.

Saboreo la idea.

—¿Solo usted y yo?

—Solo usted y yo...

Su boca se acerca lenta y tortuosamente a la mía, vuelvo a sentir cuando pruebo su sabor. El beso es todo lo que deseé cada amanecer, me hace vibrar al ritmo de la vida. Rodeo su cuello, abraza mi cintura. Lenguas, deseo, pánico, culpa, anhelo, desesperación, todo me abruma.

—Empecemos de vuelta, doc —susurra sobre mi mandíbula.

—¿Qué le hace pensar que esta vez será distinto?

—Que la miro a los ojos y veo mi futuro.

Hundo los dedos en su cabello mojado, su ropa empapada se pega a la mía.

—Tengo miedo... No puedo perder nada más.

—Todas las cosas importantes nos asustan, doc. La vida se trata de vencer los miedos. —Besa una lágrima, no recuerdo cuándo fue la última vez que lloré—. Por favor, deme una oportunidad... Permítame demostrarle lo que podemos ser.

—Me queda mucho por sanar.

—Sanemos juntos.

Apoya su frente en la mía, nos respiramos.

—Evans...

—Doc... *Mi doc...*

Vuelvo a su boca, a sus brazos, a su aroma, a su tacto. Vuelvo a la única luz en mi oscuridad. Me dejo ser en esos labios que me anclan al presente.

Muerde con delicadeza mi boca, mi mentón, se aleja dejándome hecha un manojo de sensaciones.

—Gael Evans. —Se presenta extendiendo su mano—. A partir de este momento, doctora Brown, solo quiero hacerla feliz.

Sonrío, saboreo cada lágrima agridulce. Acepto el saludo y tiro de su mano hasta que nuestros pechos vuelven a ser uno. Busco esa mirada penetrante, el *azul* más intenso que conocí.

—Bienvenido a mi aburrida vida, Evans.

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue un desafío estimulante, un salto al vacío. Hubo muchas personas que me dieron la mano y saltaron conmigo. Caro, Yesi, Vero, mi Squad, mujeres con las que comparto esta pasión y locura por los libros, gracias por vivir esta historia conmigo. Gracias por cada grito de felicidad, por cada llanto y cada risa. Gracias por confiar en el proyecto cuando tan solo era una idea retorcida. Gracias por alimentar este fuego, por hacerme desear más.

Abuela, gracias por darme el empujoncito que siempre me falta, sin importar cuántas historias haya contado ya. Soy afortunada por tenerte en mi vida.

A Lucho y Nati, mis tíos, gracias por el apoyo incondicional. Hacen que los logros se sientan el triple de cálidos.

A Nico y Ro, mis hermanos, gracias por ponerme tantas fichas siempre.

A Marian, mi novio, gracias por soportarme cuando te hablo durante horas de las locuras que se me ocurren, por darme tu punto de vista, por ayudarme en todo lo que podés.

A mis lectores, gracias por hacerme vivir un sueño.

Y por último, gracias a la Mar que hace dos años atrás imaginó esta historia y hoy juntó el valor para darle vida. Gracias por creer en tu voz, por hacer siempre lo que querés sin importar el qué dirán, por animarte, por saltar al vacío una vez más.

PLAYLIST

Still Don't Know My Name —Labrinth

KILL4ME —Marilyn Manson

Believer —Imagine Dragons

Down With the Sickness —Disturbed

You Should See Me In a Crown —Billie Eilish

Popular Monster —Falling In Reverse

Monsters —Ruelle

Take What You Want —Post Malone, Ozzy Osbourne, Travis
Scott

(You're The) Devil in Disguise —Elvis Presley

Jekyll/Hyde —Renacer Del Tiempo

Twisted —Two Feet

Tonight Is The Nighth I Die —Palaye Royale

Star a War —Klergy

Far Away —Nickelback

SOBRE LA AUTORA



Mar Petryk nació en Buenos Aires, un frío 18 de julio de 1992. Es vegetariana desde los dieciocho, amante del café, los relatos policiales y el romance *New Adult*. Comenzó a escribir en plataformas literarias donde compartía sus escritos y se nutría del contacto directo con sus fieles lectores.

Actualmente trabaja como profesora de Prácticas del lenguaje y Literatura. En sus ratos libres, y en esos que no lo son tanto, se dedica a escribir historias y dar vida a personajes entrañables.

El pecador de Oxford es su octava novela publicada; una vorágine de misterio, acción, oscuridad y romance, que te mantendrá pegado a las páginas.

WATTPAD: [Marpetryk](#)

INSTAGRAM: [mar_petryk](#)

FACEBOOK: [Mar Petryk](#)